

MENSAJES
DESDE
EL INFIERNO

MEG GARDINER

RBA

D.J.57

Título original: *Unsub*

© Meg Gardiner, 2017.

© de la traducción: Ana Herrera, 2018.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO288

ISBN: 9788491871088

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59

60

Epílogo

Agradecimientos

PARA SHANE SALERNO

Quien lucha contra los monstruos, debería procurar no convertirse en monstruo en el proceso. Si miras demasiado tiempo un abismo, al final el abismo te devuelve la mirada.

FRIEDRICH NIETZSCHE

ABRIL DE 1998

Los chillidos la despertaron. La áspera voz de su padre gritaba al teléfono.

—Escúchame. No tenemos días. Tenemos horas.

El cielo negro se colaba por la ventana del dormitorio. Las sombras trepaban por el techo.

—¿No lo entiendes? Está en su mensaje... Mercurio ascendente con el sol.

Caitlin se hizo un ovillo, abrazada a su osito. Sabía muy bien lo que significaba «Mercurio». Significaba linternas y últimas noticias y todo el mundo muy asustado. Una bolsa de esas para meter cadáveres entrando en la camioneta negra del forense. asesino se cobra su octava víctima. Significaba que ya no podías cerrar los ojos, ni volver la espalda. Porque «él» te podía atrapar en cualquier momento, y en cualquier lugar.

—Nos lo está diciendo bien clarito. Volverá a matar cuando salga el sol.

Y papá tenía que parar todo aquello.

Y por eso cada palabra que pronunciaba Mack Hendrix sonaba más furiosa que la anterior. Por eso tenía la camisa sucia y llevaba tres días sin afeitarse, y cuando volvía a casa para estar solo una hora no les prestaba atención ni a la cena ni al partido de los Warriors ni a ella. Por eso iba de aquí para allá y miraba las paredes y chillaba al teléfono.

La puerta de atrás crujió un poco.

—Porque llevo cinco malditos años trabajando en este caso. Y lo sé.

Caitlin salió de la cama y se acercó a la ventana. Papá salió, encendió un cigarrillo y miró al jardín. La luz se reflejaba en su pistola y su placa de detective. Tenía los hombros caídos. Eso la asustó mucho. El viento difuminaba sus palabras.

Salió de puntillas de su habitación. La puerta de la de sus padres estaba cerrada: mamá dormía. Se metió en la cocina, que tenía la ventana abierta, para oír la conversación.

—... trabajamos con pruebas. Seguimos trabajando. De lo contrario, habrá más muertes.

Ella se detuvo. La puerta del garaje tenía una rendija abierta.

La norma era no entrar nunca en el garaje si papá no decía que adelante. Allí guardaba sus archivos, en el banco de trabajo. Toda su información. Pero a veces la dejaba entrar, para que lo ayudara a guardar sus papeles. Notó un nudo en el estómago. Miró de nuevo por la ventana de la cocina hacia fuera, al jardín. El cigarrillo relucía, rojo.

Las respuestas estaban en el garaje. La verdad. Se acercó a la puerta y pasó por la abertura.

Se quedó quieta, descalza, notando el frío del cemento en los pies. Las paredes estaban cubiertas de fotos.

Rostros. Carne. Ojos abiertos. Rajas desgarradas. Sangre. La cabeza le empezó a latir con fuerza.

Una bolsa de plástico encima de una cara que chillaba. Marcas de mordiscos. Perros. Por el rabillo del ojo veía temblar las estrellas. Un corte. Un corte. Él había cortado el pecho de la persona con un cuchillo, una persona muerta, ella está muerta.

Un sonido surgió de su garganta. Él le había hecho un dibujo con cortes a la mujer. Un monigote hecho con palitos. «Eso».

Se volvió en un círculo lento. Vio unos pies que colgaban. Cosido como Frankenstein. Un brazo con palabras grabadas... «Desesperación». Le temblaban las piernas. Los cortes los cortes los cortes. La señal.

Mareada, se volvió. Las fotos parecían atacarla, aullando. «Es un demonio un demonio él él». Se tapó la boca con las manos, pero el sonido era cada vez más fuerte.

Unos pasos resonaron por la cocina. La puerta se abrió de golpe.

—Dios mío, no.

Papá entró deprisa, con la boca abierta, los ojos ardiendo. El sonido salía de la garganta de ella, gritos incontrolables.

La cogió en sus brazos.

—No mires, Caitlin. Cierra los ojos.

Ella enterró la cara en su pecho, pero las fotos aullaban y la arañaban. Sollozó fuerte, agarrándose a él, notando que temblaba. La obra del asesino estaba por todas partes. Mercurio, el mensajero. El Profeta.

Estaban rodeados.

EQUINOCCIO
EN LA ACTUALIDAD

Con el arma en el costado, los ojos en la noche, Caitlin se acercó a la casa. La niebla se pegaba al suelo, deslizándose, espesa, más allá de la bahía de San Francisco. Escondía las estrellas, sus rostros, la vista que había más allá.

Subieron en silencio los escalones hasta llegar al amplio porche. El frío de marzo paseaba sus patitas por los brazos de Caitlin. Junto al timbre de la puerta, una pegatina desvaída anunciaba que Jesús era tu Salvador, pero Caitlin no veía prueba alguna de ello.

«Esta noche, no —pensó—. Esta noche Jesús no atiende llamadas».

Se reunieron junto a la puerta. Tras las cortinas corridas se oía el ruido de un televisor. Inteligencia les había dicho que quizás hubiera seis personas dentro. Pero no era seguro.

El corazón de Caitlin latía con fuerza dentro de su chaleco antibalas. Debajo llevaba una camiseta, vaqueros y botas de trabajo. El pelo rojizo lo llevaba metido en una gorra de visera. Sus nervios estaban afinados en una frecuencia superalta, y la adrenalina pasaba a través de su cuerpo como si fuera electricidad estática, esperando la señal.

El responsable de la redada levantó el puño. El equipo se quedó inmóvil.

Ríos era sargento del Departamento de Policía de Oakland, alto y cuadrado como un armario, y vestía equipamiento táctico negro. Miró hacia atrás: Policía de Oakland, Departamento de Policía de San Francisco, condado de Alameda.

En el chaleco de Caitlin ponía: sheriff. Su gorra de visera decía: equipo operativo narcóticos. Todos levantaron los pulgares.

El momento anterior, el de suspense, siempre la agobiaba mucho. La espera

era terrible. Esa odiosa incertidumbre. La casa tenía dos pisos, era decrepita y gritaba peligro por los cuatro costados. Caitlin se pegó a la pared de estuco, con la pistola SIGSauer caliente en la mano. A su espalda, un joven ayudante del sheriff de Alameda llamado Marston repiqueteaba con los dedos, aprensivo.

«Vamos —pensó ella—. Quizá Jesús no responda a las llamadas esta noche, pero aquí estamos. Adelante».

Ríos levantó el rifle semiautomático y llamó a la puerta.

—Policía.

Ladró un perro. Se oía el monótono parloteo de la televisión. Ríos echó atrás el arma para llamar de nuevo.

Un disparo de escopeta desde dentro sembró el porche de astillas.

La electricidad estática de los nervios de Caitlin adquirió un tono decidido.

«Allá vamos».

Dentro de la casa se oyeron carreras. Chillidos de hombres. Ríos probó el picaporte. Cerrado. Señaló al cuarto hombre del equipo, un policía de Oakland que llevaba el «Credito».

Caitlin se preparó para recibir más disparos. El policía de Oakland, Hillyer, los rodeó y apuntó el Credito a la cerradura. Habían cargado la escopeta recortada con munición especial para asaltos. Disparó desde un par de centímetros de distancia. El conjunto de la cerradura salió volando hacia la casa y Hillyer se apartó a un lado. La puerta se abrió de par en par. Era una llave maestra: funcionaba con todas las cerraduras.

Ríos dijo:

—Vamos, vamos.

Con el rifle al hombro, dirigió a la formación y entraron.

La luz era escasa. El suelo estaba alabeado. Entraron en el vestíbulo, tensos pero sin detenerse. Ríos señaló hacia delante y luego a la derecha.

—Derecha, despejado —dijo.

Caitlin fue hacia la izquierda, con la pistola nivelada. Comprobó su zona.

—Izquierda, despejado.

El vestíbulo apestaba a azufre y amoníaco. En la parte de atrás de la casa, un

ariete abrió de golpe la puerta trasera.

Marston pasó junto a ella y comprobó su zona.

—Despejado.

Cerraron filas detrás de Ríos, con la mano izquierda en el hombro de la persona que tenían delante, y avanzaron hacia la arcada amplia que conducía al salón. Ríos señaló. «Adelante». Entró.

—¡Suelta eso! —chilló.

Un arma resonó al caer al suelo.

Caitlin pasó tras él. Volvió a comprobar su zona. Ríos chilló:

—¡Al suelo!

Y ella vio por el rabillo del ojo cómo un hombre caía de rodillas.

—Izquierda, despejado —dijo.

Ríos dio una patada a un arma y la alejó del sospechoso, y apuntó con su rifle al hombre mientras Marston y Hillyer entraban en la habitación.

—Todo despejado.

En el vestíbulo se oían gritos de hombres. Pies que corrían de aquí para allá.

Ríos señaló a Caitlin y Marston y luego se llevó dos dedos a los ojos.

—Cocina. Adelante.

Caitlin volvió al vestíbulo. En el extremo más alejado, unos hombres cogían puñados de billetes y huían, con los policías persiguiéndolos. Avanzó hacia la puerta de la cocina, con el arma dispuesta, el dedo en el gatillo. El pulso le latía en los oídos. El chico, Marston, llegó detrás de ella, cerca.

El aliento de él le calentaba la nuca. Él solo medía metro cincuenta y cinco, y ella era, de momento, su escudo. En otra habitación, alguien gritaba y golpeaba una pared.

—¡Despejado! —gritó un oficial.

El hedor a amoníaco le quemaba la garganta. Se detuvo en el umbral, oculta. No se oía nada en la cocina. Marston le puso la mano en el hombro. Ella asintió: «Preparados para despejar la habitación». Él le dio un apretón: «Estaré justo detrás de ti». Se movieron juntos.

Ella se dirigió hacia la puerta con Marston pisándole los talones, y comprobó

el hueco entre la puerta y el marco, mirando hacia un lado. Los ojos le latían y la SIG barrió la habitación. De inmediato, se apartó del hueco de la puerta. El conducto fatal, por donde se abren paso la mayoría de las balas.

—Derecha, despejado —dijo.

Marston la rodeó y siguió adelante.

—Izquierda, despejado.

Los platos sucios cubrían la encimera. En la mesa había una contadora de monedas, fajas para billetes de colores y un montón de dinero. Un rastro de billetes de veinte dólares se desperdigaba por el linóleo, a merced de la húmeda brisa que entraba por la ventana. Le habían dado un puñetazo a la pantalla desde dentro. Parecía una vía de escape rápida.

Un escalofrío recorrió los brazos de Caitlin. No le gustaba nada tener detrás de ella el hueco de una puerta. Aunque el equipo había despejado el vestíbulo, una puerta siempre era como una boca hambrienta a su espalda.

Y la ventana se abría a la oscuridad. Vistos desde fuera, Marston y ella eran unos blancos perfectamente iluminados.

Marston tenía los nudillos blancos de tanto aferrarse al arma. Ella esperaba que dijera que todo estaba despejado.

Tras el hedor químico se adivinaba también la peste a sudor. Ella escudriñó la oscuridad exterior, una despensa que había en una esquina de la habitación, y los billetes de veinte en el suelo. A decir verdad, el rastro del dinero no conducía hacia la ventana.

Marston dio un paso hacia la mesa. Fuera, un perro volvió a ladrar.

Caitlin levantó la mano izquierda, el puño cerrado.

«Alto...».

La puerta de la despensa se abrió de repente. Un hombre salió disparado y se lanzó hacia la mesa.

Iba sin camisa y estaba hecho un manojo de nervios. Un cuchillo de carnicero relucía en su mano derecha. Caitlin se giró y lo apuntó.

Marston estaba justo detrás de él, en su línea de fuego.

Chillando, el hombre lanzó el cuchillo hacia delante.

Ella se arrojó hacia él, como si se zambullese, y lo placó a la altura del pecho. Apestaba a sudor agrio. Los billetes de veinte se le escapaban de los bolsillos. Ambos cayeron sobre la mesa de la cocina y se deslizaron por encima de ella. Guiñando los ojos. Los dientes negros. Las manos como garras. Ella aprovechó el impulso y rodó hasta hacerlo caer al suelo con ella. El hombre chillaba como si fuera una alarma de incendios.

Ella lo puso boca abajo y lo sujetó con una llave de muñeca. Le movió la cabeza hacia el linóleo, con la rodilla apoyada contra su codo. Marston estaba de pie a su lado, mirándose el pecho. El cuchillo sobresalía de su chaleco antibalas.

Ríos entró por la puerta con el arma dispuesta. Se detuvo al ver a Marston y al hombre que se agitaba bajo la llave de sujeción de Caitlin, entre platos rotos y billetes arrugados.

Marston se arrancó el cuchillo del chaleco.

—Todo despejado.

Ríos bajó el rifle.

—¿Ese tío ha salido de la tostadora o qué?

Caitlin esposó al hombre y lo obligó a ponerse de pie.

—Es el genio de la meta.

Los ojos de Ríos no transmitían la misma ligereza que su tono.

—Todo controlado —dijo ella.

Marston se tocó el chaleco e hizo una mueca, como si tuviera las costillas magulladas. Ríos le ordenó que pusiera el cuchillo en una bolsa como prueba y que se llevara al sospechoso en custodia. Cuando Marston se alejó, Hillyer apareció en la puerta.

—La casa está despejada —informó.

Caitlin siguió a Ríos al vestíbulo. Los chillidos y carreras habían cesado. Había tres hombres sentados en el suelo del salón, esposados, con las espaldas apoyadas contra la pared. Los oficiales de la policía de San Francisco contaban bolsas de cristal. Ella enfundó el arma y soltó el aire.

Por encima se oía ruido. Todos alzaron la vista hacia el techo.

Ríos señaló a Caitlin y Hillyer.

—Arriba. Dos dormitorios. Adelante.

El ruido que resonaba en la cabeza de ella se aceleraba como una alarma de incendios. No preguntó qué podía haber pasado por alto el equipo. Sacó de nuevo el arma y encabezó la marcha junto con Hillyer por el lúgubre vestíbulo. Notaba el chaleco muy pesado. También la SIG-Sauer, que llevaba agarrada en modo combate, con las dos manos. Al pie de las escaleras, Hillyer le puso la mano en el hombro. «Tranquila». Ambos subieron juntos.

En el piso de arriba, comprobaron el vestíbulo y el primer dormitorio. La puerta del segundo dormitorio estaba entreabierta. Desde dentro llegaban sonidos ahogados. Caitlin levantó la SIG. «No me van a sorprender otra vez. Estaré preparada».

Los sonidos se hicieron más intensos. Casi gritos. Hillyer y ella se detuvieron ante la puerta. Estaban medio ocultos, pero no a cubierto, no si quien estaba dentro decidía dispararles a través del contrachapado. Ella intentó calmar su respiración para que fuese más lenta. Asintió, Hillyer le apretó el hombro, y ella atravesó la puerta de repente, apuntando con la pistola hacia el origen del sonido.

—¡Sheriff! ¡No se muevan!

El chillido era cada vez más intenso. Hillyer pasó a su alrededor, moviendo el arma.

—¡Alto! ¡Alto! —Ella levantó un puño. Cogió el chaleco de Hillyer—. No te muevas. No respires. Quita el dedo del gatillo. —Bajó el arma—. ¡Dios mío!

Caitlin cerró la puerta delantera tras ella y pasó el cerrojo. Sus pasos resonaron en el suelo de madera. La luz de una mesita le confería un resplandor ambarino al salón. Fue a quitarse el cinturón de servicio. Los dedos no le obedecían y no podían desabrochar la hebilla. Cerró los ojos y apretó los puños. Al cabo de unos segundos, el temblor cesó. Desabrochó el cinturón y lo dejó caer, resonando, en la mesa de centro.

Tenía los vaqueros rotos y la rodilla hinchada por el golpe que se había dado en la casa de la metanfetamina, en el suelo de la cocina. El pelo rojizo despeinado. Bajo la camiseta blanca, la cicatriz del agujero de bala irregular que tenía en el hombro le dolía. El mundo le parecía brillante y acelerado.

Desde la parte trasera de la casa llegó Shadow corriendo. Con las grandes orejas alerta y la lengua colgando. Caitlin se arrodilló y enterró su cara en el suave y exuberante pelo de Shadow, y dejó que la perra le lamiera la cara. El temblor de sus manos cedió poco a poco.

Se echó atrás y miró los ojos brillantes de Shadow.

—¿Quién es una buena chica?

La perrita ladró y se sentó mientras meneaba el rabo. Era delgada y negra, y tenía las patas blancas. Caitlin le acarició el pelaje y gruñó un poco al reincorporarse.

Siguió a Shadow a la cocina y le llenó el cuenco de agua. La casita destacaba por su calidez en la noche neblinosa. Era una casa de alquiler en Rock Ridge, una casa estilo Craftsman, rodeada por la típica valla de listones de madera. Las colinas de Berkeley se alzaban detrás. El barrio era muy populoso y ecléctico, lleno de abetos y de hiedra desbordada. Eso quería decir que estaba a salvo, más

allá de la línea de fuego. Al menos, hasta que la línea de fuego llegase hasta su calle, bajando la colina.

Ya en el dormitorio, se quitó la SIG y la guardó en la cómoda. Se desvistió y se duchó para desprenderse del aroma de la metanfetamina y la tensión de los hombros. Se estaba poniendo unos vaqueros limpios y una camiseta cuando oyó un golpecito en la puerta delantera y una llave que giraba en la cerradura. Entreabrió la puerta y vio a Sean Rawlins cruzando el vestíbulo para dirigirse a su encuentro. Soltó el aire.

Sean acababa de salir de una guardia. Caminaba a pasos largos y lentos, sin quitarle ojo de encima, con las botas resonando en el suelo. Tenía el pelo oscuro alborotado por el viento. Ojos castaños de mirada intensa. Su tatarabuelo había cabalgado con los apaches chiricahua en la sierra Madre, y Caitlin pensaba en aquella mirada como la mirada guerrera de Sean. Esa mirada que decía «no intentes joderme» y que dedicaba a los sospechosos y a los vendedores de coches. Lo consideraba el hombre más guapo que había visto en su vida.

Una sonrisa acompañó aquella mirada. Él levantó una botella de tequila.

Ella se echó a reír, cogió la botella y dio un buen trago. Le ardía el pecho. Respiró con fuerza.

—Perfecto.

No bebía en días de diario, excepto en vacaciones, cuando había partido de los Warriors y cuando había tiroteos.

—Hay más —dijo él.

—Pues mejor.

Él la empujó desde el vestíbulo hasta la cocina. En la encimera, dejó una bolsa de papel marrón de una taquería del barrio.

—Alabado sea Dios —entonó Caitlin.

No se molestaron ni en sacar platos, sino que se comieron los tacos de pie, inclinados encima de la isla de la cocina y derramando la salsa pico de gallo.

—Y hay algo más —añadió él.

—¿Me ha tocado la lotería?

—Sales en las noticias.

La voz de él, por lo general fría, denotaba algo de emoción. Puso en marcha un vídeo en su móvil.

—Lo último que esperaba es verte salir de una casa de meta con un bebé en brazos —dijo él.

—Nunca se sabe lo que hay detrás de la puerta número tres.

La pantalla se iluminó. Era un avance informativo y, en efecto, ahí estaba ella.

Quizás el Equipo Operativo de Narcóticos había alertado a los medios sobre la redada. Quizás alguien había denunciado que se habían oído disparos. Se olvidó de la comida, fascinada mientras se contemplaba a sí misma como si fuera una extraña.

Salía de la puerta principal de la casa de la meta, con un bebé llorando entre los brazos. En pantalla, parpadeaba como si la hubieran cogido por sorpresa. Y así había sido.

Cuando pasó junto a la puerta del dormitorio de arriba, en la casa de la redada, estuvo así de cerca de disparar. Notaba todavía la presión de su dedo en el gatillo al entrar en la habitación, gritando... y callar de repente.

Fue al ver al bebé, una niña de solo unos meses de edad, que intentaba salir dando patadas de debajo de las mantas raídas que se amontonaban en el suelo. Por la ventana, abierta de par en par, entraba el aire frío. Los diminutos puños estaban apretados junto a su carita roja, y las piernas gordezuelas daban patadas sin parar. Caitlin enfundó el arma y la cogió en brazos. Asombrada.

Igual de asombrada se la veía en el vídeo. «Todo controlado», le había dicho a Ríos. Y una mierda.

—Era muy pequeñita, pero muy luchadora. Espero que eso sea buena señal —dijo.

—Siempre —repuso Sean—. Tanto si mides medio metro como si mides dos metros.

Ella le dirigió una mirada apreciativa, apagó el teléfono y se vio a sí misma reflejada en la ventana. Los ojos demasiado ardientes. Cogió la botella de tequila y dio otro trago. Quemaba menos que el primero.

Le pasó a Sean un brazo por la cintura, y señaló la placa de la ATF, la agencia

estatal encargada de asuntos de alcohol, tabaco, armas de fuego y explosivos, que él llevaba colgando de una cadena en torno al cuello.

—Tu turno ha terminado —observó.

Se la quitó y la dejó en la encimera. Después levantó a Caitlin en volandas y también la sentó encima de la encimera. Ella lo acercó a su cuerpo. Él olía a jabón y a aire libre.

—¿Tienes algo más para mí, esta noche?

Él sonrió, y parecía una promesa muy pícaro. Ella se echó a reír. Los restos de estrés se evaporaron. Lo besó. Luego lo abrazó y lo besó un poco más. Él le pasó los dedos por el pelo, echó la cabeza de ella hacia atrás y le besó el cuello.

Unos faros iluminaron la ventana. Ella se bajó de la encimera, agarrándose a él, y fue a cerrar los postigos. Se oyó una portezuela de coche que se cerraba.

Se quedaron parados. Volvieron a la ventana. Fuera, un coche del sheriff del condado de Alameda acababa de aparcar junto a la acera.

Se miraron el uno al otro. Un coche policía nunca era buena señal, ni siquiera en la casa de un policía. Llamaron con fuerza.

Ella abrió la puerta. La noche era fría.

El oficial de paisano que tenía ante ella parecía como muchos policías ancianos que se aferran al trabajo hasta que alguien les dice que ya es hora de jubilarse. Mejillas hinchadas, hombros caídos. Su expresión seria decía que pasaba algo realmente malo.

—Detective Hendrix. Necesito que venga conmigo.

El viaje fue muy largo, de una hora nada menos. Salieron de la ciudad y se internaron por el campo, que estaba a oscuras. Nadie hablaba. Los faros fueron barriendo campos vacíos hasta que doblaron un recodo junto a una frenética burbuja de rojo y azul. El tramo de carretera donde se detuvo el coche estaba desierto. Las luces que relampagueaban iluminaban unos maizales. Un helicóptero de la policía pasaba por encima. Una docena de policías estaban en movimiento en el terreno.

Caitlin bajó del coche. El viento era frío. El cielo nocturno estaba despejado. A dos pasos del coche, notó que la tensión era grande.

Reconoció al hombre que la esperaba en el arcén. Iluminado por detrás por las luces que giraban, con el abrigo aleteando en la corriente de aire producida por el helicóptero, el sargento superior de Homicidios Joe Guthrie la vio acercarse. Con los brazos en jarras. El aliento humeante. Esbelto y seco, con los ojos hundidos y oscuros, parecía alerta y agudo como un zorro. Tenía fama de investigador metódico, un hombre que iba buscando las debilidades con enorme paciencia y, cuando las encontraba, te desgarraba la garganta. La miró atentamente, mientras ella se acercaba a él. La sopesaba. Ella respiró hondo y le devolvió la mirada.

—Tiene que ver una cosa —dijo él.

Caitlin comprendió sin apenas margen de duda qué era esa cosa. Firmó el registro de entrada al escenario del crimen y se preparó. Había visto cadáveres antes, en la sala de autopsias y en el escenario de colisiones frontales, y en el suelo de sucias cocinas, un marido sangrando por una herida de cuchillo mientras su mujer luchaba por quitarse las esposas, gritando: «¡Se lo merecía, el muy cabrón!». La muerte adoptaba innumerables formas, y ella podía enfrentarse a todas ellas.

Apartaron los tallos en el maizal hasta llegar a un pequeño claro. Los focos del helicóptero pasaban por encima de ellos. Guthrie se apartó a un lado para enseñarle lo que se encontraba en el centro del claro.

Era una mujer joven. Tenía la piel blanca como el papel, y el pelo apelmazado y rojo por la sangre seca. La habían estrangulado.

El látigo le había arrebatado la vida, atado muy tirante en torno a su cuello. Unas marcas de azotes rojas le atravesaban la cara y el rostro, como rayas feroces. La blusa, cortada por el látigo, estaba abierta, y mostraba el símbolo que le habían incrustado en el pecho con unos clavos brillantes.



Caitlin se apartó y se dobló en dos. Se contuvo y se quedó allí un buen rato, con las manos en las rodillas y los ojos cerrados. Tenía que hacer un esfuerzo y respirar.

—Detective —dijo Guthrie.

La voz le llegaba como si viniera desde un pozo de treinta o cuarenta metros de hondo. La noche olía a tierra y a hierro.

«Es imposible —se dijo a sí misma. Pero notaba como si todas las pesadillas que había tenido en su vida cobraran vida de repente, rugiendo—. Desapareció hace muchos años. Hace décadas».

Abrió los ojos y se volvió para verlo de nuevo. Para probarse a sí misma que era real. Ese mismo símbolo, grabado en la carne de otra víctima. Su símbolo. Su locura.

El Profeta.

La cara de la víctima estaba llena de polvo y vetada de lágrimas secas. Los finos hilos de sangre que corrían desde los clavos significaban que todavía estaba viva cuando se los clavaron. No debía de tener más de veinticinco años.

Caitlin miró los ojos muertos de la mujer. De un azul liso. Notaba que Guthrie estaba de pie junto a ella. La examinaba muy de cerca. Vigilaba su reacción. Ella cerró los ojos para no ver el rostro de la víctima, pero un efecto visual la había dejado grabada en sus retinas. Se le cerró la garganta, y un dolor lleno de aturdimiento se abatió sobre ella. Luchó para dominarlo. Todo, hasta poder hablar de nuevo.

—¿Dónde está el otro cuerpo?

—Mire, no sabemos si es él —dijo Guthrie—. Podría ser un imitador...

—¿Él ha llamado por teléfono a la familia?

—Así hemos sabido dónde encontrarla.

«Deja eso —pensó ella—. No pienses ahora en su familia. Concéntrate en el

escenario».

Pero no podía. Le volvía de nuevo todo lo que sabía del Profeta. Que cogía dos víctimas a la vez y las colocaba en escenarios grotescos, como si fueran maniqués en unos escaparates infernales. La forma que tenía de grabarles en la carne su firma: el antiguo signo de Mercurio, mensajero de los dioses, guía hacia el inframundo. En una víctima lo marcaba con un cúter y vertía mercurio líquido en la herida.

—¿Dónde está la nota? —preguntó.

Guthrie dudó.

—Siempre había una nota —dijo.

Guthrie llamó a un oficial cercano, que trajo una bolsa de pruebas. El oficial la levantó y se la enseñó a Caitlin. Detrás de la gruesa tira de cierre roja, dentro del plástico transparente, se encontraba una hoja de papel blanco. Caitlin leyó el mensaje escrito a mano.

*Años y años pasaron, y pensasteis
que me había ido. Pero el cielo y el infierno dan muchas vueltas, ángeles caen, el mensajero
desciende y
esa insolencia vuestra hace mucho daño, se acaba vuestro desafío. Por mucho que gimáis y os
enfurezcáis,
trae gran dolor el equinoccio.
Es como un huracán que golpea. Temblad: no podréis ocultaros.*

Lo leyó despacio, dos veces, forzando las palabras para evitar que se agitaran ante su campo de visión. El viento la dejaba helada. «Trae gran dolor el equinoccio».

Era él.

—Esta es la primera noche de primavera. El equinoccio vernal —dijo ella.

Todos los que vivían en la Zona de la Bahía entre 1993 y 1998 sabían lo que eso significaba, porque la noticia había aparecido en las portadas de todos los periódicos, y en todos los noticiarios.

Once asesinatos, todos sin resolver.

Un sospechoso desconocido al que llegarían a apodarar «el Profeta». Consiguió que las mujeres se quedaran en casa, en lugar de salir solas. Que los padres hicieran entrar en casa a sus hijas antes de oscurecer y las encerraran dentro.

Hasta que desapareció.

«No podréis ocultaros». Caitlin leyó de nuevo la nota, notando la mirada de todos los oficiales que estaban en el maizal. Todos la contemplaban.

—La segunda víctima —dijo.

—Por eso tenemos el helicóptero aquí. No hemos encontrado a nadie.

Desde la carretera, otro detective hizo señales a Guthrie. Allí había aparcado un coche, un periodista. Un hombre con el pelo lacio y gris, que intentaba pasar entre los ayudantes del sheriff y llegar a la escena. Guthrie se alejó, con la cabeza gacha, sin decir nada más.

Caitlin miró el maizal. Su aliento se congelaba en el aire de la noche, iluminándose a la luz de las sirenas que relampagueaban. Los tallos rozaban al dar otra pasada el helicóptero.

Ella iba repitiendo las frases de la nota mentalmente. «El cielo y el infierno dan muchas vueltas». Miró el largo surco de tierra negra que estaba entre las hileras de plantas de maíz. «Esa insolencia vuestra». El surco arado corría hacia un punto en el horizonte, y más allá, hacia la oscuridad.

Cogió la linterna que llevaba en el cinturón. Unas gomas elásticas del bolsillo de sus vaqueros. Se las pasó por la puntera de las botas para identificar sus pisadas. Los pies silenciosos en la tierra blanda, fue siguiendo el surco. Despacio. Paso a paso, dirigiendo el haz de su linterna por delante, comprobando cada centímetro de tierra en busca de huellas de pies o signos de alteración. Al final, tranquilizando su aliento, escuchó la noche. Todas las voces habían quedado tras ella. Por delante solo estaba el viento y las plantas de maíz, rozándose entre sí.

Al final de la hilera hizo una pausa. ¿Qué dirección seguir?

Podía dirigirse hacia la carretera o bien hacia el campo. Si todo aquello era un juego, ¿cómo lo habría imaginado el Profeta?

Le gustaba hacer exámenes, provocar. Era tanto un hacha sangrienta y roma

como un pincho muy agudo. Ella se lo imaginaba dejando caer el cuerpo de una víctima en la línea central de una carretera rural. Sería descarado y grotesco... uno de sus estilos favoritos. Pero si hubiera hecho eso, aunque fueran las dos de la madrugada, el enjambre de vehículos del sheriff y el helicóptero que pasaba sin parar lo habrían descubierto.

Y un rastrillo había preparado este terreno. Dio la vuelta al extremo para seguir el siguiente surco, adentrándose más en el campo.

Donde acababa el surco volvió a dar la vuelta, internándose más entre el maíz. Las voces de los detectives y los polis de uniforme, el ronquido de las radios de los policías, el gemido del motor del helicóptero se fueron alejando. La oscuridad susurrante creció a su alrededor.

Entonces, al final de aquella misma hilera, su linterna captó un leve brillo entre la tierra. Se quedó completamente quieta. Intentó asegurarse de que lo estaba viendo de verdad.

Un rastro de un líquido plateado formaba una flecha al dar la vuelta el siguiente surco.

Brillaba bajo la luz de la linterna. Estaba claro. El líquido yacía en la tierra sin empaparla, sin tocarla siquiera, al parecer. Bajo el brillo de su linterna, era un espejo movible, que se agitaba. Azogue. Mercurio.

—¡Guthrie!

Sacando el arma, dio la vuelta al extremo final y pasó entre los tallos.

La segunda víctima yacía allí delante. La sangre seca manchaba los clavos de plata que le habían metido en el pecho.

Mientras apartaba a los lados los tallos del maíz, Guthrie vino corriendo. Quedó a la vista, a su lado, y se detuvo muy cerca.

Dejó escapar un uh duro e involuntario. Se quedó mirando un buen rato, y luego llamó a gritos a los médicos forenses.

—Ha interpretado el código del mensaje —le dijo a ella.

Ella asintió. No podía apartar la mirada del joven tirado en el suelo.

—¿Es él de verdad? ¿Es posible? —dijo Guthrie.

«Cualquier cosa es posible con el Profeta». Ella se quedó mirando el rostro de

la víctima. La cabeza echada hacia atrás. Los brazos muy abiertos, una postura de crucifixión. Llevaba un ángel aterrador tatuado en el antebrazo.

—Ojalá no lo fuera —dijo ella.

Guthrie miró a la víctima largo rato. Cuando habló, sus palabras salieron forzadas.

—Tengo que hablar con su padre.

—No.

Sonaba más abrupto de lo que le habría gustado.

—Es importante.

—No es buena idea. Dejémoslo fuera de esto.

—Nos ayudaría mucho.

Ella sacudió la cabeza.

—Hablar con él no servirá de nada. Y el hecho de que yo vaya no ayudará. Olvídelo.

—Vamos a hablar con él con o sin usted. Con usted sería mejor.

El viento alborotó el pelo de Caitlin. La oscuridad parecía susurrarle.

Guthrie volvió la cara hacia ella.

—Su padre estaba a cargo de la investigación. Su compañero ha muerto. No queda nadie más.

El coche de Guthrie atravesó Oakland por una autopista vacía, con los faros asaeteando la oscuridad, y los neumáticos zumbando una letanía en los oídos de Caitlin: «No, no, no». El horizonte estaba manchado de gris hacia el este. En el asiento trasero había un abultado expediente. Caitlin estaba familiarizada con su contenido, porque lo había visto antes.

—Este caso... —Guthrie conducía con una sola mano, y se frotaba la mandíbula con la otra—. Lleva veinte años inactivo. Más frío, imposible.

Caitlin se acurrucó contra la portezuela, absorbiendo las ráfagas de aire de la calefacción. Pensó que Guthrie trataba por todos los medios hacerla sentir culpable para que lo ayudase en esa expedición.

Él le echó un vistazo.

—Casi todos los testigos han muerto, y la mitad de las pruebas han desaparecido.

—¿Perdidas? ¿Robadas?

—La gente se lleva recuerdos... Es repugnante, pero ¿acaso te sorprende?

El enfado apenas le duró unos segundos. Claro, la gente se lleva recuerdos. Un asesino en serie de la... ¿cómo podríamos llamarlo?, ¿altura, enormidad?, del Profeta... La gente quería un recuerdo suyo. Querían tocar un cable eléctrico y notar la corriente que pasaba por él. Sin quemarse, claro.

Se sentía mareada hasta la médula.

El escenario del crimen en el maizal era una zona rural no incorporada. Por eso la llamada había llegado a la oficina del sheriff de Alameda.

Ese era su método. Siempre lo había sido. El Profeta era astuto y estaba bien informado. Como otro infame asesino local, el del Zodíaco, perpetraba sus crímenes a lo largo y ancho de la Zona de la Bahía. Eso significaba que

participaban múltiples departamentos de seguridad del Estado. Cada uno con su propio territorio que custodiar, su propia reputación en juego. La comunicación fue muy irregular. Las pruebas y líneas de investigación se superpusieron o se olvidaron, y no se compartieron. No había ni un solo archivo centralizado sobre el Profeta, porque media docena de departamentos de policía y del sheriff habían investigado cada uno por su cuenta. La enorme carga de trabajo, la presión y las rivalidades condujeron a errores.

«No es un imitador».

Guthrie la miró.

—¿Qué es eso que hemos visto?

—Creo que es él.

Clavó la mirada antes de que la bahía apareciera ante ella. El puente de la Bahía surgió, gracioso y curvado, con sus altas torres iluminadas de blanco ante el cielo que precedía al amanecer. Más allá, los rascacielos de San Francisco trepaban por las colinas y se reflejaban con ecos dorados en las aguas negras.

«La gente no lo sabe —pensó Caitlin—. La pesadilla de esta ciudad ha vuelto y la gente no lo sabe».

El sol irrumpió por encima del horizonte cuando cruzaban el puente. Se dirigieron al sur, hacia Potrero Hill, a través de unas calles muy empinadas, repletas de bloques de pisos y casas de madera de estilo victoriano. Las viviendas parecían más destartaladas y descuidadas a medida que iban pasando manzanas. Ya se veía gente caminar hacia la parada del autobús, con las manos bien metidas en los bolsillos del abrigo.

Guthrie dio la vuelta a una esquina y Caitlin señaló:

—Allá arriba, a la derecha.

Aparcaron en la calle, frente a una casa de huéspedes pintada de un color verde espuma de mar bastante feo. Era una casa victoriana que habría costado una fortuna en aquella parte de San Francisco, que ya se estaba gentrificando, de no ser por la pintura descascarillada y los cubos de basura desbordantes. La calle estaba muy inclinada hacia las aguas de la bahía, que se veían llenas de cabrillas blancas y doradas, a la luz del sol.

La vista era espectacular. Pero estaba a un mundo de distancia del cuidado rancho en Walnut Creek donde vivía de niña. Por suerte, Guthrie no dijo una palabra.

Dentro de la casa, desde una ventana saliente que ardía con el sol matinal, una figura los observaba, oscurecida por el resplandor. Cuando subieron los escalones se abrió la pesada puerta delantera.

Mack Hendrix estaba de pie en la penumbra del vestíbulo. Caitlin levantó una mano a modo de saludo.

Mack mantuvo la mano en el picaporte, como si quisiera darles con la puerta en las narices. Se le veía muy desmejorado y macilento, con el pelo muy corto, blanco y erizado. La camisa de franela azul le quedaba tirante por los hombros. Caitlin se preguntaba si habría vuelto a trabajar de temporero en la construcción. Tenía los ojos despejados. Llevaba una taza en la mano que olía a café, no a whisky.

—Detective Hendrix... —lo saludó Guthrie.

—Ya no soy detective. —Mack miró el expediente que llevaba Guthrie en la mano, y luego a su hija—. ¿Por qué has venido?

No era una pregunta y Caitlin lo sabía. Era un reto.

Guthrie subió hasta el umbral.

—Tenemos dos muertos. Un hombre y una mujer.

Mack no le hizo ni caso. Miró a Caitlin, quien comentó:

—Es él. Es el Profeta.

Mack se quedó quieto un momento, tan inexpresivo como un bloque de cemento. Luego se volvió y se introdujo en la penumbra del vestíbulo; dejó la puerta abierta.

La mandíbula de Caitlin se tensó. Guthrie y ella siguieron a Mack por el recibidor hasta el salón. La casa olía a comida frita y a ambientador, como el baño de un McDonald's.

Guthrie le tendió el grueso expediente.

—Este es su archivo del Profeta. Su libro de asesinatos. Todo lo que sabe.

Mack caminó de lado hacia la ventana saliente y miró hacia fuera. Parecía

vibrar, iluminado a contraluz por el sol estridente.

—No está nunca todo en el expediente. Él no está en el expediente. Él...

Agitó una mano como si el humo formase volutas en el aire, y se apretó el puño contra la frente.

—Justo por eso lo necesitamos —objetó Guthrie, pero Mack hizo como si no lo viera.

Caitlin notaba que la electricidad estática llenaba la habitación. Había que respetar unos ritmos y unos tempos si querían que Mack se concentrara. El problema era que esos tempos y esas normas cambiaban a su capricho. Y nunca sabías qué lo haría saltar. No llevaban allí ni minuto y medio, y ella ya veía avecinarse una tormenta.

—Deme todo aquello que no puso en el expediente —dijo Guthrie—. Impresiones. Pálpitos.

Mack negó con la cabeza. Caitlin sabía que detrás de sus ojos había empezado a proyectarse una película.

—¿Cuál es su victimología? —preguntó Guthrie—. ¿Qué significa para él el símbolo de Mercurio? Tenemos que ponernos al día rápidamente.

—No puedo ayudarlo.

—Entonces, sus notas privadas. Trocitos de papel. Apuntes. Post-its.

—Los quemé. Los destruí todos. —Mack arrojó una mirada a Caitlin, miró al suelo y luego se volvió hacia ella—. Este caso te arruinará la vida. Aléjate de él como del demonio.

Saltaron los plomos. Pero no los de Mack, sino los suyos.

—Qué fácil te resulta decirlo ahora —le reprochó.

Mack se inclinó hacia ella e hizo señas de unas comillas imaginarias.

—«Sueños de dominio y control contrastan con las inadecuaciones internas del asesino». —Su voz se volvió insistente—. Dominio y control. Dominio y control. Te lo dije, los asesinos en serie nunca lo dejan.

—¿Y eso es todo? ¿Recitar su perfil? Vamos...

Guthrie abrió el expediente.

—Usted advirtió de que la cosa iría a más. Lo supo al leer su carta. —Pasó el

dedo por la nota—. «Mercurio habla a través del cielo. Controla lo vertical. Controla lo horizontal. Él...».

—¿Cree usted que yo descifré su plan solo leyendo esa carta?

A Mack le latía una vena en la sien.

—«Asciende con el sol. Y, ¡después de la publicidad!, vencerá. Sintoniza para oír su mensaje, en el número siete del dial». Con esto dedujo su calendario. ¿Cómo?

—Con mi Anillo Descodificador del Profeta. El cable de mi cabeza que sintoniza Radio Satán.

Caitlin cerró los puños y los volvió a abrir.

Mack extendió las manos. La taza de café temblaba.

—Ascender, Mercurio, siete. Un mapa celeste mostraba a Mercurio elevándose en el horizonte siete grados al sudeste del sol, la mañana del 18 de abril. —Lanzó a Guthrie una mirada feroz—. Iba a matar ese día. Todo el mundo tendría que haberlo visto, y no solo el Capitán Loco.

—Papá, basta —lo cortó Caitlin.

La sonrisa de él era cortante.

—Ayúdame, basta... Decídete.

Ella se clavó las uñas en las manos.

—Va a matar otra vez. Quizás el 18 de abril. Faltan menos de cuatro semanas.

—O no. Tiene paciencia. Veinte años... Es capaz de esperar más que la propia muerte.

En una mesita de centro, Guthrie extendió unas fotos tomadas en el escenario del crimen del maizal.

—Ya no espera más.

La boca de Mack se movió en silencio; apenas un instante. Una luz salvaje relució en sus ojos.

Guthrie se volvió hacia él.

—¿Odia a ese tío? Ayúdenos a atraparlo.

Mack dejó escapar un rugido y arrojó la taza a través de la habitación. Se rompió contra la pared. El café se desparramó.

—¡No me enseñe esa mierda!

Las manos temblorosas se cerraron, los puños tensos, y se puso en guardia ante Guthrie. Caitlin saltó entre ellos, apretó las manos contra el pecho de su padre y lo empujó hacia atrás.

—¡Por el amor de Dios! Esto no tiene nada que ver contigo. ¿Puedes centrarte por un minuto y recapacitar? —lo sermoneó.

Una mujer que iba en albornoz y mocasines apareció en la puerta. La dueña de la casa, a juzgar por la cara que puso.

—Mack... —comenzó.

Él no respondió. Retrocedió para alejarse de Caitlin. Respiraba con fuerza y se rascaba los antebrazos.

—No se preocupe —se excusó Caitlin—. Yo lo limpiaré y pagaré la taza.

La mujer murmuró algo y se alejó arrastrando los pies por el vestíbulo.

Mack se quedó mirando las fotos del escenario del crimen, repartidas aquí y allá. El dolor oscurecía su cara. Caitlin sabía cuál era el terrible espectáculo que se proyectaba en su cabeza. El último día. El cementerio. Seguía rascándose los brazos. Se levantó las mangas y se clavó los dedos en la piel.

Caitlin dio la vuelta para enfrentarse a él.

—Las últimas víctimas. La mujer y el hombre —«los chicos», pensó—, en el maizal. Estaban vivos cuando los claveteó.

El pecho de Mack subía y bajaba.

—Ya sé adónde quieres ir a parar. Quieres detener lo que yo no pude detener. Hacer las cosas bien. Si crees eso, él ya se habrá cobrado su siguiente víctima.

Ella enrojeció.

—No importa por qué lo hago. Necesito una ventaja. Ayúdame.

Le lanzó una mirada despiadada.

—Me estás pidiendo que te ayude a hacer de policía. Caitlin Rose, ya no tienes nueve años. No seas patética.

Las palabras le sentaron como un jarro de agua fría. Él se inclinó, pronunciando con cuidado cada palabra.

—Aléjate de este caso. Huye de él. Ni se te ocurra cogerlo.

Ella lo miró. Allí donde habían quedado al descubierto sus antebrazos, se veían unos tatuajes. Él retrocedió.

—Sal de aquí. Vete.

Caitlin retrocedió también.

—Sargento Guthrie, hemos terminado aquí.

Salió por el vestíbulo sin mirar atrás. La sangre le latía con fuerza.

¿De dónde habían salido esos tatuajes? ¿En qué estaba pensando aquel hombre?

Mack solía llevar manga larga. Al igual que ella, cuando estaba de servicio, porque también tenía los brazos marcados. Pero ese tatuaje... en el brazo derecho, Caitlin. Eso la había dejado muy afectada. Confusa. Pero no tanto como el tatuaje del brazo izquierdo.

Era el símbolo de Mercurio. ¿Qué demonios le estaba pasando?

Caitlin bajó corriendo los escalones de la casa de huéspedes hasta la calle, y se puso las gafas de sol para ocultar los ojos. En la puerta, detrás de ella, la casera se embolsó el dinero que ella le había ofrecido para pagar la taza y la limpieza de la alfombra. La mañana vibraba con la luz del sol. No eliminaba el frío, pero añadía un rumor, un zumbido detrás de sus ojos. Una migraña amenazaba con aflorar. Llevaba toda la noche levantada, y el cansancio le resultaba insoportable. Sabía que tenía la cara muy roja.

Guthrie estaba al teléfono, apoyado en el coche, de espaldas a ella. En un segundo se dio cuenta de que hablaba con el teniente de narcóticos de ella.

—... pérdida de tiempo —decía Guthrie—. Hendrix es un caso perdido.

Ella dudó, y avanzó con paso titubeante. Esa costra que siempre acaba arrancada.

Siempre sería así. Caminó hasta el coche. Guthrie la miró, algo violento, y puso fin a la llamada. El aire ahora parecía caldearse.

—Sargento, quiero trabajar en esta investigación —declaró ella.

Él apartó su teléfono.

—¿Quiere que la destinen a Homicidios?

—De inmediato.

Él la examinó de nuevo, sin disimulos, de pies a cabeza.

—¿Sabe lo verde que está?

—Puede mirar mi expediente.

Sabía lo que encontraría en él. Edad, veintinueve años. Siete años de patrulla. Recibió un disparo en el hombro durante el atraco a un banco. Solo seis meses como detective, pero en su primer caso en Narcóticos consiguió detener al

Pirómano de la Casa de Cristal, un traficante de meta que pegaba fuego a los laboratorios de droga de los rivales.

Guthrie siguió mirándola. Había que olvidarse del orgullo por su trabajo. Olvidarse de su juramento como oficial. Ahora, al parecer, su único mérito se reducía a ser la hija de papá. Pues bien, que así fuera.

—Sí, estoy muy verde, es cierto. Pero tengo algo que nadie más puede darle.
—Señaló hacia la casa de huéspedes—. Sus conocimientos.

Guthrie sonrió lentamente.

—¿Puede mantener los ojos abiertos y la cabeza baja mientras aprende cómo funciona una investigación de homicidio?

—Puedo hacer lo que sea necesario.

Él frunció los labios. Parecía preocupado, pero quizás estuviera dispuesto a darle una oportunidad.

—Su teniente decía lo mismo por teléfono, ahora mismo. Se está gestionando su traslado.

A ella se le aceleró el corazón.

—¿Y por dónde empiezo?

—Con los archivos de los casos antiguos.

El viento cambió y le alborotó el pelo alrededor de la cara. Parecía girar en un gran arco a través de la bahía.

El Profeta andaba por ahí fuera. Recreándose, rabiando, planeando.

«Mack está equivocado —pensó Caitlin—. Vamos a detenerte de una puta vez, eso seguro. Vamos a por ti, hijo de puta».

—Claro, jefe —dijo.

Sean la esperaba cuando entró por la puerta. Estaba a punto de irse a trabajar, con la placa alrededor del cuello y la Glock 22 metida en la funda, junto a la cadera. El sol entraba a raudales por las ventanas de la cocina. Él le sirvió una taza de café, pero ella la dejó en la encimera y enterró la cara en el pecho de él.

Él la rodeó con los brazos. Se quedaron ahí estrechamente abrazados durante

un minuto entero. Él no dijo nada. Se daba cuenta.

—Esta vez —dijo ella obligando a su incertidumbre a convertirse en un juramento—, esta vez lo vamos a detener.

—Si necesitas algo, Cat...

Ella lo apretó más fuerte aún.

—Eso es todo. Tenemos que detenerlo. Es nuestra única oportunidad.

Él se echó un poco atrás, la miró a los ojos y asintió. De policía a policía.

El agente especial Sean Rawlins llevaba dos años con ella. Comprendía por qué el Profeta era un nombre que ella no mencionaba nunca. Sabía que era el veneno que había abierto un agujero en su vida, que había hecho de ella una marginada, de niña, y que la había llevado a convertirse en oficial de policía. Sabía cómo le estaba afectando todo aquello.

—Lo que le ocurrió a mi padre no me va a pasar a mí —declaró ella—. El caso es el caso. Mi vida es mi vida. No se mezclarán nunca.

—Te tomo la palabra.

—No te preocupes.

La preocupación en el rostro de él no hizo más que acentuarse.

Sabía que cuando ella solicitó entrar en la academia, escribió unos propósitos en un cuaderno: «Dedicación. Persistencia. El trabajo se queda en la comisaría». Este último era más fácil decirlo que hacerlo.

—Lo juro —dijo ella.

Él no quería expresar ningún miedo, pero le cogió la cara entre las manos.

—Ten cuidado.

—Comparado con Narcóticos, Homicidios es un jardín zen. Los detectives apenas tienen que saltarse los límites de velocidad.

—En este caso, no.

Al igual que muchos policías, Sean veía el mundo como un lugar peligroso, donde con suerte podía hacer lo justo para mantener a salvo a las personas más importantes de su vida: Caitlin, su hija de tres años y su exmujer. Tocó el hombro de Caitlin, donde ella había recibido el balazo unos años antes. Luego le puso la mano en el corazón.

—Cuidado. ¿Me oyes? —le dijo.

Ella asintió. Lo tenía. «Y te tengo a ti también, gracias a Dios».

—Sí. Y ahora tengo que ir a la comisaría.

A las cuatro de la tarde, las aulas del Instituto Sequoia estaban muy tranquilas. Los autobuses habían arrancado ya. Algunos miembros del equipo de atletismo estaban entrenando, y se oía el coro a capela. Pero el cuidado campus de las afueras de Pleasanton se estaba vaciando. Apenas rondaban por allí algunos profesores y conserjes.

En su clase de matemáticas, Stuart Ackerman recogía las cosas tras la jornada laboral. Borró la pizarra, haciendo una pausa al llegar a una ecuación algebraica que algunos chicos de noveno habían escrito cuando él no miraba. $100c \times 100c = 200dd$. Los ceros se habían convertido en tetas muy abultadas, completando la broma.

Qué descarados. Pero al menos los chicos mostraban interés.

Borró el dibujo casi con pena. Conocía a muchos tíos de su edad, treinta y tres años, cuyo sentido del humor no habría soportado ese tipo de cosas. Él mismo intentaba ser un adulto de verdad. Con la camisa bien abrochada y pantalones de tela, y corbata, excepto los viernes. El pelo corto, aunque con un corte moderno (su madre se lo había asegurado) y una barba de pocos días muy *hipster* de la cual la administración de la facultad nunca se quejó, gracias a los resultados de los alumnos en los exámenes. Metió un montón de trabajos en su maletín. Tenía los antebrazos estupendos, decidió. Tres días en el gimnasio y ya lo notaba. Bien.

Estaba de un humor primaveral. Se acercaba el fin de semana de Pascua.

Cerró el maletín y cogió las llaves. Tocó el teléfono móvil: se había quedado sin batería. Miró el ordenador del escritorio. Los dedos le cosquilleaban. Estaba prohibido su uso personal. «Borrar historial» estaba deshabilitado. La universidad podía rastrear todas las webs que visitara.

Pero se sentía bien. Afortunado. Se sentía... «Va, por favor, por favor...».

Solo una vez, decidió. Bueno, solo una vez más. Solo un minuto. Se inclinó sobre el teclado y ah, qué rápido, comprobó una web.

Hola, chico.

Tenía un mensaje privado de Starshine69.

Se sentó. Vaya foto.

Un breve parpadeo en la pantalla. Levantó las manos del teclado, preguntándose si habría algún contacto suelto o si la señorita Lovado, de la oficina del vicerrector, estaría espiándolo en secreto, encorvada en su pequeño cubículo como un gnomo del KGB. La pantalla se despejó.

El mensaje de Starshine decía:

Parque Silver Creek, mañana a las 9 de la noche.

Él respondió sonriendo:

Dispuesto para el jaleo.

Fuera, balanceó el maletín y apuntó con desparpajo el llavero hacia su coche, como un James Bond que desfundara con rapidez. Sentía casi vértigo al subirse a su Toyota Sentra.

Al cerrar la puerta del conductor, captó otro parpadeo. Frente a él, al otro lado de la calle, un todoterreno negro avanzaba al ralentí. El conductor llevaba unas gafas de sol... ¿o eran prismáticos?

El todoterreno se alejó.

Ackerman salió al tráfico tras él. Desechó la extraña sensación. *Fight Song*. Subió el volumen y acompañó la canción. Qué sincronización más perfecta. Qué buena señal.

La comisaría de policía de Briarwood se encontraba situada entre dos parques empresariales en una amplia calle de las afueras. Caitlin entró en el aparcamiento a las siete y media de la mañana. Cerró la puerta de su Highlander y se dirigió a pie hacia el edificio. Se había levantado algo de viento, que agitaba las hojas verdes y primaverales de los arces. Ella llevaba todavía el pelo húmedo de la ducha. Vestía una camiseta de manga larga blanca y cómoda, unos vaqueros, unas botas Doc Martens, su placa y la SIG-Sauer P226 en una funda en la cadera.

Un coche patrulla pasó a su lado, un pulido Dodge Charger que se dirigía a la calle. Caitlin hizo un gesto como saludo. Cuando pasó por la puerta, la recepcionista civil que estaba detrás del mostrador le sonrió oculta detrás de un rollito de canela.

—Buenos días, Paige —la saludó Caitlin.

—Bonito día.

Paige se chupó el glaseado del pulgar.

Aquella chica era Miss Subidón de Azúcar. Cuando llegaban los ciudadanos a informar de algún delito, ella los saludaba animosamente, con la gracia predadora de un gatito. Le gustaba enterarse de las infracciones del Código Penal que los habían llevado hasta allí. Según Caitlin, tendrían que destinarla a la patrulla de Tráfico durante unas cuantas semanas, para que espabilara un poco.

Caitlin introdujo un código, la puerta zumbó y la dejó pasar. El ladrillo visto de la comisaría y su madera clara pretendían ser deliberadamente tranquilizadores. Y funcionaba, porque la curva de aprendizaje de los nuevos detectives se disparaba. Ella quería ser detective desde que iba a la guardería y veía a su papá enfundar la 38, tomarse el café ardiendo y quemarse la boca con

él, y salir de casa a toda prisa para atrapar a los malos. Pero algunos días se sentía como el vaquero que monta la bomba H en *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*. Métodos de interrogatorio. Protección de la integridad de las pruebas. Técnicas de irrupción. ¡Yiiijaaa...!

Al otro lado de la sala, Guthrie le silbó. A juzgar por la intensidad de su mirada, estaba en la cresta de una ola de cafeína.

—Trajeron más archivos anoche. Súbalos desde Pruebas. El equipo se reúne dentro de veinte minutos.

Treinta horas después de que se encontrara la primera víctima en el maizal, el departamento había considerado prioritario investigar aquellos asesinatos. Guthrie había reunido un batallón de detectives y había convertido una parte trasera de la comisaría en un centro de operaciones.

Un muro estaba cubierto de mapas, perfiles, antiguos retratos robot de sospechosos. Y fotos de las escenas de los crímenes. Caitlin contempló las nuevas fotos que habían pegado allí. El maizal, los cuerpos, tres huellas (del número 43, de hombre), y el rastro de mercurio. Una tras otra, como las estaciones del viacrucis. Se acercó a la pared.

Era el templo del Profeta.

23 de septiembre de 1993. Giselle Fraser. Hallada muerta, colgada por las muñecas de una viga. Las avispas se arremolinaban en tal cantidad en la choza que los servicios de emergencia apenas veían.

20 DE MARZO DE 1994. David Wehner. Asfixiado con una bolsa de plástico y abandonado en una feria ambulante. Una foto en el escenario del crimen mostraba el túnel de la risa, un puesto de algodón de azúcar, atracciones (Wild Mouse, Limbo, Skee-Ball) y el cuerpo de Wehner, sobresaliendo de un asiento de una noria. Llevaba una nota sujeta en su camisa: «Esto es una señal de lo que era, y lo que es, y lo que está por venir».

Así fue como se bautizó al asesino. «Habla como un profeta. Sí, se cree un profeta». El público lo adoptó enseguida, luego los medios de comunicación y, por último, también la ley.

Todo el mundo, excepto el propio asesino. Él nunca se refirió a sí mismo con ningún nombre. Solo firmaba sus mensajes con el símbolo de Mercurio.

21 DE MARZO DE 1995. Barbara Gertz. Apuñalada, arrojada a un túnel de lavado de coches.

12 DE ABRIL DE 1996. Helen y Barry Kim, la primera pareja asesinada. Muertos a golpes, arrojados en un vertedero. *Post mortem* los perros mordisquearon sus cadáveres.

26 DE ABRIL DE 1997. Justine y Colin Spencer. Sus cuerpos cayeron de la parte trasera de un volquete que entregaba piedras a una obra. El símbolo lo había cosido a su piel con hilo de pescar.

Ese detalle tan macabro se le había ocultado al público. Mantuvo despierta a Caitlin durante semanas, echada en su cama y helada, mientras el viento agitaba los árboles que golpeaban el tejado. Durante gran parte de su niñez durmió muy mal. Todavía seguía sin dormir bien.

20 DE MARZO DE 1998. Lisa Chu. La adolescente fue arrojada a un tanque de tratamiento de aguas, encadenada a un parachoques de cemento de un aparcamiento. En el antebrazo le habían escrito un mensaje con tinta indeleble.

Cuando Caitlin se quedó delante de aquella foto, un recuerdo ya casi borrado volvió con fuerza: estar sentada con las piernas cruzadas frente al televisor, jugando con sus Barbies, cuando de repente apareció una reportera. Una señora que daba las noticias, muy seria, ante el dibujo de un hombre con un bastón y cuernos de demonio.

—El Profeta ha atacado de nuevo, y ha dejado un terrorífico mensaje, escrito en la propia piel de la víctima: «Ira infinita y desesperación infinita».

La voz de su padre resonó entonces.

—Por Dios bendito, Sandy... ¿Has dejado puestas las noticias?

Corrió hasta llegar al aparato y lo apagó.

—Mierda.

Lanzó el mando a distancia contra la pared y fue corriendo a la cocina, y Caitlin no se movió, porque sus chillidos hacían que se le encogiera el estómago. Le oyó coger el teléfono y cuando se atrevió, miró por encima de su hombro y vio que deambulaba por la cocina.

—¿Lo has visto? Saunders, alguien se lo ha filtrado a esas hienas, joder.

Se sacudió el recuerdo visceral de aquella ira que empapó toda la casa.

18 DE ABRIL DE 1998. Tammy y Tim Moulitsas. Cementerio de Calvary.

Miró las fotos de la joven pareja. Guthrie pasó a su lado.

—Hendrix. Vamos.

Caitlin llevó las cajas de nuevas pruebas a un carrito y se unió al equipo, que se estaba reuniendo en el centro de operaciones. La luz era áspera, la energía irregular.

Tomás Martínez llevaba una camisa de bolera y un sombrero de fieltro ladeado en la cabeza rapada. Tenía el aire complaciente de un camarero de un bar de playa, pero sus ojos, endurecidos por el espanto, traicionaban la década que había pasado trabajando en Homicidios. Caitlin pensaba que las fotos que tenía en su escritorio, de su mujer y sus cuatro hijas, tenían algo que ver con ello.

Cuando ella entró, él levantó la barbilla a modo de saludo.

—Niña...

Ella se contuvo para no responderle: «Abuelo...». Tenía cuarenta y tres años. Y su voz sonaba cálida.

—Detective.

Mary Shanklin colocó una pila de expedientes en la mesa, los ordenó bien y examinó a Caitlin con una mirada inquisitiva. Shanklin venía del cuartel general de la oficina del sheriff de Oakland. De treinta y tantos años, la consideraban una investigadora disciplinada. Llevaba el pelo castaño sujeto en una cola de caballo tirante. Su pintalabios era del rojo de una señal de tráfico. Se parecía a la instructora demasiado estricta de las niñas exploradoras que Caitlin recordaba de su niñez. Y a una dominatrix a la que había arrestado una vez.

—Buenos días, detective —la saludó Caitlin.

Shanklin hizo un gesto breve.

—Hendrix.

Guthrie entró y clavó dos nuevas fotos en la pared. Ampliaciones de las fotos

del carné de conducir de las dos víctimas del maizal. Cuando Caitlin las vio vivas se le encogió el corazón.

Guthrie dio unos golpecitos en la foto de la mujer.

—Melody James. Veintiséis años. Desaparecida de Union City el martes por la noche. Acababa su turno como camarera en el Olive Garden a las once de la noche. No volvió a casa. —Sacó el teléfono—. Su marido recibió una llamada el jueves por la noche, a las once y cuarto. El buzón de voz recogió la llamada y grabó la conversación.

Desbloqueó el teléfono y activó el mensaje.

Tras el mensaje entrante, una voz de hombre sin aliento sonó en la línea. Parecía plenamente despierto y lleno de pánico. Caitlin casi podía verlo agarrando el teléfono.

—¿Melody? —decía.

Un hombre respondía:

—No, señor James. Pero sé dónde está.

Todo el mundo en el grupo se puso tenso.

—¿Dónde? ¿Quién es? —preguntó James.

—Vi su anuncio de una persona desaparecida.

Esa voz. Era una voz rasposa, áspera y chirriante. Shanklin le dirigió a Martínez una mirada pétrea. Él se la devolvió y luego meneó la cabeza calva, murmurando para sí. Caitlin notó un escalofrío.

¿Sería él? Veinte años antes, el Profeta había enviado grabaciones a la policía y a las cadenas de televisión. Sonaba más baja y más áspera de lo que ella recordaba. Era horrible.

La voz dijo:

—Está en un sitio junto a la carretera 88. Unos campos al este de Guadalupe Road.

James habló a toda prisa.

—¿Está bien? ¿Ha hablado con ella?

—La estoy observando ahora mismo. Creo que una recompensa...

—Está viva. Oh, Dios mío. ¿Puede hacer que se ponga? —La voz de James

flaqueaba con alivio.

Aun ahora, cuando ya era demasiado tarde, Caitlin quería agarrarlo y apartar su mano del teléfono. «No expreses alivio. No expreses esperanza. No seas feliz. No hará más que empeorar el golpe que está a punto de darte».

—La gente decía que no podía ser, pero yo sabía que sí. —Las lágrimas se agolpaban en la voz de James—. Dígale... por favor, que venga a casa. No me importa por qué se fue, ni con quién...

—¿Se refiere al hombre que ha huido con ella?

James hizo una pausa, o bien asombrado, o bien intentando recomponerse.

—No haré preguntas. Quédese con ella ahí... Voy a salir ahora mismo.

—No hace falta que corra. Ella no se va a ir.

Puso en marcha una grabación de sonido. «No, no me haga daño...».

Era una mujer que sollozaba.

«Déjeme... Dios mío, quite eso...».

Ella chillaba. Y chillaba.

La voz volvió entonces.

—No se va a ir a ninguna parte. La he castigado. —Hizo una pausa—. De nada.

James dio un respingo y empezó a gritar. Los chillidos de su mujer llenaron toda la habitación. La llamada se cortó.

Guthrie paró la grabación.

—Pero qué hijo de puta —dijo Martínez—. Qué frialdad.

Shanklin se quedó mirando la foto de Melody James. Como contraste con el pintalabios rojo, tenía la cara blanca, llena de rabia.

—Sádico.

—La llamada procedía de un número 650 —explicó Guthrie—. Un móvil desechable. Y nuestros especialistas de audio sospechan que era una llamada rebotada desde otro móvil. Lo están estudiando ahora, pero dudamos que se pueda rastrear.

Caitlin miró aturdida la foto de Melody James. Notaba la garganta tan cerrada que parecía que tenía una manzana dentro. La foto del carné de conducir se

confundía con la cara de Melody, veteada de lágrimas, sucia y muerta en el suelo.

La voz del asesino. Casi desenfadada, el agujijón acechando en los bordes. Masculina, de tenor, quizá deliberadamente ronca, en un intento de disfrazarla. Las palabras. Provocar. Dar esperanzas, agitando el anzuelo.

Si no era él, era alguien con el mismo deseo perverso del Profeta de infligir un dolor interminable.

—¿Comparación de impresiones vocales? —preguntó ella.

Guthrie la miró y luego a las cajas almacenadas en su escritorio.

—Las antiguas cintas están por ahí, en alguna parte. Búsquelas. —Su mirada era mordaz—. Sáquelo todo. Busque patrones en las pruebas. Similitudes entre los casos antiguos y los nuevos.

Ella asintió.

Él pasó a la foto de la víctima masculina.

—Richard Sánchez. Veintisiete años. Cajero de un supermercado de Alameda. Sin órdenes de busca y captura ni nada. Tal vez relacionado con Melody James.

Un hombre que estaba al fondo dijo:

—La voz de la grabación mencionó: «El hombre que ha huido con ella».

Era el jefe. El teniente Ray Kogara, que dirigía la Unidad de Investigaciones de la comisaría.

Kogara era intenso e imponente. Medio japonés, medio estadounidense, cuando entraba en una habitación la gente se erguía y cuadraba los hombros. Su traje color antracita envolvía con absoluta perfección su silueta esbelta. Dio unos pasos hacia la pared, y señaló las fotos de las víctimas.

—¿Y lo hizo? —preguntó—. ¿Huyó con él?

—No —respondió Guthrie—, pero quizá tuviera un lío con él. Los demás trabajadores del Olive Garden dicen que Sánchez era un cliente habitual y que Melody coqueteaba abiertamente con él... y que una vez él la recogió después de su turno. He entrevistado al marido de Melody. Conocía los rumores. Insiste en que lo único que le importa es atrapar al tío que ha matado a su mujer.

—Se hace el duro... —dijo Kogara.

—La noche en que desapareció Melody, Richard Sánchez recogió comida preparada del Olive Garden. Sospechamos que el asesino estaba cerca, observando. Luego siguió a Sánchez a su casa. Sánchez no llegó a entrar. Su coche estaba aparcado en el garaje, con la puerta bajada. Ha desaparecido el mando a distancia. Pensamos que el asesino accedió al garaje y le atacó allí.

Guthrie abrió un expediente.

—Tenemos los informes preliminares de la autopsia. Ambas víctimas murieron por estrangulamiento. Las marcas de ligaduras en su cuello coinciden con el látigo.

Tendió a Kogara fotos de la autopsia.

—Las abrasiones en las muñecas, tobillos y rostro indican que los ataron y amordazaron con cinta adhesiva. Se encontraron salpicaduras de la sangre de cada una de las víctimas en la ropa de la otra. Los azotaron muy cerca el uno de la otra.

Kogara cogió las fotos. Aunque no dijo nada, su expresión se puso más tensa.

Martínez meneó la cabeza.

—Horrible.

Caitlin notaba el estómago encogido.

Guthrie dijo:

—Las marcas de un utensilio en la piel de las víctimas indican que los clavos fueron disparados al pecho con una pistola de clavos. Estamos trabajando para identificar la marca y el modelo.

—¿Los clavos? —preguntó Kogara.

—Son de acero de diez centímetros, normales. De espiga larga y cabeza plana, punta en forma de diamante. Usados para la construcción y para armazones, y también para bricolaje de carpintería. Están por todas partes. No hay forma de rastrear ni el origen ni el punto de venta.

—¿Y el látigo?

—Es antiguo. Quizá de hace unos cien años. Estamos comprobando los vendedores en línea, pero igual llevaba un siglo guardado en el desván del asesino.

Kogara examinó el muro de fotos.

—¿Y el rastro del mercurio?

Shanklin se quedó de pie en posición de descanso, con las manos cogidas a la espalda.

—He enviado muestras al laboratorio para su análisis químico. En su forma pura, el mercurio es un metal plateado líquido a temperatura ambiente. Es lo que se encuentra en los termómetros, interruptores eléctricos o lámparas fluorescentes. Pero en la naturaleza se encuentra en compuestos y sales inorgánicas. No se puede purificar en casa. Y su venta está regulada. No se encuentra en los grandes almacenes.

—¿De dónde lo habrá sacado?

—Podría haberlo comprado online. Decir que es para una clase de química. Mientras pueda falsificar una dirección comercial, vale —dijo ella—. O también podría haberlo robado.

Kogara cruzó los brazos.

—¿Podemos rastrear un lote o un número? ¿Tiene alguna etiqueta el mercurio?

Caitlin se envaró.

—No. Solo a los explosivos se les requieren marcadores químicos. A las materias primas como el mercurio, no. —Miró a Shanklin—. ¿El laboratorio está buscando contaminantes y trazas?

Shanklin puso mala cara.

—No, grasas trans y edulcorantes artificiales, si te parece... Claro que los están buscando. —Pasó junto a Caitlin y fue a la mesa de conferencias que había en la parte delantera de la habitación—. Dos cosas más sobre el mercurio. La primera, que es tóxico. Y la segunda, que, si no está sellado, se evapora lentamente.

Kogara se volvió hacia Shanklin.

—O sea, que nuestras pruebas podrían evaporarse. Literalmente.

—Sí.

Caitlin se sentía mortificada. Guthrie le lanzó una mirada torva.

Él se volvió hacia los demás.

—Una cosa más. A Melody James y Richard Sánchez los asesinaron en algún lugar donde el perpetrador tenía sitio para maniobrar.

Señaló hacia las fotos en la pared.

—Ese látigo tiene dos metros de largo. A juzgar por las salpicaduras y el daño infligido, golpeó a las víctimas a gran velocidad. El asesino necesitaba espacio para empuñarlo. Algún lugar donde los vecinos no pudieran oírlos. Y para usar una pistola de clavos, casi con toda seguridad necesitaba un enchufe eléctrico. Ese hombre tiene una casa. O tiene acceso a un taller o algo así adonde puede ir fuera de los horarios normales. No ha podido cometer estos crímenes en un piso con paredes finas.

Kogara examinó las fotos de la autopsia con lo que parecía un dolor contenido.

—Si se repite el último ciclo, solo disponemos de cuatro semanas antes de que vuelva a matar. Está por ahí fuera, preparándose. Cada minuto cuenta. —Guthrie miró al equipo, uno por uno—. Venga, pongámonos a trabajar.

Cuando Caitlin se dirigía a su escritorio, Guthrie la llamó aparte. Parecía que tenía un abrojo en el zapato.

—Detective. Mary Shanklin lleva diez años en Homicidios. Usted solo un día.

—Me he pasado de la raya. Ya lo sé... Hay que agachar la cabeza. Y cerrar la boca.

—Empiece ahora. No tenemos ni un minuto que perder. —Señaló de nuevo las cajas—. Ahonde todo lo que pueda. Adelante.

La mancha de agua corría a lo largo de la caja de almacenamiento de cartón como si fuera una marea embarrada. Cuando Caitlin levantó la tapa, apareció un nido de arañas. Se frotó la cara con la manga. Comenzó una página en la tablilla agarrada con sujetapapeles y prosiguió con el inventario. Caja 13.

Las pruebas que había organizado partiendo de los ficheros originales cubrían una mesa de conferencias entera. Llevaba cinco horas con aquello. Estaba sacando muchos fantasmas a la luz.

Parte de aquel material ya lo había visto antes, en una mesa de trabajo en el garaje del hogar de su niñez. Donde Mack decía: «Calla. Cierra la puerta». Y dejaba que se quedara.

Los informes de respuesta de los oficiales. Los informes de los detectives. Declaraciones de los testigos que encontraron a las víctimas. De la adolescente que consiguió escapar a las garras del asesino.

Fotos de neumáticos. De una huella, de un zapato del número 42. Un mapa del primer escenario del crimen, dibujado a mano alzada por el asesino.

Eso le daba escalofríos.

Estaba arrugado y humedecido, pero dibujado con la precisión de un ingeniero. Una brújula indicaba el norte. Las calles estaban trazadas con curvas suaves e intersecciones agudas. Había colinas y árboles (¿quizá para indicar lugares donde ocultarse?) y el parque donde murió la víctima. Un riachuelo. Un desagüe con una longitud indicada de cuarenta metros. Una zona de pícnic marcada con diminutas mesas. Un parque infantil con columpios y un tobogán.

En el mapa se leía la palabra castigo.

La caligrafía era áspera, los trazos muy apretados en el papel. Escrita con bolígrafo, las esquinas de todas las letras eran angulosas, ligeramente

descendientes. El mapa procedía de unos tiempos oscuros, en los que las cosas derivaban lentamente hacia el horror, antes de que nadie supiera que un asesino en serie estaba actuando.

Esas cajas eran un intento de ponerle categorías a un infierno absoluto. Pero el infierno no se podía contener. Y Guthrie tenía razón. El caso estaba muy muy frío.

Bastaba con hojear el inventario original para comprobar cuántas pruebas habían desaparecido a lo largo de los últimos veinticinco años. Enviadas a algún almacén... en alguna parte. Destruídas cuando se inundó la sala de pruebas. Hurtadas por policías, técnicos forenses e incluso agentes del FBI. Todo el mundo quería un trocito de leyenda.

Pero cuando investigó en la caja número 13, dio con algo bueno: dos cintas de casete etiquetadas como «llamada telefónica del Profeta».

Aunque no podía escucharlas, porque en la comisaría ya no había reproductor de cintas de casete.

Empaquetó las cintas y las llevó al laboratorio de Criminalística. Era un trayecto de media hora en coche, hasta un complejo rodeado de eucaliptos, en las colinas que había al salir por la 580 en Oakland. Cuando Caitlin firmó tras la entrega de las cintas, el investigador forense, Eugene Chao, las cogió con obvio desinterés. Luego vio la etiqueta de la bolsa de pruebas.

—¡No jodas!

—No jodo.

Él silbó.

—Lo necesito...

—Para la semana pasada. Lo tendrás. Por una vez, de verdad.

—Gracias, Eugene.

No podía ocultar su impaciencia mientras regresaba a la comisaría en el coche. La investigación requería diligencia. Una diligencia obstinada, paciente y agotadora. Pero un sonido como el latido de un metrónomo resonaba en su cabeza. Los segundos pasaban.

Hizo una búsqueda de voz en su teléfono:

—¿A qué hora y qué día aparecerá Mercurio la próxima vez en el cielo de la mañana?

«Interesante pregunta, Caitlin».

El teléfono no lo sabía. Ella frunció el ceño y redujo la velocidad porque delante había un semáforo. El coche que tenía delante era un Camry rojo.

Se lo quedó mirando.

—Mierda.

El teléfono dijo:

«No hace falta que digas eso».

Caitlin pasó al otro carril y se puso junto al Camry, cuando este se detuvo en el semáforo. La conductora estaba inclinada sobre el volante, y lo agarraba con fuerza. Caitlin tocó el claxon. Cuando la conductora levantó la vista, Caitlin se quitó las gafas de sol. Señaló un aparcamiento que había en la manzana siguiente.

Aparcó a toda prisa detrás del Camry y salió del coche. La conductora salió también de su vehículo, le dirigió a Caitlin una mirada muy airada, y caminó a su encuentro. El pelo rojo llameaba a la luz de la tarde. Una blusa con estampado de cachemira, un grito psicodélico, como una avalancha. Los tacones de las botas tatuaban el asfalto. Sandy, el tornado.

—¿Me sigues? —dijo Caitlin.

—Puedo pasar por la comisaría siempre que quiera. Especialmente ahora, que parece que has perdido la cabeza.

—Me alegro de verte, mamá.

—No lo hagas. Destruyó a tu padre.

Caitlin levantó las manos.

—Esa siempre ha sido tu excusa para detenerme. «No juegues con tijeras, que destruyeron a tu padre». «No les des de comer a las ardillas, que destruyeron a tu padre»... —Le dio unas palmaditas en el hombro a su madre—. Yo no soy papá.

Sandy Hendrix le dirigió a Caitlin una mirada mordaz y le cogió la mano con suavidad. La mano de Sandy hizo correr una oleada de calor por las venas de

Caitlin. Memoria sensorial. Dolor, calor y vergüenza. Cogió aire con fuerza y lo obligó a pasar.

Sandy bajó la voz.

—Este caso te hace daño. Y apenas lo has visto de refilón. Si te metes como investigadora, será como tirarte a un volcán.

Cuando Sandy la emprendía con algo, no lo soltaba. Ese carácter tan implacable le había permitido ir a la universidad teniendo un marido de patrulla y un bebé en casa. Casi se dejó la piel por salvar su matrimonio. Le infundió fuerzas para sacar adelante a Caitlin y llevarla a tierra firme, durante aquel largo y oscuro verano, cuando ella tenía quince años.

Sandy le sostuvo la mano un segundo más, y luego se la soltó. No dejaba de mirar a Caitlin a los ojos. Esta replicó:

—No puedo apartarme. Está muriendo gente. —Oyó el temblor de su propia voz, y le pareció odiosa—. Tenemos que terminar con esto.

Sandy la abrazó.

—Cariño, no lo hagas... Eres la única hija que tengo.

—Te quiero —dijo Caitlin—. Pero tengo que hacer mi trabajo.

Sandy sonrió, una sonrisa dolida y asustada, y retrocedió. Cuando se acercaba a su coche se limpió unas lágrimas, y se las sacudió de las yemas de los dedos como si fueran venenosas.

Con la radio machacando, la boca seca por la emoción, Stuart Ackerman llegó al parque Silver Creek justo a las nueve. La noche había caído ya. La oscuridad parecía tan peligrosa como protectora.

La carretera que entraba en el parque era estrecha y serpenteante. Dejó el teléfono móvil. Iba vestido tal y como había especificado Starshine69. O eso esperaba, al menos. El mensaje le había llegado un par de horas antes. Durante un segundo de pánico, pensó que estaba cancelando la cita. Por el contrario, ella escribió: «Prepárate. Las cosas se van a poner serias».

Un chaleco de cuero. Eso serviría, ¿no? Y guantes. Cuero, en general. Unas

botas de motorista, aún sin estrenar, que se había comprado en la universidad. Pero no las llevaría mucho rato. Eso esperaba, al menos. Los nervios lo consumían. Los robles de Virginia se inclinaban por encima, cuando los faros de su coche barrieron una curva y se dirigieron hacia una cañada oscura.

Un áspero porrazo sacudió el coche.

—Qué...

Aminoró la marcha. ¿Había chocado con algo? El volante viró a la izquierda. La luz amarilla de presión de los neumáticos se encendió. Se detuvo. Extrañado, salió del coche.

Se apartó de la portezuela para ver lo que pasaba. Lo vio y se quedó quieto, asombrado. No podía ser. Su neumático delantero había pinchado con...

—¿Es una broma...?

Entre los árboles apareció un hombre.

En un momento dado no estaba. Luego apareció. Su rostro, toda su cabeza, parecían ausentes. A Ackerman le costó un segundo de desconcierto comprender que lo que veía era un hombre que llevaba una máscara negra de esquí. Sin perder la calma, el hombre levantó...

¡Dios mío!

Stuart Ackerman dio un salto. Se dio la vuelta y corrió hacia los árboles. Las tías botas de motorista golpeaban la grava, y él tenía la cabeza echada hacia atrás, jadeando.

«No es verdad, no es verdad, Dios mío, no...».

Un silbido cortó el aire. El disparo derribó a Ackerman en el suelo.

«Dios mío».

Durante un extraño instante, le pareció que solo había sido un fuerte golpe. Luego lo asaltó el dolor, agudo, profundo e intenso. Intentó levantarse, pero no pudo. Se dio cuenta de su error. No debió haber corrido hacia el bosque. Estaba demasiado lejos, y lo dejaba expuesto y vulnerable, con los pies como único medio de huida. Tendría que haber ido hacia el otro lado. Buscar refugio. Un motor.

No oyó al hombre, pero lo notó. Notó que estaba más cerca que antes.

«Muévete, esto es grave». El dolor se extendió, brutalmente. Algo caliente recorría sus costillas y se le metía en el interior del chaleco de cuero, se encharcaba y goteaba hasta el suelo.

El coche. Herido, se volvió y gateó hacia él.

—¡Socorro!

El hombre se deslizó en su dirección.

—No, no vendrá nadie a ayudarte.

Se alzaba como un espectro. Sus pasos no emitían sonido alguno. Ackerman empezó a arrastrarse.

El hombre se acercó a cinco metros de él y se detuvo, con los pies en una postura firme. Apuntó.

—La sed de sangre trae el juicio final. Tú montaste la cita. Tú pagas.

Disparó otra vez. Ackerman chilló. Desde los árboles, los cuervos se alejaron en el cielo nocturno.

Justo después de las siete de la mañana, Steve Ramseur cogió la carretera de dos carriles y cruzó la puerta del rancho Six Pines. La mañana era borrascosa y las nubes se deshilachaban en un amanecer rojo. Las colinas eran de un verde intenso. No había visto a nadie en la carretera. Ni tampoco lo esperaba.

La caja de su camioneta Ford F-250 iba llena de pacas de alfalfa. La camioneta pasó traqueteando por encima de la defensa para el ganado y subió por una colina entre los robles, y pasó junto a los pinos que le daban nombre a aquel lugar. Conducía con una mano en el volante y con la otra sujetaba la taza de café especial para el coche, apoyada en el vientre. Llevaba un sombrero Stetson y una chaqueta acolchada Burberry, y la radio sintonizada en un programa para los que van a trabajar en coche de la Zona de la Bahía, Chaz y T-Bone.

«Son las siete y siete de un día aburrido, y vamos a ayudarte a pasarlo», dijo uno de ellos, con la misma ilusión que si hubiera metido la cara en un cuenco lleno de *speed* y empezara a tragar. El otro locutor se reía. «No importa si quieres pasarlo o pasar de todo. Puedes hacerlo con nosotros». Los subalternos de la emisora se rieron como borricos.

Ramseur no recordaba cuál de los dos tíos era Chaz y cuál era T-Bone. No importaba. Escuchaba porque le recordaba los veinte años que había pasado en atascos de tráfico en el puente de la Bahía, escuchando a los locutores mientras iba y volvía a su oficina en el distrito financiero de San Francisco. Le recordaba qué buena elección había sido hacerse cargo del rancho familiar. Allí estaba, a solo sesenta kilómetros de la ciudad, recorriendo un paisaje que prácticamente no había cambiado desde 1700. Aquel rancho pertenecía a su familia desde hacía siglos, ya que era una concesión de tierras otorgada por la Corona de España.

Aquella era su herencia y su responsabilidad, y le encantaba. Escuchar a Chaz y T-Bone era oír el sonido de su libertad.

—Así que hoy vamos a hablar de los crímenes de la otra noche —dijo Chaz, o T-Bone—. La policía da largas, pero todo el mundo cree que los cometió el Profeta. El único e inimitable.

—Increíble de verdad, tío.

—¿Crees que ha sido él? ¿Después de todo este tiempo?

—O él o su fantasma, o su reencarnación. La semilla del diablo.

—Abriremos los micrófonos después de la pausa. ¿Qué opináis vosotros? ¿Ha vuelto el Profeta?

Locuras californianas.

Tres kilómetros más adelante, disminuyó la velocidad de la camioneta para cruzar el riachuelo. El agua le salpicó las llantas; era un sonido muy agradable. Coronó la siguiente colina y sonrió ante la extensión amplia y verde del valle.

Redujo un poco la velocidad.

—¿Qué demonios...?

Los caballos árabes estaban fuera.

Los encontró en el apartadero de los pastos, corriendo en estrecho círculo en el interior de la valla blanca. Tendrían que haber estado metidos en sus compartimentos, dentro del establo. Sobre todo, en esa época del año, con el frío que hacía. Pero... Joder, estaban fuera todos, al parecer. Coceando, dando vueltas, asustadizos.

Aceleró colina abajo hacia el granero. ¿Quién había dejado que pasara aquello? ¿Habría salido su hija la noche anterior, y se habría olvidado de asegurar la puerta del granero? Sacó el móvil, dispuesto a llamarla.

Pero aquello era absurdo. Él y su mujer habían salido los últimos la noche anterior. Los caballos estaban bien seguros en sus sitios, cuando se fueron. Lo había comprobado una y otra vez. Los árabes son unas criaturas muy caras y maravillosas, y había animales salvajes en las colinas. Nunca consentiría... Joder.

Aparcó en la grava, junto al establo. Salió, dejó el motor en marcha y a Chaz y T-Bone parloteando. «Ese tipo era un monstruo, pero un cerebritito. Con las cosas

que hacía, hasta los policías más duros se meaban encima». La puerta del granero estaba cerrada. Se dirigió a la que daba a los pastos y avanzó hacia los caballos. Lo primero era lo primero: asegurarse de que estaban todos bien. Algo los estaba asustando.

El viento helado agarró el ala de su Stetson e intentó arrancárselo. Se lo encasquetó más todavía mientras caminaba a través de la hierba húmeda de rocío. Los caballos daban vueltas, coceando, con las colas enhiestas, los ojos muy abiertos. Y estaban todos empapados en sudor. El vapor surgía humeando de sus lomos y salía de sus ollares.

Mierda, ¿cuánto tiempo llevarían allí fuera? ¿Habrían pasado toda la noche?

En el extremo más alejado de los pastos había un abrevadero con agua. Los caballos le daban la espalda. Uno de ellos giró y se fue corriendo hacia el granero, bufando y sacudiendo la cabeza. Pero ¿qué demonios...?

Se acercó con cautela a una de las potrillas.

—Tranquila, chica... —No quería que lo cocearan. O acabar pisoteado, con los caballos en ese estado—. Tranquila.

Poco a poco, le puso una mano en el cuello. Ella dio un respingo. Él dejó la mano donde estaba y la fue acariciando. Estaba caliente. No tenía señal alguna de heridas. Ni tampoco los demás, por lo que podía ver.

El viento cambió y vino desde la colina, del abrevadero. Los caballos relincharon. El sonido era agudo, alarmado. Se volvían de espaldas al viento, como imanes atraídos por una brújula que da vueltas, y corrían y pasaban a su lado, atronando con sus cascos.

—Qué demonios...

Ramseur se quedó solo en el campo. El viento era muchísimo más frío que un minuto antes. Poco a poco, se volvió y miró el abrevadero.

Se quedó de pie durante un buen rato. Luego volvió a la camioneta Ford y sacó la escopeta del soporte.

Volvió a mirar hacia el abrevadero. No vio movimiento alguno. Pero dudó. No quería cruzar el campo y ver lo que había allí, ni siquiera con una Remington en

las manos. Metió dos proyectiles en la recámara y caminó muy despacio, campo a través.

El abrevadero medía dos metros y medio de largo, un tanque estándar de setecientos litros de acero galvanizado. El agua salpicaba por su borde, y formaba ondas con el viento. Algo negro e hinchado flotaba en la superficie. Ramseur levantó la escopeta, tembloroso. Dios mío. ¿Qué mierda era lo que sobresalía allí?

Se acercó paso a paso, e hizo una pausa para frotarse los ojos y despejarlos. Se detuvo a veinte pasos del abrevadero.

Un cuerpo flotaba boca abajo. El agua estaba teñida de un intenso color rojo por la sangre. Por todos los demonios... Cuando el viento cambió, los caballos la habían olido.

Apuntó al abrevadero con la Remington y miró los pinos temblorosos, el espeso chaparral, las altas montañas y la línea de los árboles. Retrocedió, se dio la vuelta y corrió hacia la camioneta, hacia las carcajadas traídas por el viento que salían de los locutores de aquel programa de radio para conductores.

El hombre que estaba en el abrevadero, con un chaleco de piel y botas de motorista, flotaba en su propia sangre. Su cuerpo estaba erizado de flechas.

Un ayudante del sheriff respondió a su llamada al 911, un joven muy robusto al volante de un Chevy Explorer que llevaba escrito sheriff del condado de san joaquín en el costado. Al cabo de una hora, dos Explorers más y un turismo de color beis se alineaban en la carretera, junto a la valla de los pastos. Ramseur hizo pasar a los caballos a un prado adyacente y se apoyó en el parachoques delantero de la camioneta. En el abrevadero, los forenses, con unos monos blancos, tomaban fotos y extendían un plástico amarillo en el suelo. Señalaban y hacían gestos, discutiendo cómo sacar el cuerpo.

«Sacadlo de ahí —pensaba Ramseur—. Que desaparezca, para poder tirar el abrevadero a la basura». Luego quemaría los pastos y traería a un sacerdote para

que hiciera un exorcismo. Hasta al mismo papa si hacía falta. Y eso que él era presbiteriano.

Los de los trajes blancos levantaron el cuerpo, lo sacaron del tanque y lo pusieron encima del plástico. Uno de los detectives saltó hacia atrás cuando el agua le salpicó en los zapatos. Un policía se tapó la boca con el dorso de la mano. Luego todo el mundo se quedó tan quieto como los pinos. Todos mirando. Excepto Steve Ramseur, que fue andando hacia los otros.

El hombre muerto estaba echado encima del plástico amarillo. Era joven. Cuando el agua ensangrentada se escurrió de su cara, detectó que tenía la piel de un gris azulado. El primer policía vio que Ramseur se acercaba, levantó la mano y fue en su dirección, haciéndole señas de que parase. Pero Ramseur siguió avanzando. Una fuerza extraña lo impulsaba. Eran sus tierras. Tenía que ser testigo.

—Señor. Señor Ramseur, por favor —dijo el policía.

Ramseur se detuvo. Pero lo vio. El símbolo, el signo astrológico. Los cuernos del diablo grabados en la frente del hombre.

Y en su pecho, que se veía porque el chaleco se había abierto, una sola palabra: respuesta.

Más tarde, cuando el miedo y la alarma se aplacaron un poco, las autoridades confirmaron que el archivo de vídeo llegó al servidor de la KDPX News a las 17:41, hora del Pacífico. Las cinco cuarenta y uno de la tarde. En los puentes, el tráfico era como un acordeón de movimiento lento. Por encima de la bahía, los vuelos descendían planeando hacia la pista de aterrizaje. A lo largo del frente marítimo de San Francisco se estaban encendiendo ya las luces.

En el café Cold Creek, en el puerto deportivo de Berkeley, la multitud contemplaba el partido de los Golden State Warriors. Caitlin entró por la puerta justo después de las seis, y pasó de la tarde ventosa, teñida de azul y oro, a un deslumbrante duelo de enormes pantallas de televisión. En el café había mucho ajetreo, pero no estaba tan lleno como de costumbre. Vio a Sean en la terraza. Se abrió camino junto a la barra y se dirigió hacia allí.

Estaba sentado a una mesa de pícnic con su hija, Sadie. Tenía la custodia compartida, y aquella era una de sus salidas habituales. La niña iba bien protegida contra el frío con una chaqueta que llevaba una capucha de oso panda. Sean llevaba una chaqueta azul con capucha de la Universidad de California. Miraba muy serio a Sadie, que jugaba con dos muñequitos de My Little Pony.

Qué fuerte. Él jugando con My Little Pony.

—¿Cuál es este? —preguntó Caitlin—. ¿Glitter?

Él sonrió. Sadie se iluminó como una bengala del Cuatro de Julio.

—¡Cat! —Se puso de pie en el banco y levantó un poni por encima de su cabeza—. Es Pinkie Pie. Ven a jugar.

Aquella sonrisa, aquellas mejillas sonrosadas, el afecto sin malicia de Sadie... Todas las preocupaciones de Caitlin desaparecieron. Se sentó y dijo:

—Pinkie Pie es muy bonito. ¿Sabe volar?

Sadie asintió con vigor. Se le bajó la capucha de panda y su pelo oscuro se alborotó con la brisa, lacio y sedoso.

Sean le tendió a Caitlin un poni de color azul eléctrico con la crin de arcoíris y unos enormes ojos violeta. Si ella hubiera visto unos ojos como aquellos por la calle, los hubiera considerado indicio suficiente para efectuar un registro y buscar LSD.

—Tienen mucha sed —dijo Sadie—. Tendrán que beber agua del lago.

E inclinó la cara de los ponis hacia el tablero de la mesa para que bebieran. Durante un segundo horrible, una imagen tomó forma en los ojos de Caitlin: los caballos árabes en aquel rancho del interior, rehuyendo el abrevadero donde flotaba Stuart Ackerman, muerto.

Entonces el viento alborotó el pelo de Sadie y se lo echó por la cara. Caitlin se lo apartó con el dedo índice y le volvió a subir la capucha de panda.

—Así —le indicó.

Sadie saltó del banco e hizo galopar a los ponis por toda la terraza.

—¿Quieres que cojamos una mesa dentro? —le preguntó Caitlin a Sean.

—El aire fresco nos vendrá bien.

—Sadie quería peinarte, ¿verdad?

—Hay cosas que un agente federal no debería hacer en un restaurante con mesas. —Se inclinó a besarla—. Estás helada.

—Lo que está helado es el caso antiguo.

—¿Y el nuevo?

—Ese da escalofríos.

Señaló al camarero.

—¿Una Coca-Cola light?

Ella puso las manos encima de la mesa de pícnic.

—Por favor.

—Has dudado. ¿Tan mal están las cosas?

Se había criado en una casa donde beber en días de diario significaba que el caso iba muy mal. Se recordó a sí misma que el trabajo debía quedarse en la

comisaría. Y podía haber añadido: «Me adorarán como a una diosa», porque estaba trabajando para ampliar sus objetivos.

—Ha adquirido otro cariz. No tiene precedentes. Tres víctimas. Clavos, flechas, heridas... Esa palabra, «respuesta» —explicó—. Creí saber lo que se avecinaba, pero me equivocaba.

Hablaba en voz baja, aunque habría sido casi imposible que nadie la oyera, mientras los Warriors se peleaban con los Thunder en la televisión. Un pívot de los Oklahoma City Thunder penetraba y entraba a canasta con un gancho mientras sonaba la bocina del descanso.

Sean la miró con gesto sereno.

«Haz realidad lo que anotaste en el cuaderno, Caitlin. Deja el trabajo a un lado».

—¿Y qué tal te ha ido hoy?

En la televisión, un avance informativo interrumpió la actuación de la media parte. Apareció una presentadora, deslumbrante.

—«Noticias impactantes esta noche. En esta última hora, el Profeta ha enviado a la KDPX News un mensaje en el que se atribuye el crimen del profesor de Pleasanton, Stuart Ackerman».

A pesar del estruendo que reinaba en el restaurante, unas cuantas personas se volvieron hacia el televisor, incluidos Caitlin y Sean.

—«El cuerpo de Ackerman fue encontrado esta mañana en un rancho en el condado de San Joaquín. Aunque las autoridades no han revelado la causa de la muerte, confirman un dato clave en el mensaje del asesino: que se disparó a Ackerman repetidamente con un arco y unas flechas».

Más cabezas se volvieron. Un hombre murmuró:

—No jodas...

Una mujer dijo:

—Dios mío, qué psicópata...

Alguien le pidió al camarero que subiera el volumen.

—Lo que van a ver ustedes es el mensaje de vídeo completo que ha recibido la KDPX.

El restaurante quedó en silencio. Una imagen brillante y nítida llenó las pantallas de televisión.

Sean estaba de pie y ya a mitad de camino de la terraza para recoger a Sadie y apartarla de la televisión.

En el vídeo se veía un cartel pegado a una pared vacía. Alguien a quien no se veía sujetaba la cámara. Con una iluminación superior muy intensa. No había sombras. Ni tampoco audio. En el cartel se había impreso un mensaje:

Aunque mucho corrió, las flechas lo hirieron Que la violencia siempre trae violencia. Acabó cazado en un río de sangre. Ellos, los sheriffs de Alameda, sabían que venía, se lo dije.

Pero tropiezan y caen, como idiotas, jóvenes y viejos, en el pozo Todos sin una sola plegaria.

Es inútil esperar ayuda. El castigo lloverá sobre vosotros.

La gente dio un respingo.

—Increíble.

—Dios mío, la policía.

Caitlin echó en la mesa unas monedas y corrió detrás de Sean y Sadie, hacia la puerta.

Por la mañana, la foto de Stuart Ackerman ocupaba la primera plana del *San Francisco Chronicle*. Ackerman parecía encantador y un poco friki. Un profesor al que los alumnos de la clase de trigonometría podían hacer preguntas. Desde la cocina, Caitlin cambió de canal en canal pasando por todas las televisiones locales. Todas cubrían el asesinato. Los niños lloraban a la puerta del instituto Sequoia. Los padres hablaban con un nudo en la garganta de la devoción que Ackerman le profesaba a la docencia. El director había convocado a unos psicólogos especializados en duelo.

Los titulares clamaban: «El Profeta ha vuelto». Y: «La policía tropieza. El asesino satánico les advirtió».

El miedo y la rabia iban fermentando. Caitlin lo podía oler. Un olor antiguo, rancio, nauseabundo.

«... tropiezan y caen, como idiotas, jóvenes y viejos, en el pozo».

Esa frase no era accidental. ¿Sabía el Profeta que ella estaba en el equipo de investigación? Los nervios se le encogieron bajo la piel ante la idea.

Cuando entró en la sala de guerra, los demás detectives miraban sus pantallas o hablaban por teléfono. La atmósfera parecía muy cargada. Un periódico matutino yacía en la mesa de conferencias. El *East Bay Herald*. En la parte inferior de la primera plana, después del artículo principal, un titular decía:

EL FRACASO DE UN DETECTIVE EN UN CASO...
QUE AHORA PRETENDE RESOLVER SU HIJA
Por Bart Fletcher

Mientras el Profeta causa nuevos estragos en la Zona de la Bahía, la detective Caitlin Hendrix trabaja para resolver el caso que llevó a su padre a una tentativa de suicidio.

Notó un nudo en el estómago. Leyó el artículo por encima. Los asesinatos. El horror que iba en aumento. El escarnio público, los tropiezos y frustraciones que sufrían las autoridades.

Bart Fletcher. Conocía bien ese nombre. Una columna lateral lo describía como el reportero que había cubierto el caso original. En su foto actual se lo veía canoso y severo. Lo reconoció. Era el periodista al que había aplacado en el maizal, el que intentaba pasar junto a los policías y abrirse camino hasta el escenario del crimen.

Siguió leyendo y notó que la bilis le subía por la garganta. El artículo principal detallaba la dedicación de Mack al caso, y el día en que todo fue desastrosamente mal.

El reinado de terror del Profeta alcanzó su clímax la noche del 18 de abril de 1998. Una llamada al 911 desde el cementerio de Calvary informaba de un vehículo sospechoso. Una autocaravana había aparcado junto a un mausoleo. Se vio a su conductor llevando en la mano una especie de contenedor a su interior.

Hendrix y su compañero, el detective Ellis Saunders, respondieron. Dieron instrucciones a los empleados del cementerio de que no se acercaran ni al conductor ni al vehículo.

Cuando los detectives llegaron al cementerio, no se acercaron tampoco.

Por el contrario, aparcaron a una cierta distancia para vigilar al sospechoso a través de unos prismáticos. Le vieron acercarse a la puerta del mausoleo, detenerse y hablar con alguien que estaba dentro, al parecer en tono de conversación. Se retiraron, esperando cogerle en una conducta abiertamente delictiva.

Lo que no sabían ni los detectives ni los empleados del cementerio era que dentro del mausoleo se encontraba una joven pareja a la que el Profeta había secuestrado. Tammy y Tim Moulitsas, recién casados, estaban atados, amordazados y empapados en gasolina.

Cuando el sospechoso encendió una cerilla y la arrojó dentro, ya era demasiado tarde.

Caitlin se apoyó pesadamente contra la mesa de conferencias.

Hendrix y Saunders persiguieron al sospechoso, primero en coche, y luego a pie. El asesino (joven, blanco y rápido) escaló una valla y cayó en la autopista. Consiguió pasar entre los coches y también el detective Saunders. A Mack Hendrix lo rozó una camioneta. Magullado, se puso de pie y fue cojeando entre los carriles del tráfico, y siguió a su compañero hasta un almacén abandonado.

Allí encontró a Ellis Saunders con numerosos disparos, ahogado con su propia sangre y muerto.

Horas más tarde, Mack Hendrix se tiró de un puente con su coche. Lo sacaron del agua delirando y diciendo que oía voces.

El Profeta desapareció.

Y lo mismo ocurrió, a todos los efectos, con la vida de Mack.

Se pasó los seis meses siguientes en un psiquiátrico. Los doctores hablaban de tendencias bipolares, y de un brote esquizoide. El departamento lo obligó a jubilarse por motivos de salud. Su mujer lo abandonó.

Hoy en día sigue en una situación marginal, propenso, según diversas fuentes, a sufrir temblores, alucinaciones y estallidos de violencia. Recae en su hija, todavía con poca experiencia, tener éxito allá donde él fracasó.

Caitlin notó que un zumbido le llenaba la cabeza. Entonces un traje oscuro apareció ante ella. Guthrie le cogió el periódico de las manos.

—No haga ni caso de esto.

—Claro.

Quizá lo dijo con demasiado sarcasmo y una actitud que no era lo bastante dinámica.

Guthrie enrolló el periódico hasta formar un tenso cilindro.

—No permita que estas cosas la distraigan. Necesito que se centre en el caso.

—Ya.

Lo del cementerio era una tragedia pública e histórica. Y al menos el artículo no mencionaba las alucinaciones de su padre, ni los bichos que estaba convencido de que se movían bajo su piel. Pero ¿cómo demonios se había enterado Bart Fletcher del diagnóstico de los psiquiatras respecto a Mack? ¿Habría sobornado a algún administrativo del hospital? ¿Habría hablado con él algún vecino o pariente?

—¿Hendrix?

—Sí, señor.

«Cálmate». Las historias se acaban sabiendo. Es inevitable.

—Fletcher es un borracho y un fracasado. Olvídense de él. —Guthrie se volvió para irse—. Si necesita dar un puñetazo en una pared, hágalo, pero fuera.

—Sí, señor. En el lado del edificio que queda lejos de donde está aparcada la camioneta de la prensa.

Se encogió de hombros de manera casi imperceptible. Quizá se riera.

—Siga trabajando.

Golpeó con el periódico un costado de su escritorio y se alejó.

Caitlin se sentó ante su escritorio y abrió un nuevo archivo: comunicaciones del profeta.

Empezó con la más reciente. La carta enviada a la cadena de televisión decía: REDACCIÓN KDPX. OAKLAND, CA. URGENTE PARA EL EDITOR DE NOTICIAS. Era un sobre blanco, de tamaño estándar.

Dentro había una sola hoja de papel tamaño DIN A4 doblada en tres partes. Era un papel de impresora de grosor medio, sin marca de agua. En la página se encontraba impresa una sola línea, en la fuente Courier, cuerpo 12, impresa con lo que, según el laboratorio, podía ser una impresora Hewlett-Packard Officejet 4620 multifunción. Barata y ubicua, se vendía en todas las cadenas de electrodomésticos y, quizá, hasta en el McDonald's. Gladys, la vagabunda que dormía bajo el puente de la autopista, probablemente tenía una en su carrito de la compra.

La única línea que contenía aquel papel era una dirección URL. Un enlace a una página web.

La KDPX no pensaba renunciar al sobre ni a la nota sin una orden judicial. Pero su director de noticias y el abogado de la cadena dejaron la nota al laboratorio de Criminalística, y permitieron que los detectives la examinaran, y que los técnicos hicieran sus pruebas. El laboratorio utilizó un escáner de riesgo biológico. Tomó fotos de alta resolución, por delante y por detrás, bajo una luz diurna y también ultravioleta. Comprobó la solapa del sobre en busca de ADN. No lo había. No era ninguna sorpresa, porque el Profeta no era tan descuidado como para lamer un sobre.

El laboratorio encontró varias huellas dactilares latentes en el sobre. Estaba trabajando para excluir al personal del Servicio Postal y el interno de la KDPX que llevó la carta al editor de noticias. La nota estaba limpia.

Lo que atrajo la mirada de Caitlin al principio fue el matasellos. La carta había sido franqueada a las 12:07 de la mañana anterior. La habían metido en un buzón accesible desde el coche, en una central importante de Correos, en Fremont. Así podía entrar en el sistema y que la entregaran en el día.

Vaciaban el buzón cada dos horas. Lo más temprano que podía haber depositado la carta el asesino eran las diez de la noche anterior.

Había ido directamente desde el escenario del crimen a entregar ese mensaje. Tenía la nota preparada desde mucho antes. Se movía como una máquina. Hambriento e incansable, ansioso por captar la atención.

Pero ella no comprendía por qué había enviado la nota por correo. Podría haber contactado sencillamente con la cadena. ¿Por qué correr el riesgo de que un filamento olvidado, un pelo, pudiera caer en el sobre y darles a los forenses la oportunidad de atraparlo? ¿Por qué correr el riesgo de que alguna empresa cercana a la oficina de correos pudiera grabarlo con sus cámaras de vigilancia?

Entonces fue alineando todos los mensajes que el Profeta había enviado desde los años noventa, en orden cronológico, y lo comprendió. La primera carta que envió el Profeta, al *East Bay Herald*, se envió desde la Central de Correos de Fremont.

Una diminuta aguja parecía pincharle entre los ojos. Él le estaba diciendo: «Sí, soy yo, de verdad».

No era un eco. Era un grito.

Tecleó la URL en su ordenador. Como esperaba, apareció la bandera pirata, con la calavera abriendo y cerrando la mandíbula, riendo, y una señal roja de no entrar parpadeó en la pantalla.

El mensaje del Profeta se había descargado a través de un software anonimizador a una página destinada a ofrecer acceso una sola vez y luego autodestruirse. Pulsó la tecla Escape y eliminó la calavera sonriente. Entonces regresó a la captura de pantalla del propio mensaje.

Veinte años antes, el Profeta enviaba a la policía cintas de VHS. Ahora había enviado un mensaje de vídeo despojado de datos identificativos.

Era alguien que entendía de tecnología, e instruido. Usaba una gramática y una ortografía perfectas. Tenía dinero y acceso a una ballesta y a un vehículo caro. Dudaba mucho que se hubiera pasado los últimos veinte años en prisión.

Se echó atrás. ¿Dónde habría estado? ¿En el ejército, destinado a otro país? ¿En un monasterio? ¿Hibernando? ¿Por qué dejó de matar?

¿Y por qué había empezado de nuevo?

«Busca patrones».

Caitlin extendió los mensajes del Profeta encima de su escritorio como un amplio abanico.

Asombrada, descubrió que había veintisiete comunicaciones del asesino, que se remontaban al primer asesinato. Dos al sheriff del condado de Santa Clara. Cinco al Departamento de Policía de San Francisco. Tres al *Chronicle* de San Francisco, dos al *East Bay Herald*. Dos específicamente dirigidas al reportero del *Herald*, Bart Fletcher. Interesante.

Tres mensajes habían sido escritos en grafitis en el escenario del crimen. Dos con tinta en los cuerpos de las víctimas. Y ocho enviados al sheriff del condado de Alameda. Uno al detective Ellis Saunders. Siete al detective Mack Hendrix.

O, tal y como solía poner el asesino en los sobres, det. mack hendrix. personal.

Sí, muy personal.

Uno de ellos decía: «¿Le gusta mi regalo? Si atiende bien, entenderá el

sentido». Iba seguido del signo de Mercurio.

El corazón de Caitlin latía demasiado rápido. Los recuerdos se amontonaban. El día que murieron los recién casados y el detective Saunders. Volver del colegio a casa en bicicleta, encontrar un coche patrulla aparcado ante la puerta e incluso con nueve años, saber lo que significa que llegue un coche blanco y negro a tu casa. «Ha pasado algo». Tiró la bici y entró corriendo. «Ha pasado algo, ha pasado algo». En la cocina, dos oficiales de policía uniformados estaban de pie, con las manos cogidas a la espalda. Su madre estaba apoyada en la encimera con una luz amarilla y la cara tapada con la mano.

—Papá. ¿Dónde está papá? —preguntó Caitlin.

Sandy dejó caer la mano, y la compasión más conmovedora se apoderó de ella. Lástima. Ira. Abrazó a Caitlin.

—Papá está bien —le dijo Sandy para calmarla; aunque se trataba de una mentira, era lo que necesitaba oír Caitlin para no desintegrarse—. Ha tenido un accidente de coche. Pero se pondrá bien.

Temblando, Caitlin enterró la cara en el pecho de su madre.

—¿De verdad?

—De verdad.

Por supuesto, no era verdad ni por asomo. Sandy abrazó a Caitlin y logró contener las lágrimas; se negó a llorar. Esposa de policía. Mantener el tipo. A pesar de todo, el mundo de Caitlin se hizo pedazos. No vio a su padre durante seis meses.

Se puso de pie y fue al vestíbulo, a las máquinas expendedoras. Quería despejar la cabeza. Caminó arriba y abajo mientras se llenaba la taza de café.

Los mensajes. ¿Qué significaban? ¿Qué revelaban del asesino?

Caitlin aún podía recitar el perfil del Profeta de memoria, casi palabra por palabra. Un asesino organizado. Contempla el asesinato como una misión. Extrovertido. Tiene habilidades sociales e incluso se lo puede contemplar como una persona encantadora y sociable. Pertinaz odio a las mujeres. Mostraba los cuatro rasgos de personalidad más oscuros: maquiavelismo, narcisismo, psicopatía y sadismo. La colocación de los cuerpos de las víctimas y el uso de

mercurio son manifestaciones de una parafilia fetichista enraizada en sus fantasías.

Pero ¿cómo podía ayudar eso a resolver el significado oculto de sus nuevos mensajes?

Su tono amenazador parecía cada vez más religioso. La asustaba mucho más de lo que quería reconocer. Y los mensajes le producían una sensación incómoda. Sospechaba que contenían un código, pero ese se le escapaba.

«Patrones».

Guthrie pensaba que podría extraerlos de las notas del Profeta. Ella lo había intentado, leyéndolas palabra por palabra, sílaba por sílaba. Buscando la pista detrás de cada referencia, de cada metáfora.

Pero lo que veía eran roturas de los patrones. Las nuevas pruebas no encajaban. Las huellas del calzado no coincidían; el timbre de la voz del asesino variaba. Solo una víctima había muerto con flechas, no dos.

Desde luego, al enviar una carta desde la Central de Correos de Fremont, el asesino estaba voceando que era el Profeta. Quizá demasiado alto.

Bajo sus gritos, en los recovecos de su mente, algo le susurraba: «Vigila. Está jugando contigo».

Por la mañana hubo tormenta. Caitlin fue corriendo desde su todoterreno a la puerta de la comisaría, chapoteando en los charcos bajo un cielo rugiente y gris. Dentro encontró a Guthrie en su despacho, con los expedientes apilados hasta más de un palmo de altura, con notas de post-it pegadas en una docena de superficies, incluyendo una foto de Guthrie con dos terriers Jack Russell en brazos. Aquel día, el hombre iba muy bien vestido, con traje y corbata. Pero tenía unas ojeras moradas. Ella llamó a la puerta.

Él levantó la vista y la miró.

—¿Sí, detective?

—Sargento. Las cosas no cuadran.

Caitlin había aprendido ya a exponer las cosas con claridad, de frente. Sin pedir permiso, sin carraspear ni titubear. Si lo hacía, la considerarían una persona educada, pero también una blanda, una voz que se podía ignorar.

—¿En qué sentido? —Guthrie cogió su taza de café.

Ella se acercó al escritorio.

—Usted me pidió que buscara similitudes entre los casos antiguos y los nuevos crímenes. Que buscara patrones.

—¿Y no los está encontrando?

—Algunos. Sí. La escenificación extravagante de los crímenes. Casi guiñolesca. Y la esterilidad de los escenarios: sin ADN, sin huellas, casi sin rastro alguno. Es el mismo fantasma que ha sido siempre. Pero...

Guthrie bebió, mirándole por encima del borde de la taza.

—Hay un montón de cosas que no cuadran. —Hizo un gesto hacia la pared del centro de operaciones—. La huella parcial de un zapato del maizal. Es de una talla diferente a la huella de bota encontrada en 1993. Y el análisis de voz de la

llamada telefónica... Informática Forense dice que no pueden excluir que el hablante sea la misma voz que en los casos antiguos, pero está muy lejos de resultar concluyente. El timbre de su voz es distinto.

Levantó una mano, previendo ya las objeciones que podía plantearle Guthrie, según le parecía a ella.

—Ya sé que las cintas originales se encuentran en muy mal estado, y que la grabación nueva se hizo a través de varias capas de teléfonos. Todavía están analizando el vocabulario del hablante, su dicción y su acento. Pero el registro de la voz suena más bajo. Y sí, ya sé que las voces cambian con los años. Por el tabaco, la bebida, la edad. Pero aun así...

—Sigue poniendo peros. ¿Qué me quiere decir?

—Que quizá sea la edad. Quizá sea algo deliberado. Quizás el asesino solo esté jugando con nosotros. O quizá no —añadió ella—. ¿No podría ser realmente un imitador?

Guthrie dejó su taza de café.

—No lo sé. ¿Qué opina usted?

Ella hizo una pausa, sorprendida.

—El Profeta tiene sus devotos. Hay docenas de libros «basados en hechos reales» sobre él. Telefilmes. Y esos foros online donde los detectives aficionados intentan resolver los casos.

—Esos... Han estado acosándonos como abejas que salen de una colmena.

—Es como un culto. La Iglesia del Profeta. Quizás alguien decidió replicar sus crímenes.

Guthrie se frotó la barbilla.

—Ya lo sé.

—Ahora veo un pero.

—Han pasado veinticinco años desde el primer asesinato conocido del Profeta.

Una sensación horrible la invadió al oír eso de «primer asesinato conocido».

—Tiene una fantasía, sí. Una necesidad primigenia que le guía... que nunca cambiará. Pero su *modus operandi* probablemente ha evolucionado con los años.

—Ya sé que ha matado de media docena de maneras distintas, pero...

—Los asesinos aprenden, Hendrix. Adquieren experiencia. Este tío es un hijo de puta retorcido, pero también es listo. No suponga que, como las cosas no acaban de cuadrar, es otro.

Ella soltó el aire. Asintió.

—Pero ha hecho bien al contarme todo esto. Quiero que mi equipo me lo cuente todo. No se guarde cosas. Podría descartar una pista que a lo mejor necesitamos.

—Sí, señor.

Se volvió para retirarse. Guthrie dijo:

—Y a propósito de los foros...

Ella tenía que haberlo visto venir. A los de abajo siempre les toca pringar. Pero aquella mañana se sentía como un cachorrillo ansioso. Se volvió.

—Una de esas personas online nos está inundando a consejos. Es una loca de la vida y sabe cómo encontrarme.

Se volvió hacia su ordenador y tocó unas cuantas teclas.

—Yo no le haría caso, pero probablemente entonces vendría aquí y aletearía contra la ventana, como un pájaro desorientado. —Señaló el ordenador de Caitlin—. Desconéctela. Escúchela, pero hágala callar. Con una almohada encima de la cara, si es necesario. —Levantó la vista—. No lo digo en serio...

—Mis almohadas las tengo en casa.

—Bien.

Caitlin se volvió para irse y él dijo:

—Y hable con su padre otra vez.

Ella se encogió de hombros.

—Hendrix. —La voz de Guthrie se suavizó—. Tenemos que tocar todas las teclas. Usted es la única que puede tocar esa.

—Sí, señor.

Al salir del despacho llamó a su padre por el móvil. Mack no respondió. Aliviada, dejó un mensaje en el buzón de voz, vago e inocuo, que seguramente

conseguiría traspasar su perímetro defensivo. Se sentó a su escritorio y miró la información de la persona online que Guthrie quería que silenciara.

Estaba a punto de entrar en un circo de tres pistas.

—Con Deralynn Hobbs, por favor. De parte de la detective Hendrix, de la oficina del sheriff de Alameda.

—Soy Deralynn. —Con signo de admiración implícito—. ¿La detective Hendrix? ¿Su hija?

—Sí.

—Oh, Dios mío...

La voz de la mujer era alegre y animada. La pantalla del ordenador de Caitlin mostraba la foto del permiso de conducir de Deralynn. Caucásica, treinta y un años, con cara de luna llena y una sonrisa que podría haber fundido la cámara del Departamento de Tráfico. A través del teléfono llegaba el sonido del tráfico, parecía que de una autopista. Se oían voces infantiles. Música de dibujos animados.

Caitlin dijo:

—Usted contactó con el sargento Guthrie. Yo me encargo de hacer el seguimiento.

—¿Le contó lo del colgante que falta?

Deralynn había enviado una docena de mensajes de correo en los dos últimos días. Más enlaces a la web que llevaba, FindtheProphet.com. Caitlin fue pasando por la pantalla los mensajes de Guthrie.

re: El colgante de Barbara Gertz.

—Tengo su correo. Lo revisaremos.

—La víctima número tres. Marzo de 1995. Su pariente más próximo, el marido de Barbara, le dijo al forense que cuando la identificó le faltaba el collar. Se organizó un escándalo...

—Sí.

Caitlin abrió el mensaje. No sabía nada del escándalo.

—¿Acusó al personal del anatómico forense de robarle una joya a su mujer? ¿Antes de que la policía se diera cuenta de que el asesino quizá se la hubiera quitado?

Fue examinando el correo: «Colgante único de oro y ópalo en forma de colibrí de Barbara».

—Pondré una nota en el archivo, señora Hobbs.

—Deralynn. —Por teléfono, la voz de la mujer sonaba más baja—. Chicos, parad. Eso es para comer... Bueno, tendríais que haber acabado de desayunar ya. No... Weston, he dicho que... no lo abras en el coche, el yogur se...

Llegaron gritos desde el asiento trasero.

Caitlin se pellizcó la nariz.

—Coge una toallita húmeda de la bolsa de gimnasia —dijo Deralynn. Y luego a Caitlin—: ¿Sigue ahí?

—¿Por qué no hablamos en un momento mejor?

—No hay momentos mejores.

En la parte trasera del vehículo de Deralynn, que Caitlin se estaba imaginando como un monovolumen con un muñeco de Dexter de los que mueven la cabeza en el salpicadero, un niño se quejó:

—Mamá, la toallita no hace más que extenderlo por todas partes.

Deralynn dijo:

—Pues lo chupas.

Caitlin quería dejar caer la cabeza sobre el escritorio.

Deralynn se dirigió a ella:

—He encontrado el colgante en eBay.

Caitlin se puso tensa al momento.

—¿Cree usted que el collar que le faltaba a la víctima está a la venta en eBay?

—Lo estuvo. Hace cuatro años. Pujaron más que yo. Contacté con la policía, pero no volví a saber nada más. Esta semana, cuando ha vuelto a salir todo, le mandé un correo al sargento Guthrie para que contactara con el comprador y así

podiera rastrear la procedencia del colgante. Encontrar al vendedor y relacionarlo con la víctima.

—Vuelva a contármelo todo desde el principio.

Deralynn le hizo un resumen rápido y le contó que llevaba siete años buscando ese colgante.

—El Profeta no siempre cogía recuerdos. Pero con la teoría de que lo que llegó a su posesión siempre podía salir de sus manos (por ejemplo, si moría, o si se lo robaban) puse una alerta de búsqueda constante para ese colgante. No sé cuántas noches me pasé buscándolo. Y cuando apareció, fui a por él.

—Pero no sabe si pertenece realmente a la víctima.

—El mismo diseño, dimensiones y trabajo de artesanía, y los fragmentos de ópalo como ojos... Weston, no dejes que el perro se te coma el bocadillo.

Caitlin miró de nuevo la foto de Deralynn. Esa sonrisa. La cara resplandeciente y la figura rubensiana. Una obsesiva casi patológica, una cosechadora nocturna de datos, que compraba recuerdos de casos criminales en eBay. Una metomentodo que llamaba a los detectives mientras llevaba a los niños en coche al colegio.

Caitlin dijo:

—Mándeme todas las fotos y la información que tenga de ese colgante.

—En cuanto deje a los niños aparcados y le pase una manguera al coche.

La información llegó media hora después: capturas de pantalla del listado de eBay donde estaba el colgante. Por aquel entonces, Caitlin ya había conseguido desenterrar una foto de Barbara Gertz de los archivos de casos antiguos. Gertz tenía una sonrisa picarona y un martini en la mano. El colgante lo llevaba con una cadena de oro entre los pechos.

Parecía idéntico al colgante que Deralynn había encontrado en eBay... Hasta un araño en forma de media luna en el ala de oro del colibrí.

Caitlin procuró relajar la respiración. Tres meses después de que se tomara la foto del martini, el Profeta mató a puñaladas a Barbara Gertz. Descubrieron su cuerpo en el transportador de un túnel de lavado automático de coches. Los chorros de aire para el secado le habían arrancado la ropa.

Cuanto más comparaba Caitlin las dos fotos del colgante, más convencida estaba: era el mismo objeto. Movi6 la ruedecita para obtener los datos del vendedor de eBay. Requeriría una orden judicial y costaría varios días, aun con la urgencia del caso, que era de vida o muerte.

Volvió a su ordenador y leyó los mensajes de Deralynn Hobbs, con menos desdén en esta ocasión. Y abrió FindtheProphet.com.

La web era fea, pero estaba muy trabajada. Había un calendario de los asesinatos. Páginas de fotos tomadas por los agentes de la ley, la prensa y algunos civiles. Páginas para cada una de las víctimas. Eran completas y respetuosas. Incluían entrevistas con los familiares de las víctimas.

Y foros de mensajes. Caitlin se quedó asombrada. La web tenía cuatro mil quinientos usuarios registrados. Y a saber cuántos mirones más. Había 134 hilos con diversos temas. Caitlin se registró bajo el seudónimo de WarriorFan, y entró.

Sospechosos.

¿Son los crímenes al azar, o conocía el Profeta a sus víctimas?

Rimas en los mensajes. Numerología. Astrología. Satanismo.

¿Es el Profeta un imitador del asesino del Zodíaco?

¿Es el Profeta el asesino BTK?

Perfil del autor. Errores de la policía. Asesinatos que deberían atribuirse al Profeta.

Retratos robot... ¿Son precisos?

¿Qué significa el símbolo de Mercurio?

Algunos hilos tenían cientos de respuestas, con enlaces a todo, desde artículos del *New York Times* a archivos del FBI.

«Veinte años... ¿Dónde ha estado?». La moderadora de ese hilo: D. Hobbs.

Se arrellanó en su asiento. Algunos de esos hilos eran pura basura. Pero muchos de los comentarios eran reflexivos e inteligentes. Muy vehementes, sí. Pero bien documentados.

Esa web ahondaba tanto que en realidad podía ser un almacén de información que las agencias de la ley individuales nunca habían recopilado. Incluso podría tener fotos de pruebas que habían sido destruidas o robadas. Deralynn podía tener la clave del mundo perdido del caso.

Caitlin vio otro asunto de discusión: «¿Imitadores?». Contaba con setecientos comentarios polémicos.

Cogió el teléfono y llamó a Deralynn.

—Necesito incluir o excluir la posibilidad de que los nuevos asesinatos sean obra de un imitador. Podría usted ayudarme.

—Oh, Dios mío, claro que sí —dijo Deralynn.

Parecía que estaba otra vez en el coche, o todavía en él. Caitlin oía música y una pista de risas enlatadas. *Bob Esponja*.

—¿Podría usted resumirme los argumentos más interesantes de ese foro? Y si FindtheProphet.com tiene información relevante que no esté online, envíemela.

—Claro que sí. Y no le diré nada a nadie.

—Me alegro de no haber tenido que pedirselo.

Caitlin oyó el sonido de un intermitente, niños que recogían sus cosas diciendo «adiós» y «gracias».

—Portaos bien —dijo Deralynn—. Os quiero.

Se cerraron algunas puertas. Luego los neumáticos chirriaron, mientras Deralynn aceleraba furiosamente y se reincorporaba al tráfico.

—Voy a hacerlo —le aseguró y colgó.

Caitlin sintió que acababa de subir a una atracción de feria.

Pensó en Deralynn y su coche lleno de niños, y su ansiedad de sabueso para atrapar a un asesino. Risas y «os quiero».

Pensó en llamar de nuevo a su padre. Durante un nanosegundo. Al cabo de un momento, cogió el teléfono y llamó a Protección de Menores.

—Llamo por la niña que encontramos abandonada durante una redada policial, hace dos noches. Soy la oficial que la sacó de la casa.

Un minuto después se sentía mucho más ligera. Aliviada y con el nudo de su pecho algo más suelto. La niñita, Baby Doe, estaba perfectamente sana y se encontraba alojada temporalmente con una familia de acogida.

Aquella pequeña luchadora estaba a salvo, y caliente, y alguien la cuidaba. Sí, estaba en peligro psicológico. Abandonada. Pero estaba en unas manos que no la

dejarían en una casa de meta, llena de drogas, cuchillos y armas de fuego. Caitlin recordó sus bonitos y enormes ojos, recostada contra su hombro.

—Gracias. Es una noticia estupenda.

Hay que aprovechar las cosas cuando vienen.

Detrás del instituto Sequoia, más allá del campo de fútbol, bajando la colina del huerto de los aguacates, estaba el canal de cemento para controlar las inundaciones que los chicos de los monopatines llamaban el Desagüe. La valla metálica no conseguía mantenerlos alejados de allí, ni siquiera una tarde borrascosa después de un día triste, con un ambiente extraño. El señor Ackerman había muerto. Media docena de chicos se reunían allí, aprovechando las pendientes y las curvas, las alcantarillas y los recodos... No era tan bueno como media tubería o una piscina vacía, pero era su espacio, para patinar, sentarse allí y hablar de lo raras que eran las cosas. El profesor sustituto de álgebra era como un conejo sorprendido por los faros de un coche. Como si la clase estuviera envenenada. Con las furgonetas de las noticias esperando fuera.

El Profeta. El asesino en serie real que grababa unos cuernos de diablo en sus víctimas.

Por lo general, les gustaba echar unas carreras desde la parte superior de la rampa de cemento en pendiente, hacer un *ollie* en el lecho del canal y bajar por la alcantarilla como si estuvieran surfeando una ola en Mavericks. Aquel día, no. Aquel día, sobre todo, estaban sentados, uno o dos fumaban, y todos deseaban haberse puesto ropa más abrigada. El viento los ponía nerviosos.

Entonces Kyle Pérez subió a la cima del promontorio y con aire despreocupado dirigió su monopatín hacia abajo, con un giro largo, con el pie derecho y hacia la izquierda. Distráido, porque, si no, no habría atacado la junta del cemento en mal ángulo, ni habría salido volando con un molinete por delante. Un par de chicos se rieron y aplaudieron cuando bajó la pendiente agitando brazos y piernas. Su monopatín se deslizó rápido por el lecho del canal y se fue hacia la alcantarilla.

Kyle recuperó el control de sus brazos y piernas larguiruchos, y se enderezó el gorro de lana. Hizo una reverencia ante los aplausos fingidos, y entró sigilosamente en la alcantarilla para recuperar el monopatín.

Dentro estaba oscuro y húmedo. Sus zapatillas Chuck Taylor chirriaban en el cemento. Kyle encontró su monopatín y le dio un pisotón a la punta, de modo que este saltó y lo pudo coger y metérselo debajo del brazo.

Se volvió para salir y entonces se detuvo.

—Chicos —llamó.

Sus amigos siguieron hablando. Kyle se inclinó hacia la pared curvada de la alcantarilla y parecía que el corazón se le salía del pecho, y la piel de la nuca se le puso muy tensa, como si alguien la hubiera atado con una cuerda y estuviera tirando.

—Chicos, venid a ver esto.

Tony y Jaden se levantaron y fueron hacia allí, sombreados por la entrada de la alcantarilla.

—¿Qué pasa? —preguntó Jaden.

Kyle apuntó con la linterna de su cámara a la pared. Los números negros destacaron.

37.644827, - 121.781943

—Qué grafiti más aburrido —dijo Jaden.

Kyle dirigió la luz hacia la pared curva de la alcantarilla, de modo que pudieron ver el resto.

LA POLICÍA NO LO AVERIGUA. ¿CREES QUE PODRÁS TÚ?

—Son coordenadas. Longitud y latitud —aclaró Kyle. Lo buscó en Google—. Y está cerca de aquí.

Una ráfaga de viento entró por la alcantarilla. Por el extremo más alejado,

donde la luz se volvía lechosa, pasó una sombra. Tony tembló y volvió hacia la luz del día.

—Tío. Qué susto. Era solo un pájaro. —De repente, Kyle ya no era un estudiante novato. Era el descubridor—. Tenemos que comprobar esto.

—No.

Kyle le enseñó el mapa con su teléfono a Jaden, que respiraba pesadamente.

—Está en el parque Silver Creek. Tony... conduce tú.

Jaden le cogió el brazo.

—Pero ¿no lo ves?

Cogió el teléfono de Kyle y apuntó con la linterna a la pared. Arriba, en el cemento, estaba aquello.



Kyle le lanzó una mirada intensa durante un momento.

—Tenemos que ir al parque.

Caitlin había mantenido los ojos cerrados y las manos apretadas encima de los auriculares. Tenía la voz del Profeta en la cabeza. La voz de hacía veinticinco años. La original, firme, segura voz de Mercurio. Hablando con la hija de una víctima, escupiendo veneno mientras ella sollozaba y le rogaba que dejara en paz a su familia. «Pero ella era una puta. Tuvo lo que se merecía», decía él.

Puso la grabación en pausa. Quería vomitar. Al cabo de un momento, cuando su pulso volvió a la normalidad, oyó sonar el teléfono de su escritorio. Se quitó los auriculares como si le pasara la corriente.

Cuando respondió al teléfono, la recepcionista le dijo:

—Tienes una visita.

Le costó un instante rehacerse, caminar hacia el mostrador de entrada y oír la voz emocionada de Deralynn Hobbs. Abrió la puerta del vestíbulo. Deralynn se levantó de un salto y le estrechó la mano.

—Detective. Cuánto me alegro de conocerla.

Era bajita, cuadrada y con los pies ligeros, como si fuera una pelota de playa. Su pelo rubio surgía como las espinas de un erizo, muy revuelto. Llevaba unos pantalones capri y un jersey del color de un cono de tráfico fluorescente. Tenía los ojos azul celeste y su sonrisa era amable.

—Lo del imitador. He encontrado casos antiguos sospechosos —dijo Deralynn—. Uno en Miami, hace diez años, y otro en Houston, hace dieciocho meses.

Caitlin le había pedido que marcara los mensajes y le remitiera información, no que empezara ella una investigación por su cuenta.

—¿Cómo que sospechosos?

—Parejas muertas cerca de un equinoccio.

Levantó los puños cerrados, llena de emoción.

—¿A qué distancia? ¿Fechas? ¿Nombre de las víctimas? ¿Número de caso y oficiales que lo investigaron?

—Lo tengo todo. Y también tengo esto. Las víctimas se conocieron a través de un servicio de citas online. Quizás el asesino se haya apuntado a un servicio de ese tipo.

Caitlin intentó no sonar totalmente escéptica.

—¿Y qué hace entonces?

Fuera sonó una bocina. Deralynn se inclinó hacia la puerta.

—Espere. O venga conmigo.

Salió. Caitlin se quedó atrás y luego pensó: «Dejemos que Deralynn vuelva a su coche y así se irá antes».

Un monovolumen polvoriento estaba aparcado en el espacio de las visitas. Una pegatina que llevaba decía: «Cuidado. Solo freno por: oh, dios mío, ¿acabo de atropellar a alguien?». Caitlin se alegró de ver que sus instintos se habían confirmado.

—Quizás encuentra perfiles de la gente —aventuró Deralynn—. Y sus fantasías. Estamos hablando de un asesino cuyo sentido más profundo se encuentra en una fantasía. Entonces, quizá, cuando las mujeres lo rechazan, las mata.

—Quizá.

Era difícil oír la voz de Deralynn por encima del sonido del claxon del coche. En el asiento del conductor, un husky siberiano apoyaba las patas delanteras en el volante. Deralynn abrió la puerta y lo apartó. El claxon dejó de sonar.

—Envíeme la información —dijo Caitlin.

—De inmediato. —Deralynn se cogió a la portezuela del coche—. Ya sé que venir aquí no es lo más adecuado. Pero cualquier cosa que pueda hacer para ayudar... de verdad...

Se estrecharon las manos de nuevo, subió al coche y se alejó, saludándola vigorosamente.

Glinda, la Bruja Buena de la Web.

Cuando Caitlin volvió a entrar en el vestíbulo, Paige se estaba mordiendo la uña del pulgar. Tenía un sobre de FedEx en la mano.

—Para ti.

—Gracias.

Caitlin entró en la comisaría y lo cogió. Paige se levantó de su silla y la siguió mientras ella se dirigía a su escritorio, como una invitada que acaba de entregar un regalo para el cumpleaños de una niña. ¿Tan poco trabajo había? ¿O simplemente Paige quería fisgonear en el centro de operaciones?

—¿Algo más? —preguntó Caitlin.

—No, es que... —Paige se encogió de hombros—. ¿No lo vas a abrir?

—Sí. Gracias.

Paige fue retrocediendo, poco a poco.

El sobre indicaba: detective hendrix. personal. La dirección de la comisaría estaba escrita con mayúsculas. Caitlin no reconoció ni el nombre del remitente ni la dirección. Todo su ser le exigía que fuera precavida.

Abrió el sobre y salió un lápiz de memoria. No había nada más dentro.

—Martínez.

El otro detective levantó la vista, con la cabeza calva brillante. Le dirigió una mirada que habría dirigido a una hermana pequeña molesta que lo hubiera interrumpido. Entonces vio la cara de ella. Se acercó cuando ella lo llamó.

Señaló el lápiz de memoria.

—No espero nada y no reconozco al remitente. No quiero parecer exagerada, pero...

—No, no estás exagerando.

Sacó un par de guantes de látex del cajón de su escritorio y se los puso. Martínez se inclinó sobre su teclado, le pidió permiso y tecleó la dirección del remitente.

No encontrada.

Intercambiaron una mirada. Ella cogió el lápiz de memoria. Martínez la acompañó al departamento de Informática de la comisaría, un escritorio situado en una esquina del espacio de la oficina principal, donde ella introdujo sus

credenciales en el ordenador estéril de la comisaría, la máquina designada para comprobar archivos no verificados y lápices de memoria. No estaba conectada con el resto de los ordenadores del edificio ni de la oficina del sheriff.

Insertó el lápiz. El ordenador lo examinó y no encontró programas maliciosos. Caitlin lo abrió.

Un vídeo se puso en marcha.

La imagen era oscura e irreconocible. Les llegó un sonido confuso que luego se fue aclarando.

Era un gemido.

En la imagen pasó a verse un aparcamiento con grava a la luz de la luna. Al fondo se veían las colinas plateadas. Unos robles oscuros y altos. La cámara iba recorriendo el espacio con suavidad, como un trávelin de Hollywood.

—Llama a Guthrie —ordenó Caitlin.

—Sí.

Martínez miró un segundo más y luego se alejó.

Caitlin estaba sentada muy rígida, con las manos extendidas encima del escritorio. En la pantalla, el gemido se convirtió en un grito.

Vio a Stuart Ackerman en el suelo, a gatas. Estaba a unos veinte metros de la cámara; se arrastraba para alejarse de la persona que estaba grabando aquel vídeo. Sus pies resonaban en la grava. Unas flechas sobresalían de su espalda.

Los quejidos procedían de él.

—«No... No... Dios mío...».

La cámara siguió avanzando. El paso del cámara era tranquilo.

Caitlin notó como si una banda le oprimiera el pecho. La sangre le rugía en los oídos. Detrás de ella, oyó a Martínez volver con Guthrie, pero no podía apartar los ojos de la pantalla.

—«¡Socorro!».

Ackerman hablaba casi en susurros y estaba completamente desesperado. La cámara se quedó enfocándolo, con paciencia, como si enmarcara la escena.

Luego corrió hacia Ackerman. Apareció a la vista una ballesta, y Caitlin

reparó en que la cámara era una GoPro, probablemente montada en el hombro del asesino, y la ballesta apuntó a su blanco. Y disparó.

Caitlin dio un salto. Su respingo fue involuntario.

Martínez dijo:

—Madre de Dios...

El vídeo pasó abruptamente con un corte a un callejón. La respiración del cámara invisible era lenta y pesada. En la calle se oía ruido. En una pared de ladrillos se veía un grafiti pintado con aerosol: «Gotear sangre».

La respiración era una presencia. Se expandía más allá del ordenador, e invadía la habitación. Una voz susurró con aspereza:

—«Estás descarriada, Hendrix. Te has perdido en un bosque oscuro. Nunca encontrarás el camino».

La pantalla se fundió a negro.

—«Pero alguien lo hará, porque el castigo espera...».

Caitlin no podía moverse. No podía apartar la vista de la pantalla. Pero lo vio por el rabillo del ojo. La sala entera la miraba. A ella.

Desde la parada del autobús, mientras caminaba por Potrero Hill en dirección a la casa de huéspedes, Mack Hendrix vio el todoterreno desgastado de su hija bajar por la calle. Las sombras estaban invadiendo ya el barrio. El cielo tenía un borde dorado detrás de las colinas de la ciudad. En la bahía, grandes olas removían el agua. Caitlin aparcó, salió y subió las escaleras, sin verlo todavía.

Él aminoró el paso. Llevaba un periódico bajo el brazo. Unas botas Carhartt tiznadas de barro, y un gorro manchado de sudor. Tierra bajo las uñas. Había trabajado todo el día sacando piezas de cemento de un molde para la nueva casa de un millonario en Pacific Heights.

Trabajo honrado. Sudor limpio. Sin embargo, durante un momento quiso darse la vuelta y alejarse. Ella lo vería y lo juzgaría, y lo encontraría digno. Y él no quería eso.

Se detuvo en la acera y la vio subir el largo tramo de escaleras que había hasta la puerta delantera.

Era ligera y atlética. Había heredado la estatura de la familia de su madre. Tenía el cabello pelirrojo como una corona orgullosa, aquella noche sujeto hacia atrás con una especie de media cola de caballo un poco revuelta, como si aún tuviera ocho años y volviera del entrenamiento de fútbol con las mejillas rojas y llena de energía. Sus pasos eran urgentes.

Así era Caitlin: urgente. Aunque estuviera completamente quieta, guardándose los pensamientos y las esperanzas, cosa que pasaba la mayor parte del tiempo, por dentro corría siempre, con el corazón alborotado, la mente dando tumbos como un motor pasado de revoluciones, tragándose las escenas con los ojos.

¿Cómo podía él haber creado algo tan bello y tan decidido?

El viento lo abofeteó. La conocía demasiado bien: parecía que pinchaba, pero

tenía un corazón enorme enterrado. Y por si eso fuera poco, era una cazadora.

Aquella parte sí que sabía exactamente cómo la había creado. A ella le encantaban los juegos. Le encantaba ganar. La caza le parecía emocionante.

Ganar le daba un objetivo, una meta. Y tener metas la apartaba de las divagaciones, de caer en la ciénaga de la obsesión y la depresión. Le evitaba hundirse en el pozo que él había excavado para ella.

Caitlin llegó al porche y llamó a la puerta. Él esperó un momento más. Cómo se parecía a su madre... Impulsiva. Intuitiva, siempre buscando conexiones donde otros veían solo niebla.

Dura, pero no cínica. Se había desilusionado muy joven, de una manera terrible. Pero conservaba la pasión.

Pasión por arreglar los males que la habían afectado. Redimir el nombre de Hendrix. Intentaba hacerse cargo de todo, ella sola. Y ahí residía la trampa, la lata de gasolina emocional que podía incendiarse de repente y quemarla.

Eso, y la compasión secreta que intentaba ocultar ante los extraños. Mack se dirigió hacia ella.

Ella estaba en la puerta, hablando con la casera.

—¿Sabe cuándo volverá?

Él subió las escaleras.

—Aquí estoy.

Ella se volvió. Algunos mechones de pelo se agitaron en torno a su cara, con el viento. Lo miró, le echó la mirada que ya esperaba, vio la tierra y el periódico y el barro de sus botas, midió lo firmes que eran sus pasos, y su cara no reveló nada. Pero él notó el alivio, el «oh, gracias a Dios que está sobrio». A él aún le quedaba un buen trecho para llegar a alguna parte. Aun después de veinte años.

—¿Vienes sola? —preguntó—. ¿El sargento Guthrie ha decidido que la cosa funciona mejor con uno solo?

Ella apretó los labios. Él la hizo entrar por el vestíbulo a la cocina.

—¿Quieres un vaso de agua?

—No, gracias.

Ella se detuvo en la isla de la cocina, con las manos muy metidas en los

bolsillos de la chaqueta.

—Me ha mandado un mensaje.

Mack se quedó quieto, con la mano en el grifo. Caitlin rodeó la isla y se acercó a él.

—No entiendo lo que me está diciendo.

Él cerró los ojos.

—Dices que lo has dejado. Pero yo no me lo creo.

Él bajó la cabeza. Ella le cogió el brazo, levantó la manga y dejó al descubierto su tatuaje.

—Lo llevas debajo de la piel —dijo.

El calor que desprendían sus ojos parecía abrasar la tinta. Volvió el dolor de la aguja.

«He dicho que el símbolo del Profeta. Hazlo». Borracho en los barrios bajos, chillándole a un tatuador. El otro no quería peleas. Él quería una marca, un castigo, una puerta a la oscuridad. Un recordatorio de que el Profeta no había terminado.

—Papá.

Él leyó el segundo tatuaje, «Caitlin». Años después, se lo hizo estando sobrio. Porque ella era la luz.

Ella le dijo:

—Esta es la segunda vez que hace un comentario que podría referirse a mí. Y yo...

—El segundo... ¿Cuál fue el otro?

—El mensaje que envió a la cadena de televisión. «Viejos y jóvenes en el pozo». Creo que sabe que me han asignado a la investigación desde el principio. Y el mensaje de hoy... —Cogió aire con fuerza—. Me llama por mi nombre.

—No crees que te esté intentando apartar del caso.

—No intentó apartarte a ti, ¿verdad?

—Más bien al contrario —respondió Mack.

—Es posible que me quiera ahí. Es posible que...

—Te haya atraído.

Ella se quedó pensativa.

—Como si decidiera perseguirme.

A Mack se le aceleró el pulso. No se atrevía a decirlo, pero lo pensó: el asesino había seleccionado a Caitlin. Exactamente igual que había seleccionado a sus víctimas. Caitlin no fue asignada a la investigación: formaba parte del caso. Y el asesino quería que trabajase en él. La puso en el terreno de juego de uno de los casos de asesinatos en serie sin resolver más importantes de Estados Unidos.

Notó el corazón en un puño.

—Déjalo. Vete de la ciudad.

Pero vio que ella estaba desesperada. El miedo por ella lo invadió. Quiso apretarla contra su cuerpo y susurrar: «Huye de este caso». Pero la voz de ella estaba llena de furia y decisión.

—Si te está provocando directamente, es que planea algo —exclamó él—. Enséñame a ver.

Ya había oscurecido cuando los chicos del monopatín entraron en el parque Silver Creek. Kyle, Tony y Jaden iban en silencio, mientras Tony conducía el viejo Civic por el camino de grava lleno de charcos. Los ojos de Kyle pasaban de su teléfono, con las coordenadas geográficas, a las colinas y los árboles que se agitaban con el viento. Por allí no había nadie más.

—Qué sitio más macabro —dijo Tony.

—¿Crees que ese nos iba a mandar al Dairy Queen? —replicó Jaden.

Kyle pensó: «Ese». Un extraño temblor le subió a los labios. Se los mordió para detenerlo.

Cogieron una curva, rebotando, y llegaron a un aparcamiento vacío. Kyle comprobó las coordenadas.

—Está cerca. Aparca aquí.

Cuando Tony apagó el motor, el viento silbó a través de los paneles de la puerta. Se quedaron allí sentados. Al final, Kyle salió.

Siguió el mapa de su teléfono a través del aparcamiento, hasta un camino

forestal. La cadena estaba puesta, pero había huellas de neumáticos a ambos lados. Saltó por encima y enfiló la carretera, hacia los árboles. Tony y Jaden lo alcanzaron.

Cerraron filas y caminaron en silencio. El viento los azotaba. Al cabo de cinco minutos de ascenso, doblaron un recodo y se encontraron en la cima de una colina, mirando hacia un barranco.

Había ramas rotas y arbustos arrancados de raíz, en una amplia trayectoria que caía en la profundidad del barranco. Parecía como si una manada de dinosaurios hubiera pasado entre los arbustos. Tony señaló:

—¿Qué demonios es eso?

Kyle levantó el teléfono e hizo una foto. La cámara relampagueó. Luego se echó a correr, y de su boca y la de Jaden y la de Tony solo salían gritos prolongados y recios.

Caitlin abrió su ordenador portátil en una mesita baja, en la sala de estar de la casa de huéspedes. La ventana saliente estaba llena de una oscuridad de carbón. Metió un lápiz de memoria con una copia del vídeo enviado por FedEx. Miró a su padre.

—Es un poco duro —le advirtió.

Mack se inclinó hacia delante, con las manos cogidas entre las rodillas.

—Ponlo.

Ella pulsó una tecla.

Mack no se movió. No parpadeó. Sus ojos examinaban la pantalla. En el vídeo, los gritos quejosos y desesperados de Stuart Ackerman seguían sin parar. A Caitlin se le encogió el estómago una vez más.

Cuando el vídeo se cortó y pasó al callejón con los grafitis, Mack se inclinó hacia delante.

La voz del vídeo susurró:

—«Estás descarriada, Hendrix. Perdida en un bosque oscuro. Nunca encontrarás el camino. Pero alguien lo hará, porque el castigo espera...».

El vídeo terminó. Mack seguía tan quieto como una estatua.

—Vuélvelo a poner —dijo con suma tranquilidad.

Caitlin lo pasó de nuevo. Mack lo vio sin moverse. Cuando acabó, dijo:

—Otra vez.

Lo contempló por tercera vez con la cara de un halcón. Cuando la imagen se fundió a negro, él dijo:

—¿Vas a hacer público el vídeo del grafiti?

—En cuanto el Mando lo firme. —Caitlin se pasó los dedos por el pelo—. Alguien ha tenido que ver ese grafiti.

—Quizá —dijo Mack con voz pensativa—. El Profeta nunca deja la elección de sus víctimas al azar del momento. Investiga y elige sus objetivos. Te está diciendo algo en concreto.

El nudo del estómago de ella se tensó más aún.

—Tiene algo pensado.

—«El castigo espera».

El aire se volvió más denso alrededor de ellos.

—Le gusta esa palabra —observó ella.

Sacó del bolso una fotocopia del mapa en el que el Profeta había dibujado el primer escenario del crimen. Lo que más sobresalía: castigo.

Mack señaló el mapa.

—Lo encontré en una alcantarilla a casi un kilómetro del escenario del crimen.

Ella se echó hacia atrás.

—Pensaba... Espera. Pensaba que lo envió por correo a la comisaría. Que los daños por el agua se habían producido cuando se inundó la sala de pruebas.

Mack negó con la cabeza.

Ella levantó el mapa.

—¿Y se le cayó allí el original de esto? Pero todo lo demás estaba impecable. No deja ADN, ni huellas dactilares, ni rastros detectables...

—Fue hace veinticinco años. Todavía era un novato.

—¿Y cometía errores de novato?

—El primer delito de un delincuente es siempre el más revelador —dijo Mack—. Por eso debes centrarte siempre en este, cuando evalúes una serie de crímenes. Te enseñaré dónde se encuentra cómodo el criminal inexperto. Ese delito está muy cerca del lugar donde vive o trabaja, y su conducta es más natural, porque todavía no ha perfeccionado sus técnicas.

—De modo que me estás diciendo que debería volver adonde empezó todo. Con las avispas.

—No te estoy diciendo nada. Te dije que no quería que todo esto te afectara.

—Para ya. Me estoy ocupando de este asunto.

—Y tienes que escuchar lo que te estoy diciendo. Hoy en día ha perfeccionado sus técnicas. Ha adquirido una habilidad excepcional.

Sus ojos delataban melancolía, impregnados de una emoción que ella no podía identificar.

—¿Por eso el primer asesinato fue en otoño y todos los demás en primavera? —aventuró ella.

—Quizá. Si contamos estos nuevos crímenes, seis asesinatos han tenido lugar durante un equinoccio. Pero la primera muerte es la única que se produjo en otoño.

Ella se quedó pensativa. Él se rascó los brazos. La energía nerviosa de él llenaba la habitación.

—Has preguntado cuál es su mensaje. Pero no se trata de un mero mensaje —prosiguió—. Sí, hay un motivo por el cual se dirige directamente a ti de esa manera tan arcaica, «descarriada». Para él tiene sentido y debes descifrarlo. —Se contuvo—. Bueno, alguien debería descifrarlo. Pero ese otro mensaje quizá no sea ningún código.

—Podría ser un simple señuelo.

—No te dejes atraer por su mundo.

—De acuerdo.

Mack la miró a los ojos fijamente. Mantuvo la mirada largo rato.

—Se va metiendo en tu interior. La verdad sobre lo que los seres humanos pueden hacerse unos a otros. Al final, harás cualquier cosa con tal de detenerlo.

—Hizo una pausa para asegurarse de que ella le prestaba atención—. Necesitábamos un descanso con este caso. Empezábamos a pensar: «Danos pruebas. Sigue haciéndolo».

Mack cogió aire con fuerza. Él se puso de pie y fue hacia la ventana.

Caitlin se sentó, con las manos colgando. Al cabo de un minuto le siguió a la ventana. Se puso a su lado, pero él seguía mirándola con gesto ausente, como si ella fuera invisible.

Ella se fue dando la vuelta hasta que él quedó justo enfrente de ella.

—Papá...

Él volvió la cabeza y al final le hizo caso. Tenía la mandíbula tensa.

—Yo... —Su voz se fue apagando.

Mack adoptó un gesto compungido.

—No hace falta que digas nada.

Ella se quedó un minuto mirando el suelo, luego asintió y se volvió para irse. Él la cogió por la muñeca.

—Tu vida está bien. No dejes que te la eche a perder.

Una vez fuera, Caitlin se dirigió a su Highlander. La luz amoratada del atardecer era cada vez más tenue y el viento traía el sonido del tráfico en la 280.

Mack acababa de hacer un acto de contrición. «Necesitábamos un descanso con este caso. Empezábamos a pensar: “Danos pruebas. Sigue haciéndolo”».

Era una confesión: que Saunders y él estaban tan obsesionados por atrapar al Profeta que perdieron la oportunidad de salvar a los recién casados en el cementerio. Ella se sintió mareada.

La ventana saliente de la casa de huéspedes resplandecía, iluminada. Ella veía a su padre en el salón. Estaba de pie frente a la pared, inmóvil, al parecer mirando al vacío.

Sonó el móvil. Era Guthrie.

—Hendrix. Parque Silver Creek. Puede ser nuestro escenario del crimen primario, donde mataron a Stuart Ackerman. Me reuniré con usted allí.

Ella saltó al coche.

—Ya voy. Tardaré media hora. Estoy en la ciudad.

—Vaya rápido. Hay unos chavales de instituto.

Caitlin vio un problema nada más aparcar en el parque Silver Creek. Las luces brillantes destellaban entre los robles, pero nadie había definido ni asegurado el escenario del crimen. Se detuvo junto a un Charger de la oficina del sheriff y salió. Un oficial uniformado se acercó a ella.

—¿Marston? —preguntó Caitlin.

El joven oficial, que había estado con ella en la redada en la casa de la meta, levantó la barbilla a modo de saludo.

—Están todos por ahí.

Cruzaron el aparcamiento de grava hacia un segundo coche patrulla. Los faros de este iluminaban a otro policía uniformado, varios civiles cuarentones y tres adolescentes. Un monovolumen, un Lexus y un Civic con una pegatina del aparcamiento del instituto Sequoia estaban aparcados allí cerca.

—¿Todo esto es parte del escenario del crimen? —preguntó Caitlin.

Marston señaló hacia el extremo más alejado del aparcamiento.

—El barranco de ahí arriba, en la pista forestal, a unos cuatrocientos metros. Ahí es donde los chicos han encontrado el coche.

—¿Y esa es la única carretera que proporciona acceso por vehículo al barranco?

—Que yo sepa, sí.

En su fuero interno notaba cómo se abrían paso una sorda irritación y una sensación de oportunidad perdida.

—Así que el coche del barranco tuvo que pasar a través de este aparcamiento. El asesino pudo haber pasado justo por aquí.

«Controla el escenario». Era una norma fundamental en el trabajo

detectivesco. La grava crujió bajo sus botas. Se preguntó si estarían pisando en aquel momento pruebas ya pisoteadas previamente.

Señaló con un gesto a la gente que se congregaba un poco más allá.

—¿Ha hablado con los chicos?

Marston asintió.

—Con todos, por separado. Parece que llevan un buen susto encima. Pensaban que iban a divertirse un poco y han encontrado algo bastante terrible.

Aparecieron unos faros procedentes de la calle principal. Un coche marrón que era una auténtica cafetera se detuvo detrás de los coches patrulla y de él salió un hombre. Demacrado, gris, con una chaqueta desgastada de tweed y una camisa vaquera. Llevaba una libreta en la mano.

Se puso una mano alrededor de la boca y llamó:

—¡Detective Hendrix! Bart Fletcher, del *East Bay Herald*.

Fletcher. El gacetillero que había escrito el artículo que decía que Caitlin estaba intentando superar los errores que cometió su padre.

—¿Ha cometido otro asesinato el Profeta? —gritó.

Caitlin miró al segundo policía de uniforme. Lyle.

—Sáquelo de aquí. Cierre la entrada del parque. Ponga conos. Que no entre nadie excepto el sargento Guthrie o los de la Científica.

Lyle asintió y se dirigió a Fletcher. Caitlin oyó una conversación a lo lejos, y el motor de Fletcher que se ponía en marcha. Siguió andando.

¿Cómo se había enterado Fletcher?

—¿Qué han dicho por la radio de la policía?

—No estoy seguro —respondió Marston.

Ella se acercó al grupo. Los padres estaban pendientes, vigilantes y ansiosos. Ella los miró a los ojos, pero se dirigió a los chicos.

—Soy la detective Hendrix. ¿Estáis bien?

Los tres adolescentes asintieron. La miraron con un miedo evidente. Chicos con pantalones holgados, y uno de ellos, con un gorro de lana. Se mordían las uñas. No estaban acostumbrados a tratar con la policía. El más joven, Kyle Pérez, tendría unos catorce años y parecía como si le acabara de cambiar la voz.

Les contó que habían encontrado las coordenadas geográficas en la alcantarilla de detrás del instituto.

—Así que decidimos venir a mirar. Yo pensaba que igual era una broma, y no queríamos avisar a la policía sin motivo, ¿sabe?

Su padre le puso una mano en el hombro.

—No has hecho nada malo.

Pero le apretó el hombro como si dijera: «De todos modos, tú y yo vamos a tener una conversación sobre las estupideces que no se deben hacer».

Kyle continuó el relato.

—De modo que vinimos aquí y buscamos las coordenadas, siguiendo la pista forestal de ahí... —Miró de nuevo a sus amigos. No le ofrecieron ayuda alguna—. Entonces vimos el coche. Y entonces...

Jaden, el chico que llevaba la gorra, intervino:

—Nos entró miedo.

Tony, el conductor, añadió:

—Estábamos todos en plan «Vámonos de aquí»...

—A toda prisa —terció Jaden—. Nos abrimos. Corriendo.

Kyle se limpió la nariz y tragó saliva.

—No querrá que volvamos allá arriba, ¿verdad?

—No.

Los chicos se relajaron.

Caitlin dijo:

—Marston, venga conmigo. Que todos los demás se queden aquí.

—Además —añadió Kyle—, es que... huele fatal.

Caitlin y Marston se dirigieron a la pista forestal. Guthrie llegó cuando estaban subiendo. Aparcó y se unió a ellos. La carretera ascendía por los bosques. En la cima de la colina, daba la vuelta y seguía a lo largo de un risco, por encima de un barranco.

La caída corría a través de arbustos de espinos y ramas de árboles. El coche estaba en lo hondo, a unos veinte metros, con la rejilla aplastada contra una roca. Una flecha sobresalía del neumático delantero izquierdo.

Notaron el olor. Olía a muerte. Luego lo oyeron. Un zumbido frenético. Moscas.

Marston tosió. Guthrie paseó el haz de su linterna por la escena. Caitlin combatió el deseo de retroceder. Aunque respiraba con inspiraciones cortas por la nariz, el olor le llenó nariz y garganta. Si lo respiraba por la nariz durante el tiempo suficiente, sus nervios olfativos acabarían por entumecerse. Un policía viejo se lo había dicho en el anatómico forense. También le dijo que los olores son partículas. Ella apretó los dientes y contuvo las arcadas.

Pasaron por encima del borde del barranco y bajaron de lado por la falla, barriendo los arbustos con las linternas. Cada vez olía peor. Diez metros más abajo, tenían un punto de observación mucho mejor.

—¿Qué demonios...? —exclamó Guthrie.

Apuntaron con las linternas hacia el coche accidentado. La parte trasera los apuntaba de cara. Era un Nissan Sentra azul, del mismo modelo y color que el vehículo perdido de Stuart Ackerman. Guthrie pidió el número, pero la matrícula no coincidía con la que estaban viendo. Y un nuevo olor se mezcló con el olor a muerte. Gasolina.

—¿Tanque de gasolina roto —preguntó Marston—, o manguera para gasolina?

Guthrie siguió paseando la linterna por el coche.

—Llame a los bomberos.

Marston acercó la boca a su radio, que llevaba en el hombro, y pidió ayuda de los bomberos por la presencia de un coche accidentado en medio del bosque. Respondió una voz.

Marston dijo:

—Detective, en el aparcamiento las cosas se están desmadrando.

—¿Qué pasa? —dijo Caitlin.

—Han llegado los medios a montones. La entrada del parque está cerrada, pero quizás hayan pasado a pie por el bosque, directamente.

—Dígale al ayudante del sheriff Lyle que los contenga —le ordenó ella.

De pie a mitad de camino de bajada al barranco, Caitlin y los dos hombres

intentaron comprender qué veían. Estaban lo bastante cerca como para descubrir la fuente de aquel hedor.

El coche estaba lleno de cuervos muertos.

Las ventanillas estaban bajadas lo suficiente como para que el olor saliera y se arremolinaran las moscas, lo que evitaba que los animales salvajes de mayor tamaño saqueasen el escenario.

La instalación. Una exposición del Profeta.

Un par de buitres estaban posados en el techo, agazapados. Vivos.

Cuando Marston pasó el haz de la linterna por delante de ellos, graznaron y extendieron sus enormes alas y saltaron en el aire, alejándose pesadamente en la noche.

Cuervos. Docenas de cuervos. Estaban tiesos y destrozados, en un evidente estado de descomposición. Sus plumas de un negro reluciente cubrían una carne aplastada y ya medio deshecha. Caitlin no sabía cómo, pero parecían todos puestos de pie, como si fueran un coro. Cubrían el salpicadero y el estante que había detrás del asiento de atrás. Cubrían también el volante y el cambio de marchas y los asientos.

Todos los pájaros tenían una cabeza de muñeca.

Ella intentó contener el aliento.

Las cabezas de muñeca estaban incrustadas encima de las cabezas de los propios pájaros. Muñecas. Juguetes de plástico con los ojos vacíos. Algunas con pelo, otras pelonas. Barbies, Bratz. Bebés. Algunas rosa y brillantes, otras cubiertas por un moho negro. Diminutas bocas fruncidas, como si quisieran chupar.

Una de ellas tenía un teléfono móvil entre los dientes.

—Guthrie... —dijo Caitlin—. ¿Encontraron en San Joaquín el teléfono de Ackerman?

—No.

—Pero su cuerpo... Esa palabra que tenía grabada en el pecho...

—«Respuesta». —Guthrie le lanzó una mirada—. ¿Cree que alguien podría llamar?

En el bolsillo trasero de sus pantalones, el teléfono de Caitlin zumbaba con un texto entrante. Ella no le prestó atención. Luego le sonó el aviso del buzón de voz.

Guthrie se puso los guantes.

—Compruébelo.

Se dirigió hacia el Sentra, probó la ventanilla y metió la mano a través de ella.

Caitlin sacó el teléfono y vio una lista enorme de mensajes y llamadas perdidas. Textos de su madre y de Sean. Llamadas de Sean. Y un texto de Deralynn Hobbs.

«La enfoca la cámara».

Un sudor frío bajó por la espalda de Caitlin. Marcó la llamada. Deralynn cogió el teléfono de inmediato.

—Detective, hay una cámara transmitiendo en vivo desde ese coche accidentado. Él la está viendo. Todo el mundo la ve.

Caitlin le echó un vistazo al coche. Guthrie iba a tocarlo, con el brazo extendido, tratando de coger el teléfono móvil.

La noche dio un vuelco. El teléfono. La cámara. El olor a gasolina.

Chilló:

—¡Sargento...! ¡Salga de ahí! ¡Ahora!

Guthrie volvió la cabeza, alarmado. Ella bajó el talud hacia él, haciéndole señas de que retrocediera.

En la boca de la muñeca, la pantalla del móvil se encendió con una llamada entrante.

Guthrie sacó el brazo del coche. Y con un relámpago blanco, el interior del Sentra explotó.

La luz amarilla floreció de pronto. Los pájaros y las cabezas de muñeca se incendiaron abruptamente, desnudas y brillantes. Una llamarada caliente surgió del coche. Guthrie se arrojó hacia atrás, con los brazos levantados por delante de la cara. Caitlin corrió hacia él.

Él le hizo señas.

—¡Váyase!

Las llamas devoraron el interior del coche. Mientras Guthrie se apartaba de allí y se metía entre los arbustos, las ventanillas explotaron. El cristal le salpicó la espalda. El fuego surgía de las ventanillas, con un humo negro y arremolinado. Guthrie alcanzó a Caitlin y ambos subieron como pudieron por la colina.

—¿Está bien? —preguntó ella.

Él tosía, con la cara de un rojo vivo, y tenía esquirolas de cristal salpicadas por el pelo y la chaqueta.

—Bien.

—El teléfono —dijo ella—. Parece que era el detonador.

—Era un maldito artefacto explosivo improvisado —observó Guthrie.

Mientras terminaba de oscurecer, el coche que estaba en el fondo del barranco era un pequeño infierno. Las alas de los pájaros muertos ardían al azar. Las cabezas de muñeca se estaban fundiendo. El coche era pasto de las llamas y de él salía una intensa humareda.

Con un estallido agudo, los neumáticos explotaron, debido al calor.

Marston apartó con gestos el humo apestoso y negro.

—Sargento, ¿está bien?

Guthrie asintió.

—Tengo el extintor en mi unidad.

Bajó corriendo por la carretera. El calor del fuego era un muro ondulado.

Guthrie dijo:

—Quería que nos acercáramos al teléfono.

—Ha esperado hasta que hemos mencionado que era lo que encendía el fuego.

—Caitlin se llevó su propio teléfono al oído—. ¿Deralynn?

—Ay, Dios mío. Qué espanto —dijo Deralynn.

—¿Todavía sigue en directo?

—La cámara ha dejado de funcionar.

Las llamas se elevaron más alto aún y el humo surgía de debajo del coche.

—Va a explotar —advirtió Guthrie.

Se retiraron a la pista forestal. Un segundo más tarde, un estruendo potente

golpeó el aire, y un remolino de llamas rojas y humo se alzó por encima del borde del barranco. Las chispas incendiaron el aire. El calor irradió hacia la cara de Caitlin. A lo lejos se oía el gemido de las sirenas.

Lo que hubiera en el coche había desaparecido.

Guthrie meneó la cabeza con gesto de negación.

—Ha jugado con nosotros. El muy hijo de puta.

Las llamas del coche se extinguieron bajo el chorro de las mangueras de los bomberos. Después de apagar el fuego que incendiaba los arbustos en el barranco, y de abrir el coche como un almacén carbonizado, guardaron sus bártulos, se subieron otra vez en el coche con la bomba de agua y regresaron por la pista forestal. Caitlin se acercó con cautela al Sentra quemado, examinando con la linterna cada centímetro de tierra, cada milímetro de metal y cristal. Toda la escena estaba completamente abrasada, carbonizada; todo reventado, húmedo y maloliente.

De vuelta a la entrada del parque Silver Creek, había una avalancha de furgonetas de noticias y curiosos. Empezando por la aproximación inicial de los chicos del instituto al coche, todos los momentos habían sido captados en vídeo y enviados online. Por eso la prensa estaba allí e internet se estaba volviendo loco, y llegaban morbosos que no querían perderse el caso del Profeta y acudían como peregrinos, con lo que llenaban el escenario.

El asesinato de Stuart Ackerman ahora implicaba quizás hasta tres escenarios del crimen: el rancho donde se encontró su cuerpo, la alcantarilla de detrás del instituto Sequoia y aquel barranco. Caitlin apuntó con la linterna la flecha que sobresalía del neumático delantero del coche.

Guthrie bajó la colina. Se había quitado la chaqueta y la mayor parte de los cristales que llevaba en el pelo.

—En cuanto esa flecha pinchó el neumático, Ackerman ya no pudo conducir muy lejos. Si fue así como el asesino le tendió la emboscada, el escenario del crimen inicial está cerca.

Caitlin pasó alrededor del coche entre los arbustos quemados. Tanto el capó como la puerta del maletero estaban levantados, abiertos por los bomberos. Bajo

el capó se encontraba el motor estropeado. En el maletero había explotado una rueda de recambio. Apuntó la linterna en ángulo hacia el interior del coche. Era una confusión, una auténtica carnicería, cientos de mensajeros de mal agüero.

Pero no había cuerpo alguno.

Sintió un enorme alivio, acompañado por una extraña inquietud. Quizá no hubiera segunda víctima tras el asesinato de Ackerman. Quizás eso (la pista en el instituto, el extraño escenario con el coche y el vídeo) fuera un mero juego, destinado a molestar a los agentes de la ley y a aterrorizar al público. O quizás el asesino siguiera esperando el momento más propicio para revelar otro crimen.

«Aquí estamos, pues. Haz algo para entretenernos».

—Todo esto es muy raro. Es demasiado...

—¿Qué? —dijo Guthrie.

Ella miró el coche. Escuchó el viento.

—Es... demasiado ansioso —contestó ella—. Ávido.

Él la miró, más o menos de la misma manera que había hecho la primera noche en el escenario del crimen del campo de maíz.

—¿Qué quiere decir?

—El Profeta ha sido siempre implacable. Mataba y luego mantenía caliente el... rescoldo del crimen... atormentando a las familias de sus víctimas. Llamaba por teléfono, ponía cintas. Y provocaba a los representantes de la ley. Los mensajes a los medios de comunicación, con toda esa bravuconería, tenían como objetivo que él apareciese bajo los focos, pero también atizar el miedo.

Su linterna descansaba en el rostro medio quemado de una muñeca a la que le faltaba un ojo; el otro brillaba.

—Pero esto... es excesivo.

—El asesinato en serie es la propia definición de lo excesivo.

—Esto tiene un aire distinto —insistió ella, y se calló.

¿Quién era ella para analizar la naturaleza del Profeta? Era solo una novata de Homicidios plantada de pie en el barro, con las botas y los vaqueros ennegrecidos por el hollín.

—Siga —dijo Guthrie.

En lo más profundo del barranco, cobijada por los arbustos y los robles que trepaban por sus vertientes, protegida por la noche, se sentía segura para hablar. Dio vueltas a la idea que le rondaba por la cabeza, intentando convertir el humo en una forma sólida y expresarla en palabras.

—Al principio tenía mucha paciencia. Mataba en marzo y abril, básicamente una vez al año.

—Luego aceleró.

—Brutalmente. Un crimen en el equinoccio de primavera, y otros tres unas semanas más tarde —dijo—. Luego desapareció durante nada menos que veinte años.

—Si es que realmente dejó de matar en ese periodo —puntualizó Guthrie.

—Cierto. —Siguió pensando—. Pero este... este regreso suyo, con las dos víctimas del maizal, la llamada a la familia, la nota para nosotros, el segundo crimen menos de setenta y dos horas después, el vídeo para los medios de comunicación, y ahora este... espectáculo. No hay periodo de enfriamiento. Es una explosión. Es codicioso.

—Su regreso glorioso. Mejor que nunca. Una gira en estadios —dijo Guthrie.

—Quizá veinte años de rabia reprimida estén haciendo erupción en un estallido de violencia. Y quizá tenga usted razón y no sea más que un espectáculo. Pero esto...

Ella señaló el coche.

—Esto lleva el juego a otro nivel. Es mucho más narcisista aún que sus crímenes anteriores. Todo es pose. Intentando remarcar su superioridad. Está echándonoslo en cara, pero también presumiendo ante el mundo entero. «¿Os resulta entretenido?».

—Pues no. Pan, circo y muerte.

—Está compitiendo para superarse a sí mismo. —Ella reflexionó antes de pronunciar sus siguientes palabras—. ¿Podría el FBI actualizar el perfil psicológico del asesino para nosotros?

Él no respondió de inmediato.

—Después de veinte años, quizá.

—Porque esta vez hay algo nuevo. Algo mucho peor. Una necesidad manifiesta, un componente de...

—¿De qué?

—De frenesí.

Caitlin hizo girar el volante y se metió en su calle poco después de medianoche. Le dolía todo el cuerpo debido a la fatiga, y apestaba a humo y a sudor, a plumas quemadas y a plástico. Pero se metió en la entrada de la casa y algo se le soltó en el pecho. La camioneta Tundra de Sean estaba aparcada allí. La luz de la cocina, encendida.

Cerró su Highlander, entró por la puerta del patio y fue de prisa hacia la puerta de la cocina. Se peleó durante un rato con los cordones húmedos de sus botas y se las quitó. Ya las cepillaría al día siguiente con jabón para quitarles el mal olor. Se arrancó los calcetines y miró a su alrededor. Había oscurecido, y el jardín estaba bordeado por unas azaleas rojas de dos metros de alto. Sin saber por qué, comprobó que no hubiera ojos que la espiasen, porque nadie podía verla allí. A menos que estuvieran escondidos detrás del garaje o entre los arbustos, o hubieran colocado una cámara bajo los aleros.

«Déjate ya de paranoias». Al menos, solo durante unos minutos.

Se quitó la placa, después el cinturón de servicio y la funda con la SIG, y por último los vaqueros. Estaban sucios hasta las rodillas, llenos de hollín, barro y subproductos de la combustión. Se le quedaron enredados en los tobillos, se los quitó de una patada y oyó que detrás de ella se abría la puerta. Se volvió. Sean estaba en la puerta de la cocina, iluminado por una luz baja, mirándola.

—Por mí no pares —dijo.

Ella dejó caer los hombros. El rostro de él se veía en silueta, pero su voz sonaba paciente. No la presionaría para que le diera detalles. Sabía que ella se lo contaría todo en cuanto estuviese dispuesta.

—¿Puedes hacerme un favor? —preguntó.

Él se enderezó.

—Claro.

—¿Me abres la ducha?

—Ahora mismo.

Se internó en la casa, después de lanzarle una mirada por encima del hombro. Ella lo recompensó quitándose la camiseta por encima de la cabeza. Aun así, se sentía helada y sucia.

Un segundo más tarde, Shadow irrumpió por la puerta abierta, con sus patitas y sus ladridos y su ruidosa bienvenida.

Caitlin se agachó y dejó que Shadow le lamiera la cara. Luego recogió su ropa sucia, la metió en la lavadora y caminó por la casa. La ducha caía al máximo de potencia.

Sean estaba junto a la puerta. Ella le dirigió una mirada de abyecta gratitud.

—Gracias.

Al pasar a su lado, él le acarició el brazo con el dorso de la mano. Su gesto era neutro y tranquilo, pero lleno de curiosidad y preocupación en el fondo.

Caitlin se desnudó, se metió en la ducha y levantó la cara para recibir el chorro. Estaba muy caliente. ¡Cómo lo agradeció! Se frotó y se quitó el hollín y se lavó el pelo con champú, y luego se quedó debajo del agua que pinchaba como agujas, apoyando los brazos en las baldosas, hasta que la piel empezó a enrojecer.

Las cicatrices destacaban en sus brazos. Blancas y abultadas, unas rayas paralelas, autoinfligidas con una cuchilla de afeitar.

No se cortaba desde que tenía quince años. Se tatuó la piel para disimular esas marcas de cortes. Una serpiente coral en torno al brazo izquierdo. Una cita que le recorría el derecho: «El cielo entero».

Los tatus eran su salvación. Pero aquella noche parecía que le picaban las cicatrices.

Cuando se volvió para cerrar el grifo, la habitación estaba blanca por el vapor. Se secó y se puso unos pantalones de chándal y una camiseta de tirantes. En el salón, Sean había encendido fuego en la chimenea. En el equipo de música

sonaba Gary Clark, Jr. Caitlin se dejó caer a su lado en el sofá. Notaba un zumbido en la cabeza.

—¿Cómo has averiguado lo del vídeo? —le preguntó.

—Otro agente de la ATF. Su hija está en el instituto. Lo vio y me lo dijo.

Él sacó el teléfono y le enseñó un enlace a una web de *streaming*. Ella meneó la cabeza.

—¿Y cómo ha conseguido visibilidad eso? Alguien habrá hecho correr la voz... ¿Los chicos del instituto?

—Ya se estaba abriendo paso poco a poco por la maleza de las redes sociales cuando llegaste al escenario del crimen.

—Informática Forense intentará rastrear de dónde viene el vídeo, pero no tengo muchas esperanzas de que obtengan una dirección IP. Ese tío es demasiado escurridizo —dijo ella.

—¿Y quién alertó del envío?

—Una detective aficionada bastante chiflada. Pero la verdad, ahora me parece que no está tan chiflada. Se enteró así.

Y chasqueó los dedos.

Sean señaló hacia la cocina.

—¿Quieres un poco de helado? ¿Música relajante? ¿Sedantes?

—Estoy bien.

—Hablas a la velocidad del sonido. Tienes que bajar el ritmo, cariño.

Ella echó la cabeza atrás y la apoyó en el sofá. Todavía estaba a demasiadas revoluciones, pero el frenesí parecía haber bajado a una sencilla agitación.

—¿Acudieron los artificieros al escenario? —preguntó Sean.

—Con los perros. Los de incendios irán por la mañana.

—¿Quieres que mire las pruebas de ese coche?

Sean y ella hablaban a menudo de su trabajo, a veces muy emocionados, a veces con tristeza. Eran un poco la caja de resonancia el uno del otro. Discutían sobre temas tácticos y policiales. Pero ninguno de ellos le había pedido jamás ayuda al otro con un caso. Estaban creando un precedente.

«De policía a policía». La parte dura y racional del cerebro de Caitlin sabía

que las mujeres policía heterosexuales tienden a unirse, en una proporción elevadísima, con hombres que trabajan en lo mismo. Con arreglo a la explicación más ortodoxa, las mujeres policía lo tienen jodido, en términos sociales. Pocos hombres tienen la suficiente autoestima como para salir con una mujer que lleva un arma y representa a la Autoridad con mayúscula. Si sales con un civil, cabe esperar que la cosa no tarde ni un año en irse al traste.

Caitlin pensaba que la explicación ortodoxa era una mierda. Al mismo tiempo, no podía negar que el Mundo Policial giraba en torno a su propio eje. Lo de salir de un turno nocturno a las seis de la mañana. O que, si le hablabas de tu trabajo diario a la persona con la que salías («he detenido a un delincuente que ha cometido repetidos actos delictivos violentos. Luego he vuelto conduciendo a doscientos por hora por la I-580»), algunos hombres sentían amenazada su masculinidad y volvían a toda velocidad al Mundo Normal.

De modo que quizá fuera inevitable: allí estaba ella con un policía. Y no con un policía cualquiera, sino con un federal. Un agente especial con experiencia en explosivos.

Sean había recibido formación como experto en desactivación de explosivos con el FBI en Quantico, y con el programa de especialistas en explosivos de la ATF. Sabía de C4 y nitrato de amonio, de mechas y mecanismos temporales, y todo lo que pudiera destruir la carne y la sangre a mil metros por segundo. Siempre estaba persiguiendo a gente que quería provocar una destrucción salvaje. Narcos. Terroristas. Ciudadanos soberanos y aspirantes a yihadistas y saboteadores empresariales.

Aquella noche, si ella le enseñaba las fotos del Sentra quemado, él analizaría el dispositivo que lo había incendiado. Podía confirmar su sospecha: que había sido un cóctel molotov, preparado para que hiciera ignición cuando sonara el teléfono.

Sean conocía bien aquellas cosas. Pero Caitlin no quería meterlo en aquello. Allí no. No en ese momento. «El trabajo se queda en la comisaría».

—Gracias, pero no —declinó el ofrecimiento.

—No voy a descansar hasta que te tranquilices del todo —declaró él—. Y ya

has oído el rollo que te he largado otras veces sobre los pirómanos y los que fabrican bombas, y que les gusta ir a por los primeros que intervienen.

Ella le puso una mano en el muslo. Sean le lanzó una mirada fugaz, con media cara oculta tras las sombras y las manos colgando entre las rodillas.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—En plena forma.

—Ya sé que quieres dejarlo a un lado. Cerrarle la puerta en términos emocionales.

Ella se puso de pie y se dirigió a la cocina.

—Todavía tenemos ese tequila.

Él la alcanzó cuando ella cogía la botella.

—No es eso lo que necesitamos.

Le hizo dar la vuelta. Durante un instante ella se aferró al tequila. Luego se acurrucó entre los brazos de Sean.

Él le dio un largo beso, mientras la miraba. A Sean se le daba muy bien hacer cosas con los ojos abiertos. Le pasó a ella la mano en torno a la cintura y caminó hacia atrás, llevándola con él, y al mismo tiempo bajándole el tirante de la camiseta por el hombro. Apenas unos pasos después, ella le puso ambas manos en el pecho y lo empujó.

—Vamos.

Las ropas de ella cayeron en el suelo del dormitorio. Luego, le quitó a él la camisa de trabajo, y después la camiseta por encima de la cabeza. Sean intentó detenerla para quitarse las botas, y mientras tanto tenía las manos en la espalda de ella, luego en sus caderas, luego subiendo por los costados. Ella lo besó y lo empujó hacia atrás. Él se dejó caer en la cama. Ella cerró la puerta de un puntapié. La perrita estaba dormida y en la otra punta de la casa, pero no quería oír más gañidos ni ladridos que los que pudieran lanzar ella o su pareja.

Ya en la cama, Sean se quitó las botas. Caitlin se subió encima de él y le empujó los hombros para que se quedara echado.

—Tú primero —dijo ella.

Con Sean Rawlins, el sexo era un deporte de contacto. Toda la tensión de él,

su excitación, su entusiasmo y su ansiedad, y su agradecimiento por estar vivo surgían en una corporalidad sin restricciones. Así era cómo él se expresaba, cómo le demostraba su forma de ser y lo que ella significaba para él. Era jugar, y liberarse, y compartir algo en profundidad.

Que era justo lo que más le costaba a Caitlin.

El dormitorio estaba a oscuras. Aunque ella estaba sentada encima, quitándole el cinturón, Sean buscó en la mesilla de noche y encendió la lamparita.

—Demasiada luz —se quejó Caitlin.

Él lanzó la camiseta encima de la lámpara. La habitación quedó en penumbra. Caitlin le desabrochó los vaqueros.

—Cuadritos azules. Mi fantasía favorita.

Adoraba a Sean por lo que había hecho por ella. No solo por estar a su nivel intelectualmente, respetar sus ideas y hacerla reír. No solo porque les encantaban las mismas películas malas, ni porque tuviera sentido del humor, y fuera listo y además adulto, sino también porque Sean vio los muros que ella había levantado y le dio tiempo. Y luego los saltó con todas sus fuerzas.

Ella sabía que necesitaba algo primario a lo que agarrarse, conectar con la vida cuando su trabajo la exponía a demasiadas escenas de destrucción. El sexo, darlo todo, era una afirmación. Era como decirle: «Estoy aquí. Contigo».

Él le pasó las manos por los muslos, arriba y abajo, mientras ella se sentaba encima de sus caderas, con los vaqueros todavía puestos. Ella le dijo:

—Levanta las manos por encima de la cabeza y quédate quieto. No te muevas hasta que yo te lo diga.

Él sonreía; le brillaban los ojos. Cuando estiró los brazos por encima de la cabeza, ella se echó encima de él y le rodeó las muñecas como si le pusiera unas esposas.

Ella quería decirle que cerrase los ojos, pero él no lo hacía nunca.

Él sabía que ella luchaba por mantenerse en el mundo, que ni siquiera cuando cerraba los ojos podía detener sus emociones. Al final fue él quien consiguió conectar con ella.

Había una violencia muy grande en el centro de la vida de él, igual que en la

de ella. Él conocía su historia. Sabía de su ira, de esa fuerza corrosiva de la que ella intentaba liberarse con desesperación.

Ella sujetó las manos de él y se apretó contra su cuerpo. Notaba su pulso contra el de ella.

Sean la había animado a que se tatuara las cicatrices de los cortes de la navaja. La serpiente, símbolo de transformación y de curación. La cita de un poema de Rita Dove: «Amanecer revisitado». Sobre segundas oportunidades.

El cielo entero es tuyo
para escribir, abierto de par en par.

En realidad, ella no había querido morir. Aquel día, con quince años, cuando la cuchilla cortó demasiado hondo. Pero sí que necesitaba liberarse con desesperación. Le había costado media vida lidiar con aquello. El dolor de la aguja del tatuador la había despertado, le había permitido integrar la verdad en su cuerpo, todavía vivo.

Sean era policía. Pero ella no pensaba que él fuera inevitable. Pensaba más bien que era un milagro.

Le soltó las manos.

—Ahora —dijo.

Él pasó los brazos en torno a ella, se dio la vuelta y se puso encima. Dejó entonces que le quitara los vaqueros, encandilado, con los ojos muy abiertos, sonriéndole.

Amaneció despejado; el viento rugía entre los árboles. La alarma despertó a Caitlin a las seis. Sean estaba profundamente dormido, con los brazos levantados. Ella salió de la cama, se vistió con la ropa de correr y salió.

Cuando llegó al punto de encuentro, su grupo de carreras, los Rockridge Ragers, iban ya por la mitad de la calle. Caitlin bajó la colina a toda prisa, con la capucha levantada. El cielo era de un azul profundo, teñido de naranja tras las colinas de Berkeley. Una figura solitaria esperaba en una esquina, aplaudiendo y haciendo señas. «Vamos».

Caitlin notaba la rodilla algo tiesa, aún de color berenjena. Le habría gustado correr en solitario. Pero aquel grupo se reunía dos veces por semana para subir por las colinas. Los días laborables hacían cinco kilómetros por las calles de la ciudad. Los fines de semana corrían en grupo, con liebres y demás, por parques y senderos.

—¡Vamos, pelirroja! —gritó la mujer de la esquina—. Mañana serás un lobo solitario. Hoy tienes que ir con la manada.

Caitlin le dio alcance y se pusieron a correr juntas.

—Esta mañana estás muy combativa.

—Pues vamos a ver si bajamos de los veintitrés.

—Qué hija de puta...

Michele Ferreira se echó a reír.

Caitlin igualó su paso con el de Michele, aunque ella era quince centímetros más alta. Las dos se dirigían hacia el grupo, que iba unos doscientos metros por delante.

—Esta mañana hay mucha gente —comentó.

Michele le echó una mirada.

—Ya. A nadie le apetece correr solo —dijo Caitlin.

Michele tenía los ojos oscuros y llevaba el pelo muy corto, estilo mohicano. Era menuda pero resistente, y afable pero muy nerviosa.

—¿Qué parte de lo que dicen las noticias es cierto?

—Todo. Detrás de todo esto están los ovnis. Y los Illuminati. Y los jesuitas. Y las Ligas Mayores de béisbol.

—Vale, listilla. No me digas nada, si no quieres.

«Deja el caso en la comisaría», pensó ella. Pero la cosa le daba vueltas en la cabeza. Si hablaba de aquello con Sean, podían aflorar sus antiguas obsesiones. En cambio, Michele no la juzgaría. Y aunque Caitlin había conocido a Michele a través de Sean, confiaba en que su amiga jamás dejaría que él se enterase de sus conversaciones. Trató de zanjar el tema.

—No, da igual. Ahora mismo es mucho más sensato correr en grupo. Y no hablar con desconocidos. Pero nada en absoluto. Mantener las distancias. Cerrar las portezuelas de los coches.

—Madre del amor hermoso... ¿Y tú llevas ese caso? —preguntó Michele.

«Pan comido», estuvo a punto de responder Caitlin. Por instinto, no bajaba la guardia.

—Es una pesadilla. —Los pies iban golpeando la acera—. Pero es una pesadilla desde hace veinticinco años. Si puedo hacer algo para detenerlo...

—... entonces por fin podrías despertar, ¿no? —aventuró Michele.

Se sintió como si le hubieran dado un empujón.

—Algo así. —Miró a Michele—. Malditas enfermeras de urgencias. No se os escapa una.

—Sí. Tienes un chupetón en el cuello.

Caitlin sabía que no era cierto, pero sonrió. Estaban alcanzando ya al resto del grupo. Calentaban mientras cogían el ritmo.

—¿Puedo preguntarte una cosa, como civil curiosa? —dijo Michele—. El símbolo. ¿Por qué marca a sus víctimas con él?

—Así es como firma su trabajo.

—Quieres decir que es su firma...

—Literalmente —dijo ella.

—¿Y qué significa?

Eso intrigaba a los investigadores desde el principio. Mercurio era uno de los planetas dominantes de la astrología. ¿Lo usaría el asesino como un homenaje al asesino del Zodíaco? Cuando era adolescente, Caitlin se había obsesionado con las predicciones astrológicas de Mercurio. Aprendió a distinguir Mercurio en el cielo, cuando estaba bajo en el horizonte después de ponerse el sol, o antes de amanecer. Ansiaba saber si ejercía una influencia auténtica sobre la Tierra, y sobre el asesino que había destruido a tantas personas.

—Depende de lo que el mercurio signifique para él —respondió ella—. ¿Mercurio, el planeta más cercano al sol? ¿O Mercurio, el mensajero alado..., el dios romano, guía de almas al mundo inferior? ¿O quizás el mercurio como elemento químico, cuyo símbolo es Hg, y cuyo número atómico es 80, y único metal que es líquido a temperatura ambiente?

Poco a poco aumentaba la velocidad de su paso. Querían alcanzar al grupo que iba en cabeza.

—También tiene poder astrológico —dijo Michele.

—Si crees en esas cosas...

—Cariño, no conoces a mi madre.

Llegaron a una esquina, comprobaron que no pasaba ningún vehículo y cruzaron. El sol brillaba cada vez más.

—Mi madre no planea nunca un viaje sin saber antes el estado de los planetas. No quería que hiciera el examen de admisión en noviembre porque no le gustaba mi carta astral —explicó Michele.

—¿Así que sabes cuál es el significado astrológico de Mercurio?

—Va de comunicación. Y cuando se dice de algo que es mercurial, es que es...

—Impredecible. Caprichoso. Voluble.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —preguntó Michele.

—El 4 de septiembre.

—Virgo. Mercurio es el planeta regente de Virgo.

Empezaron a subir una colina. Tenían al grupo apenas a veinte metros.

—Pero el símbolo en sí mismo... —dijo Michele—. Ya sabes cómo lo ve la gente.

—Como la cabeza de un demonio.

Durante demasiados milenios la humanidad había visto a Satán con pezuñas hendidas y unos cuernos curvados. La imagen quedó muy grabada. Nadie que se hubiera criado en una sociedad influida por el judaísmo, la cristiandad o el islam podían evitar estremecerse un poco, de manera involuntaria. Demonios, ella había leído *El fin de la infancia* de Arthur C. Clarke.

Michele dijo:

—Antes de matarlos, él...

—No —respondió Caitlin—. Ninguna de las víctimas ha sufrido agresiones sexuales.

—Pensaba que los asesinos en serie lo hacían para correrse.

Caitlin midió sus palabras.

—Y no te equivocas. Pero a veces se procuran la excitación sexual por el hecho de llevar a cabo sus fantasías. Y revivirlas después.

—No me jodas.

—Los asesinos en serie, casi sin excepción, son sádicos sexuales. Pero...

—Algunos se corren con la muerte y la tortura.

—Y el poder. Y la posesión.

Michele miró en su dirección, respirando con fuerza.

Caitlin hizo una seña hacia los corredores que tenían delante.

—Es hora de hacerles morder el polvo.

—¿No tienes miedo? Porque yo sí —dijo Michele.

Caitlin aceleró entre los baches de la acera.

—No me lo puedo permitir.

Cuando volvió a casa, acalorada y sin resuello, Sean estaba en la cocina. Se había vestido, llevaba la Glock en la cadera y tenía el teléfono pegado al oído.

—Estaré allí antes de las ocho —decía—. Siefert tiene la orden. La empresa de camiones aparca treinta tráileres en esa terminal y los registraremos todos.

Ella cogió una taza del armario de la cocina, se sirvió café y rellenó la taza de

Sean. Él terminó la llamada, le dio las gracias y se bebió la mitad del café, negro, de un solo trago. Era menos un ritual que un procedimiento de puesta en marcha.

—Caliente —acotó—. Bueno. Me tengo que ir.

La besó. Shadow entró en la habitación, con las orejas tiesas.

Sean se puso la cazadora de la ATF y se colgó la placa en torno al cuello. Inclínó la cabeza mirando a Shadow.

—¿Te vas a la guardería perruna mientras mamá registra un escenario del crimen?

Shadow ladró. Caitlin sonrió y pasó al lado de Sean, quien la detuvo.

—Ya sé que anoche te animé a ponerte en el punto de vista del pirómano. Pero no quiero que te obsesiones con eso. No dejes que ese tío juegue contigo.

—No te preocupes.

Él insistió.

—En serio —dijo—. Pero vigila.

—En serio. Te he oído, alto y claro. —Le besó de nuevo—. Ten cuidado.

Con aquella luz cristalina de marzo, el coche quemado parecía mucho más vívido y deprimente. Un arroyuelo pasaba por el fondo del barranco y descendía hacia los arbustos hasta desembocar en una tubería de desagüe que pasaba por debajo de la carretera. Caitlin entró en el escenario y se reunió con el investigador de incendios, abajo del todo. Carvalho era un hombre muy pulcro que llevaba una cámara de 35 mm colgada del cuello con una correa, y una libreta de dibujo en la mano. Dibujaba todos los aspectos que consideraba pertinentes del escenario.

—En primer lugar, no hay víctimas, salvo un Toys 'R' Us de por aquí cerca que habrá perdido varias docenas de cabezas de muñecas —dijo—. Los pájaros ya estaban muertos, según su informe inicial.

—Exactamente —respondió ella.

—Dispositivo incendiario básico activado por teléfono. —Carvalho le enseñó el teléfono móvil quemado, metido en una bolsa de plástico de pruebas—. Los

otros componentes eran una botella de cerveza llena de gasolina, una bengala, probablemente de unos cincuenta centímetros, noventa segundos de tiempo de ignición, y quizá cinco dólares de componentes electrónicos y mechas de cohetes de modelismo. Cable USB pelado, un tiristor y unas pinzas de cocodrilo. La llamada al teléfono completaba el circuito.

Los técnicos del escenario del crimen habían montado una mesa y un cedazo para cribar las pruebas y eliminar los huesos de pájaro y la tela del asiento del coche carbonizada. Había fragmentos de alambre y de cristal marrón, los restos de la botella de cerveza.

—¿Qué conocimientos técnicos exigía todo este montaje? —preguntó ella.

—Un nivel de enseñanza primaria. Tampoco es que sea una bomba atómica.

Él le echó un vistazo a la escena.

—La verdad es que se ha tomado muchísimas molestias para quemar un coche solamente. Suena un poco como a sacrificio pagano.

—Sí.

—¿Y este tipo ha provocado fuegos otras veces?

Caitlin notó la boca seca.

—Una vez. Hace veinte años. —El día del cementerio—. Mató a dos personas. Y se quedó el tiempo suficiente para mirar.

—A los pirómanos les gusta mirar. Eso le da más emoción al asunto —dijo él.

Caitlin miró el teléfono, taciturna.

—¿Se podría recuperar algo?

—El fuego ha eliminado cualquier posible huella dactilar, así como el ADN y todo tipo de rastros. Quizá los técnicos puedan sacar algunos datos del dispositivo.

—¿Va a ir todo directo a Informática Forense?

Asintió. Caitlin le mandó un mensaje a Eugene Chao, del laboratorio, para decirle que las cosas iban para allá. Carvalho aclaró:

—Con suerte, lo que estaba en el teléfono habrá quedado almacenado en la nube.

—Lo comprobaremos, y también sus cuentas online.

—Y su portátil —añadió el otro.

—Todos los ordenadores a los que tuviera acceso conocido —indicó ella, y se detuvo. De pronto se le encendió una bombilla y supo adónde tenía que ir—. Gracias, Carvalho. Tengo que irme.

Subió a toda prisa la colina, guiñando los ojos ante el brillo del sol matinal.

La mujer con la que se reunió en el instituto Sequoia estaba muy arrugada, apenas medía metro y medio, llevaba unas gafas estilo Jackie Onassis, y se había teñido el pelo del color del aceite de motor. Iba encorvada y caminaba arriba y abajo frente al edificio de administración del instituto.

Caitlin le tendió la mano.

—¿Señorita Lovado?

La mujer examinó la placa que llevaba Caitlin en el cinturón.

—Parecía usted mayor por teléfono.

—Gracias por encontrar un momento para recibirme.

La señorita Lovado frunció los labios, expresando su disgusto.

—Por aquí.

Abrió la puerta y condujo a Caitlin al interior del edificio.

—De haberlo sabido, habríamos contactado antes con el sheriff —dijo la señorita Lovado—. Estamos todos muy afectados. No habíamos caído. El señor Ackerman y su...

Se puso blanca.

—¿Señora?

—Lo que le ocurrió no guarda relación alguna con el instituto —puntualizó la señorita Lovado.

Recorrieron un pasillo vacío. El suelo de linóleo reflejaba con frialdad la luz de la mañana que pasaba por las puertas al final del edificio. Las taquillas de metal estaban pintadas de un color marrón Nutella.

La señorita Lovado se detuvo ante la puerta de un aula y puso la mano en el picaporte.

—Cuando llamó usted, consideré interesante examinar el ordenador de su aula. Así podría ayudar a su departamento. Es propiedad del instituto. Y entonces yo...

Arrugó la cara. También Caitlin frunció el ceño. Por teléfono, la señorita Lovado le había asegurado que nadie había tocado el ordenador desde que Stuart Ackerman lo usara por última vez. Y Caitlin le había insistido en que siguiera así.

—Pero ¿qué ha hecho, señorita Lovado?

—Nada. El ordenador funciona bien. No he borrado nada. Pero... ya lo verá.

La mujer condujo a Caitlin al interior, hasta la mesa del profesor. Caitlin se fijó en las ventanas altas, la pizarra blanca medio borrada, los carteles de ¡mates! Los institutos nunca cambian.

A cada paso, la señorita Lovado parecía más dura y marchita, como una naranja reseca. Se sentó ante el escritorio y tocó el teclado con gesto grave. El monitor del ordenador de sobremesa se despertó.

Miró hacia atrás, en dirección a Caitlin.

—Usar los ordenadores del instituto para asuntos personales atenta contra de la política del distrito. Parece ser que el señor Ackerman se saltó esa norma.

Caitlin notaba un zumbido.

—Por favor, enséñemelo.

La señorita Lovado se inclinó hacia delante y posó los dedos huesudos en las teclas.

—El día anterior a que él... —Siguió tecleando. Caitlin reparó en que aquella mujer no podía decir «muriera» por nada del mundo—. Entró en una página web absolutamente inapropiada para su uso oficial.

La señorita Lovado entró en la web. Caitlin se inclinó hacia ella.

—¿Parejas por Zodíaco? —preguntó Caitlin.

La señorita Lovado levantó los dedos del teclado como si de la pantalla surgiera un olor muy malo. Caitlin notó un cosquilleo eléctrico en los brazos.

Las estrellas te han preparado un encuentro con tu amor.

La web era chillona, vulgar y retro. Unos colores caleidoscópicos latían desde el círculo del Zodíaco. En el centro del círculo, una pareja sonreía con lujuria.

Astrociencia: el camino verdadero para encontrar tu alma gemela.

Parejas por Zodíaco parecía muy rudimentaria.

Tu carta astral revelará... Marte y Venus ayudarán a determinar cómo se comporta una persona en un romance... Mercurio proporcionará información de cómo piensa una persona...

El Zodíaco.

Mercurio.

Todos los asesinos habidos y por haber.

Entonces lo vio: el cursor que parpadeaba en el panel de acceso. «¡No me jodas!». El nombre de usuario y contraseña de Stuart Ackerman estaban introducidos ya.

Al parecer, entraba tanto en aquella web que se había activado la opción de «recordarme». Hasta en el ordenador del instituto.

La señorita Lovado alzó una ceja. Caitlin asintió. La mujer entró.

Bienvenido, Sagitario Salvaje 23.

Caitlin se quedó pasmada. El signo del Zodíaco de Stuart Ackerman era sagitario. Un dibujo que representaba a un centauro empuñando un arco, a punto de disparar una flecha. Símbolo del Zodíaco: arquero. Elemento: fuego. Ascendente: Júpiter. Descendente: Mercurio.

La emoción galopaba desenfadada en su fuero interno. El departamento pediría toda aquella información mediante una orden, pero les faltaba tiempo.

—¿Puede imprimirme esta página?

La señorita Lovado presionó una tecla.

Caitlin dijo:

—Compruebe los mensajes.

La señorita Lovado entró en la página.

—Ese —señaló Cait.

Abrió un hilo de mensajes fechado dos días antes de que se encontrase el cuerpo de Ackerman. Era de Starshine69.

Caitlin abrió mucho los ojos. La señorita Lovado estaba sentada y pegada a la silla, con las manos primorosamente juntas, cosa que le indicó a Caitlin que ya había visto aquella foto.

STARSHINE69 [Jueves 13:26]: Prepárate para el impacto.

Starshine69 tenía treinta y tantos años. Inclina la cabeza a un lado coquetamente, y el dedo índice estaba introducido entre sus labios gordezuelos, fruncidos. Iba vestida de león, con disfraz de peluche. La parte superior del bikini era de piel sintética. En una segunda foto se lamía el dorso de la mano, como hace un gato con la pata antes de acicalarse. Caitlin no creía que Starshine pensara frotarse la frente con esa mano.

Un pequeño avatar de perfil en la esquina del mensaje de Starshine mostraba el signo astrológico de Leo. Sí, vaya, era una auténtica gatita.

La señorita Lovado dijo:

—Es una información que no quiero tener de ninguno de nuestros profesores, o del mundo en general.

STARSHINE69 [Viernes 13:27]: Parque Silver Creek mañana a las 21:00.

SAGITARIO SALVAJE 23 [Viernes 16:06]: Dispuesto para la pelea.

El parque. Caitlin siguió leyendo. Los mensajes finales de Ackerman la dejaron sin aliento.

SAGITARIO SALVAJE 23 [Sábado 20:24]: De camino.

SAGITARIO SALVAJE 23 [Sábado 21:03]: En el aparcamiento. ¿Estás ahí?

SAGITARIO SALVAJE 23 [Sábado 21:08]: ¿Dónde estás?

Dos minutos más tarde, Caitlin corría hacia su coche con las páginas impresas en

la mano, y llamaba a Guthrie.

—Tenía una cita. Una mujer. Tenemos que encontrarla.

Caitlin entró en el centro de operaciones mientras sonaban los teléfonos, y vio a Guthrie encorvado con Shanklin y Martínez, muy nerviosos. Guthrie le silbó para que se uniera a ellos.

—¿Todavía no hemos identificado a Starshine69? —preguntó el sargento.

Martínez tenía un teléfono pegado al oído. Llevaba la camisa de bolera más fea que se pudiera imaginar. Ella pensó que aquellos rayos de color amarillo vómito podían causar ataques epilépticos.

—Espera un poco —lo aplacó—. Parejas por Zodíaco nos las está haciendo pasar moradas.

Caitlin dijo:

—¿Estás buscando ese nombre en otras webs, aparte de Parejas por Zodíaco?

—En Twitter, Tinder... Te sorprendería saber cuánta gente tiene Starshine69 como perfil de usuario.

Shanklin se metió los pulgares por dentro del cinturón.

—Pues no, no me sorprende.

Todos la miraron de reojo. Shanklin volvió la cabeza y los miró también. Su cola de caballo se movió, rápida.

—¿Qué pasa? Tienes que conocer al público de aquí. Esto es California —dijo.

Caitlin le tendió a Guthrie los mensajes de Ackerman que había impreso.

—Había quedado con ella en el parque Silver Creek. Ese tuvo que ser el escenario primigenio del crimen.

—Sí, qué suerte.

Se dirigió a su despacho. Martínez seguía al teléfono.

Caitlin dijo:

—¿Otras webs de citas? ¿Chats de astrología? ¿Direcciones de correo de empresas importantes que empiecen con «Starshine69» tal y cual?

Martínez asintió. Le echó una mirada: «No me mangonees».

Ella se retiró. Durante cinco segundos.

—¿Otras variantes con «Starshine» en el nombre?

Martínez levantó una ceja y entró en Facebook.

—Mujer, caucásica. Treinta y tantos. —Examinó la foto de Starshine69 en Parejas por Zodíaco—. Ojos marrones, y pelo castaño. Debe de pesar unos sesenta y cinco kilos...

—Setenta —puntualizó Caitlin—. Está musculada.

—Setenta. Suponiendo que no sea un perfil falso...

Martínez tecleó e hizo una pausa.

La foto de perfil mostraba a una mujer blanca con la cara redonda, los ojos marrones y el pelo castaño, de treinta y tantos años, que posaba muy coqueta.

STARSHINEKITTEN (Stacy Crawford).

Una flechita roja indicaba que actualmente vivía en Daly City, en California.

Martínez ya estaba sacando su dirección del carné de conducir.

El edificio de pisos donde vivía Stacy Crawford daba a un intercambiador de la autopista en Daly City, al sur de San Francisco. Caitlin y Martínez subieron las escaleras tras un policía uniformado de Daly City y el conserje del bloque de apartamentos. Crawford no respondía al teléfono, su coche no estaba en el aparcamiento del edificio. Recorrieron un pasadizo exterior hasta su piso.

El policía de Daly City llamó a la puerta.

—Policía. ¿Hay alguien en casa?

No respondieron. Por la autopista pasaba el tráfico, atronador. El policía volvió a llamar.

Al cabo de medio minuto de silencio, le cedió el paso al conserje. Caitlin

intentaba contener la ansiedad.

El conserje sacó un llavero tintineante y abrió la puerta.

—¿Señorita Stacy? ¿Hola?

Los tres policías siguieron al conserje y entraron en un pequeño apartamento con las cortinas cerradas, que filtraban la luz y la volvían verdosa. La encimera de la cocina estaba cubierta de platos sucios. Reinaba un silencio mortal.

Caitlin estaba cada vez más ansiosa. Martínez registró el salón.

Al final de un vestíbulo se abrió una puerta.

—Pero ¿qué cojones...?

Se volvieron. Saliendo del baño, desnuda y con el pelo húmedo envuelto en un turbante hecho con una toalla estaba Stacy Crawford. No hizo movimiento alguno para taparse la carne rosada y llena de tatuajes.

—Salgan de mi apartamento.

Caitlin y Martínez levantaron sus placas. El policía de Daly City tenía la mano junto a su porra extensible.

—Señora —dijo Martínez—, será mejor que se ponga algo de ropa. Tenemos que hablar con usted sobre Stuart Ackerman.

Crawford se puso las manos en las caderas.

—¿Quién?

Caitlin dijo:

—Sagitario Salvaje.

Crawford frunció el ceño.

—¿Qué le pasa?

—Está muerto.

Se desplomó en el suelo.

Cinco minutos después, ya vestida y sentada en el sofá, iluminada por aquella luz verdosa, Stacy Crawford se secaba los ojos. Tenía la cara enrojecida por el llanto.

—Se me estropeó el coche de camino al parque Silver Creek. Entonces se

jodió la batería del móvil. Pasaron dos horas hasta que vino la grúa a recoger mi coche, y tres antes de poder llamar a mi hermana desde el garaje para que me fuese a buscar y me llevara a casa. No acudí a la cita. —Miró a unos policías y otros—. No habrán venido aquí a decirme que Sagitario está muerto, ¿no? ¡Ay, Dios mío! ¡Han venido aquí porque pensaban que yo estaba muerta!

—Queríamos asegurarnos de que se encontraba bien —replicó Martínez. La calidez de su voz no podía disfrazar la fría realidad.

—¿Y están seguros de que el hombre al que mataron con las flechas era Sagitario?

—Pues sí, desde luego.

—Dios mío... ¿Y sufrió mucho?

Martínez respondió:

—Lo siento, señorita...

Las lágrimas brotaron y cayeron de nuevo por sus mejillas.

Caitlin dijo:

—No contestó usted a los mensajes que él le envió desde el parque, preguntándole dónde estaba.

—No... porque al final me envió un último mensaje, mandándome a paseo.

—¿Qué mensaje? ¿Cuándo lo mandó?

—Cuando llegué a casa el sábado por la noche me conecté y entré en la página para explicarle por qué no había aparecido. —Ella cogió su teléfono—. Y entonces me esperaba esto.

SAGITARIO SALVAJE 23 [Sábado 23:47]: Zorra.

Caitlin y Martínez intercambiaron una mirada. Aquel mensaje no estaba en la carpeta de mensajes enviados por Stuart Ackerman. Alguien lo había borrado.

—Me enfadé mucho. Luego vi ese vídeo online sobre las cosas horribles que habían ocurrido en el parque Silver Creek por la noche. Pensé que era una extraña casualidad, y... —Se detuvo, abrió la boca y señaló a Caitlin—: Usted era la que aparecía en el vídeo.

Caitlin deseó que sus quince minutos de gloria hubiesen terminado.

Stacy se retorció las manos.

—¿Cree que nuestra cita tuvo algo que ver con lo que le sucedió a Sagitario... a Stuart?

—Estamos siguiendo sus movimientos del sábado por la noche —respondió Martínez.

El policía de Daly City estaba junto a la puerta, con los brazos cruzados.

—¿No sabía usted su nombre?

Ella lo miró como preguntándose: «¿Qué demonios...?».

—Solo los nombres de usuario. Así es como funciona Parejas por Zodíaco. Es parte de la magia.

—¿Y se había reunido antes con el señor Ackerman? —preguntó Martínez.

—No. Era la primera cita. —Tembló—. ¿De verdad? ¿El Profeta lo ha matado? ¿De verdad?

Caitlin respondió:

—De verdad.

Ella se llevó una mano a la frente.

—Si no se me hubiera estropeado el coche, yo habría estado en el parque también. Ay, Dios mío, qué suerte he tenido, ¿no creen?

Caitlin dijo:

—Señorita Crawford, cuando usted se registró en Parejas por Zodíaco, ¿les dio alguna información personal suya?

—Pues las preferencias, para las citas. —Adoptó una actitud precavida—. Pero todo es consensuado. Es un juego.

—¿El qué?

—SD. —Como los otros no respondían, ella se explicó—: En mi perfil. «Fetichismo de impacto». Sexo duro. —Los miró como si fueran muy ingenuos—. Bofetadas, arañazos, mordiscos, golpes con una fusta... *Tamakeri*, si él lo pide. Ya saben... el fetichismo japonés. Que te den patadas en los huevos.

—¿Usted y Sagitario Salvaje se habían citado para tener una sesión de sexo violento? —preguntó Caitlin.

—Sí, juego corporal duro. Sadomaso consensuado. Energía primitiva. Poder dinámico. —Ella levantó las manos—. El club de la lucha...

Caitlin pensó en la frase de la nota del Profeta: «La violencia busca violencia».

Le preguntó:

—¿Le proporcionó a Parejas por Zodíaco alguna otra información personal?

—¿Como qué? Solo mi correo. —Abrió mucho los ojos marrones—. ¿Mi dirección y mi número de teléfono? No. Nunca. No. Pero...

—¿Qué?

—Enlacé mi perfil de Parejas por Zodíaco con mis otras cuentas de las redes sociales, y en estos sí que figuran mi número de teléfono y mi dirección. Ay, Dios mío... —Se puso de pie—. El Profeta... ¿Y si sabe dónde vivo?

Caitlin y Martínez bajaron las escaleras sumidos en un silencio reflexivo al salir del apartamento de Stacy Crawford. Pese al sol brillante, el cielo parecía caer con un peso enorme. Se dirigían hacia su vehículo cuando un Volkswagen Escarabajo de color amarillo limón pasó chirriando junto a ellos por el aparcamiento.

Al volante iba una joven que se parecía mucho a Stacy. Un segundo más tarde, Stacy bajó las escaleras a toda velocidad, con una bolsa de viaje al hombro, descalza y con los zapatos en la mano. Corrió hacia el coche gritando:

—¡Fuera, fuera, déjame conducir!

Martínez dijo:

—No la culpo.

—En absoluto.

Stacy tiró la bolsa dentro del coche. Martínez se bajó el ala del sombrero por la frente.

Caitlin dijo:

—No comentaré lo del SD. Nunca.

—Bien pensado —respondió él. Pero añadió—: Poder.. Eso es lo que hace el Profeta con esa idea.

Caitlin esperaba que Stacy se salvara. Se había metido detrás del volante de una forma que indicaba claramente el miedo que provocaba el Profeta.

Y el temor se extendía como una mancha de aceite.

Se metieron en el coche y Martínez arrancó justo detrás del tubo de escape del Escarabajo. Se ajustó el sombrero.

—No creo que Stuart Ackerman le enviara ese mensaje final a Stacy.

—Fue el Profeta —repuso ella.

—Sí. ¿Tomó posesión del teléfono de Ackerman? ¿Le hackeó la cuenta?

—No lo sé. Pero el Profeta fue quien llamó zorra a Stacy. Porque estaba furioso con ella, por no haber aparecido para que la mataran.

Cuando Caitlin y Martínez llegaron a la comisaría, un hombre estaba sentado en un banco en el vestíbulo, junto al centro de operaciones. Era de la edad de Caitlin, muy robusto, y afroamericano. Llevaba unos pantalones caquis y una camisa de empleado de Best Buy. Sus anchos hombros parecían abatidos. Tenía los ojos cálidos, pero cansados, con una oscuridad intensa y que avanzaba con rapidez.

Es difícil disfrutar de la visita a una comisaría si no se trabaja en una. Para la mayoría de los ciudadanos es un pequeño infierno. El hombre observó la placa que llevaba ella colgada de su cinturón y el arma de Martínez en la cadera.

—Perdón. ¿Son ustedes detectives de homicidios? —preguntó.

Martínez tenía una actitud muy relajada, pero con presencia.

—¿En qué podemos ayudarlo?

—Gerald James. Tengo una cita con el sargento Guthrie.

A Caitlin le costó un momento. James. Era el marido de Melody James. La mujer a la que el Profeta mató y dejó en el maizal.

Le tendió la mano.

—Señor James, soy la detective Hendrix. Lo acompaño en el sentimiento.

La mandíbula de él se puso tensa. Apretó los labios, pero le temblaron, de todos modos.

Hablar con los familiares más allegados era una de las tareas más dolorosas de su trabajo. Había aprendido que hay que ser franca. Directa.

Compartimentar. Separar el dolor, para que no te hurgue por dentro.

Pero Gerald James se puso de pie y el aura física del dolor se desprendió de él a oleadas. Ella vio de nuevo la cara llena de vida de su esposa en la foto del carné de conducir y la destrucción que le había causado el Profeta.

James estaba tan cerca de asomarse al abismo que parecía como si fuera a

romperse en pedazos.

—Estoy aquí por una puesta al día de la investigación.

—Voy a buscar al sargento Guthrie.

—Yo lo traeré aquí —se ofreció Martínez y se alejó por el vestíbulo.

A ella le habría gustado que fuera Martínez quien esperase con James. Pero le señaló el banco.

James negó con la cabeza.

—No puedo quedarme más rato sentado. Tengo que saber. Saberlo todo. Lo que le ocurrió. —La miró sin parpadear—. No me importa lo feo que sea. Y no hablo de que estuviera saliendo con otro hombre. Eso no me importa. Me importa ella. Tengo que saberlo todo.

—El sargento Guthrie le contará lo que pueda.

—Ya he hablado con él antes. Le he contado todo lo que sé. Lo que necesito ahora es que me cuenten lo que sabe la policía. Quiero que me lo cuenten todo. Imaginar es mucho peor que saber. —Se cruzó de brazos y empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás—. ¿Estaba usted allí? ¿Fue usted quien la encontró?

—Sí.

La mirada de él, afilada, se clavó en la de ella.

—No me dejaron verla. Fui al escenario después de los primeros policías. Él... me llamó. A mi casa. —Respiró hondo—. Y yo quería ir allí enseguida, pero tuve que llamar a mi madre para que hiciera de canguro, así que llamé al 911 y salí a ese campo después que ustedes, y... —La miró—. No me dejaron pasar, me mandaron a casa en un coche patrulla. Luego me llamaron para que acudiera al anatómico forense.

Las palabras «anatómico forense» parecieron dejar caer sus barreras. Caitlin notó que los cerrojos se abrían, que el motor se recalentaba.

—Vale —dijo ella.

Él sentía que le había fallado a su mujer de alguna manera. Ni siquiera había podido llegar hasta el maizal antes de que apareciese la maquinaria inquisidora de la policía y empezara a tratar a Melody como un objeto que había que procesar.

Le volvieron a temblar los labios.

—Yo no estaba allí con ella. —James aspiró aire con fuerza y lo expulsó—. Estuve con ella cuando nació nuestra hija. Pero no al final.

A Caitlin se le hizo un nudo en el estómago.

—Tengo que saberlo —dijo James—. Tengo que recorrer con ella sus últimos momentos.

«No, no tiene que hacerlo».

—Si no lo sé, ella siempre estará sola. No puede ser de esa manera. No puedo dejar que sus últimas horas sean... propiedad del Profeta. Tengo que quitarle eso.

Caitlin le cogió la mano. Estaba caliente y áspera, y la apretó con fuerza entre sus dedos.

—Él me la quitó —susurró James—. Pero yo no puedo dejar que se la quede.

Caitlin le seguía sujetando la mano. Le ardían los ojos.

—Ayúdela —le rogó James—. Ayúdeme.

—Lo haré.

Le apretó muy fuerte la mano.

Apareció una figura al fondo del vestíbulo. Se oyó la voz de Guthrie.

—Señor James. Por favor. Venga a mi despacho.

Gerald James se agarró a la mano de Caitlin.

—Tiene mi palabra —le aseguró ella.

James le soltó la mano, y atravesó el vestíbulo.

Caitlin se quedó allí de pie. Los teléfonos sonaban. El tráfico del exterior seguía entre el resplandor de la luz del sol. La mano de ella seguía caliente por el contacto de la de James. Curvó los dedos, y trató de aprehender aquel calor con el puño cerrado. Y luego se dirigió al centro de operaciones.

En su escritorio había un papelito con un mensaje telefónico de Deralynn Hobbs. Decía: «Cuervos».

Dudó un instante antes de devolverle la llamada a Deralynn. Se lo debía.

—Gracias por advertirme de la cámara en el coche.

—Ah, de nada.

El alivio que denotaba la voz burbujeante de Deralynn era palpable.

—Su mensaje.

—No quiero acosarla. Es que el simbolismo me inquieta. Por la relación que tienen los cuervos con la muerte.

Y también los gatos negros.

—Tendré los ojos abiertos. —Ante las risas de las hienas. Y las manadas de coyotes—. No se preocupe por los cuervos.

Pero mientras lo decía, Caitlin miró al otro lado de la sala, a la pared donde pegaban las fotos de las escenas del crimen. Los cuervos no eran los únicos animales relacionados con los escenarios del crimen del Profeta.

A los cuerpos de la primera pareja asesinada los encontraron devorados por perros. El 12 de abril de 1996. A los perros, tres perros de pelea robados de un albergue, los encontraron en el escenario del crimen, asesinados y atados juntos por el cuello.

Habían encontrado a Stuart Ackerman flotando boca abajo en un abrevadero, rodeado de caballos espantados. Sagitario Salvaje, el Centauro.

Recordó lo que le había dicho Mack la noche anterior, que el primer crimen de un sospechoso desconocido suele ser el más revelador.

—¿Qué opina de las avispas de la primera escena del crimen? —preguntó.

Deralynn aspiró aire con fuerza.

—Esa escena es la que más me inquieta.

—¿Por qué?

—La situación, la hora del día, el descaro que supuso preparar toda aquella escena cuando apenas había oscurecido un poco pero no del todo. La paciencia, la exactitud... Hay una fila de árboles a apenas cincuenta metros del cobertizo donde encontraron a Giselle, pero el asesino tuvo que acercarse a campo abierto. El avispero... fue una hazaña de ingeniería y también de valentía. O de locura.

Caitlin dio golpecitos con los dedos en el escritorio. Lo que estaba pensando tal vez violara el protocolo del departamento. Pero Guthrie le había pedido que se ocupase ella de Deralynn.

—¿Qué va a hacer esta noche? —preguntó.

La luz ya se estaba desvaneciendo cuando Caitlin aparcó el coche del departamento junto a la acera, frente al parque Peñasquitos, en San Leandro. Las casitas tipo rancho y los bloques de pisos del barrio tenían todas las ventanas cerradas para protegerse de la fría noche de marzo. El cielo parecía pintado de color añil. Las colinas que estaban más allá del parque, verdes y sembradas de robles de Virginia, recogían los últimos resplandores del sol. Deralynn y ella salieron. Ir al parque a examinar el escenario del crimen las había puesto solemnes.

Y Deralynn Hobbs no era una persona solemne.

Caitlin la había recogido en su casa de San Ramón, donde se veían bicicletas tiradas en el césped, una rampa casera para monopatines que dominaba la entrada y docenas de soldados de plástico verde sembrados por el camino hasta la puerta principal. Cuando llegó, Deralynn ya la esperaba en el porche delantero, vestida con unos pantalones vaqueros de color verde lima y una sudadera muy llamativa. Hablaba animadamente con un hombre que Caitlin supuso era su marido. El hombre tenía treinta y tantos años, llevaba una camisa de cuadros con botones en el cuello y tenía un gesto paciente y desconcertado.

—Detective. Walter Hobbs.

Le sonrió a Caitlin, pero le estrechó la mano con torpeza. Parecía no saber muy bien cómo tomarse aquella expedición de su mujer.

Dos niños salieron corriendo del jardín de atrás, enfrascados en un tiroteo con pistolas de juguete, y subieron por la calle entre risotadas. Deralynn les lanzó unos besos a sus espaldas. Se puso de puntillas para besar a su marido, dijo: «Adiós, calabacita», y se metió en el coche de Caitlin. Era la típica mamá de asociación de madres y padres de alumnos, de las que se consumen de emoción

porque van a hacer un viaje de fin de curso al lugar del primer crimen de un asesino en serie.

Pero Deralynn no habló mientras cruzaba la calle al lado de Caitlin. Las banderas colgaban, pesadas, en la entrada del parque y las bisagras chasqueaban contra el palo con el viento. Caitlin bajó el ritmo para orientarse.

Deralynn la miró.

—¿Es la primera vez que viene aquí?

—Sí.

Caitlin lo sabía todo del parque Peñasquitos. Aquel lugar le parecía cargado de malas vibraciones. Un sitio que había que evitar. Hasta aquel momento.

Tenía un archivador lleno de mapas, fotos y reconstrucciones de escenarios del crimen. Ella se había construido un mapa mental de trescientos sesenta grados sin haber puesto jamás los pies en aquel lugar. Pero ahora que estaba ante la entrada del parque, necesitaba un momento para prepararse mentalmente y situarse a sí misma en su interior.

Los robles de Virginia se alineaban en la calle. Los jacarandás, con sus flores moradas, rodeaban el parque infantil vacío. En la parte trasera de aquel parque, un bosquecillo de secuoyas se alzaba formidable contra el cielo oscuro. Era justo la hora del anochecer, el momento del asesinato.

—Los árboles son más altos. Bastante más —dijo.

Tras un momento de incertidumbre, le mandó un mensaje de texto a su padre.

¿Qué deberíamos buscar en el parque Peñasquitos?

Pasaron por la puerta. Hacía mucho frío, era demasiado tarde para practicar deporte y estaba demasiado oscuro como para hacer un pícnic. Los únicos sonidos eran el tráfico distante en la autopista y el sordo rugido de un avión que despegaba del aeropuerto de Oakland. Deralynn sabía adónde había que ir.

—Ha estado aquí —observó Caitlin.

—Nunca con un policía.

El escenario del crimen era un cobertizo de herramientas en un sendero que

estaba más allá del parque infantil. Siguieron un caminito con suelo de cortezas. Los árboles se cerraron a su alrededor.

—Este camino era la ruta habitual por donde corría la víctima. Suponemos que el asesino tendió una emboscada a Giselle Fraser en algún lugar del camino —expuso Caitlin—. Vivía sola. Nadie supo que había desaparecido hasta que los encargados de mantenimiento del parque abrieron la puerta del cobertizo de herramientas.

Deralynn cerraba y abría los puños. Sus vaqueros de color verde lima eran la señal más luminosa de todo el parque. La corteza crujía con suavidad bajo los pies de ambas. Si Giselle Fraser hubiera corrido por ese camino aquella noche, cualquiera que la esperase entre las sombras habría oído sus pisadas.

Giselle corría todas las tardes, casi como un ritual religioso, cuando llegaba a casa desde su trabajo como cajera en un banco cercano. Un circuito de cuatro kilómetros por el barrio, con una incursión a través de Peñasquitos. El asesino tenía que saberlo. Giselle no era una víctima elegida al azar.

Deralynn exhaló aire con fuerza, con gesto emocionado... o quizá nervioso.

—Tengo que darte las gracias.

—¿Por qué?

—La mayoría de los policías me miran mal. —Se encogió de hombros—. Ya lo sé. Soy una aficionada. Ni siquiera soy autodidacta. No tengo estudios. Soy solo «una mamá».

—¿Intentas que hable mal de las mamás? Ni por asomo —exclamó Caitlin—. Puede que este asunto sea un asunto personal para ti, pero estás tan organizada y eres tan reflexiva como algunos de los informes de investigación que he leído.

Los labios de Deralynn se abrieron en una sonrisa y se llevó las manos a las mejillas.

—¿De verdad? Me voy a poner colorada. Gracias.

Caitlin sonrió, convencida de que aquello animaría a Deralynn a seguir hablando. Siempre era mejor así. De ese modo no parecía un interrogatorio. Y Caitlin sabía perfectamente que cuando la gente ve tu placa, en el fondo siempre esperan que les leas sus derechos.

Pero qué demonios. Ella era policía. En un escenario del crimen.

—¿Qué piensa tu marido de tu... dedicación a este caso?

—Dice que no es ninguna sorpresa que acabases llevando un arma, pero que yo... estoy loca. —Se volvió hacia ella—. Me acuerdo muy bien de tu padre. Vino a mi colegio a hablarnos de Lisa Chu.

Lisa Chu era la víctima adolescente del Profeta. Era una estudiante de instituto de dieciséis años, que acabó ahogada en un estanque de tratamiento de aguas, encadenada a un bloque de cemento para que hiciera de peso. El asesino escribió el mensaje: «Ira infinita y desesperación infinita» en el brazo de Chu.

La muerte de Lisa Chu aterrorizó a todos los padres, todas las mujeres jóvenes y todas las niñas como no lo habían conseguido hacer las muertes de parejas de mediana edad. Le daba un giro horrible a la guadaña del asesino.

—No sabía que el departamento hubiera enviado a mi padre, ni a nadie, a hablar en público de aquello.

—Lisa me hacía de canguro —le informó Deralynn.

Así que eso era. La relación. O, al menos, una relación. La conexión personal que ayudaba a explicar por qué Deralynn estaba tan obsesionada con el caso.

—Era como una hermana mayor.

Deralynn lo dijo sin dudar. La herida no era reciente. Aun así, sus mejillas se sonrojaron hasta adquirir un color rojo oscuro. Incluso con aquella luz tan escasa, Caitlin vio un brillo en sus ojos.

—Lo siento —se lamentó Caitlin.

—Tu padre nos habló de la seguridad personal. Que le teníamos que decir siempre a alguien adónde íbamos. Que fuéramos siempre en grupo, y por calles bien iluminadas. La verdad es que estábamos asustadísimas. Pero él se mostró muy sereno, muy tranquilo.

¿Tranquilo, Mack? La imagen no le cuadraba. Y en algunos aspectos la inquietaba.

—Lo recuerdo como si fuera ayer. Parecía enorme —prosiguió Deralynn—. Como tú, ahora mismo.

«Ay, cariño...».

—Me pagan para hacer esto. La voluntaria eres tú.

—Todos hablamos de atrapar al asesino. Pero tú eres la que se pone en primera fila a la hora de la verdad.

—Este caso nos afecta a las dos. —El aliento de Caitlin se congelaba en el aire—. Tú lo soportas a base de sesiones nocturnas en la web. Yo, pues sencillamente... —en aquel momento casi notaba las cicatrices que le ardían en las muñecas—, encontré otra forma.

Pensaba que lo había dicho con frialdad. Con brusquedad, incluso. Pero Deralynn pareció notar que las heridas de Caitlin no estaban lejos de la superficie, y que aún podían ser fatales.

—Pero lo haces, de todos modos. Y lo haces condenadamente bien. —Le apretó la mano a Caitlin—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Quiero decir que claro, claro que estás bien. Estás aquí. Pero ¿tienes a alguien que te apoye? ¿Amigos? ¿Una iglesia? ¿Tienes hijos?

—Un perro.

Deralynn sacó una foto.

—Mi familia. Ya has conocido a mi marido, Walt. Y a William y Weston.

Caitlin sonrió.

—Me encantan las pajaritas a juego.

Siguieron andando. Caitlin se alegraba de que la oscuridad le ocultase el rostro, de que el viento le alborotara el pelo y se lo echase por encima de los ojos. Doblaron un recodo y llegaron a un campo abierto. El cobertizo de herramientas estaba a tres metros del camino. Era de madera desgastada y tenía el tejado verde de musgo.

Hizo una pausa y le echó un vistazo. Sin ventanas. Unas secuoyas detrás.

Se volvió para comprobar lo que se veía desde el cobertizo. El campo, el camino. Abierto, pero tapado por árboles por tres lados.

A lo mejor él se quedó junto al cobertizo, justo al lado del camino, a unos palmos de la puerta, esperando invisible a que pasara Giselle Fraser corriendo. O quizás esperó a oír sus pasos y saltó hacia ella. Silbando, o escuchando música

por unos auriculares, o cojeando, como si se hubiera hecho daño en el tobillo. Era paciente y cauteloso. Tenía habilidades sociales. Probablemente atraía a la gente a su órbita con un poco de cháchara encantadora, y luego los aislaba y los mataba. No lanzaba ataques por sorpresa, llevado por un impulso, como los psicóticos o los asesinos desorganizados.

Dibujaba mapas de todo el barrio, con espacios donde ocultarse bien señalados y rutas de huida planeadas con todo detalle. Y con un solo objetivo escrito en mayúsculas: castigo.

Caitlin sacó la llave que le había dejado el departamento de parques y jardines. La noche del crimen, el asesino había abierto la cerradura con un destornillador. Ahora había una puerta más fuerte, con unas bisagras más pesadas y una cerradura Yale. Caitlin la abrió.

El olor a madera, a polvo y a fertilizante se acumulaban en el interior. Sacó su linterna.

Deralynn dijo:

—Seguramente estaba así de oscuro, ¿no?

—Él quería ocultarse. Era atrevido, pero no estaba seguro de sí mismo ni del entorno.

—Yo creía que habían echado abajo este cobertizo. Yo lo habría hecho. Por el amor de Dios... Si todavía tiene hasta las vigas.

Seguramente compró antes todo el equipo y lo metió en el cobertizo. Cuando consiguió controlar a Giselle, le bastó con cerrar la puerta.

Estranguló a Giselle con un pañuelo de seda. Le dejó múltiples hematomas en la cabeza y la cara. La golpeó con el puño cerrado, posiblemente la dejara inconsciente y luego la mató.

Pero no la colgó del cuello. Le quitó los calcetines y los zapatos, los pantalones de deporte y la camiseta. La dejó con el sujetador y las bragas puestos. Le ató las manos con una cuerda gruesa y lanzó esta por encima de las vigas que estaban al descubierto. Luego la levantó y la dejó colgando de las muñecas, con la cabeza hacia abajo, como si estuviera llorando y angustiada.

¿Cuánto tiempo le costó levantarla? ¿Cuánto tiempo se quedó allí en el

cobertizo, admirando su obra? ¿La tocó mientras estaba colgada y se balanceaba, y su cuerpo se empezaba a enfriar poco a poco?

«¿Qué quieres, hijo de puta?».

Y luego el astuto asesino puso una trampa en el cobertizo. Fue el detalle más despiadado. Llevó un avispero entero en una bolsa de basura resistente y la dejó en el interior de la puerta, de modo que, al llegar la gente de mantenimiento por la mañana, lo golpeasen y saliera todo el enjambre enfurecido.

Caitlin salió. La escena se desvanecía hacia el gris. Tenía la sensación inquietante de que el juego de las sombras en el viento no era aleatorio. Había sonidos y movimiento entre los arbustos.

—Desde el principio él tendió una segunda emboscada. Una forma de lastimar a alguien cuando se descubriera su crimen —dijo ella.

—Desde su primer asesinato, quieres decir.

Caitlin asintió. Se suponía que el asesinato de Giselle Fraser no era el primer delito del Profeta. Seguro que había ido a más, hasta llegar al asesinato. Primero, *voyeur*. Exhibicionista. Y antes, tortura de animales. Incendio provocado.

El viento le revolvió el pelo a Caitlin. Los pinchos como de erizo de Deralynn permanecieron enhiestos.

—¿Crees que la conocía? —preguntó Deralynn.

—Creo que es más que probable que al menos ella lo reconociera. Alguien a quien había visto en el barrio. Quizá corriese también. O paseara el perro.

—Alguien que no despierta una desconfianza inmediata.

—Se sentía cómodo en este parque. Lo conocía. Conocía el barrio.

—También Giselle, por desgracia.

¿Tuvo Giselle alguna sensación de peligro cuando dobló la esquina? ¿Sintió que unos ojos la vigilaban, alguna amenaza, cuando el asesino se abalanzó sobre ella? Caitlin señaló el bosquecillo de secuoyas.

—Recorramos el parque como habría ocurrido aquella noche.

Deralynn parecía algo preocupada, pero la siguió.

—¿Seguimos el mismo camino que Giselle, vamos al sitio donde ocurrió y

luego seguimos el probable camino de huida del asesino? O sea, que seguimos los pasos tanto de la víctima como del asesino.

—Si hay algo que encontrar, tenemos que verlo desde todos los ángulos. Y desde fuera y dentro.

Al otro lado del parque, protegido por los árboles y la oscuridad creciente, un hombre vigilaba.

«Mírala. La detective Hendrix reviviendo el primer capítulo».

Los columpios del parque infantil colgaban vacíos. El tobogán captaba los últimos rescoldos del anochecer. Más allá de los robles, en la carretera, empezaban a iluminarse las farolas de las calles. La luna se elevaba y la escena entera caía en el claroscuro. Deralynn se acercó mucho a Caitlin.

El asesino había andado por aquel mismo camino. Había llegado al parque por la parte posterior, a pie, desde al menos un kilómetro y medio de distancia, por encima de la colina, a lo largo del barranco, a través de la tubería de desagüe. En silencio. Por el bosquecillo de secuoyas que se erguían bajo la luna.

—¿Has oído hablar de los perfiles geográficos? —preguntó Caitlin.

—Analizar la ubicación de crímenes relacionados entre sí para determinar el lugar más probable de residencia del delincuente. —Deralynn miró a su alrededor. Parecía emocionada, pero no alegre; más bien, nerviosa, como una pequeña criatura de los bosques que olisqueara el aire en busca de halcones—. ¿Crees que el asesino vive por aquí? ¿Que nos dirigimos hacia su hogar?

—Creo que este parque podría ser el escenario del crimen más cercano al lugar donde vivía en aquel momento —expuso Caitlin—. Y nos dirigimos hacia donde se dirigió después de matar a Giselle Fraser.

Deralynn no sabía nada del mapa dibujado a mano. No era del conocimiento público. Siguieron el sendero entre las enormes secuoyas. La corteza del suelo se convirtió en tierra.

—Y crees que vino por aquí porque... —la interpeló Deralynn.

«Te has perdido, Hendrix. Perdida en un bosque oscuro».

Coronaron un alto y miraron hacia abajo. El camino corría a lo largo de un arroyo. Seguía unos doscientos metros hasta una valla y luego se convertía en una carretera tranquila.

—¿Crees que aparcó aquí? —preguntó Deralynn.

—No, creo que tenía mucho cuidado. No quería que nadie reconociera un coche aparcado justo a la entrada del parque, ni recordase a un hombre que pasó a través de esa puerta. Sobre todo, si se trataba de un hombre cargado con un rollo de cuerda, aunque tal vez estuviese oculta en una mochila. Y creo que quizá también llevase linterna, porque sabía que estaría oscuro cuando se marchara.

«Nunca encontrarás el camino. Pero alguien lo hará...».

Quizás ese fuese el camino oscuro al que se refería el Profeta. Quizá quería que ella lo siguiera.

—Vamos —dijo.

Cogió un atajo, arroyo abajo, y apuntó la linterna a lo largo del lecho del riachuelo. Era ancho, pero solo pasaba un hilillo de agua. Más adelante, corría por debajo de la carretera, a través de una alcantarilla cuadrada y de cemento. Allí fue donde su padre encontró el mapa del Profeta.

Deralynn corrió a su lado.

—¿Crees que tendremos que ir mucho más lejos?

Llegaron a la alcantarilla. Caitlin entró. Medía unos cuarenta metros de largo, con barro en la parte inferior, y el arroyo corría por un canal que estaba embozado con algas y basura.

—Vino por aquí —dijo Caitlin.

—¿Estás segura?

—Sí. O bien vino andando desde casa, o bien aparcó el coche un kilómetro más arriba del arroyo. Hay un centro comercial en la colina siguiente. Lleva cuarenta años allí. Pudo dejar el coche sin que nadie lo notara.

—O sea que lo planeó todo.

—Sí, el muy hijo de puta. Pero no era un plan perfecto.

Alguna cosa lo había asustado, o al menos lo había distraído. Allí iba con prisas: una vez terminada su hazaña, estaba ansioso por irse.

¿Por qué perdió el mapa en aquella alcantarilla? ¿Lo había sacado para comprobar que iba en la dirección adecuada? ¿Se lo metió en el bolsillo sin prestarle atención? ¿Oyó algo? ¿Acaso vio a alguien y lo tiró en un impulso?

¿O tal vez estaba distraído por su propia felicidad?

—Los asesinos amplían sus territorios de caza a medida que adquieren confianza —dijo—. Pero aquella era la primera vez para él.

Dirigió su linterna hacia las paredes. Grafitis de *skaters*. Poco a poco los fue cribando.

—¿Crees que pudo volver y dejar algún mensaje?

Deralynn hablaba a trompicones, entre ansiosa y aterrorizada.

—Creo que siempre ha seguido la investigación de manera obsesiva. Y que ha retomado las cosas donde las dejó, quizá porque encuentre inspiración visitando el lugar de sus primeros trabajos. —Siguió mirando a su alrededor—. O a lo mejor está haciendo una gira triunfal, no lo sé.

Trató de recordar el mapa que había dibujado el Profeta. Todo era exacto. Pero el único elemento marcado para la escala era la alcantarilla. Cuarenta metros.

Al asesino le gustaba salirse de los caminos trillados. Pero aparte de eso, le gustaba ir bajo tierra.

En el instituto Sequoia había colocado las coordenadas geográficas en una alcantarilla. En el parque Silver Creek, el barranco donde se incendió el coche de Stuart Ackerman tenía un riachuelo en el fondo que desaparecía bajo una carretera, en una tubería de acero corrugado. El asesino quizá no la usara aquella noche, pero Caitlin estaba segura de que sabía que estaba allí, y que estaba disponible como vía de escape.

La noche se hizo más cortante. Dejó que la sensación la invadiera.

—Le gustan los túneles. Entonces los usó. Y ahora los usará de nuevo.

Le sonó el móvil. La pantalla mostraba un texto de su padre.

A él.

Lo miró, desconcertada. ¿De qué le estaba hablando?

—Vale, tengo que admitirlo —dijo Deralynn—. Este sitio da mucho miedo.

Caitlin introdujo la contraseña para desbloquear la pantalla. El móvil sonó mientras lo hacía. Era Guthrie. Respondió la llamada.

—Hendrix. Estamos monitorizando los foros. FindtheProphet.com. Deralynn y sus amigos frikis de los crímenes. —Sonaba agobiado—. El tráfico está enloquecido. Lo estamos vigilando.

—Hay algo que...

—Su padre ha enviado un mensaje despotricando. Atacando directamente al Profeta.

El calor pareció escaparse de las manos de Caitlin.

—¿Cómo?

—Lo ha enviado al foro abierto. En modo público. Donde cualquiera puede leerlo.

Caitlin se volvió a Deralynn.

—Busca un mensaje en el foro público. Es... —Demonios—. Será de mi padre. Mack Hendrix.

Deralynn cogió su móvil. Se inclinó hacia él, con la cara iluminada por la pantalla, y entró en la web. Al cabo de un momento leyó y respiró con fuerza.

Tenía los ojos muy abiertos y ansiosos cuando le enseñó la pantalla a Caitlin.

Al Profeta. enfermo desgraciado... Has dejado tu hedor allí donde has pisado. Ya no estamos en 1993. Los forenses borrarán tu recuerdo de la tierra. Desde el maldito abrevadero hasta el cobertizo del parque, la policía te está pisando los talones. Ahora mismo.

Todo el calor que tenía Caitlin en el cuerpo pareció desaparecer. Qué hijo de puta. El texto de Mack. Era su respuesta a la pregunta que le había enviado... Qué era lo que debía buscar.

A él.

Oyó el viento a través de la alcantarilla, y notó que las sombras se intensificaban a su alrededor. Cogió el brazo de Deralynn.

—Salgamos del parque. Ahora.

Salieron corriendo de la alcantarilla y por el lecho del arroyo, hasta que

podieron subir la empinada orilla. Alcanzaron el sendero y Caitlin hizo correr a Deralynn.

Por delante se veía una forma oscura, que no era sino una sombra más; se movía con ángulos agudos, a gran velocidad. Directo hacia ellas. Fue subiendo.

Un hombre procedente de los árboles que tenían justo enfrente salió al camino.

Caitlin empujó a un lado a Deralynn y se dispuso a coger su arma.

—Policía. No se mueva.

El hombre se detuvo en el acto y levantó las manos.

—¡No dispare! ¡Soy de la prensa!

Resoplando como un conejo, Caitlin levantó la linterna con la mano izquierda. La derecha la tenía apoyada en la funda de su SIG.

Bajo el rayo de luz, el hombre guiñó los ojos y apartó la cara. Seguía con las manos levantadas, una de las cuales interpretaba la luz y le tapaba el rostro. Las llevaba vacías.

—Siga con las manos en alto —dijo Caitlin—. ¿Quién es?

—Bart Fletcher, del *East Bay Herald*.

Fletcher. Cómo no. Al guiñar los ojos bajo la luz parecía un vampiro, las sombras dejaban en la oscuridad un lado de su cuerpo. Llevaba una cazadora y una camiseta de los Giants. Estaba demacrado, aparte de la barriga cervecera de hombre maduro. Sus nudillos parecían artríticos.

Dio un paso hacia ella.

—Yo...

—No se mueva —le advirtió ella.

Se detuvo y frunció el ceño.

—Identificación —le exigió ella—. La mano derecha en la cabeza. Saque el carné con la izquierda. Muy despacio.

—Lo llevo en la cartera. Que está en el bolsillo interior de mi chaqueta. Voy a cogerlo. Muy despacio.

Cautelosamente, buscó en su chaqueta.

—Cuidado —avisó ella.

Con la mirada clavada en él, centrada, pero tratando también de estar pendiente de cuanto pasaba a su alrededor. Por suerte, Deralynn estaba todavía allí, una presencia vibrante a su espalda.

El hombre levantó una cartera que sacó del bolsillo con dos dedos.

—Bueno. Es usted una auténtica valquiria, como me habían dicho.

—Tírela hacia aquí.

El hombre tiró la cartera salvando la distancia de unos tres metros que los separaba. Caitlin la cogió. La abrió. Por una ventanita que había dentro se veía un carné de conducir. Bartholomew Fletcher. Su foto.

El pulso volvió a su frecuencia habitual, pero su ira aumentó. Recorrió la distancia que había hasta él, con la linterna enfocada en su cara.

—Ya puede bajar las manos. ¿Qué está haciendo aquí?

—Estoy cubriendo esta noticia. —Cogió la cartera, todavía con los ojos guiñados—. Y eso la incluye a usted.

—¿Me ha estado siguiendo?

—No.

—Y una mierda.

Se sentía avergonzada. No había notado que nadie la siguiera.

Él levantó las manos de nuevo y se puso una en el corazón.

—No la seguía, de verdad, detective. Aunque si lo hubiera hecho, no es ilegal. Todos tenemos nuestras fuentes. Y me gustaría que usted fuera una de ellas.

—Esta misma semana ya estuvo cubriendo esta noticia, y ni se molestó en contactar conmigo para que le dijera nada.

—Pues aquí estoy.

Sonrió, con una mueca llena de dientes que no llegaba a la parte superior de su cara.

—Dejemos las cosas como estaban.

Ella le pasó una mano a Deralynn por la espalda y la hizo caminar sendero adelante.

—¿Ha terminado aquí? No quiero que acorte su estancia por mi culpa —dijo Fletcher.

Caitlin siguió caminando. Deralynn le arrojó una mirada a ella, luego a Fletcher y luego a las cortezas del suelo.

Fletcher se acercó a Deralynn.

—¿Y usted quién es? —le preguntó con tono inquisitivo—. ¿Cómo se llama, señora?

Caitlin no hizo nada para impedirle hablar, pero la ira que se dibujaba en su rostro mantuvo los labios de Deralynn bien sellados. Bajaron por el camino hacia la salida del parque, sus pisadas resonando. Caitlin no pensaba sino en apartarse de Fletcher lo antes posible.

Él pasó delante de ellas y caminó hacia atrás, hostigándolas. Olía a cerveza y a pastillas de menta para el aliento.

—¿Qué se siente al criarse en un hogar ensombrecido por el Profeta?

Caitlin le hizo caso omiso y siguió conduciendo a Deralynn hacia el coche.

—¿Cómo lo sobrellevó cuando su padre estaba a cargo de la investigación? —preguntó.

Ella llegó al coche y se volvió hacia él.

—No voy a hacer comentarios, joder.

Él seguía rondándola demasiado de cerca.

—Debió de ser una experiencia tremenda. ¿Por eso se convirtió usted en oficial de policía?

Ella hizo entrar a Deralynn en el asiento del copiloto y abrió la puerta del suyo.

—Y si vuelve a entorpecer una investigación policial en curso otra vez...

—Tengo entendido que ha recibido un mensaje hoy —dijo él.

¿Qué? ¿Cómo demonios lo sabía? Se volvió y le lanzó una mirada asesina.

Él levantó un cuaderno amarillo.

—¿Le resulta familiar?

Bajo la luz de las farolas, las palabras escritas eran visibles en el cuaderno. Fletcher las levantó hasta que Caitlin las enfocó con su linterna.

Con una tinta desvaída, habían garabateado: «La sangre que gotea nuestra única bebida».

Era el mensaje recibido por FedEx del Profeta... y algo más.

—¿De dónde lo ha...? —quiso saber Caitlin.

—Lo oí en 1998, cuando hablé con la superviviente.

Volvió a asomar la mueca llena de dientes. Sus ojos tenebrosos aún ardían.
Buscando la respuesta de ella.

Caitlin intentó hablar con un tono neutro.

—Tenemos la declaración de la superviviente.

—Llámeme para que la entreviste. Querrá ver el resto de mis notas. —
Abandonó la sonrisa y se alejó—. Porque ella no se lo contó todo, ¿verdad?

Joe Guthrie subió corriendo los escalones exteriores de la casa de huéspedes de San Francisco en la que vivía Mack Hendrix. A través de la pesada puerta delantera de madera podía oír una voz que gritaba. Era la voz de Caitlin. Llamó al timbre. No sabía cómo había conseguido ella llegar antes que él. La rabia familiar era un sentimiento muy potente, que alteraba el tiempo y el espacio.

La propietaria lo dejó pasar. Siguió la voz de Caitlin por el vestíbulo, hasta la cocina.

—No. No fue ningún error tonto —decía ella—. Fue algo calculado. Y peligroso.

Guthrie entró. Caitlin estaba de espaldas a él, con los brazos extendidos. Al otro lado de la cocina, separados por la isla, Mack Hendrix caminaba cabizbajo, como si alzara una barricada entre él y su hija. Aquel hombre podía estar como una cabra, pero no tenía ni un pelo de tonto.

—Mírame, joder. Te pedí tu consejo y, en vez de dármelo, me tiendes una trampa en el parque.

Mack murmuró algo que Guthrie no entendió. Levantó la mano, como si intentara aplacarla. Miró al suelo. Parecía estar hablando consigo mismo, más que con ella, meneando la cabeza.

Ella dio un manotazo en la encimera.

—Has llamado al Profeta. Para que acudiese a un escenario del crimen que me dijiste que investigase.

—No sabía que estabas allí.

—Y una mierda no lo sabías.

—No lo sabía. —La miró con los hombros encogidos como un boxeador a la

defensiva—. «¿Qué debemos buscar?», me preguntaste. Debemos. «Debemos». Como si Homicidios estuviera preparando un viaje al parque.

—¿Me estás tomando el pelo? Me has usado como cebo.

Le mostró una expresión horrorizada.

—Eso nunca.

La aparente intensidad de su conmoción dejó un poco desconcertada a Caitlin.

—Entonces ¿qué demonios creías que estabas haciendo?

—Pues extrayendo el veneno —respondió Mack.

—No ha funcionado —intervino Guthrie—. Casi abre fuego contra un reportero.

Mack volvió la cabeza, sorprendido, como si acabase de ver en aquel preciso momento quién estaba allí. Caitlin miró de reojo, pero se volvió hacia su padre con una furia apenas contenida.

—Me has puesto en peligro —le recriminó—. Iba con una civil.

Eso hizo que Mack se detuviera en seco.

—Fuiste tú la que vino a verme. Con ese vídeo. La que me rogó que la ayudara a detenerlo.

—Papá, yo tenía nueve años cuando colocaste todos esos archivos en el banco de trabajo del garaje y me pediste que los organizara. Fuiste tú quien incorporó todo eso a la familia.

Mack bajó los hombros, abatido. Respiró hondo y se sentó a la mesa de la cocina.

A Caitlin le costó unos instantes controlar sus emociones. Cuando volvió a hablar, su voz aún sonaba aguda, pero estaba recuperando el volumen normal.

—Cómo pudiste pensar siquiera que él...

—Porque mira los foros —respondió Mack alzando la vista hacia ella—. Igual que yo.

Caitlin miró a su padre. La sangre le latía en los oídos. Se presionó los ojos con las palmas de las manos.

«No digas nada más. No delante de Guthrie. Contrólate. No mates a Mack».

Salió de la cocina y se fue sin decir palabra. Una vez en el porche delantero,

aspiró el aire frío de la noche.

Por supuesto, su padre seguía metido en el caso del Profeta. Por supuesto, no se había apartado de él. Nunca lo había hecho. Se lo dijo. Nunca lo haría, nunca podría.

Se quedó de pie en el porche. La noche era más fría en San Francisco, un frío más punzante, más irregular.

La silueta esbelta de Guthrie apareció como una sombra a su lado.

—Para ser un tipo que...

—Ya lo sé.

—Hemos abierto una herida, pero necesitábamos su información. ¿Podrá contenerlo?

Ella agradecía la noche. Así ocultaba su sonrisa amarga.

—Cuando se abre una herida, ¿se puede contener la sangre que fluye? — Meneó la cabeza—. Él es como el mercurio. Líquido y cambiante, y venenoso también.

Guthrie no respondió. Sabía que las palabras de ella eran demasiado duras. Estaba furiosa y confusa. Y se sentía utilizada.

—Lo quiero, pero así son las cosas.

Y no añadió: «Ya se lo dije». Guthrie la miró en la oscuridad. Ella se preguntó si la consideraba una mera herramienta, ese palo aguzado del que se valía para abrir los pensamientos de su padre. De ser así, las cosas marchaban de la peor manera posible. Ella no le había dicho a Guthrie que él era el único que los había metido tanto a ella como a Mack en aquel caso.

Hizo un esfuerzo para sonar ecuánime.

—Yo llevo esto. Él se va a retirar. Ya me encargaré yo.

Guthrie le sostuvo la mirada y asintió.

—La veré por la mañana.

Y bajó los escalones.

Ella se quedó de pie en el porche, esperando que él pusiera en marcha el coche y se alejase. Los sonidos nocturnos de la ciudad llegaron hasta ella, el tráfico, una sirena distante, música hiphop que retumbaba desde una ventana, en la calle.

Detrás de ella, la puerta se abrió un poco. La voz de su padre sonaba suave.

—Caitlin.

Ella se quedó mirando la ciudad.

—No pensé en ello —dijo Mack.

Ella soltó el aire y negó con la cabeza.

Era una presencia vibrante tras ella. Esperaba que él se retirase hacia la casa. Pero en vez de eso, salió a su encuentro.

—Leí mal tu mensaje. Yo... —Se aclaró la garganta—. Vi lo que quería ver en el mensaje. Y me dejé llevar. Solo pensaba en armar un poco de ruido. Obligarlo a moverse. Hacer algo. Luego perdí la noción del tiempo en el foro. —Miró hacia la calle y luego la miró a ella—. Tendría que haberte llamado de inmediato. Tendría que haberte llamado al principio, antes incluso de poner el comentario.

—En eso tienes razón.

—Caitlin, mírame. Yo nunca te usaría como cebo. Nunca.

Ella miró hacia abajo, hacia la bahía, y al otro lado de la negra superficie, hacia las luces que iluminaban la costa lejana. Berkeley, Oakland, las colinas, siete millones y medio de personas en peligro.

Su padre se había criado en San Francisco, fue al instituto allí, pero había vivido toda su vida adulta en East Bay. Y aunque ahora había vuelto a la ciudad, Mack no había vuelto a casa. Aquella casa de huéspedes no era un lugar adecuado para vivir. Era solo un apeadero muy solitario.

Era el exilio.

Y tenía aquellas vistas. Desde aquella casa, su padre se pasaba los días y las noches contemplando su antiguo hogar.

Pero era más que eso. Mack se había colocado en un punto privilegiado, situado por encima de los campos donde mataba el Profeta. Cada vez que abría los ojos, cada vez que miraba por la ventana, cada vez que salía por la puerta, estaba buscando al asesino. Sin descanso.

Se volvió hacia él. El dolor que se veía en sus ojos podría haber eclipsado la luz de las estrellas.

—Nunca te expondría al peligro de manera deliberada.

—Eso ya lo sé —replicó ella en voz baja.

—Lo siento.

Parecía que una barra de hierro le oprimiera el pecho. Él le sostuvo la mirada. Ella asintió.

—Tienes que retirarte.

Él apretó mucho los labios, quizá para evitar que le temblara la barbilla.

—No hagas nada. Nada. No mandes mensajes al foro, no hables con gente de la calle, no digas en voz alta el nombre del Profeta. No hables de este caso con nadie, salvo conmigo. Cuéntamelo todo. Pero no hagas nada. Punto.

Él asintió.

—Esto no lo puedes joder —advirtió ella.

—Ya lo sé.

—Dilo.

—Me retiraré.

Parecía sincero, pero su sinceridad, como había demostrado con anterioridad, podía desaparecer en un instante. Un coche pasó junto a ellos. Sus faros iluminaron sus ojos brillantes. Seguramente también las dudas en los de ella.

—Espera aquí —le rogó él.

Entró. Reapareció al cabo con una bolsa de lona. La dejó en el porche y abrió la cremallera.

—Oh, papá...

Dentro estaban sus diarios personales del caso, y mapas de escenarios del crimen. Copias de fotos del caso, docenas de expedientes. Un mensaje fotocopiado que el asesino le había enviado: «La cosa más bella y pura es la que más satisface corromper». Cintas de casete que solo podían ser grabaciones de las víctimas suplicando por su vida.

Era una tragedia acumulada y su padre la arrastraba entera, como las cadenas de Marley.

—Nunca lo dejas —observó ella.

—Todos los años me esperaba a que llegase el equinoccio por si volvía. Me

resistía a creer que hubiese parado del todo, para siempre.

Ella lo contempló todo, preocupada. Nada de aquello tenía que existir.

—Me retiraré. Te lo juro. —Señaló hacia la bolsa—. Llévatelo.

Mack le había dicho a su madre que lo había destruido todo.

Durante aquel verano tan malo, cuando ella cumplió quince años. Su madre la abrazó al regresar ella del hospital.

—Ya ha desaparecido. Lo ha quemado todo —le aseguró Sandy—. No pienses más en ello.

Ahora, Mack respiraba hondo y le tocaba el brazo.

—Úsalo. O quémalo. Pero llévatelo.

Se quedó muy quieta. Allí estaban acumulados todos los fantasmas que atenazaban a su padre. Parecían susurrar, extender unas manos espectrales, implorando. Ella se inclinó y miró dentro.

Cerró la cremallera de la bolsa. Cuando se puso de pie, se echó el asa al hombro.

—De acuerdo —dijo.

JUEVES SANTO

Deseando que las ventosas mañanas de marzo no la dejaran tan anquilosada, J. T. Wilcox giró el termostato en el café y empezó a trajinar, a pesar de sus dolores. Eran las 6:08 de la mañana. Coffee, Tea & Tarot abría a las siete.

La cafetería estaba en una bocacalle de Shattuck Avenue, en Berkeley. La tienda era acogedora, con suelos de madera y cestas de mimbre con té exóticos. Las paredes estaban llenas de carteles con varios arcanos mayores del tarot: el Mago, la Papisa y la Luna. J. T. preparaba las especialidades del día. Cafés de Sumatra, Guatemala y Empress Blend. Le dolían los nudillos, pero escribió las selecciones de aquella mañana en la pizarra. Colocó bien las sillas que estaban puestas del revés encima de las mesas, dispuesta a recibir a los más madrugadores. Sus pendientes rojos, que representaban la Rueda de la Fortuna, se balanceaban mientras ella trabajaba.

Gaia Hill, su compañera, salió del cuartito de la limpieza que usaban como oficina. Gaia era una persona que revivía por la mañana. J. T. decía que estaba hecha de acero: era recia y menuda, y llevaba el pelo gris rapado por detrás y por los lados, y cortado a cepillo, como los marines, por arriba. No obstante, llevaba treinta y cinco años fuera del Cuerpo. En la camiseta de Gaia ponía: solo soy un chico poe de una familia poe, con un dibujo de un grupo del siglo xix: todos eran Edgar Allan Poe. Él, su esposa, los hijos y las hijas. Hasta el perro. Gaia nunca abandonaba su sueño de ampliar la tienda y poner también librería. Pero de momento se conformaba con una diminuta biblioteca gratuita que ocupaba una casa de muñecas reformada, junto al escaparate principal.

Gaia se afanaba detrás de la encimera, meneando la cabeza.

—Otra vez se nos ha colgado el ordenador.

—¿Seguro que no son tus ojos? —dijo J. T.

—Que tenga cinco años más que tú no significa que me esté quedando ciega. La pantalla sigue relampagueando. Lanza una luz estroboscópica durante unos segundos y luego se para.

—¿Has probado a darle un golpe?

—Claro. Ahora llamo a los técnicos que reparan ordenadores.

Miró hacia fuera. Había una furgoneta negra aparcada enfrente, en la calle.

—¿Habías visto antes esa furgoneta? —preguntó Gaia.

J. T. puso una caja color rosa con cruasanes en el mostrador. Miró por el escaparate.

—Claro. Siempre andan por ahí. Siempre las veo cuando un tío quiere parecer más importante de lo que es en realidad. —Sonrió—. ¿Por qué? ¿Tú no las has visto?

—Me parece que esa igual podría haberla visto antes. Esas llantas... no son exactamente el estilo de Berkeley. Demasiado brillantes. Me parece que ayer estaba aparcada en la bocacalle.

—¿Tú crees?

—Me pregunto si el hombre de la furgoneta es el que pintó con espray el grafiti de la pared de fuera.

J. T. gruñó un poco.

—Es más probable que fuera alguno que se hace el interesante. Algún gilipollas gótico o algún adolescente fan de los vampiros. «Sangre que gotea...».

—Puso los ojos en blanco—. Luego saco la pintura blanca y lo tapo.

—Al menos está abajo, y en el lado del edificio que queda alejado de la calle. Con el jeep aparcado ahí, ni siquiera se ve.

—¿Estás preocupada?

—Solo me preguntaba si sería algún mensaje de odio. Contra nuestra espiritualidad o contra nosotras.

—Si es así, es muy poco claro, muy indirecto. Cariño, es solo un grafiti.

No fue un sonido, ni una alteración en el aire. Pero la luz cambió en la trastienda. Una sombra cruzó el vestíbulo. J. T. la vio por el rabillo del ojo.

—No, no es solo un grafiti.

Sin que pareciera que se movía, o que respiraba, un hombre apareció ante su vista. Un segundo antes la sala estaba vacía. Al siguiente, se encontraba allí.

J. T. se quedó inmóvil, helada. Gaia y él intercambiaron una mirada breve y significativa. La puerta trasera estaba cerrada.

El desconocido se quedó entre las sombras, mirándolas.

Gaia fue a coger el teléfono. Y, como un relámpago, él se puso en movimiento y se abalanzó sobre ella.

A última hora de la mañana, Caitlin estaba de pie en el centro de operaciones. Se sentía magullada y nerviosa. Guthrie era el único que sabía que Bart Fletcher la había sorprendido en el parque la noche anterior. Guthrie no sentía cariño alguno por aquel reportero. Y no la había amonestado por dejarse sorprender en el escenario de un crimen conocido.

Fletcher aseguraba no haberla seguido. Ella estuvo tentada de aceptar su negativa. Estaba segura en un noventa por ciento de que él había husmeado en los foros de FindtheProphet.com. Y había averiguado la situación gracias al mensaje de Mack.

Pero ese tanto por ciento residual de incertidumbre la agobiaba.

Hizo una comprobación rutinaria de antecedentes penales. Fletcher tenía un arresto por delito menor, por borrachera y escándalo público, y estaba en libertad condicional por conducir bajo los efectos del alcohol. Se le había requerido llevar un monitor de tobillo e instalar un dispositivo de ignición con cerradura (un alcoholímetro) en su vehículo. Recordó que el aliento le olía a cerveza, y las pastillas de menta no conseguían cubrir el olor. Se preguntó de quién sería el coche que había pedido prestado para dirigirse al parque sin tener que soplar en la cerradura de bloqueo de arranque.

Fletcher había cubierto los crímenes originales del Profeta, y no le costó demasiado desenterrar sus archivos y su biografía. Su primer artículo para el *East Bay Herald* databa de 1995, dos años después de que el Profeta empezara a

matar. Caitlin encontró artículos anteriores que había escrito como redactor en el *Des Moines Register*. La noche en que asesinaron a Giselle Fraser en Peñasquitos, Fletcher había cubierto una inundación y el saqueo de un centro comercial de Iowa.

Se frotó los ojos. Guthrie ya se lo había explicado. Fletcher era un alcohólico hecho polvo que escribía artículos llenos de veneno. Aun así, se sentía fatal por haber dejado que se le acercara tanto.

Se acabó el café que le quedaba. Le quemaba la lengua. Tiró el vaso reciclable en el cubo de reciclaje de cartón como si fuera un dardo y se dirigió a su escritorio con una foto de veinte por veinticinco que había impreso antes.

Pese a que Bart Fletcher era un auténtico gilipollas, la verdad era que el muy cabrito le había dado una pista.

La superviviente. «No se lo contó todo, ¿verdad?».

Caitlin estaba segura de que en la Zona de la Bahía había gente que se había librado del Profeta por los pelos: gente que vivía su vida sin ser consciente de lo cerca que había estado de la muerte. Quizá mujeres como Giselle Fraser, que atrajeron su atención pero escaparon al desastre porque apareció un viandante justo en el momento adecuado.

Pero solo una persona se había enfrentado al Profeta directamente y había vivido para contarlo. Caitlin examinó la foto.

20 DE MARZO DE 1998. Kelly Smolenski. Dieciséis años. Ojos muy abiertos, llenos de miedo. Cinta americana en el pelo. La cara cortada por las ramas al huir para salvar la vida.

Había hecho una declaración sumaria a la policía. Ahora, Fletcher aseguraba que Smolenski sabía mucho más de lo que había dicho.

La Oficina del Sheriff la estaba buscando desde que el Profeta regresó. Todavía lo intentaban, con energías renovadas. Smolenski tenía un carné de conducir válido para California, pero ya no vivía en la dirección que constaba allí. Mientras otro departamento policial comprobaba el lugar donde se suponía que trabajaba, Caitlin se sentó a la mesa de conferencias y se leyó el expediente

de Kelly. Un par de multas por exceso de velocidad en los últimos diez años. Por ir exageradamente rápido. Ningún delito importante. Sin parientes cercanos.

La declaración que hizo Kelly a la policía cuando tenía dieciséis años parecían observaciones someras contadas por una chica muy joven que estaba a punto de sufrir un colapso nervioso.

El sospechoso era un varón blanco, piensa la testigo. Porque iba enmascarado y llevaba guantes, así que ella no podía estar segura. Altura normal, peso normal.

En su escritorio, Martínez colgó el teléfono, arrancó una hoja de papel de la libreta, y se giró en su silla.

—La he encontrado.

—¿Dónde?

—Vive a las afueras de Tassajara, en el condado de Contra Costa.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Caitlin.

—Unos quince segundos. Muy seca.

—¿Y eso qué significa?

Él le tendió el trocito de papel.

—Significa que ha accedido a hablar del Profeta. Pero solo con una mujer. Así que llámala.

Dusty's era una cabaña de madera situada en las colinas costeras entre Palo Alto y la bahía de la Media Luna. Un letrero de cerveza Miller parpadeaba como loco en el ventanal delantero. Fuera, una hilera de motocicletas brillaba con el sol de la tarde, la mayoría de ellas Harley-Davidson. Caitlin entró en el aparcamiento de tierra apisonada y el polvo se levantó debajo de sus neumáticos.

Aquel era el único lugar donde Kelly Smolenski accedía a reunirse.

Caitlin aparcó y salió. Llevaba la chaqueta abrochada por encima de la pistolera y la placa. No tenía necesidad alguna de ocultar su identidad. Las botas, los vaqueros y la camiseta negra Henley de manga larga tampoco eran de camuflaje. Eran ella misma. No vestía así para pasar inadvertida en un bar de moteros, pero tampoco hacía ningún mal. Empujó la puerta.

El bar estaba oscuro, la luz del sol dorada se filtraba por unas ventanas que quizá no se habían limpiado desde los años setenta. En la máquina de discos sonaba Stevie Ray Vaughan. De pie en un cuadro de luz que quedaba justo en la puerta, una docena de hombres, con los pies sobre el reposapiés de latón de la barra, apartaron la vista de sus bebidas y comenzaron a mirarla.

Cerró tras de sí la puerta batiente y entró. Por debajo de la música resonaba el sonido seco de las bolas de billar que entrechocaban. El camarero hizo una pausa, con ambas manos en la barra, mientras veía cómo avanzaba. Ella levantó la barbilla a modo de saludo.

Kelly estaba sentada en un reservado con respaldo de madera, tocándose las uñas. No dejaba de mover los pies. Caitlin se sentó frente a ella y le tendió la mano.

—Gracias por reunirse conmigo.

El apretón de manos de Kelly fue breve; tenía los dedos helados.

—Primera y única vez. Hablaré hoy y nunca más.

Los tatuajes llenaban sus brazos desnudos. Una rosa con lágrimas, un ángel salvaje, una mariposa con las alas puntiagudas. Llevaba el pelo teñido de un negro escorpión. Con sus tatus y con la voz de Marlboro, Kelly estaba a años luz de su foto de adolescente.

—Me gustaría tomar notas —dijo Caitlin.

—Sin notas —repuso Kelly mientras miraba a su alrededor—. La gente que importa ya sabe que estoy hablando con una policía. Nadie más tiene por qué saber que está apuntando nombres.

—Entonces lo grabaré.

Puso el teléfono en la mesa y tocó algunos botones con disimulo, como si estuviera mirando sus mensajes.

Kelly no puso objeciones.

—¿Se ha leído el informe policial antes de venir?

—Sí.

Una sonrisa cáustica llegó y se fue.

—¿Quiere contarme lo que hay en él?

Al fondo de la sala, bajo unas lámparas de techo, hombres con bandana las miraban desde las mesas de billar. En la barra, otros ojos las contemplaban a través del espejo.

—Hablé con la policía aquel día —comenzó—, y supongo que firmé la declaración, pero no recuerdo haberlo hecho. Quizá pueda informarme.

—La declaración era muy breve. Consiguió darles a los oficiales investigadores una descripción muy básica de su atacante.

Al oír la palabra «atacante», Kelly apartó la mirada. Cogió un paquete de cigarrillos del bolso que estaba tirado en el asiento del banco. Empezó a sacar uno, luego se arrepintió y le dio vueltas al paquete en las manos, una y otra vez.

—Me vendrá bien todo lo que pueda contarme —dijo Caitlin con amabilidad.

Kelly cerró los ojos. Dejó los cigarrillos, puso las palmas de las manos sobre la mesa, y pareció que una luz se apagaba en su interior. Abrió los ojos y miró a Caitlin sin alterarse.

—Llegaba tarde a la coral. Estaba en casa sola, preparándome con prisas. No lo vi en el garaje: estaba pegado a la pared. Llevaba una máscara de plástico. Luego respiró. Y se me echó encima. Como una serpiente de cascabel cuando ataca.

El tono neutro inquietó mucho a Caitlin.

—¿Dijo algo?

—«Zorra huraña». Y me dio un puñetazo.

Lo contaba con voz monótona. Ausente. Caitlin sospechó que había pagado un peaje enorme por la desconexión.

—¿Esa fue la palabra que usó? —preguntó.

—Sí. «Hurña». Como si fuera un personaje de una novela romántica de la Regencia.

«Otro término arcaico y literario usado por el Profeta», pensó Caitlin.

—¿Cómo sonaba su voz?

—De chico blanco. Joven, quiero decir. Un hombre, pero no desde hacía mucho tiempo. Áspera. No sé si siempre sonaba así, o si intentaba disfrazar la voz para impresionarme. Cosa que hizo.

—¿Vio alguna parte de su cara?

Kelly negó con la cabeza.

—Máscara, con gafas de sol deportivas tapándole los ojos. Llevaba una capucha cerrada, tan apretada que no podía saber de qué color tenía el pelo, ni si lo tenía. Guantes. Tampoco vi cicatrices, ni tatuajes, ni otras marcas distintivas.

—¿Y los dientes?

—La máscara le tapaba la boca. Estaba allí, pero no era una persona reconocible. Como dije, estaba pegado a la pared. Era como una presencia.

Caitlin le dio un segundo.

—Decía que estaba sola en casa. ¿Después del colegio?

—Mi padre trabajaba en una fábrica de semiconductores. Mi madre era secretaria en nuestra parroquia. —Jugueteó con el paquete de cigarrillos—. El golpe me dejó sin sentido. Me desperté en la parte de atrás de una autocaravana, atada con cinta americana. Tobillos, muñecas y boca. Él estaba fuera junto a un

estanque, preparando cosas. Oí una cadena que resonaba. Pero yo conocía un truco: te das un golpe fuerte con los brazos en la cadera y la cinta adhesiva se rompe. —Se encogió de hombros—. Campamentos parroquiales. Me solté y eché a correr. De no haberlo hecho, estaría en el agua con Lisa Chu.

La suave superficie de su voz no podía eliminar el cristalino horror que se encontraba en el fondo de su mirada.

—¿Conocía a Lisa? —preguntó Caitlin.

—No. No teníamos ninguna relación, excepto que nos pasamos una hora echadas una junto a la otra, inconscientes, en la caja de una camioneta que conducía un asesino en serie, y me he pasado los últimos veintidós años siendo la única que ha seguido respirando.

Las manos de Kelly seguían abiertas sobre la mesa. Volvió a agitar el pie. La música cambió del heavy metal al country paleta. Jerry Jeff Walker, *Up Against the Wall, Redneck Mother*.

—¿Puede contarme cómo era el interior de su autocaravana? —preguntó Caitlin.

—Oscuro. Sin ventanillas. Con el suelo forrado de plástico. De los que se pueden limpiar con una manguera, si hace falta.

—¿Lo vio después de escaparse?

—No.

—¿Oyó su voz?

Una pausa.

—Sí. El estanque estaba entre unos árboles. Lo oí gruñir. Arrastrando un peso hasta el agua, supongo.

—¿Vio a Lisa?

Kelly negó con la cabeza.

—No la vi. Ni tampoco la oí. Quizás estuviera inconsciente cuando la arrojó al estanque. Quizá nunca supo lo que estaba ocurriendo.

Tras su voz monótona, los fragmentos de cristal de su mirada se afilaron.

Ese era el aspecto que tenía la esperanza, cuando se trataba del Profeta. Desear con desesperación que una chica a la que nunca había conocido, que literalmente

había estado a su lado en los últimos momentos de su vida, desear que esa canguro adolescente desaparecida hacía tantísimo tiempo hubiera muerto sin dolor ni temor, inconsciente.

Caitlin había leído el informe de la autopsia de Lisa Chu. Sufrió un hematoma subdural, prueba de que la habían golpeado en la cabeza. Tal vez lo bastante fuerte como para hacerle perder la conciencia. Pero el forense encontró agua en sus pulmones. Se había ahogado. Estaba viva cuando la tiraron al agua.

Caitlin dijo:

—Estaba lo bastante cerca como para oírla. Si Lisa hubiera estado consciente, la habría oído también. No se habría quedado callada.

Kelly se humedeció los labios. Miró las mesas de billar y, luego, sus manos. Se echó el pelo negro por encima del hombro.

—Quizás estuvo susurrándome al oído durante todo el camino. A veces me lo pregunto. En mis pesadillas, ella me habla. Desde debajo del agua. Su voz es un susurro que viene de mi interior. —Se llevó una mano como una garra al pecho—. Pero no la he visto nunca.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Parpadeó furiosa, remisa a dejarlas caer.

—Después olí su perfume. Lavanda y vainilla. Era Love's Baby Soft. Lo notaba en mi ropa. Porque había estado echada a mi lado. Estuvimos acurrucadas juntas en aquel trayecto. Y no era capaz de entender nada. No podía.

El tono de voz monocorde se iba elevando. Aquello no formaba parte del guion que Kelly había planeado, frío y monótono, a lo largo de los años.

—La policía me quitó la ropa —prosiguió—. Cuando llegué a la comisaría, me quitaron la camisa para efectuar análisis forenses. Yo aún no lo entendía. Solo cuando me dijeron que había desaparecido otra chica... Entonces fue cuando me di cuenta. De que el olor no venía de la autocaravana, sino de otra chica. Pero no se lo dije antes porque...

—Porque estaba conmocionada.

Kelly la miró como diciendo: «Sí, claro».

Caitlin la vio tal como debió de ser aquel día: dieciséis años, herida y secuestrada. Sin embargo, consiguió librarse y huir hasta un lugar seguro,

siguiendo sus instintos. No había forma, ni física ni cognitiva, de exigirle a su mente nada más.

—Aquel día no entendía nada —expuso Caitlin—. Ahora, parece que sí. Pero ¿entonces? Era una cuestión de vida o muerte, y solo un olor en el aire.

Kelly se la quedó mirando. Movía el pie como un martillo pilón.

—¿Hasta dónde corrió? —preguntó Caitlin.

—Tres kilómetros.

—¿Cuánto tardó la policía en llegar a la estación de servicio, después de que los avisara desde allí?

—Quizá veinte minutos.

Caitlin bajó los hombros, abatida.

—Lisa había muerto mucho antes de que apareciera la policía. No podría haberla salvado. No hay más verdad que esa.

El pecho de Kelly subió y luego volvió a bajar. Al cabo de un momento se puso de pie.

—Vuelvo enseguida.

Se fue caminando deprisa con sus botas de tacón ancho al lavabo de mujeres, con la camiseta deslizándose por un hombro y revelando un tirante de sujetador rojo. Caitlin no sabía si no había más verdad que aquella, pero fue todo lo que consiguió improvisar. Se miró las manos y las extendió. Le temblaban los dedos. Los apretó contra la mesa.

«Frialdad».

Compartimentar.

«Por el amor de Dios, contrólate».

Un lavabo de bar de moteros tal vez fuera el último sitio del mundo donde a Caitlin le habría apetecido entrar, pero Kelly volvió con mejor aspecto. Se había echado agua en la cara y se había apartado el pelo hacia atrás, atándolo en una coleta. Se inclinó hacia la barra, habló con el camarero y un minuto después volvió al reservado con dos vasos de chupito llenos de whisky. Los puso en la mesa y se metió en el reservado.

—Si está de servicio, me lo beberé por usted —dijo ella.

—Sí, estoy de servicio.

Kelly levantó el vaso.

—*Na zdorovie!* —Se bebió todo el chupito, se acercó el segundo vaso y dijo —: ¿Qué más?

Caitlin midió bien sus palabras.

—Después de escapar de la autocaravana, ¿la persiguió él?

—Ni idea. Entonces pensaba que iba justo pisándome los talones. Corrí como loca. Corrí por el bosque hasta que salí a una carretera y vi la gasolinera. Entré en el supermercado chillando y no paré hasta una hora después.

Caitlin tenía un gesto grave.

—Pidió usted hablar con una mujer. ¿Por qué?

—No tenía ganas de que otro policía machito y baboso se imaginase lo que me hizo el Profeta —respondió—. Pero la verdad es que no me tocó. No en el plano sexual. Parecía... como si le repeliese mi contacto. Apestaba a jabón desinfectante. Todavía noto ese olor.

A Caitlin se le aceleró el pulso. Ese detalle no figuraba en el informe policial.

Un hombre pasó dando saltitos junto al reservado.

—Señoras... ¿O debería decir señora y estupa?

Su voz era un poco ronca, como si alguna vez le hubieran golpeado o cortado la garganta.

Caitlin le dirigió una fría mirada de soslayo. Era un tipo joven, delgado, que arrastraba los tacones de las botas por el entarimado. Kelly no le prestó atención.

—El mensaje —prosiguió Caitlin—. «Sangre goteando...».

Kelly miró al hombre. Este fue hasta la barra, como si se estuviera guardando un salivazo y quisiera lanzarlo a los pies de Caitlin.

—¿Ha aparcado un Caprice sin marcas fuera? —preguntó Kelly.

—Un Dodge.

—Mis amigos saben por qué estoy hablando con usted. Ningún gilipollas que ande suelto por ahí supondrá el menor problema.

El joven delgado y entrometido la miraba a través del espejo que había encima de la barra, pero luego, para alivio de Caitlin, pagó su cerveza y salió.

Ella se inclinó hacia delante.

—Kelly, hábleme del mensaje.

Kelly se bebió el segundo chupito de whisky.

—Me lo escribió en el brazo. —Puso la mano izquierda encima de la mesa, y expuso la cara interior del antebrazo. Se pasó un dedo por él. La piel estaba cubierta por el sinuoso tatuaje de una tigresa—. Entonces no tenía esto.

Ambos brazos estaban cubiertos de imágenes. Coloridas, oscuras, grandes. De repente, Caitlin lo comprendió: era su manera de reclamar todo su cuerpo para sí misma.

—Me lo lavé antes de que lo viera la policía —dijo Kelly.

Caitlin asintió. Eso explicaba el hueco enorme en el expediente. En los archivos no se mencionaba el mensaje escrito en el brazo de Kelly.

—Tenía que quitármelo. Tenía que hacerlo. Los viejos que regentaban la gasolinera, una pareja, intentaron calmarme, yo babeaba y chillaba, y temblaba como una lavadora rota. Y los policías tardaron un buen rato en llegar. Yo no tenía ni idea de que hay que conservar las pruebas forenses. No es como ahora, que cada cinco minutos hay una serie nueva de televisión que te enseña cómo recoger vello púbico con unas pinzas. Nadie me lo impidió. —Cogió carrerilla: estaba embalada—. Fui al baño de la gasolinera y me froté la piel hasta dejarla en carne viva. La cara, el cuello, las manos, los brazos. Tenía que hacerlo. —Caitlin se limitó a asentir—. Los policías de uniforme no me preguntaron nada. En el hospital al que me llevaron, una mujer de la policía forense me preguntó por las manos. Le dije que me las había lavado, pero no me preguntó por el brazo. Entonces... —Se echó hacia atrás—. Entonces apareció ese periodista.

—Bart Fletcher —dijo Caitlin.

—Me acorraló en el aparcamiento del instituto.

—¿Una emboscada?

—Supongo que sí. Me quedé helada. Aquel día regresaba al instituto después de... ¿quizás una semana? Me cogió totalmente desprevenida. Fue muy descarado. Se tomaba muchas confianzas. Me hablaba como si fuera mi mejor amigo y solo pensara en lo mejor para mí. Olía a cerveza.

—Y...

—Le respondí que no quería hablar. Cuando me retiré, él dijo que yo era única. Que había escapado. Y que podía salvar a otras. Que yo era un milagro, y que no tenía derecho a callarme cómo lo había conseguido.

—O sea, que la chantajeó para que hacerla sentir culpable y que hablase.

—Intenté apartarme. Pero entonces me puso al corriente de que el hombre había grabado un mensaje en el brazo de Lisa Chu. —Meneó la cabeza—. Creo que me volví a mear en el aparcamiento del instituto. Y él se aprovechó al momento. «¿Qué te pasa? Pareces muy asustada. Déjame que te ayude, por favor... ¿Qué sabes de esas frases?», me decía. Me asusté y se lo conté. No lo sacó en el periódico, pero... En el mensaje había más cosas. —Cerró los ojos—. «La sangre goteante, nuestra única bebida; la carne ensangrentada, nuestra única comida».

Caitlin se quedó muy quieta. Comprobó que su teléfono seguía grabando.

Kelly volvió el brazo hacia abajo de nuevo.

—La primera línea estaba escrita en mi brazo izquierdo; la segunda, en el derecho. No se lo conté a nadie más. No sé por qué no lo publicó aquel periodista. Quizá porque no había ninguna prueba. O sea...

—Yo la creo.

Kelly asintió. Se echó hacia atrás.

—Me tengo que ir.

—Gracias. Nos ha ayudado mucho.

Caitlin sacó su tarjeta. En el reverso escribió el número de Asistencia a Víctimas y Testigos. Se la tendió a Kelly.

—No volverá a saber nada de mí. Y, además, me voy una temporada. Un viaje por carretera —dijo Kelly.

—Aun así, si me necesita, o si necesita hablar con alguna otra persona, llame.

—Se levantó para irse, y barrió el Dusty's con la mirada—. ¿Puedo preguntarle una cosa más?

—¿Qué hace una chica que cantaba en una coral en un bar de moteros?

Caitlin levantó una ceja.

—Ya veo.

Los ojos de Kelly estaban apagados. Miró a los hombres que estaban de pie en la barra. Un hombre barbudo, con coleta, que llevaba un chaleco de cuero, le devolvió la mirada. Ella levantó la barbilla a modo de saludo y volvió a mirar a Caitlin.

—Porque aquí estoy segura. Si ellos están delante, nadie puede llegar hasta mí.

Fuera, en el aparcamiento polvoriento, con una fila de motos que despleaban su brillo cromado ante sus ojos, Caitlin hizo una búsqueda online a toda prisa. Cuando encontró lo que buscaba llamó a Guthrie.

—Es un poema. «El cirujano herido», de T. S. Eliot —comenzó—. «La sangre goteante, nuestra única bebida; la carne ensangrentada, nuestra única comida».

—Parece justo lo que a él le gusta —comentó él.

—Y hay más. «La carne ensangrentada, nuestra única comida; a pesar de lo cual, nos gusta pensar que somos firme y sustanciosa carne y sangre». —Respiró hondo—. «Una vez más, y a pesar de todo, llamamos santo a este viernes».

Guthrie se quedó callado. Ella agarró el teléfono con más fuerza.

—Esto va del Viernes Santo... El poema habla de mañana.

El centro de operaciones vibraba rebotante de energía y ansiedad, como un cable eléctrico mal aislado. El equipo estaba reunido ante el muro de fotos. Guthrie entró, con los ojos relampagueantes.

—¿Dónde estamos?

Shanklin se balanceó sobre las puntas de los pies hacia delante y hacia atrás, con los brazos cruzados.

—Nadie ha localizado la ubicación del grafiti de la «sangre goteante». La foto ha aparecido en las noticias. Pero el zoom de la cámara es muy cerrado. Hay ruido de tráfico, pero no hemos sido capaces de aislar ningún sonido de fondo. —Sus labios rojos se pusieron tensos—. Hemos recibido una docena de llamadas de locos. Seis idiotas han pintado con espray «sangre goteante» en sus casas y han llamado a los medios de comunicación. Lo habitual.

Guthrie se pasó la mano por la cara. Su barba de un día le hacía parecer un imitador de Nixon muy delgado.

—Es como cribar información disparada con un cañón de confeti.

—Casi esperaba que apareciera mi madre para dar una pista, y eso que tiene alzhéimer —dijo Shanklin—. No se acuerda de lo que ha tomado para comer, pero ve al Profeta en las noticias y empieza a recitar detalles de sus primeros casos.

Caitlin notó una pequeña punzada. Martínez le dirigió a Shanklin una mirada consoladora. Shanklin respondió encogiéndose de hombros.

Caitlin se apoyó contra una pared, con los hombros tensos. Para los crímenes del Profeta, no se había reunido ningún equipo operativo multiagencias. Por eso los archivos estaban diseminados. Ahora, con los escenarios del crimen de

Ackerman repartidos entre los condados de Alameda y San Joaquín, se estaba repitiendo el mismo esquema.

Pero a nadie le gustaría oír a la novata decir aquello. Así que cerró la boca.

Guthrie se volvió hacia ella.

—La superviviente. El mensaje que dice que el asesino le escribió en los brazos.

Caitlin sacó el poema de T. S. Eliot.

—Es la primera relación explícita que se establece entre los crímenes originales del Profeta y su regreso. Con esto se vinculan el caso antiguo y el nuevo.

—Pero ¿qué significa? —preguntó Martínez.

—Creo que ha resucitado un plan que quedó interrumpido o abandonado hace veinte años. Quiere que sepamos que ha vuelto y que está llevando a cabo algo grande. —Hizo una pausa—. Kelly, la superviviente, es una bomba emocional. Le di el teléfono de Asistencia a Víctimas y Testigos, pero ¿podríamos hacer que la llamara alguien de todos modos?

—¿Nosotros? —preguntó Guthrie.

Notó el rechazo.

—Yo. Claro. Preguntaré. Sargento.

—La última vez —dijo Shanklin—. Cuando el Profeta aceleró su ciclo, envié un mensaje críptico para que lo descifrara tu padre. «Mercurio ascendente con el sol», jerigonzas de esas.

Caitlin no respondió a lo de las «jerigonzas». Shanklin frunció el ceño. Quizá le apretaran esos zapatos tan bonitos que llevaba. O la paleta para dar azotes que tenía metida en el culo.

—Ahora ha enviado un mensaje sobre el Viernes Santo... supuestamente —dijo Shanklin.

—Demos por seguro que ese mensaje está relacionado con el Viernes Santo —replicó Guthrie.

Shanklin levantó las manos, a modo de disculpa.

—Yo solo intentaba hacer de abogado del diablo.

Y una mierda. Lo que estaba haciendo era llevarle la contraria a Caitlin, y todos lo sabían.

—¿Y si lo del poema es mentira? —objetó Shanklin.

A Caitlin le ardía el cuello.

—No es mentira.

—Solo tenemos la palabra de Kelly Smolenski de que el asesino le escribió ese mensaje en el brazo. No hay pruebas físicas, ni fotos, solo la palabra de la novia de un motero que bebe en un bar. Ese periodista, Fletcher..., pudo haberlo tramado todo con ella. Igual él le pagó para que se hiciera la víctima emocional y te convenciera de que le habían escrito un mensaje en la piel.

Entonces fue Guthrie quien frunció el ceño.

—Se supone que Fletcher ha mantenido ese mensaje en secreto durante los últimos veintidós años. ¿Por qué no publicarlo en todo este tiempo, cuando podría haber sido una exclusiva sensacional?

Caitlin meditó bien su respuesta.

—Kelly no sabía el porqué. Supongo que se debe a que entrevistó a una menor en el recinto del instituto, sin permiso y sin que estuvieran presentes sus padres... y sin contrastar datos. Y cuando los editores de Fletcher lo supieron, enterraron el artículo.

Guthrie se acarició la barbilla.

—Pero yo lo averiguaré —dijo Caitlin.

Shanklin la miró.

—¿Mató a alguien el Profeta alguna vez en Viernes Santo?

—No. Pero el mensaje no se hizo público nunca. Y su presunta víctima huyó. Es probable que eso echara a perder su plan —aventuró.

—Quizá. —Shanklin le dirigió un gesto al poema—. Y quizá no exista conexión con sus casos más antiguos. Quiero decir que el mensaje de «Mercurio ascendente» era sobre un planeta con significado astrológico. Este otro, en cambio, es sobre un día festivo religioso. ¿Cuál es la conexión? —Meneó la cabeza—. El mensaje que envió a las noticias de la KDPX hablaba de un joven

policía que caía en un pozo. Quizás esté tratando de empujarte por el borde del acantilado. Quizás el mensaje esté destinado a volverte loca.

Ante la palabra «loca», la habitación entera pareció relampaguear con una luz líquida. Caitlin le dirigió a Shanklin una mirada inexpresiva.

—A lo mejor. O igual no.

Martínez, de pie frente a la pared con los pies separados, pensó en voz alta.

—Ambos mensajes hablan de acontecimientos celestiales.

—La astrología y la crucifixión no se parecen ni por asomo —objetó Shanklin.

—No me refiero a celestial en el sentido religioso —replicó Martínez—, sino en el astronómico.

—No me vengas con cosas de hippies, Martínez.

—La Pascua está relacionada con el comienzo de la primavera. La Semana Santa (el Domingo de Ramos, el Jueves Santo y el Viernes Santo) se remontan a la Última Cena, que fue un Séder de Pascua, ¿verdad? Por ese motivo, esos dos días festivos se alinean siempre. Supongo que sabes que la Pascua no se celebra en una fecha particular, ¿no?

Guthrie asintió. Shanklin aún parecía escéptica. La luz de la habitación bailaba y llameaba ante los ojos de Caitlin. «Volverte loca». Sus voces parecían venir de debajo del agua.

«Unirlo todo».

Hizo un esfuerzo para concentrarse. La luz se aquietó. Sus voces se acercaron.

—La fecha de la Pascua cambia de año en año —dijo ella.

—Eso se debe a que la Pascua se establece en función de la primera luna llena después del inicio de la primavera —respondió Martínez—. La Pascua se celebra el primer domingo después de la primera luna llena después...

—... del equinoccio vernal —concluyó Caitlin.

Martínez asintió.

—Estoy impresionada —reconoció Shanklin.

—Fui monaguillo. Y estudié doce años con los jesuitas —explicó Martínez—.

Tanto el mensaje de «Mercurio ascendente» como el del Viernes Santo se refieren a acontecimientos astronómicos.

Shanklin no dijo nada durante un momento.

—Digamos que tienes razón. ¿Qué importa eso?

El teniente Kogara intervino.

—Significa que estamos añadiendo patrones. Significa que el primer punto de la lista es que en cada cambio de estación hay que estar alerta a señales de cualquier actividad que tenga que ver con el Profeta.

El equipo entero se volvió para encararse a su comandante. Kogara parecía vehemente, y no obstante inmutable. Parecía como si se hubiera planchado la camisa blanca hacía apenas cinco minutos. Posiblemente, puesta. Hizo una seña hacia el tablero.

—¿Qué hay de las pruebas del coche quemado en el parque Silver Creek?

Caitlin abrió un informe.

—El teléfono del coche pertenecía a la víctima, Stuart Ackerman. Los de incendios provocados confirman que fue lo que disparó el dispositivo incendiario. El móvil era de usar y tirar. Accedimos a sus datos en la nube, pero no encontramos nada relacionado con el escenario del crimen ni con el caso.

Kogara recorrió aquella pared llena de fotos. Cuando llegó a la de Stuart Ackerman, con la información debajo, se detuvo y señaló una serie de puntos.

Parejas por Zodíaco. Starshine69. Sagitario Salvaje.

—El ángulo astrológico. ¿Es importante? —preguntó.

—Es demasiado obvio para no tenerlo en cuenta —respondió Caitlin—. Pero no termina de encajar con el tono literario del último mensaje del Profeta, ni con los tonos religiosos de los nuevos.

Kogara la miró, al parecer sorprendido de que ella hubiera ofrecido un análisis. Ella se calló.

—Quizás estemos tomándolo por un genio, cuando en realidad no lo es, y lo hace todo al azar —aventuró Martínez—. Como los vídeos musicales, ¿no? —Se encogió de hombros—. Los ves y piensas: «¿Por qué no entiendo lo que me

dicen?». Pues porque no significan nada. Carecen de sentido. Las imágenes están puestas al azar, solo para causar impacto y sensación.

—Guau —dijo Shanklin—. ¿Desde cuándo te has convertido en crítico cultural?

—Entiendo adónde quiere ir a parar Martínez —intervino Guthrie—. Los foros de internet, los obsesivos, puede que estén dándole demasiadas vueltas. Nosotros no deberíamos caer en la misma trampa.

«El Profeta sí es un genio —pensó Caitlin—. Porque lleva veinticinco años yendo diez pasos por delante de la policía».

—Vale, seguid con todo esto —dijo Kogara—. Reforzaremos las patrullas mañana.

Miró a Guthrie y luego a Caitlin. Reforzaba las patrullas porque estaba convencido de que el Viernes Santo era una amenaza. Ella siguió mostrando un rostro impenetrable y mantenía las manos cogidas a la espalda. Así no podían ver que se estaba clavando las uñas en la carne.

—Voy a publicar un aviso a la población para advertir a todo el mundo de que mañana esté alerta ante cualquier cosa que se aparte de lo común —dijo—. Vale, gente. Seguid así. Contamos con vosotros.

Y se fue. Los detectives recogieron sus notas.

Cuando Shanklin pasó a su lado, Caitlin dijo:

—Kelly Smolenski no es falsa. Está contando la verdad.

Shanklin le devolvió una mirada cortante.

—Será mejor que sea así. Mejor para todos.

Ana María García iba andando desde la estación del BART de Berkeley hasta Coffee, Tea & Tarot. Estaba cada vez más intranquila. El tráfico de la tarde era desganado y las aceras estaban vacías. La tienda con fachada de ladrillo estaba oscura.

Aunque le dolía la espalda de estar todo el día de pie en su trabajo de la tienda de artículos de segunda mano, resopló y aceleró el paso. Las persianas estaban bajadas. El letrero de la puerta decía: cerrado.

No obstante, no pensó que hubiera una razón por la que preocuparse. Las ventanas no estaban rotas, y cuando se hacía pantalla con las manos para mirar por el cristal, todo parecía ordenado.

Pero no conseguía comunicarse con sus amigas. Ni J. T. Wilcox ni Gaia Hill respondían al teléfono ni a los mensajes de texto. Un pajarillo empezó a aletear en su pecho.

Llamó a la puerta.

—¿Hola? ¿Gaia? ¿J. T.?

Oyó pasos que llegaban desde un lateral del edificio. Corrió hacia el sonido.

—¿J. T.?

Un chico dobló la esquina. Ella se llevó una mano al pecho y dijo: «Oh».

Era delgado y asustadizo. Su mirada transmitía tanto agobio que la dejó desconcertada.

—¿No están en casa? —preguntó.

—No. —Él miró de reojo—. La puerta de atrás está cerrada. Y las luces, apagadas.

—¿Has entrado?

—No tengo llave. Si están arriba, no contestan al timbre.

J. T. y Gaia vivían en un apartamento que estaba encima de la cafetería. Ana María frunció el ceño y le puso una mano en el brazo al joven.

—Daniel, no quiero que te alarmes, pero... estoy preocupada.

Daniel Wilcox la miró a través de su espeso flequillo negro. Los vaqueros desgastados le colgaban de las caderas. El tatuaje de un demonio con cuernos en el cuello y los pendientes de calaveras y tibias le daban un aspecto tenebroso, visto desde lejos. De cerca, con los ojos llenos de consternación, Daniel parecía el chiquillo al que Ana María conocía desde que tenía cuatro años. Sabía que tenía su corazón deathmetalero en un puño. No encontraba por ninguna parte a su madre.

Él se acercó a la puerta del café e intentó mirar hacia dentro, sin dejarse cegar por el brillo del sol de la tarde.

—No hay ningún cristal roto, ni señales de robo. Quiero decir que... allí dentro todo parece bien —dijo—. Pero no parece que hayan abierto. Y... —Dudó—. Tía Ana, las sillas.

Ella miró más allá del resplandor.

—¿Cómo?

—La mitad están encima de las mesas. Pero la mitad están en el suelo. Mamá y Gaia han estado aquí esta mañana. Seguro.

Ella intentó calmar el frenético latido en su pecho, el gorrión que intentaba abrirse paso entre sus costillas. Sus amigas se lo tomaban con calma, pero eran diligentes. No cerrarían el negocio para irse sin avisar a nadie. Ciertamente, no desaparecerían cuando sus amigos y el chico de J. T. estaban cada vez más preocupados por ellas.

Daniel se encorvó encima del móvil, le envió otro mensaje a su madre y comprobó las redes sociales del café.

—La página de Coffee, Tea & Tarot de Facebook no tiene entradas de mamá ni de Gaia hoy. Solo mensajes de clientes decepcionados que preguntan por qué está cerrado el local —dijo.

Ana María miraba hacia el mostrador, en el interior del café. Junto a la caja

registradora se veía una bandeja rosa con cruasanes. Y las luces de las cafeteras estaban encendidas.

Una joven venía por la acera empujando un cochecito.

—Perdón —dijo Ana María—. ¿Ha visto usted a las dos señoras que llevan este café?

La chica apenas aminoró el paso.

—Lo siento.

Meneó la cabeza a modo de negativa y siguió calle abajo.

—Vamos —le dijo Ana María a Daniel.

Encontraron una tienda abierta tres puertas más allá, una *boutique* de ropa que estaba a punto de cerrar.

—Perdone. ¿Conoce usted a las que llevan el Coffee, Tea & Tarot? —preguntó.

La señora que estaba detrás del mostrador asintió.

—¿Las ha visto hoy?

—No. No han abierto. He tenido que ir al Star-puajs para desayunar.

—¿Ha visto algo fuera de lo corriente?

—¿Como qué?

—Gente extraña en el barrio —respondió Daniel—. Algo.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento. ¿Pasa algo?

Se fueron. Ana María estaba cada vez más ansiosa. Daniel tenía los labios apretados, formando una línea blanca.

—Vamos a echar un vistazo al callejón —dijo.

Detrás de la hilera de tiendas, una botella de cerveza rota brillaba en el cemento, junto a un cubo de basura. La plaza de aparcamiento que había junto a la entrada posterior del café, donde Gaia solía aparcar su jeep, estaba vacía. Daniel dio una vuelta completa, mirando el suelo, las ventanas y los tejados.

Ana María se dirigió hacia la pared de ladrillos contigua a la plaza de aparcamiento. En los ladrillos, a un metro del suelo más o menos, se había aplicado pintura blanca recientemente formando una franja, con un rodillo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Parece que han pintado encima de algún grafiti. —Daniel se acercó, se agachó y tocó ligeramente la pared—. Todavía está pegajoso.

Ana María retrocedió, intentando ver toda la escena en general. Vio las huellas de neumáticos en el suelo. Quizá de unos cincuenta centímetros de largo. Alguien había pasado con el coche por encima de un manchurrón de pintura blanca húmeda en el suelo, extendiéndola con un patrón determinado.

La cara de Daniel, bajo su largo flequillo, estaba blanca.

—Aquí ha venido alguien hoy. Y han hecho esto. Hoy.

Se miraron el uno al otro bajo los rayos del sol poniente.

—Daniel —dijo Ana María—, tenemos que llamar a la policía.

A través de los cristales ahumados de las ventanas de la comisaría de Briarwood que daban al oeste, el sol brillaba con un rojo apagado. Caitlin retomó su tarea. Cogió el teléfono y llamó al *East Bay Herald*.

—Con Bart Fletcher, por favor —solicitó.

Apoyó los codos y cerró los ojos, mientras la centralita transfería la llamada. Sonó la extensión de Fletcher. Saltó el buzón de voz. En parte se sintió aliviada.

—Señor Fletcher, soy la detective Hendrix.

Le pidió que le devolviera la llamada, no importaba la hora. Le dio las gracias y colgó, orgullosa de no haber mencionado las ganas que tenía de darle una patada en los huevos.

Madurez. Y que ir dándole patadas en los huevos a la gente se podría considerar agresión. Se dirigió al coche, tras despedirse de Paige, que estaba en el mostrador de la entrada.

Sonó su teléfono. Lo miró, pero la llamada no era de Bart Fletcher. Era una alerta pública sobre el Profeta.

La oficina del sheriff del condado de Alameda ha emitido un aviso de amenaza pidiendo a los ciudadanos que estén alerta por una posible actividad del sospechoso conocido como el Profeta.

Se paró en seco. Guau. Kogara lo había hecho.

Basándose en pruebas creíbles, la oficina del sheriff pide a los ciudadanos que...

El sistema de avisos emitía alertas de amenaza al menos dos veces a la semana. Caitlin lo comprobó, pero se preguntó cuántos ciudadanos prestarían atención aparte de fijarse en la noticia de que la I-80 estaba cerrada, o que se había producido un altercado en un partido de los Raiders.

Por pura precaución, pedimos...

Pero aquello provocaría a la gente como un pincho para el ganado. Vigilar. Ponerse como cabras. Encerrarse, acorazarse.

Recuerde: si ve algo, dígallo.

A mitad de camino del aparcamiento, sonó de nuevo su teléfono. Pero seguía sin ser Bart Fletcher. Comprobó la pantalla y se paró. Un texto de su padre.

No estamos enfadados, ¿verdad?

Parecía inocuo, y conmovedor. Casi hambriento de conexión. Sabía que la había cagado.

Probablemente quisiera algo. Por ejemplo, mantenerse al corriente de las cosas. Pero ella no tenía por qué hacerle caso, ¿verdad?

«Una idiota —pensó—. Eso es lo que soy».

Por supuesto que Mack quería contactar con ella. Por supuesto que quería saber lo que estaba pasando. También quería que las cosas fueran bien con ella. Y ese era un paso en la dirección correcta. Para ella era la Tierra Prometida. Contestó a su mensaje.

No, todo bien.

Era mentira, pero, si insistía, tal vez se convirtiera en realidad.

Media hora más tarde, aparcó junto a la casa de Sean, en un barrio muy populoso de Berkeley. Le echó un vistazo a la bahía, dorada y con cabrillas blancas. El sol se hundía en el Pacífico detrás de los cabos de Marina y el monte Tamalpais.

La casa era victoriana, del tamaño de algunas casetas de piscina de los barrios ricos. La furgoneta de Sean ocupaba toda la entrada. Él viajaba la mitad de los días a la oficina de la división de campo de la ATF de San Francisco, pero no

quería abandonar el este de la bahía. El motivo quedaba patente en la cabina de su furgoneta: la sillita infantil de Sadie.

Mientras aparcaba, sonaban las noticias en la radio. «La oficina del sheriff del condado de Alameda ha emitido una alerta para los ciudadanos, debido a la posibilidad de que el Profeta intente atacar de nuevo. Ellos...».

Apagó el motor y la radio calló. Salió del coche. Toda la calle estaba en silencio. Lo habitual era que los niños estuviesen por allí fuera, tirando a canasta y con las bicicletas. Pero aquel día estaba vacío.

Dentro, junto a la ventana delantera, Sadie estaba de pie en una butaca, mirando hacia la calle. Cuando vio a Caitlin la saludó, pegó la cara a la ventana e hizo una pedorreta. Caitlin bizqueó a modo de respuesta.

Mientras subía la escalera hasta la puerta, un Subaru Outback llegó junto a la acera. Dentro, Sadie saltó arriba y abajo, y empezó a golpear la ventana.

—¡Mamá!

Caitlin hizo una pausa en el porche. Michele Ferreira aparcó el Subaru y salió. Dio la vuelta al coche y subió los escalones.

—Estás en el ojo del huracán, ¿eh?

—Justo en el centro.

Sean abrió la puerta. Al verlas hablar a las dos, la expresión de su cara, aunque pasajera, resultó ostensible: «¿Estáis hablando de mí?».

Michele y Caitlin lo miraron al unísono.

—No —dijo Caitlin.

—Nunca —dijo Michele.

Caitlin no hablaba de Sean Rawlins con Michele. Y Michele sabía todo lo necesario de él. Lo había expulsado de su organismo, por propia voluntad, tras un breve matrimonio. Tenía la rara habilidad de perdonar y olvidar, cosa que Caitlin ansiaba. Cómo acabaron ella y la exmujer de Sean corriendo juntas con los Rockridge Ragers, y haciéndose amigas, era un misterio que ninguno de ellos quería explorar.

Sadie salió disparada por la puerta junto a Sean y saltó a los brazos de Michele.

—¡Mamá!

—¿Cómo está mi niña? —Michele la besó y le preguntó a Sean—: ¿Todo bien?

—Todo estupendo —respondió él.

Ella dejó a Sadie en el suelo.

—Recoge tus cosas.

La niña corrió por el vestíbulo. Michele bajó la voz.

—La carrera del domingo se suspende hasta nueva orden. Nadie quiere salir por ahí a correr por las colinas.

—Claro.

Sadie volvió, cargada con su mochila. Sean la cogió entre sus brazos, dejó que le diera un suave beso en los labios y la dejó en el suelo para que cogiera de la mano a Michele.

Esta le dio un besito en la mejilla, y luego hizo lo mismo con Caitlin.

—Cuídate mucho.

—Tú también —le deseó Caitlin.

Michele y Sadie bajaron las escaleras hasta el coche. Como siempre, Sean tuvo que esforzarse por sonreír mientras se despedía. Custodia compartida: tenía a Sadie la mitad del tiempo. Pero eso no le importaba en momentos como aquel.

Michele tocó el claxon al alejarse. Sadie saludaba desde el asiento de atrás. Sean las vio irse y le pasó un brazo por el hombro a Caitlin.

Ella siguió mirando hacia la calle, viendo cómo las luces traseras del coche de Michele se convertían en puntitos rojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Sean.

—En estos momentos, todo el mundo tendría que tener ojos en la nuca.

Él siguió su mirada. Al cabo de un instante, dijo:

—El complejo de casas unifamiliares donde vive Michele tiene un garaje de seguridad y una segunda puerta con cerradura para entrar en el edificio. —Tensó la mano en el hombro de ella—. Pero le mandaré un mensaje para que se ande con cuidado.

—Gracias.

Ella miró el cielo que se iba oscureciendo, las luces que brillaban en las distantes colinas de Berkeley. Había siete millones de vidas en torno a ella. Y un fantasma andaba suelto entre ellos, de caza.

viernes santo

Las calles atestadas, la radio haciendo ruido, un cielo azul impoluto... La mañana parecía ser, y sonaba, como otras mil mañanas más, pero Caitlin mantenía los ojos muy abiertos, en busca de señales de que aquella normalidad era falsa. Los colegios públicos estaban cerrados por Pascua. Un viento helado procedente del océano soplaba a través del Golden Gate. Unas pocas iglesias, sobre todo católicas, habían abierto sus puertas para preparar las misas de la tarde. Otras, sobre todo protestantes, tenían pancartas que daban la bienvenida a los que acudieran a los servicios de Pascua al amanecer, el domingo. El tráfico de los que iban a trabajar era tan lento como siempre.

Las patrullas de policía eran muy visibles a ojos de Caitlin, pero no resultaban abrumadoras. ¿Cómo podía manejar todo aquello la oficina del sheriff de la noche a la mañana? Pues no era fácil, y para ello tendría que autorizar un montón de horas extras.

Los avisos de amenaza habían sido un primer paso. Pero tenían que verse respaldados al menos por alguna exhibición de presencia policial en las calles.

En Northside Joe, una cafetería del barrio en Berkeley, Caitlin se quedó de pie junto a la barra. Fuera, Sean esperaba en su furgoneta, hablando por teléfono con un agente acerca de un sople que había recibido relativo a material explosivo robado. Por los altavoces de la cafetería sonaba jazz acústico. Un televisor mostraba las noticias de la mañana, en una cadena de San Francisco. El sonido estaba apagado, pero los destacados que aparecían en la parte inferior de la pantalla expresaban alarma.

... emitió un aviso de alerta anoche, basado en las pruebas de que el profeta había mencionado el viernes

santo en sus mensajes a la policía...

La mujer que estaba de pie junto a Caitlin meneó la cabeza ante el televisor.

—Qué tiempos más locos.

Un hombre de unos cuarenta y tantos años dijo:

—¿Cree que todo esto es verdad?

—¿Por qué no iba a serlo? —respondió la mujer.

—Porque se parece mucho a las semanas después del 11-S. Todo el mundo asustado de su propia sombra, pensando que un poco de azúcar en polvo en una mesa era ántrax. Parece más bien una falsa alarma.

Detrás de la barra, la máquina de los capuchinos silbó, y el camarero dio un golpe con el filtro del expreso en el fregadero para vaciar el café molido.

—Prefiero vivir con una falsa alarma que muerta —repuso la mujer—. Esta mierda es de verdad. No había ningún asesino del ántrax por ahí, pero el Profeta sí que existe.

El camarero le tendió el expreso a la mujer.

—Ni siquiera saqué el perro anoche. En cuanto se pone el sol, le echo el cerrojo a la puerta. Le he pedido a mi casero que instale barrotes en las ventanas.

—Ese tío no es un vampiro —replicó el hombre—. No puede entrar por la ventana como si fuera un murciélago. ¿Y qué posibilidades hay, además? La policía se cubre las espaldas, por si se diera la circunstancia de que ocurra algo. No quieren parecer lentos de reflejos, como la última vez, ahora que ha reaparecido.

El camarero le dio el cambio a la mujer y se volvió hacia Caitlin.

Esta levantó dos dedos.

—Dos especialidades del día. Grandes. Para llevar.

El camarero cogió los vasos y siguió hablando con el hombre.

—Usted no es una mujer que vive sola. No parece una posibilidad tan remota cuando estás en la cama a las dos de la madrugada y oyes ruidos extraños en la oscuridad, fuera, y sabes que él anda por ahí. Porque es verdad que está. Está esperando y observando. No parece una posibilidad remota, ni mucho menos.

Caitlin lo notaba. La atmósfera ya no era de simple nerviosismo. La gente no estaba nerviosa. Estaba aterrorizada.

Y ella también. Pero aquella noche no había pasado nada. Ni llamadas, ni emergencias. El camarero sirvió dos cafés largos en vasos para llevar. En el televisor, los presentadores anunciaban ahora el tiempo que haría el fin de semana. La previsión para los servicios religiosos matinales de Pascua parecía buena.

El camarero le entregó el pedido de Caitlin.

—Cinco setenta y cinco.

Cuando Caitlin sacó la cartera, sonó un claxon fuera. El camarero frunció el ceño. El claxon volvió a sonar. Y no se detuvo.

Caitlin se volvió. Sean hacía sonar el claxon con fuerza, con el brazo izquierdo por fuera de la ventanilla, haciéndole señas.

Ella tiró los billetes en el mostrador, agarró los cafés y salió corriendo. Cuando se acercaba a la furgoneta, oyó la radio. Era aquel programa matutino que habían venido escuchando de camino, Chaz y T-Bone.

Sean se puso las gafas de sol a modo de diadema. Su expresión denotaba una mezcla de incredulidad y alarma. Caitlin se inclinó hacia él.

—«Sí, está en el aire —decía uno de los presentadores—. En vivo. Lo escuchamos».

—«No, oís, pero no escucháis. Hacéis caso omiso de mi mensaje. Esta ciudad, que se alimenta de su pánico egoísta. Que se come viva a sí misma».

La voz pertenecía a un oyente que había telefoneado. Pero no era eso lo que la hacía sonar extraña. Era una voz metálica. El que llamaba estaba usando un distorsionador electrónico de voz.

—«Me estáis desafiando. La policía se atreve a acosarme. Pero es inútil. No podéis detenerme».

—¡Dios mío! —exclamó Caitlin.

Era el Profeta.

Caitlin se quedó de pie, rígida, en el aparcamiento que había junto a Northside Joe, con los cafés calientes en las manos, la luz del sol penetrando entre las hojas de los arces. La radio chillaba desde la Toyota Tundra de Sean. El locutor hablaba a trompicones.

—Estaban hablando del Profeta —explicó Sean—, y ese tipo ha llamado. Ha dado detalles de uno de los crímenes que la policía no había revelado.

Ella lo miró.

—Los clavos introducidos en el pecho de las víctimas, y el maizal. —Sean estaba muy serio—. Chaz y T-Bone lo están manteniendo en antena. Creen que es el auténtico.

—Lo es —reconoció ella.

—«Pero yo no quiero acosarle, hombre —se defendió Chaz en antena—. Lo único que quiero es hablar. Quiero comprender lo que está pasando. —Su voz sonaba tensa. Se aclaró la garganta—. ¿Puede decirme qué es lo que quiere?».

—No le preguntes eso —dijo Caitlin—. Ya te lo dirá él.

Metió el café de Sean por la ventanilla abierta y sacó el móvil. Llamó al centro de operaciones mientras daba la vuelta a toda prisa hacia el asiento del copiloto.

Cerca, un Subaru se metió en el aparcamiento con las ventanillas bajadas. También tenía sintonizado en la radio el programa de Chaz y T-Bone. El conductor la miró boquiabierto.

—¿Está oyendo esto?

Caitlin saltó a la furgoneta. Desde dentro de la cafetería, la gente salía al aparcamiento, curiosa. El programa de Chaz y T-Bone se emitía desde San Francisco y era líder de audiencia en esa franja horaria en la Zona de la Bahía.

La gente lo escuchaba a la hora de ir al trabajo. Un par de cientos de miles de personas prestaban atención en ese momento.

Cogieron el teléfono desde el centro de operaciones. Era Martínez. Caitlin sabía que muchos de aquellos conductores estaban escuchando.

Y eso era justo lo que quería el Profeta: audiencia. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Era esa su actuación de Viernes Santo, una llamada en directo?

No. Él no llamaba nunca solo para hablar. Se le hizo un nudo en el estómago.

En la comisaría del Departamento de Policía de Berkeley, el detective Keith Warnaker se acercó a la señora de mediana edad y el joven que esperaban ansiosamente en el vestíbulo. Ana María García y Daniel Wilcox se presentaron.

—Ya sé que estuvimos aquí anoche —dijo Daniel—, pero ni mi madre ni Gaia han ido a casa.

Daniel se apartó el tupido flequillo negro de la cara. Por encima del tatuaje de un demonio en el cuello se adivinaba la cara de un niño asustado.

—No han respondido a nuestros mensajes, y la cafetería sigue cerrada. Algo va mal.

Warnaker era muy robusto y tenía un montón de experiencia.

—Acabo de entrar. El informe que ustedes rellenaron está en mi escritorio, pero no he tenido ocasión de mirarlo con detalle.

—Ayer pasó algo en su local, Coffee, Tea & Tarot. Está a dos manzanas de aquí. Es como si hubieran desaparecido cuando se preparaban para abrir.

Daniel le habló sin orden ni concierto sobre el café a medio preparar, las cafeteras encendidas y las pastas en la barra. Y que en el callejón habían visto pintura fresca.

Al detective se le encendió el radar.

—¿Pintura fresca? —preguntó—. ¿Qué tipo de pared?

Daniel se quedó desconcertado.

—De ladrillo rojo.

El detective aspiró con fuerza. Pensó en la alerta sobre los grafitis que había

pintado el Profeta.

—Daniel, ¿sabe si su madre vio el otro día por la televisión una noticia relativa a unos grafitis pintados en una pared de ladrillo?

Daniel negó con la cabeza.

—¿Por televisión? Ella y Gaia no tienen televisor. —Parecía a punto de llorar, o de estrangular a alguien—. Tenemos que hacer algo. Vengan al café. Yo romperé la puerta. O, si no, traigan una palanca. Tenemos que averiguar qué les ha pasado.

Warnaker asintió.

—Sí. Vamos.

Los conductores ponían la radio por toda la Zona de la Bahía. El tráfico era muy denso. En antena, los locutores se esforzaban por hacer que el Profeta siguiera hablando.

—«Usted nos ha llamado —dijo Chaz—. Quiero saber qué tenía pensado. O sea... Esta es su oportunidad. Está en el aire. Dígame lo que quiera».

—«“Dígame lo que quiera”. ¿Acaso te crees que eres mi confesor?».

—«En absoluto. Claro que no. —La voz de Chaz subió media octava, chillona. Parecía que estaba sudando—. Solo quería...».

—«Deja de balbucear».

Caitlin y Sean miraban la radio. Ella sabía que en la emisora debía de haber una docena de personas frenéticas poniéndose en contacto con la policía y con la compañía telefónica, para tratar de localizar el número y la ubicación del que llamaba. El Profeta no se lo pondría nada fácil.

En la calle, detrás de ella, sonó un claxon. Apenas un momento después llegó el estrépito de una colisión. Sean y ella se dieron la vuelta y miraron por la ventanilla trasera. Le habían dado a un coche por detrás justo en una señal de stop. Cuando el conductor salió, oyeron el programa de radio. El conductor que había dado el golpe abrió su portezuela. La misma voz surgía también de su radio.

El Profeta estaba por todas partes.

El detective Warnaker siguió a Daniel Wilcox y Ana María García por el callejón que quedaba detrás del Coffee, Tea & Tarot. Llegaron al aparcamiento donde la pintura blanca cubría un trecho de pared de ladrillos. El radar interno de Warnaker sonaba cada vez con más fuerza. Volviendo a su coche, sacó el boletín emitido por la oficina del sheriff de Alameda sobre el grafiti pintado por el Profeta.

Vio la foto.

—¡Mierda!

Cogió la radio.

—Atención. Solicito refuerzos en mi ubicación.

Recitó la dirección y fue corriendo hasta la puerta delantera de la cafetería. Daniel lo siguió, con la cara tensa.

—Tengo motivos para creer que se está produciendo una situación irregular —dijo el detective—. Así que voy a entrar en el local.

—Ay, Dios mío —dijo Ana María.

—Hágalo —le rogó Daniel.

El detective Warnaker miró el cristal de la puerta, la cerradura y el nombre de la compañía de seguridad que había instalado la alarma bajo el tejado.

—Si les ha pasado algo y la alarma no ha sonado aún, no lo va a hacer ahora —dijo Daniel.

—Apártense —les ordenó el detective.

Daniel pasó un brazo por el hombro a Ana María. Ambos se retiraron. Warnaker sacó una porra extensible del cinturón y golpeó el cristal de seguridad de la puerta. Este se agrietó. Lo volvió a golpear y quedó combado. Un tercer golpe consiguió romper todo el cristal. Este cayó con un crujido muy intenso. Se cubrió la mano con un pañuelo, buscó por dentro del marco y abrió el cerrojo. No sonó ninguna alarma.

Daniel se adelantó, pero el detective levantó un brazo.

—Quédense aquí.

—No, yo...

—Joven, la situación podría ser peligrosa. Y quizá se haya cometido un crimen. No entre. Si todo va bien, se lo diré enseguida.

Warnaker estaba muy serio, pero Daniel era como un perro que tirase de la correa. Ana María le puso una mano en el pecho, para contenerlo.

—Por favor, Daniel.

El detective atravesó el umbral y sus zapatos crujieron al pisar el vidrio roto. Llevaba la solapa de la chaqueta echada hacia atrás y la mano derecha apoyada en la culata del arma.

—Policía. ¿Hay alguien aquí?

Daniel se adelantó, y le apretó la mano a Ana María.

—¡Mamá! —chilló a través de la puerta—. ¡Mamá!

El único sonido procedente del café eran los zapatos del detective, que crujían sobre los cristales rotos, mientras pisaba con cautela y se adentraba en el interior. En la calle, los coches que esperaban en el semáforo habían encendido la radio. Un programa de llamadas, una voz muy rara. Ana María mantenía la mano apretada contra el pecho de Daniel para calmarlo, pero su propio corazón revoloteaba como un colibrí.

En el café, las sombras caían pesadamente en el suelo. El detective miró por encima de la barra y fue hacia la parte de atrás, sin apartar la mano de la culata de la pistola.

—Policía de Berkeley. ¿Hay alguien ahí?

Al llegar a la parte posterior, se detuvo ante la puerta del despacho de Gaia. La abrió dando un golpecito y la puerta crujió. Ana María contuvo el aliento. El corazón de Daniel retumbaba contra su mano.

El policía entró en el despacho y volvió a salir. Continuó andando por el vestíbulo hasta el almacén y la despensa. Subió a toda prisa las escaleras del apartamento. Un minuto más tarde volvió, meneando la cabeza.

—No hay nadie.

—Pero estuvieron aquí —dijo Daniel—. Lo sé.

Warnaker se quedó de pie en medio del café, examinando despacio el local. Ana María hacía lo propio desde la acera.

Fue Daniel quien dijo:

—¿Qué es eso?

Señaló a través de la puerta un objeto de plástico blanco que estaba en una mesa. Era más o menos del tamaño de una tarjeta de crédito.

Warnaker dio un paso rápido hacia él y se contuvo. Se frenó, como si aquello pudiera ser peligroso.

Se detuvo a un metro de la mesa y frunció el ceño.

—¿Qué es? —preguntó Ana María.

Parecía perplejo.

—Es un temporizador. Un temporizador digital barato. —Seguía con los pies donde los tenía antes, pero se inclinó hacia delante, guiñando los ojos—. Es...

Se detuvo y abrió la boca.

—¿Qué? —preguntó Daniel—. ¿Qué pasa?

De repente, Warnaker cogió su radio de mano y se la acercó a la cara.

—Hay un temporizador encendido. En cuenta atrás.

Daniel se lanzó hacia la puerta. El detective levantó un brazo como un *halfback* de fútbol americano para placarlo.

—¿Qué pasa? —gritó Daniel.

El detective se volvió hacia el temporizador y habló por la radio de mano.

—Faltan doce minutos y cuarenta y dos segundos.

En la furgoneta de Sean, Caitlin se cogió al salpicadero con una mano, mirando la radio como si al hacerlo pudiera conjurar al Profeta y que este apareciese ante ella.

—«Deja de mirar la manecilla en el reloj de pared. Y a tu productor, que está haciendo girar los dedos para indicarte que sigas haciéndome hablar» —dijo el hombre que llamaba.

Dentro de Northside Joe, la gente miraba los móviles. Alguien señaló el televisor. El camarero cambió de canal. Apareció un nuevo canal de noticias, con una presentadora que llevaba un traje de chaqueta rojo, y detrás de ella se veía un titular rojo. últimas noticias: el profeta llama en directo a kzed radio.

—Tenemos que hacer algo —dijo Caitlin.

—¿El qué? ¿Y cómo? —preguntó Sean.

—«De acuerdo —decía Chaz desde la radio—. Vale. Oiga, tranquilícese. Por favor, siga hablando. Hable de lo que quiera. Está en antena».

—«Sé que la policía trata de localizar la llamada».

Un dedo frío recorrió la columna vertebral de Caitlin. La voz mecánica era absolutamente espantosa, pero también seductora, de una manera extraña. Como humo mecánico.

Chaz tosió y se aclaró la garganta de nuevo.

—«Está bien. Usted ha llamado. Hable...».

—«Le voy a ahorrar el trabajo a la policía. —La voz hizo una pausa—. Escribid esto».

—No me lo puedo creer —dijo Caitlin.

Sean cogió un bolígrafo que llevaba en el bolsillo de la camisa. Ella cogió otro de la guantera.

—«Treinta y siete punto ocho seis ocho ocho siete cuatro, negativo uno veintidós punto dos seis cuatro ocho dos nueve».

Caitlin se lo garabateó en la palma de la mano.

—¿Lo tienes?

Sean tenía un trocito de papel en la mano.

—Sí. Coordenadas en un mapa. Latitud y longitud en grados decimales.

En la radio, la voz mecánica dijo:

—Tendrían que darse prisa.

Sean cogió su teléfono. Marcó las coordenadas.

—Berkeley. —Hizo zum—. Uf, está... Es Fulton Street. El campus.

Caitlin miró el teléfono.

—Es el estadio Edwards. La pista de atletismo y campo de fútbol.

Sean hizo zum.

—Está solo a tres kilómetros de aquí.

Se miraron el uno al otro. Sean hizo chirriar los neumáticos al retroceder en el aparcamiento, giró el volante y pisó a fondo.

Sean dio la vuelta al coche y salió del aparcamiento de la cafetería. La pesada furgoneta fue rebotando por la calle. Caitlin trataba de abrocharse el cinturón de seguridad mientras él corría hacia el semáforo situado en la esquina. Aceleró cuando la luz cambiaba a ámbar y giró hacia la izquierda en un ángulo cerrado, dirigiéndose al sur, hacia el campus de la Universidad de Berkeley.

Por la radio, la voz neutra y mecánica decía:

—«El tiempo está haciendo tic tac, tic tac».

—«Sí, sí, ya lo he entendido» —respondió el locutor precipitadamente.

—«No has entendido nada. Pero pronto lo entenderás».

Caitlin aún tenía la llamada a la comisaría abierta en el teléfono. Se lo llevó al oído.

—¿Martínez? ¿Has cogido esas coordenadas?

—Las estamos registrando —respondió este—. Sí. Estadio de fútbol del campus de Berkeley. —Hizo una pausa—. Parece que vas en un vehículo a gran velocidad.

Sean dejó atrás una colisión entre vehículos en el cruce. Los conductores hablaban entre sí, pero señalaban hacia sus radios. Todo el mundo escuchaba.

Sean dio la vuelta en torno a un Prius y aceleró. El café que llevaba Caitlin en la mano salpicó cuando el vaso le dio en el pecho. La tapa se cayó y la mitad del contenido se le derramó en la camiseta. Abrasada, hizo una mueca. Con el codo, bajó la ventanilla y arrojó por ella el resto del líquido.

Fuera, el tráfico se hacía más lento, con las retenciones típicas de la hora punta.

—Mierda —exclamó Sean.

Caitlin deseó tener una barra de luces estroboscópicas para conectarlas, y una

sirena. Pero aquella ni siquiera era su jurisdicción.

—¿Hendrix? —dijo Martínez.

—Estoy con Sean. Estamos a dos kilómetros y medio de las coordenadas. Vamos de camino.

—La policía de Berkeley...

—Por supuesto. Pero vamos de camino.

Entonces oyó la voz de Guthrie.

—Hendrix.

Ella esperaba que le dijera que se retirase y dejara el asunto en manos de la policía local.

—Acabamos de recibir una llamada de un detective de Berkeley.

—Sargento, yo...

—Cree que ha encontrado la ubicación del grafiti del Profeta. El Profeta quizás haya secuestrado a dos personas más. Y dejó un temporizador en el lugar del secuestro, con la cuenta atrás en marcha.

—¿Dónde?

—Eso es lo de menos. Marcaba doce minutos y de eso hace ya seis. Va a toda pastilla.

—Sean, tenemos seis minutos.

Él le echó una mirada. Estaba agarrado al volante, y los músculos de los antebrazos sobresalían. El tráfico que tenían por delante iba cada vez más lento: estaban llegando a un semáforo.

—Necesitamos salir de las vías principales —dijo él.

—Las calles laterales podrían tener señales de stop, pero mucho menos tráfico. —Ella se asomó por la ventanilla—. El carril bici está despejado. Ve.

Él frenó con fuerza, giró hacia el carril bici y aceleró a lo largo de la acera. Unos trocitos de papel y envoltorios de Taco Bell volaron por los aires.

—Pon tu temporizador —dijo él—. Cuenta atrás minuto a minuto.

Caitlin buscó en el teléfono. El motor iba disparado. Sean frenó con un chirrido en la esquina, comprobó el tráfico y luego giró a la derecha y corrió por aquella calle hasta la manzana siguiente. Luego giró a la izquierda en un barrio

urbano, pero con muchos árboles. Casas altas, de estilo español. Ciclamores en flor, la hiedra que subía por las verjas. La calzada era estrecha y los coches estaban aparcados a lo largo de las aceras. Hora de entrar a los colegios. Sean vio a un par de niños que salían por una cancela y se dirigían hacia la esquina. Frenó en seco.

—Autobús escolar por delante. No podemos seguir por esta calle.

En la señal de stop giró hacia la izquierda, forzando los neumáticos, y luego regresó a la calle por la que habían llegado.

—Cinco minutos —indicó Caitlin.

El semáforo de la calle principal se puso verde cuando estaban a mitad de la manzana. El límite de velocidad era de cincuenta.

—Saca tu placa por la ventanilla —dijo Sean. Llevaba la suya en la mano izquierda.

En otras circunstancias, aquello le habría causado a ella muchos problemas, pero supuso que si la policía de Berkeley había llamado a Alameda para pedir información, aquello implicaba que le habían encargado aquel trabajo. Era un caso de emergencia para el grupo especial. Sean corrió por el cruce cuando el semáforo cambió a rojo.

Dos manzanas después, giró a mano derecha sin tocar los frenos siquiera.

—Cuatro minutos. Nos queda un poco más de un kilómetro —apremió ella.

—La policía de Berkeley debe de tener unidades en la zona.

—El estadio está dentro del campus. Será la policía del campus.

Otra señal de stop, y otra, y otra más.

—Tres minutos —dijo ella.

Las casas se convirtieron en una hilera de tiendas a lo largo de la calle. Cafeterías, boutiques... Todavía estaban a ochocientos metros. Otra señal de stop. Había que subir una colina, y bajar hacia el campus.

—Habrá tráfico en la Universidad y... —dijo Caitlin.

Sean pisó los frenos con fuerza. Caitlin se abalanzó hacia delante, sujeta por el cinturón de seguridad.

Un camión de reparto estaba aparcado junto a una panadería. Ocupaba todo el

carril. Sean tocó el claxon y giró en torno al camión. La calzada era estrecha, con aceras a ambos lados con coches aparcados. La Toyota Tundra apenas cabía.

Un camión de UPS venía directo hacia él. No tenía dónde meterse.

Ambos pisaron los frenos a la vez. La furgoneta de Sean se deslizó hacia el otro vehículo. Caitlin dio un respingo. La furgoneta chirrió hasta detenerse. El camión marrón de UPS siguió avanzando, echándose por encima de ellos, con la cabina balanceándose con fuerza mientras el conductor pisaba los frenos. Ocupaba casi todo el parabrisas ante Sean.

Se detuvo solo a metro y medio de ellos. Su rejilla quedó justo ante la cara de Caitlin. El conductor, con su uniforme de color marrón, estaba solo a unos palmos de distancia, meneando la cabeza, con los brazos en alto, como si dijera: «¿Qué demonios...?».

Caitlin y Sean levantaron las placas la vez.

Sean se asomó a su ventanilla.

—¡Échese atrás! —gritó—. ¡Agente federal! ¡Es una emergencia!

El tipo puso la marcha atrás. Poco a poco, con la inercia de una bestia que avanzaba pesadamente, hizo retroceder el camión por la calle, y se dirigió en ángulo hacia la acera.

Sean hizo girar el volante, pasó a su lado con un chirrido y pisó a fondo de nuevo.

—Necesitamos una radio de la policía —pidió.

—Dos minutos —le dijo Caitlin—. Cuatrocientos metros.

En la radio, Chaz no paraba de cotorrear. El Profeta se había quedado callado, la voz mecánica silenciosa, pero se oía un sonido como un susurro que Caitlin identificó como la respiración del hombre. Se le erizó el vello de los brazos.

—Sigue en antena —advirtió ella—. Quiere ver lo que ocurre cuando la gente llegue a sus coordenadas. Quiere estar en directo cuando se sepa el resultado. Dios mío...

Llegaron a un cruce en forma de T. Sean giró a la derecha, colina abajo, hacia el centro de Berkeley. El sol había salido ya y se asomaba por encima de las colinas verdes. La vista se extendía hasta la bahía. El agua brillaba con el sol

matutino, desde un azul brillante a un peltre fundido. El puente del Golden Gate, San Francisco blanco en las colinas, al otro lado del agua... donde la policía de San Francisco seguramente estaba haciendo todos los esfuerzos posibles para localizar la llamada del Profeta.

Pero ella no concebía siquiera que él hiciera otra cosa que jugar con la policía. Con todo el mundo.

Con las personas a las que había secuestrado.

Sean conducía a toda velocidad, con la cara tensa por la concentración. Algunas hojas de abedules y sauces rozaban el parabrisas. Golpeó la esquina de un contenedor azul de reciclaje. Este hizo un sonido hueco, salió dando vueltas y voló hacia la acera.

—Noventa segundos.

Salieron con un chirrido del barrio residencial hacia una calle ancha, en el límite del campus. Los altos edificios de la universidad formaban un muro a lo largo del extremo más alejado de la calle. Sean iba a toda velocidad por la calle. El estadio estaba apenas a doscientos metros. Pasaron junto a unos abetos muy altos, un muro de verdor. Giraron hacia Oxford Street, que corría a lo largo de la entrada delantera del campus. Hizo sonar el claxon.

—Sesenta segundos —dijo Caitlin.

Llegaron a un cruce. Había retenciones de tráfico en ambas direcciones.

—Veo el estadio —señaló ella.

—Hay un maldito embotellamiento de gente que trata de llegar allí —explicó Sean.

Volvió a tocar el claxon.

Todo el mundo tocaba el claxon.

Sean se detuvo de repente. Todos los carriles en todas direcciones estaban colapsados.

—Podremos llegar —dijo Caitlin.

—No podemos. —Él la miró—. En el coche, no.

Él metió la marcha para aparcar y puso los intermitentes, que empezaron a parpadear. Saltaron del vehículo y echaron a correr.

—Cuarenta y cinco segundos —dijo Caitlin.

Ella era rápida, pero Sean tenía las piernas más largas y estaba muy en forma.

—Ve —dijo ella—. Yo voy justo detrás de ti.

Se oían sirenas procedentes de todas partes. Ella corrió hacia el centro de la calle, entre los coches detenidos. Los ciclistas la vieron, perplejos. Ella miró hacia una bocacalle. Dos coches de policía estaban atascados detrás de una hilera de coches, con las luces relampagueando y las sirenas puestas.

Oyó el ruido de un helicóptero a lo lejos. Siguió corriendo. Sean la había dejado atrás. El estadio, con capacidad para unos veinte mil espectadores, estaba en una esquina del campus, justo contra la carretera. Cada coche que pasaba tenía puesto el programa de Chaz y T-Bone. En algunas tiendas a lo largo de la calle estaban encendidos los televisores. Las emisoras locales cubrían la noticia. Por encima pasaba un helicóptero de las noticias. Había estudiantes por todas partes. Algunos seguían a Sean, corriendo hacia la esquina.

Caitlin corrió acera arriba por detrás de él, la hiedra en una pared, verde bajo el sol, el pelo soltándose del pasador y metiéndosele en los ojos, respirando con fuerza.

—Guthrie, estamos aquí —dijo.

Sonó el temporizador.

—Sean, se nos ha acabado el tiempo —chilló ella.

Oyó la radio de una docena de coches parados en la calle, la gente que saltaba y corría detrás de Sean. Oyó la voz extraña y mecánica del Profeta.

—«Se ha acabado el tiempo».

Desde los altavoces de los coches, sonó un zumbido repetido. Como la bocina de un partido de baloncesto.

—Joder.

Caitlin corrió más rápido todavía.

El sonido del timbre se desvaneció, pero parecía perforar aún la cabeza de Caitlin, profundo y reverberante. Algo no encajaba. Algo se les venía encima.

Sean llegó a la puerta de una verja de dos metros de alto que había fuera del estadio. Estaba cerrada. Saltó hacia arriba, apoyó la bota en el cerrojo y se aupó.

Un miedo repentino se apoderó de ella.

—Sean... Ten cuidado.

Él continuó trepando, pasó por encima y se dejó caer en el otro lado.

Los coches de la policía del campus serpentearon en la esquina. Las sirenas aullaban. También las unidades del Departamento de Policía de Berkeley. Aparcaron en todos los ángulos y salieron oficiales de policía. Caitlin se sintió aliviada ante tanto apoyo. Una oleada azul. Corrió hacia la puerta. Levantó su placa y pasó a una docena de personas que corrían en su dirección, todos con teléfonos móviles, grabando la escena.

La voz del Profeta surgía de los coches de la calle.

—«¿Oigo sirenas?».

Caitlin saltó la verja y puso las manos en la parte superior. No sin esfuerzo, consiguió alzarse y poner un pie en la cadena.

—«¿Dónde están las sirenas? ¿Es eso lo que oigo?».

¿De qué demonios estaba hablando el Profeta? Había sirenas por todas partes...

—«No. Oigo algo distinto».

Caitlin se alzó hasta la parte superior de la verja, e hizo una pausa. Sean estaba a mitad de camino del campo. Allí no había nadie más.

Desde la radio llegaba el ruidito del teclado de un ordenador.

¿Qué estaba haciendo el Profeta? Caitlin se esforzó por subirse a la valla y se dejó caer al suelo, en el otro lado. Por delante, Sean bajaba los escalones del estadio y saltó desde las tribunas descubiertas a la pista. Corrió hacia el campo. Ella corrió tras él.

En la radio hubo una pausa. Luego llegó el sonido fuerte de una tecla golpeada.

Caitlin bajó corriendo las escaleras de la tribuna descubierta, cayó a la pista y corrió hacia el campo de fútbol, detrás de Sean.

Sean llegó a mitad del campo y se detuvo, volviéndose en círculo. Caitlin corrió hacia él.

Un grito surgió de sus labios.

La pantalla del estadio se encendió.

Caitlin habló por su teléfono.

—¡Guthrie, es una trampa! ¡No están aquí!

En el marcador apareció reproducido un vídeo. Mostraba a dos mujeres de mediana edad sentadas frente a una pared, donde se había colgado una sábana blanca. Estaban envueltas también en sábanas blancas. La cámara las enfocaba directamente a la cara. Una llevaba el pelo corto y gris. La otra, unos pendientes rojos largos.

Un miedo horrible invadió a Caitlin. Sábanas blancas. Sudarios.

Las dos mujeres miraban algo que estaba fuera de cámara. Tenían los ojos enrojecidos. Se encogieron ambas al mismo tiempo. Alguien se acercaba a ellas.

La mujer de los pendientes miró a su amiga.

—Te quiero.

Rápida como una bala, se volvió hacia la figura que no se veía y se lanzó hacia ella, con los dientes desnudos.

Alguien se puso delante de la cámara, tapando la vista. Un grito estremecedor surgió de la pantalla.

Caitlin corrió hacia el marcador.

—¡No!

El grito se hizo más intenso. El sonido surgía de coches y móviles sintonizados online y desde las ventanas abiertas a lo largo de toda la calle. Cayó sobre Caitlin, Sean y doscientos mil oyentes horrorizados, desde Berkeley a Santa Cruz.

Caitlin pasó junto a Sean, corriendo hacia el marcador como buenamente pudo. Él la cogió del brazo, pero ella se soltó de un tirón.

—¡No! ¡No!

El helicóptero de las noticias pasó por encima de ellos y dio la vuelta en el cielo, suspendido encima del estadio. Su motor no pudo ahogar el grito de agonía. Caitlin redujo el paso, indefensa, debajo del tablero. Sean la rodeó con un brazo desde atrás. Ella luchó, luego se dejó abrazar, con el pecho agitado.

El tablero quedó a oscuras. La voz de la radio habló muy confiada, con un

deleite maligno.

—«Yo soy el camino, la prueba, la disputa. Aquellos que me desafíen sufrirán».

La llamada se cortó.

La noticia llegó veinte minutos más tarde. Caitlin recorría el campo de fútbol arriba y abajo. Sean hablaba con los policías de Berkeley.

—Una obra de construcción junto al aeropuerto de Oakland —dijo Guthrie—. Doble homicidio.

Miró a Sean. Él iba acechando, frustrado y furioso. La luz del cielo parecía demasiado brillante.

—De camino.

Guthrie hizo una pausa y su voz se quebró.

—Hendrix... Esto es terrible.

Caitlin avanzaba aterrada y temblorosa hacia la obra, un edificio de servicios a medio construir en el límite del aeropuerto de Oakland. Las excavadoras eructaban humo negro por los tubos de escape y de los soldados surgían cascadas de chispas. El aeropuerto se adentraba en la bahía y la brisa marina soplaba por él, fuerte y salada. Más allá del puente de la Bahía, el Distrito Financiero de San Francisco parecía casi al alcance de la mano. Un reactor pesado aceleró en una pista cercana y se elevó por el aire rugiendo.

Once millones de pasajeros al año, y parecía que ninguno de ellos había visto al Profeta dejar allí a sus dos víctimas.

Pasando con cuidado por encima de un grueso fajo de varillas de encofrado, Caitlin entró en el escenario del crimen metiéndose bajo la cinta amarilla. Las obras del edificio se habían detenido. Delante la esperaba Guthrie.

Su rostro parecía más demacrado que el día anterior. Le ardían los ojos. Esta vez no pareció tomarle medidas de una manera tan obvia. Parecía que le habían dado un golpe en la frente con una tabla.

Y eso no era bueno.

—¿Sargento? —preguntó ella.

Él la adentró en el edificio, con la chaqueta aleteando al viento. Su voz hacía eco contra las paredes de cemento desnudas.

—El capataz de la obra ha encontrado a las víctimas al llegar aquí a las ocho y media. Y nos ha llamado.

Señaló con el pulgar a un hombre que llevaba unas botas de trabajo y un chaleco especial para tener una gran visibilidad. Llevaba el casco en la mano, estaba sentado en un palé de madera contrachapada justo al otro lado de la cinta

amarilla. El hombre tenía la mirada ausente, como si le hubieran lavado el cerebro.

Se dirigieron hacia una esquina del edificio. Las paredes y el techo se juntaban allí, y el viento se apagaba.

—¿Algún otro testigo? —preguntó ella.

—No. —La voz de Guthrie resultaba mordiente—. El lugar está vigilado por la noche y un guardia hace rondas, pero el asesino entró y salió sin que nadie lo viera.

Caitlin lo veía todo como una foto bajo el flash de la cámara.

—Está exhibiéndose.

Más adentro, el equipo forense ya estaba trabajando. Llevaban monos blancos sintéticos protectores. Los contenedores de pruebas estaban abiertos en el suelo de cemento. Una fotógrafa rodeaba la zona, sacando instantáneas. Guthrie y Caitlin se detuvieron a dos metros del lugar donde estaban trabajando.

—Doc —dijo Guthrie.

El forense, que estaba acuclillado, se puso de pie.

Zachary Azir tenía la barba canosa y era recio.

—Joe —saludó—. Acabamos de empezar. No tenemos nada para vosotros aún.

Caitlin se preparó para enfrentarse al escenario de cemento. Los cuerpos estaban envueltos en las sábanas blancas que se habían visto perfectamente en el vídeo del marcador. Las cabezas de las víctimas estaban tapadas también. Yacían de espaldas, y ambas estaban descalzas.

Ambas tenían el símbolo del Profeta grabado en la planta de sus pies.

Había poca sangre. *Post mortem*, supuso Caitlin. O eso esperaba.

Las manos de Guthrie señalaron el suelo.

—Las mató aquí.

Caitlin recordó de nuevo el vídeo. «Te quiero». Un adiós desgarrador. Un grito de guerra.

«Que no te tiemblen las rodillas». Si iba a trabajar en Homicidios, si iba a trabajar en aquel caso, tenía que mantenerse firme.

—¿Las encontraron así? —preguntó—. ¿No las envolvió la gente de la obra?

—No, según el capataz —respondió Guthrie—. Pero él retiró las sábanas. Al ver los cuerpos, las cubrió de nuevo y echó a correr.

La fotógrafa acababa de disparar. El doctor Azir se dirigió a la siguiente persona en el suelo. Levantó la sábana blanca con delicadeza.

Primero Caitlin vio los vaqueros desvaídos y el tirante del sujetador que asomaba en el lugar donde la blusa de la mujer se le había bajado del hombro. Vio unas manos que parecían haber trabajado la tierra y amasado pan. Vio los pendientes rojos que le colgaban. El forense se quedó inmóvil durante un rato considerable. No dijo absolutamente nada. Rodeó la segunda silueta envuelta en tela y retiró también esa sábana.

Caitlin vio la camiseta negra, retorcida sobre un vientre de mediana edad. Decía: soy un chico poe de una familia poe. Vio el corte a cepillo y el pelo canoso. Lo vio todo, y su cerebro se rebeló, tratando de entenderlo, de que cuadrara. Las náuseas la golpearon como una ola. «Que no te tiemblen las rodillas».

El forense miró a Guthrie. Tenía la cara gris.

Ambas víctimas yacían de espaldas, pero les habían retorcido tanto el cuello que sus cráneos estaban de cara al suelo.

Un zumbido de un tono elevado se introdujo en la cabeza de Caitlin. Parecía la bocina que había oído por encima del programa de radio, cuando el Profeta dijo: «Se ha acabado el tiempo».

Cerró los ojos y los apretó con fuerza, y luego los volvió a abrir. Tuvo que luchar contra el miedo y el ruido que retumbaba en su cabeza. Respiró con fuerza. Se le aclaró la visión. El forense y los técnicos, e incluso Guthrie, todos estaban quietos, quizá conmocionados.

Al final, el forense dijo:

—Dislocación del cráneo en C-1. Ambas víctimas. —Se quedó mirando—. Aunque «dislocación» no sería la palabra correcta.

Guthrie tardó un buen rato en hablar.

—¿Había visto algo semejante alguna vez?

Azir negó con la cabeza. Se agachó junto al cuerpo de la mujer de pelo canoso y corto.

—Huellas de traumatismo en la cabeza. Parece una fractura de cráneo deprimida.

Se puso de pie y se acercó al otro cuerpo. Los hematomas rodeaban el cuello de la mujer. Tenía la piel grotescamente hinchada, allí donde se unía con el cráneo.

—El rigor aún no se ha asentado —dijo Azir—. Probablemente la muerte ocurrió hace menos de doce horas.

La postura de Guthrie, como una cuerda de piano, se tensó más aún.

—Las mató en directo —comentó Caitlin—, en antena.

—No tenemos manera de saberlo, a juzgar por lo que veo aquí —replicó el forense.

—¿Se puede establecer la hora de la muerte y determinarla?

—No con el grado de precisión que me está pidiendo.

Ella quería que le dijese que ni ella ni Sean las podrían haber salvado. Que las víctimas ya habían sido asesinadas cuando ella y Sean cogieron las falsas coordenadas en Berkeley. Que si hubieran llegado al estadio antes de que sonara la bocina, no habría importado. Pero Azir no podía hacer tal cosa.

Caitlin miró a Guthrie:

—¿Dónde ha colocado la cámara? ¿Cómo ha podido acceder al estadio? ¿Un hackeo? ¿Un empalme en el cableado? Tenemos que averiguarlo.

Él le dirigió una mirada intensa: «Reduzca la velocidad». Ella apretó los puños y luego los aflojó. No habían puesto en palabras la idea torturadora de que, de alguna manera, alguien podría haber salvado a aquellas mujeres.

De que ella podría haberlas salvado.

El forense señaló hacia la fotógrafa, quien se acercó con un lenguaje corporal que indicaba que quería huir de allí. Fotografizó los cuerpos desde distintos ángulos. Cuando acabó, el forense cogió un termómetro y tomó mediciones de la temperatura del hígado de ambas víctimas. Leyó los resultados.

—De manera provisional, le diré que es probable que murieran hace menos de

dos horas. —Llamó al equipo forense—. Vamos a darles la vuelta.

Azir y los técnicos se arrodillaron y dieron la vuelta con suavidad a la mujer de pelo corto sobre el estómago.

A Caitlin se le nubló la vista.

—Dios mío.

El forense se retiró de manera abrupta. Señaló a los técnicos, que esta vez desenrollaron el segundo cuerpo sin demora.

—Joder —dijo la fotógrafa.

El forense había levantado los brazos.

—Fuera. Todo el mundo fuera. Despejen la escena.

En el cemento, las dos mujeres yacían grotescamente retorcidas sobre el estómago, con la cara vuelta hacia el techo. En el lugar de las órbitas de los ojos había unas bombillas CFL de bajo consumo en espiral.

Azir exclamó:

—¡Fuera del edificio!

Guthrie retrocedió un paso.

—¿Cómo?

Caitlin retrocedió, incapaz de apartar la mirada de las caras de las mujeres. Los ojos habían desaparecido y de las cuencas sobresalían aquellas gigantescas bombillas en espiral. Dos de ellas se habían hecho añicos.

Los técnicos recogieron a toda prisa sus equipos y corrieron hacia la salida. Caitlin y Guthrie los siguieron.

—Las bombillas CFL de bajo consumo contienen mercurio. Cuando se rompen, liberan vapores tóxicos. —El forense los hizo salir a toda prisa—. Llaman a los bomberos. Declaro todo esto como zona de riesgo.

Cuando llegó la unidad de materiales peligrosos de los bomberos del condado de Alameda, registraron las ropas, zapatos y pertenencias de todo el mundo, buscando rastros de mercurio. Se llevaron también la bolsa de la cámara de la fotógrafa para descontaminarla. Y aunque el doctor Azir se había puesto unos cubrezapatos desechables encima de los zapatos, se llevaron sus zapatos de cordones y sus calcetines, dejando al forense descalzo, con el frío que hacía aquella mañana. Los motores de los aviones rugían tras ellos. Fuera de la zona de obras, una unidad paramédica y una ambulancia esperaban para transportar los cuerpos de las víctimas al anatómico forense.

Un bombero le dio el visto bueno final a Caitlin. Una furgoneta de las noticias se acercó mientras ella se dirigía a su coche. Del vehículo salió un equipo de televisión. Ella evitó mirarlos deliberadamente. El viento venía con fuerza de la bahía y le reseca la cara.

Entonces Caitlin vio que la furgoneta había aparcado detrás de un coche marrón hecho polvo. Bart Fletcher ya estaba allí.

En cuanto ella se acercó lo suficiente, él saltó del coche.

—¡Detective Hendrix!

—Ahora no.

—¿Qué hay en esa obra? ¿Las dos mujeres desaparecidas? ¿Están muertas?

Ella siguió andando.

—¡Caitlin!

«Ah, no, no hagas eso».

Ella volvió la cara.

—¿Por qué no publicó nunca lo que le contó Kelly Smolenski?

—Uf... —Los ojos de Fletcher se encendieron como una máquina del millón

—. ¿De dónde ha sacado eso?

Ella se dirigió hacia él.

—Se ha guardado las pruebas para sí durante veintidós años. ¿Por qué?

El equipo de noticias de televisión los miraba con curiosidad. Fletcher sonrió. Parecía totalmente sereno.

—Entonces ¿ya está preparada para la entrevista, detective, para que la grabe?

Ella se le acercó.

—No. Soy yo quien hace las preguntas.

La sonrisa de Fletcher se ensanchó, pero no llegó hasta sus ojos.

—¿Qué ha ocurrido en la obra? ¿Ha visto los resultados de la caza carroñera del Profeta? Las víctimas... Esas mujeres llevaban juntas quince años. Gaia Hill era una veterana. J. T. Wilcox tenía un hijo. ¿Qué les va a decir a sus familiares?

—Agitó la libreta—. ¿Por qué lo han perdido en el estadio de Berkeley?

Ella notó que la mandíbula se le ponía tensa y un torrente de palabras se agolpaban en sus labios. Entonces Guthrie se acercó, le puso una mano en la espalda y la empujó para que siguiera caminando.

—La oficina del sheriff no tardará en hacer unas declaraciones para la prensa.

—Se acercó más a su oído—: Váyase.

Ella salió a toda velocidad del aeropuerto, con las imágenes latiendo ante sus ojos, las manos frías en el volante. Estaba muy furiosa consigo misma por haber permitido que Fletcher la afectara tanto. Le horrorizaba que el helicóptero de las noticias la hubiera grabado perdiendo el control en el estadio.

Vio de nuevo a aquellas dos mujeres en la pantalla del marcador.

«Te quiero».

Todo a la mierda.

Salió del aeropuerto y llamó a Sean. Al otro lado de la bahía, los rascacielos que incluían la división de campo de la ATF de San Francisco relampagueaban, apareciendo y desapareciendo de la vista.

—Ha sido un engaño —dijo ella.

—No, es algo más —respondió él en voz baja—. Es...

—Ya lo sé.

Ella se agarró al volante. Comprendía lo que significaba tratar con el Profeta personalmente por primera vez. Era como un cuchillo ardiente clavado en la cabeza.

—Ese cabrón... —dijo él.

Ella frunció el ceño. Sean no decía palabrotas como aquella en las salas enmoquetadas del cuartel general de la ATF en la ciudad. No, si podía evitarlo. No, delante de otras personas. Raramente en su presencia.

Siguió avanzando. El silencio se prolongó.

—Olvídalo —dijo ella—. El caso no es tuyo.

—Tú no vas a olvidarlo.

—Pero el caso es mío.

Él hizo otra pausa.

—No me gusta el tono de tu voz.

—No hay ningún tono raro en mi voz.

—Es como si fueras a parar un tren con tus propias manos, como si tuvieras que detenerlo tú sola.

A ella se le calentó la cara. Se dirigía hacia la autopista. El tráfico pasaba a toda velocidad, borroso.

La voz de Sean se ablandó.

—Lo siento. Ha sido una mañana horrible... —Cogió aliento—. Es tu carta de presentación en Homicidios y ese hombre es un monstruo. No dejes que te pueda.

La luz del sol se reflejaba en el capó del coche.

—¿Cat?

—Estoy aquí —Notaba que su garganta estaba tensa—. Tienes razón. —Meneó la cabeza, aunque él no podía verla—. Tienes razón, Rawlins, hijo de puta.

La tensión cedió. Él se echó a reír. Sonaba melancólico, pero aliviado.

—Haremos algo cuando todo esto haya terminado —dijo él—. Para

quitárnoslo de encima.

—Sí. ¿Clases de punto de cruz? ¿Cazar al yeti?

—Ya se me ocurrirá algo bueno.

«Tú sí que estás bueno».

—Sorpréndeme.

—Vale.

Cuando ella llegó a la comisaría, se dirigió hacia el vestuario de mujeres. Se quitó la camisa. Estaba húmeda y se le pegaba al cuerpo, por el café que se había echado encima en la furgoneta de Sean. Humedeció una toalla del gimnasio y se limpió el pecho. El sujetador estaba húmedo, pero no tenía otro de recambio. Lo secó lo mejor que pudo, se puso una camiseta limpia de color azul marino y cerró la taquilla.

En el centro de operaciones, los demás detectives estaban reunidos ante la pared. Guthrie iba colocando fotos de la obra junto al aeropuerto.

—¡Madre mía! —exclamó Martínez.

Caitlin se sentó a su escritorio e intentó ponerse otra vez en situación. Cambió los bolígrafos de sitio, ordenó una pila de papeles y encendió la pantalla de su ordenador, queriendo tirarlo todo al suelo y darle patadas hasta hacerlo pedazos.

Sonó el teléfono de su mesa. Lo cogió.

—Hendrix.

—Detective, han traído un paquete para usted. Está en el mostrador de recepción —dijo la recepcionista.

Caitlin se dio la vuelta con el teléfono pegado al oído y preguntó:

—¿Qué es?

Los otros detectives se volvieron también. Ella puso el auricular en la horquilla de nuevo y atravesó la comisaría, dirigiéndose hacia el mostrador de recepción en una atmósfera que parecía llena de inquietud.

Paige se volvió en su silla y le sonrió. Señaló con un gesto una caja de cartón larga y estrecha que estaba encima del mostrador, como la azafata de un concurso televisivo que revela un premio. La caja tenía alrededor una cinta azul y una pegatina en la que ponía: *sweetness & light floral*.

Paige juntó las manos bajo la barbilla, llena de expectación.

—¿De quién es?

Eso mismo se estaba preguntando Caitlin. Desató el lazo y levantó la tapa.

Inhaló el perfume. Al cabo de un momento, y sin dejar de mirar la caja, dijo:

—¿Quién ha entregado esto?

—El chico de la floristería. He firmado yo. —Paige se inclinó para mirar la caja—. Hala...

—¿Y adónde ha ido?

Paige señaló hacia la puerta.

—Acaba de salir.

Caitlin echó a correr y salió por la puerta del vestíbulo, hacia la entrada principal. Una camioneta con rosas estaba a punto de salir a la calle. Ella silbó y corrió hacia la ventanilla del conductor. El joven que estaba dentro la miró sorprendido.

—Aparque y venga dentro conmigo —dijo ella.

—¿Pasa algo malo?

Una descripción de aquella mañana que se quedaba muy corta.

Ella volvió dentro, corriendo. En el mostrador de recepción, Paige parecía asustada en parte y también ansiosa de formar parte de la acción que se estaba desarrollando.

—Llama a Guthrie. —Caitlin se puso un par de guantes de látex.

Guthrie llegó al escritorio justo cuando Caitlin sacaba un sobre de la caja. La solapa no estaba cerrada. Sacó la nota que se encontraba en el interior, unas frases impresas con una impresora en un papel de calidad.

Ansiosos por abatirme
y todo ha quedado en nada.

Dentro de la caja, envuelto en celofán, se encontraba un ramo con una docena de flores. Lirios negros.

Qué desesperación. Ya podéis aullar,

que solo visita el mal en las multitudes. Al salvajismo habrá que corresponder tres veces.
Día, tras día, tras día.

Guthrie dijo:

—¿Quién lo ha entregado...?

—Él. —Paige señaló al ventanal delantero.

El repartidor entró, con aire alarmado. El pulso de Caitlin latía en sus oídos. Leyó, intentando que su vista no se desenfocara:

Echasteis a correr como perros cuando llamé,
pero estáis ciegos.
Peor que esas malditas brujas. Adivinatoras del porvenir, pero
no pudieron prever esto.

Qué hijo de puta. A ella le temblaba la mano, pero siguió sujetando la nota.

Tuvieron que pagar por su fraude. Espantoso que todos los demás deban pagar también por vuestro fracaso.

Ella dio la vuelta a la nota. Con una letra diminuta y garabateada, había una posdata.

*Ahora dime, CAITLIN, ¿Qué se siente: Al saber que todos tus miedos
se han convertido en realidad? Es inútil, estás Perdiéndolo todo.
Tu padre y tú acabaréis encerrados en el mismo psiquiátrico.
Electroshocks... recortaréis muñecos de papel con forma de mercurio,
y él te limpiará la baba, niña de papá, para siempre.*

El repartidor se pasó media hora respondiendo preguntas y se fue muy asustado. Craig Leffers llevaba dieciocho meses trabajando en Sweetness & Light. No tenía antecedentes penales. La entrega a Caitlin era una más de la docena que había hecho en el turno de mañana.

Su jefa, la propietaria de la floristería, habló con Caitlin por teléfono. El encargo de los lirios negros se lo habían hecho el día anterior. Un hombre. Sin

acento discernible, ni problemas del habla, ni tics verbales que pudiera recordar la mujer. No parecía joven, ni tampoco parecía viejo. Quizás un poco seco... Iba al grano.

Caitlin sabía ahora que el tono de la voz del Profeta era un indicador poco fiable, porque tenía un aparato que distorsionaba la voz.

La florista dijo que el hombre que había encargado aquellos lirios pagó con una tarjeta de crédito. ¿Había algún problema...?

Pues claro que lo había, joder. El nombre que figuraba en aquella tarjeta era J. T. Wilcox. El Profeta había usado la cuenta de su última víctima.

Pero... la nota...

Eso era lo raro. La florista lo explicó. El hombre que encargó las flores no le dictó la nota por teléfono. A diferencia de la mayoría de la gente. Ya se sabe: «Feliz cumpleaños, mamá». Por el contrario, el hombre dijo que su hijo iba a dejarla en la tienda. Y en efecto, apareció un niño con un sobre, que dejó en el mostrador.

La florista no había abierto la nota. Insistía en ello. No había mirado dentro del sobre.

El niño era un niño normal y corriente. Chino o coreano, quizá. Pero estadounidense. De unos doce años más o menos. No, no le dio su nombre. Tan solo dijo que tenía una nota para ella y se fue. Ella no vio si había un coche fuera, o si habló con alguien. La tienda no tenía cámara de vigilancia, pero el centro comercial seguro que sí... Tal vez, dijo la florista, Caitlin pudiera hablar con la gente de seguridad, y a ver si tenían imágenes del niño. Pero... es que era un niño normal y corriente. Había centenares de niños por las inmediaciones. Miles. Muchos colegios hacían vacaciones.

La florista estaba en San José. A unos sesenta kilómetros de la comisaría de policía. Y sí, era una distancia poco común para hacer una entrega, pero Sweetness & Light estaba especializada en arreglos florales únicos, cosas que no se podían conseguir en la mayoría de los sitios. Las entregas en East Bay no eran demasiado raras. ¿Y el encargo? Sí, ella pensaba que era ligeramente distinto de lo habitual. La mayoría de los pedidos de lirios negros se hacían en torno a

Halloween. Pero el arreglo estaba retratado en su web. Y tenían muchísimos lirios frescos en *stock*, ya que era el fin de semana de Pascua. Solo necesitaban algo de tiempo para teñirlos adecuadamente.

Rastrearon la llamada de la florista, que los condujo a un teléfono conectado a través de una torre de transmisiones junto a la estación de autobuses municipales, en el Centro Cívico de San Francisco. Aquel teléfono, por supuesto, estaba desconectado.

—De usar y tirar —sentenció Martínez.

Caitlin pensó en las ubicaciones implicadas en aquel crimen:

—Berkeley, el aeropuerto de Oakland, San José, San Francisco. El Profeta ha marcado territorio por todas partes, en este caso.

Enviaron la nota al laboratorio de Criminalística, con órdenes de acelerarlo. No había huellas dactilares. Ni ADN en la solapa... Claro, el Profeta no había lamido el sobre. El papel era de tamaño estándar, de gramaje grueso, y se vendía en mil sitios de la Zona de la Bahía y online por todas partes. La nota se había impreso con una fuente tipográfica común a múltiples programas de procesamiento de textos.

Caitlin se dejó caer en la silla del escritorio.

«Acabaréis encerrados en el mismo psiquiátrico». La presión iba en aumento detrás de sus ojos, una sensación de escozor. «Niña de papá, para siempre».

Le picaba la piel, como si le dieran pinchazos de adrenalina. Cerró los ojos. Aquella sensación, en su escritorio, era un camino seguro hacia la rabia y la úlcera.

Pero no podía evitarlo. Volvió a mirar la nota. Aquel hijo de puta, el Profeta, había destruido a su padre. Sabía que lo había hecho. Ahora la pinchaba a ella. Y le decía que quería destruirla a ella también.

«Todos tus miedos se han convertido en realidad, estás perdiéndolo todo».

No podía permitirlo. Tenía que detener aquello. Tenía que...

—¿Qué pasa?

Levantó la vista. Martínez le estaba haciendo señas. Al parecer, llevaba un rato haciendo gestos.

—Estabas hablando sola —dijo—. ¿Algo interesante?

A ella le ardían las mejillas. Se puso tensa.

—El Profeta encargó las flores ayer.

—Sí, es verdad.

—¿Cómo sabía que yo asistiría al escenario del crimen, en el aeropuerto?

—Quizá no lo supiera. Pero sabe que estás trabajando en el caso.

—Martínez, encargó las flores desde un teléfono de pago de San Francisco, en horario laboral. Y eso fue después de atacar a Gaia Hill y J. T. Wilcox en el café de Berkeley.

—Pues ha estado muy ocupado.

Ella recapituló una y otra vez las frases de la nota.

—Hasta para él es demasiado despliegue. El grafiti, el temporizador, la llamada a la radio, atormentar a toda la puta Zona de la Bahía con...

El sonido de los gritos de las dos mujeres resonó en su cabeza.

«Basta».

—Colocar los cuerpos de las víctimas, y ahora esto... Este floreo, este epílogo, enviarme las flores y la nota...

—Está entusiasmado.

—Está montando un show que ni los de Broadway...

Y quería que ella lo supiera.

Pero no quería que se limitara a reconocer su brillantez. Quería implicarla en todo aquello.

—Tiene planeado algo más —dijo.

—Siempre lo tiene. Es su resurrección. Su gira de primavera.

—Se está exhibiendo ante nosotros. El aeropuerto... es como decir que puede ir y venir a cualquier parte. Esta nota. Todo esto. Los lirios.

Lirios. Que simbolizan la primavera. Comunes en los funerales.

«Qué desesperación, que solo visita el mal en las multitudes. Al salvajismo habrá que corresponder tres veces. Día, tras día, tras día».

Una imagen apareció en su cabeza: la iglesia por la que habían pasado Sean y ella, mientras iban de camino para ir a tomar café, esa misma mañana. Parecía

que hubiera pasado un milenio. El cartel llamativo en la fachada de la iglesia, anunciando un servicio de amanecer para Pascua. Imágenes llenas de colorido: una cruz, un amanecer dorado y ramos de flores lujosos, casi demasiado efusivos. Lirios primaverales.

«Día, tras día, tras día».

—Martínez, eso parece un programa...

—¿El qué?

Ella ya había saltado de su asiento y atravesado el centro de operaciones hacia la oficina de Guthrie.

—Día, tras día, tras día. Viernes Santo, Sábado Santo y Domingo de Resurrección.

Caitlin llamó a la puerta del despacho de Guthrie. No esperó a que él respondiera: se limitó a entrar y decírselo.

—Hoy, mañana, pasado. Es el programa del Profeta. Lo de esta mañana no ha sido más que el comienzo —expuso—. Y estamos bien jodidos.

Él se apoyó en los codos.

—Tenemos que hacer algo —insistió ella—. Enviar otro boletín diciéndole a la gente que esté alerta.

—Después de lo de esta mañana, creo que ya lo están.

—Está acelerando. Creo que persigue algo. La cosa va en aumento desde hace veinticinco años. Persigue un fin. Creo que eso es lo que pasa.

—Los asesinos en serie nunca alcanzan su fin. Por eso siguen matando.

—Pero tiene una fantasía muy sofisticada. Y guarda relación con los casos antiguos. De alguna manera. Va a más y quiere conseguir algo. Tenemos que averiguar qué es ese algo.

Él meditó largo y tendido, con gesto sombrío.

—Tiene los casos antiguos. Tiene todo lo que podemos conseguir. Tiene cosas que solo usted sabe. —Alzó las cejas—. Úselo.

Estaba hablando de su padre. Ella volvió a su escritorio. Se sentó de nuevo y se dijo que debía concentrarse.

Tenía que analizar las pruebas. Pero antes debía calmarse. Porque sabía que se le daba muy bien encontrar conexiones entre las cosas. Los vínculos que a veces veía eran cegadores, instantáneos, claros como el cristal. No tenían para ella el menor misterio. Había quien pensaba que confiaba en alguna intuición extraña. Pero para ella era algo obvio. Casi matemático. Las pruebas se obtenían

mediante alguna ecuación, algún algoritmo, que operaba muy por debajo de la superficie.

Eso lo sacó de Mack.

Tenía la bolsa de deporte en el suelo, debajo del escritorio. Como el día había sido muy agitado, apenas había podido procesar su contenido, y mucho menos ahondar en él. En realidad, al abrir la cremallera le pareció como si reabriese una vieja herida. Pero tiró, la abrió y lo descargó todo. Se dispuso a leer. Los blocs de notas, donde estaban garabateadas las primeras impresiones de los escenarios de los crímenes. Las notas que él escribía mientras entrevistaba a los sospechosos. El diario.

21 de marzo. En el escenario, unas palabras rascadas en una valla con un clavo: «El alma cae de cabeza». ¿Qué demonios significa eso? Esta alma no ha caído. Él la ha APUNZALADO y luego ha llamado a sus HIJOS para decirles dónde encontrarla. JODER.

Intentó leer algo más, pero cerró los ojos enseguida. Entonces lo vio. Pero lo que vio no fue el siguiente movimiento del Profeta.

Vio lo que había alterado tanto a su padre.

Por primera vez lo vio claro. Lo que lo echó a perder no fue solo su incapacidad de capturar al Profeta. Fue el dolor de las víctimas y sus familias.

Apoyó la mano en aquel pasaje de su diario. Su angustia seguía allí, garabateada en lo más profundo de aquellas páginas. Cinco años trabajando en aquel caso, sin parar... La incesante exposición a una violencia sádica lo había despojado de toda alegría y lo había conducido a una espiral de desesperación.

Ella sabía que él no era el único policía que se había doblegado bajo un ataque tan sostenido. Trabajar durante mucho tiempo en asesinatos en serie podía causar síndrome postraumático a los policías más entregados. Ella lo sabía, en un plano intelectual, pero no lo había sentido en el visceral. De niña había notado sus efectos: en la rabia de él, en sus correrías, sus diatribas alucinatorias. Pero en aquellos momentos no vio lo que él veía desde dentro del caso. Desde el interior de su cabeza y su atormentado corazón.

Pasó los dedos por encima de las palabras furibundas de su padre. Mack había

interiorizado el horror. Y en el caso del Profeta, el horror era demasiado como para que lo soportara cualquier persona.

Pero el mensaje que había transcrito, ¿había aparecido en algún otro lugar, entre las pruebas? «El alma cae de cabeza». Empezó a repasar las hojas de inventario.

Un movimiento captado por el rabillo del ojo la devolvió a la realidad. Shanklin se dirigía hacia la pared de las fotos. Guthrie le hizo señas.

—Todos —dijo.

Los ojos de Shanklin desprendían chispas oscuras.

—Tenemos un sospechoso.

Caitlin y Martínez se acercaron. Shanklin tenía en la mano una hoja de papel de tamaño A4. Cogió una chincheta y clavó el papel en el tablero de corcho con el pulgar.

Caitlin se quedó muy quieta. Miró la foto del carné de conducir, absorbiendo todos los detalles.

Shanklin se irguió, con los pies separados, y habló con brusquedad. La líder de las niñas exploradoras.

—Varón caucásico. Edad, cincuenta y cuatro años. Cliente de Parejas por Zodíaco. Así ha sido como lo hemos encontrado.

Caitlin se volvió rápidamente hacia ella.

Shanklin le devolvió la mirada.

—¿Tu amiga Deralynn Hobbs? Quizá su teoría de que el Profeta mata a mujeres con las que se cita no sea ninguna locura, a fin de cuentas.

Caitlin miró de nuevo la foto. Un sospechoso.

Había habido más de dos mil sospechosos en los últimos veinticinco años. Había visto la lista interminable de nombres en los archivos. Incluían a gente delatada mediante soplos anónimos. Hombres cuyos vecinos o compañeros de trabajo o amigos o enemigos habían contactado con la policía. Gente cuyas matrículas habían sido fotografiadas junto al escenario de algún crimen. Ninguno de ellos había resultado lo bastante interesante como para que lo detuvieran, y mucho menos como para que lo acusaran de nada.

Aquel hombre no era uno de ellos.

—Pensé en lo del perfil geográfico —dijo Shanklin—, pero es inexacto. Nos da una referencia cruzada cuando tenemos la dirección de posibles sospechosos. Predice algo, pero no podemos sacar un sospechoso de la nada, sobre todo en un área urbana tan densa como la Zona de la Bahía. —Señaló la foto—. Pero podíamos cruzar referencias con los datos de Parejas por Zodíaco y algo más.

Aquel era su momento y nadie podía detenerla.

Señaló la foto del sospechoso con el dedo.

—Está en libertad bajo palabra por conducir bajo los efectos del alcohol. Lleva un monitor GPS en el tobillo. Y ese monitor ha sido registrado en todos los escenarios de crímenes recientes.

—¡No me jodas! —exclamó Martínez.

Shanklin sonrió con gesto triunfal.

El hombre de la foto era Bart Fletcher.

Caitlin se acercó a la foto de Bart Fletcher, intentando desesperadamente no negar con la cabeza. ¿Y ese era el sospechoso? ¿El periodista?

—Lo hemos tenido delante de nuestras narices todo el tiempo —dijo Shanklin.

—Bicho asqueroso y taimado —le increpó Martínez.

—Todas las pruebas cuadran. Tiene la edad adecuada.

«Está en el extremo superior», pensó Caitlin. Se rebelaba.

—Tiene la coartada perfecta. Un pase de prensa. Es un reportero de sucesos... ¿Y los nuevos mensajes del Profeta? Una gramática y una ortografía perfectas. Es obvio que el asesino se considera un escritor. Además, Fletcher está íntimamente familiarizado con el caso. —Shanklin miró a Caitlin—. Cubre la historia desde la época en que tu padre trabajaba en él.

—Pero... —Caitlin negó con la cabeza—. He comprobado sus antecedentes. Fletcher llegó a la Zona de la Bahía desde Iowa, justo en la época en la que se habían llevado a cabo la mitad de los crímenes originales. No estaba aquí cuando el Profeta empezó a matar.

Shanklin se limitó a inclinar la cabeza ante Caitlin.

—Fletcher está apuntado en la web de citas. Y la pulsera telemática del tobillo confirma su presencia en cada uno de los escenarios de los nuevos crímenes... incluso en aquellos que no estaba asignado para cubrirlos.

—¿Cómo?

—Que es el imitador —dijo Guthrie.

Y Caitlin miró con más detenimiento la foto de Fletcher. La mirada taciturna, el pelo no demasiado limpio. «Un borracho hecho polvo». ¿O quizá no?

Una carrera encallada durante años, hasta que el caso de su vida lo llama de

nuevo. Pero ¿realmente era así? ¿Fletcher había decidido imitar al Profeta solo para asegurarse la gloria? Parecía imposible... Esa violencia, ese frenesí...

Una historia muy dramática. Un papel estelar. El premio Pulitzer.

—Él tiene que saber que se le puede localizar —dijo Caitlin—. Ese es precisamente el motivo por el que lleva un monitor electrónico en el tobillo.

Guthrie se frotó la nariz.

—La libertad condicional de Fletcher impone un toque de queda. Por eso lleva la pulsera. Pero solo alerta si se la quita o la inhabilita. Y hay que reconocer que, a menos que lance una alerta, nadie sigue los registros de GPS de esas cosas a tiempo real. Nunca se examinará el historial de movimientos de la mayoría de pulseras telemáticas.

—Todos y cada uno de los escenarios de los crímenes —recordó Shanklin.

Caitlin notó los dedos fríos. El maizal. El parque Silver Creek. Fletcher estaba ahí. Estaba ahí antes. Siempre parecía saber aspectos relacionados con los crímenes antes que los demás medios.

—El instituto Sequoia —añadió Shanklin—. El rancho de caballos árabes. También estuvo allí.

Caitlin se pasó una mano por el pelo.

—No. Algo no cuadra. Todas esas ubicaciones se pueden explicar, al menos a primera vista, porque es un periodista que hace su trabajo. Y son de dominio público.

—Hendrix —dijo Guthrie—. Mire.

En la mesa de conferencias, Shanklin abrió un montón de listados de GPS del monitor de Fletcher. Señaló un registro cronológico y unas coordenadas.

—Esta ubicación está en Union City. Es el Olive Garden, donde trabajaba Melody James como camarera.

Caitlin se inclinó hacia el listado.

—El 19 de marzo.

—Sí. Antes de que secuestraran a Melody y Richard Sánchez. Estuvo allí aquella noche.

Mierda. El frío seguía extendiéndose por los brazos de Caitlin.

—¿Y San Francisco? —preguntó—. La llamada a Sweetness & Light Floral, encargando los lirios negros, se hizo desde la estación de autobuses del Centro Cívico.

Shanklin buscó entre los datos del GPS.

—¿En qué momento?

Caitlin se lo dijo. Shanklin pasó el dedo por la página. Se detuvo y señaló:

—¿Esto?

Caitlin introdujo las coordenadas en su teléfono. En el mapa que apareció en pantalla, una flechita señalaba un lugar junto a la estación de autobuses. La sensación de frío la invadió con mayor intensidad si cabe.

—Sí —dijo.

Guthrie le hizo una seña a Shanklin.

—Excelente.

Caitlin notaba un nudo en el estómago. Había descartado a Fletcher con demasiada rapidez.

—Prepararé una orden de detención —declaró Shanklin.

«El aeropuerto de Oakland», pensó. Fletcher también estaba allí, por delante de los reporteros. Lleno de energía. Con pastillas de menta, pero sin cerveza. Recién duchado.

Como si se hubiera frotado bien para quitarse cualquier rastro incriminatorio.

Se dio cuenta de que lo había visto en el parque, dos días antes de los últimos asesinatos. Había estado allí con él, le había puesto las palabras «goteando sangre» delante de los ojos. Incluso le dio la pista para hablar con Kelly Smolenski y todo el mensaje, hasta el grafiti en la pared exterior del Coffee, Tea & Tarot.

Lo tuvo delante y lo dejó escapar.

En un solar asfaltado hecho polvo a lo largo de los muelles de Alameda, Bart Fletcher se inclinaba contra el viento. El pelo lacio se le aplastaba contra la cara.

Las nubes de lluvia venían desde el Pacífico a través de las colinas de San Francisco. Las olas festoneaban la bahía.

Iba andando. Cuando le sonó el móvil, contestó con los dedos muy fríos.

—Dijo que podía disimular la señal del monitor del tobillo sin alertar a la policía.

Un par de coches pasaron por la calle cercana, vacía. Se volvió de espaldas a ellos. Los coches se dirigían hacia el museo del USS Hornet. Al final de la calle, más allá de antiguos almacenes y pinos de Monterey torcidos, la torre de control del portaaviones retirado del servicio se alzaba hacia el cielo. Su cubierta de despegue cortaba el horizonte, tan plana y aguda como una navaja de afeitar.

Fletcher escuchó y apretó el teléfono contra el oído.

—Sí, sí, tengo dudas... Usted...

Se pasó una mano por la mandíbula.

—Por supuesto, lo que me ha proporcionado es valioso. No digo yo que... Nunca haría tal cosa. Pero si voy a llevar esto al siguiente nivel, necesito la seguridad absoluta de que el GPS y las señales del móvil se están manipulando. De lo contrario, estoy en una situación comprometida. Ya me...

Meneó la cabeza, se calmó y se dirigió caminando hacia la orilla.

—Escuche. Estoy a punto de usar lo que me ha dado para meterme en la oficina del sheriff. Necesito tener la seguridad de que no voy a dejar ningún rastro. Por mi bien y por el suyo.

Escuchó un poco más.

—Sí, claro, lo haré... Sí, ahora mismo, bien.

Colgó. La calle estaba totalmente vacía. Nadie pasaba por el camino que recorría la bahía. Estaba solo. Una ráfaga de viento barrió la orilla. Por un momento, Fletcher hizo una pausa y respiró hondo, mirando las colinas que rodeaban la Zona de la Bahía y la convertían en un amplio anfiteatro. El cielo turbulento, las oscuras y profundas aguas de la bahía, que se habían vuelto oscuras y mortales, con silenciosas corrientes submarinas. Nadie podía verlo, pero se sentía en el centro del escenario.

Estaban sucediendo cosas muy importantes. En cuanto se hiciera cargo del

aspecto técnico, su camino estaría claro. Aquella fuente era de oro puro... y estaba a punto de ayudarlo a abrir la cerradura. Sus sueños dorados.

Le envió un mensaje de texto a su jefe del *Herald*, diciendo que estaría en la oficina al cabo de una hora. Alzó la vista y corrió hacia la furgoneta negra que estaba consumiendo gasolina en el extremo más alejado del solar.

El juez firmó la orden de detención a las 15:45. Apenas cinco minutos después, con Shanklin y Guthrie junto a su escritorio, Caitlin llamó al *East Bay Herald*.

—Póngame con Bart Fletcher, por favor.

Se oía el tono en espera por el altavoz, mientras pasaban la llamada. Caitlin se dedicaba a pinchar con la punta de un bolígrafo un sobre que había en la mesa. «Que no me salga el buzón de voz». Entonces, después de un repiqueteo, alguien cogió la llamada.

—Detective Hendrix. Vaya.

Ella apretó el bolígrafo en la mano. Tenía que resultar convincente.

—Señor Fletcher. Siento haberme acalorado tanto esta mañana en el aeropuerto.

Hubo una pausa.

—¿Está su sargento de pie junto a su escritorio para confirmar que está haciendo esta llamada?

—Pues va a ser que sí. —Miró a Guthrie—. Pero tiene razón. Me pasé de la raya. —Se aclaró la garganta—. Y cree que deberíamos hablar.

—Vaya por Dios. ¿Realmente está dispuesta a que la grabe?

—Si trae todas las notas de las entrevistas...

Fletcher se quedó callado un segundo.

—Hay un sitio en Franklin. El Emerald. ¿A las cinco en punto?

Caitlin lo conocía. Un antro. Shanklin levantó los dos pulgares.

—Perfecto. Nos vemos luego.

Caitlin colgó y Guthrie hizo un gesto afirmativo. Ella apretó mucho el bolígrafo para que él no notara sus nervios. Shanklin ya estaba en su escritorio, enfundando la pistola.

Media hora después iban hacia Oakland. Shanklin iba delante, dispuesta para el ataque. Guthrie iba de copiloto de Caitlin. Estaban coordinados con la policía de Oakland, que insistió en enviar a unos cuantos policías para ayudarles a ejecutar la orden de detención.

Nadie quería quedarse fuera cuando se capturase al asesino.

Caitlin conducía en silencio, metiéndose por entre el tráfico lento, concentrada en el espacio. Si Fletcher se entregaba de buen grado, perfecto. En caso contrario, llevaba un chaleco antibalas debajo de la cazadora con cremallera.

La voz de Shanklin sonó en la radio.

—Ningún movimiento en la pulsera telemática. Está quieto, en la manzana mil doscientos en Franklin.

—Que la compañía de monitorización acote esa ubicación —ordenó Guthrie—. Al máximo.

Apenas un minuto después, Shanklin volvió a hablar.

—Confirman que es el Emerald.

Se metieron en el centro de Oakland y llegaron al punto de encuentro, una gasolinera situada en una esquina a dos manzanas del bar. La policía de Oakland se había entregado a fondo: un pelotón táctico de cuatro hombres los esperaba ya. Caitlin reconoció al sargento Ríos, que había dirigido la redada en la casa de meta para el Equipo Operativo de Narcóticos.

Shanklin salió con la coleta balanceándose, los labios tan rojos como una alarma, y agitó una mano. Ríos extendió un mapa en el capó de su vehículo. El viento intentó levantarlo. Las nubes habían ido bajando, grises, borrando las colinas. Coches y autobuses llevaban las luces encendidas. En los surtidores de gasolina, los clientes que estaban llenando sus depósitos los miraron.

Ríos señaló el mapa.

—Edificio en la esquina con puertas hacia Franklin y salida trasera al callejón.

—Lo conozco bien —dijo Shanklin—. Y el GPS confirma que está dentro.

—¿Cuándo es la cita?

—Dentro de diez minutos. Pero él lleva ahí una hora. Parece que se ha aposentado.

Guthrie señaló con el pulgar a Caitlin.

—La detective Hendrix entrará e identificará a Fletcher. Él la espera. Así lo cogeremos con la guardia baja.

Ríos meneó la cabeza.

—El coordinador dirige la operación y es el primero en pasar por la puerta.

Caitlin frunció los labios. Guthrie cambió el peso de un pie a otro.

—Van a presenciar una orden judicial de alto riesgo —dijo Ríos—. Es una de las responsabilidades operativas específicas del coordinador. Y si ese tío es el Profeta, ya ha matado a algún policía.

Guthrie asintió. Pensaba que Fletcher era un imitador, pero estaban en Oakland. Ellos eran los reyes del baile.

—Yo lo arrestaré —dijo Shanklin.

En los surtidores, un hombre sacó una foto.

Aquella operación no se había emitido por la radio de la policía. Los medios no estaban al corriente de la acción que se iba a emprender... todavía. Todos se metieron en sus vehículos y fueron en convoy hasta la esquina donde estaba el Emerald, chabacano y deslucido, con sus luces verdes y parpadeantes como única señal de vida.

Caitlin salió, llena de adrenalina. Shanklin parecía dispuesto a arrancarle la piel a Fletcher centímetro a centímetro, con las manos desnudas.

Ríos señaló a sus hombres.

—Delante y detrás. Vamos.

Cruzaron la calle. Guthrie acompañó al equipo destinado a la parte trasera. Caitlin y Shanklin siguieron a Ríos hacia la puerta principal. Medio minuto más tarde, estaban ya en sus posiciones. Ríos dio la señal.

Pasaron por la puerta y se adentraron en la oscuridad y en la música irlandesa. Ríos y su equipo recorrieron la sala. Shanklin les pisaba los talones. El barman levantó las manos. Los clientes se volvieron, sorprendidos. Una camarera chilló, asustada. En la parte trasera, el coordinador y Guthrie entraron por la puerta de atrás y recorrieron la sala.

Caitlin no veía a Fletcher.

—¿Dónde está? —preguntó Shanklin.

Caitlin dio una vuelta completa. No estaba ni sentado a la barra ni a ninguna de las mesas.

Shanklin atravesó la sala y abrió de una patada la puerta del lavabo de caballeros. Caitlin oyó cómo se abrían las puertas de los cubículos de golpe, también a patadas.

Corrió detrás de Shanklin. Cuando pasó por la puerta del lavabo, Shanklin se llevaba el teléfono al oído. Hablaba con la empresa que monitorizaba la alarma.

—He dicho que aquí no está.

Levantó la tapa de un cubo de basura y miró dentro.

—Mierda.

Shanklin se puso unos guantes y sacó el monitor del tobillo de la basura. La tira estaba cortada por la mitad.

Entró Ríos, seguido por Guthrie. Shanklin miró el monitor.

—Mierda —dijo.

Ríos habló por la radio que llevaba en el hombro, pidiendo extremar la vigilancia.

Shanklin rechinó los dientes. Se volvió hacia Guthrie con la mirada fulminante.

—Vive a menos de un kilómetro de aquí. Es la mejor opción que tenemos.

Lo rodeó y corrió hacia el coche.

Fletcher vivía en un edificio de pisos antiguo, de los años cincuenta, a una manzana de una calle principal. Brillaban diversas luces desde las ventanas de los pisos. Llovía cuando aparcaron, y un viento frío les soplaba en la cara. Por la esquina pasó rugiendo un autobús.

El coche destartado de Fletcher estaba aparcado junto a la acera.

Guthrie llamó a la puerta del piso del portero. Se abrió y dejó escapar un cuadrado de luz amarilla. Un minuto más tarde, Guthrie volvía con una llave.

—Tercer piso, apartamento con acceso por escalera exterior, a través de una

pasarela tipo balcón. Una sola puerta. No hay salida por atrás, ni escalera de incendios. Fletcher vive solo. El conserje no lo ha visto hoy. —Señaló hacia los apartamentos del tercer piso—. La puerta da directamente al salón. Cocina a la izquierda. Un dormitorio al fondo, después del pasillo.

Se encendió una luz en el apartamento, detrás de unas persianas cerradas. Ríos cogió el rifle.

—Silencio, a menos que indique lo contrario —advirtió.

Sacaron las armas. Él los miró uno por uno. Todos levantaron los pulgares. Él señaló con su arma. «Adelante».

Subieron las escaleras en una sola columna, con el jefe táctico al mando. El equipo de Ríos se movía en pesado silencio, con suavidad, lleno de energía contenida. En la pasarela del tercer piso, todos se apelotonaron ante la puerta de Fletcher.

Ríos llamó con fuerza con el puño.

—Policía.

No respondió nadie. Mirando a Ríos, con toda su seguridad y su presencia, Caitlin tuvo una sensación de *déjà vu*. La lluvia volvió a arreciar. Abajo, el portero cerró la puerta de su piso. El cuadrado de luz amarilla desapareció.

Ríos volvió a llamar con fuerza.

—Policía. Abran.

Ninguna respuesta, ningún paso dentro. Pero, escuchando con atención, oyeron música en el interior del piso. Ríos llamó de nuevo. Algo resonó dentro.

La tensión en la pasarela se hizo mayor aún. Ríos probó la llave. La cerradura no giraba. Levantó la mano formando una C. Entrada de crisis. Señaló al cuarto hombre del pelotón.

Aquel día habían llevado el ariete pequeño. El cuarto hombre se adelantó hacia la puerta y lo proyectó hacia ella. La cerradura se astilló y la puerta se abrió de golpe.

Él se hizo a un lado y Ríos entró. Los demás lo siguieron.

Cuando Caitlin cruzaba el umbral, se oyó un nuevo ruido desde la cocina. Un

gato pasó a la carrera por la puerta y desapareció por la pasarela. Ríos suspiró y luego retrocedió hacia el salón.

—Derecha, despejado —dijo.

El hombre número dos fue tras él.

—Izquierda, despejado.

—Todo despejado —dijo Ríos.

El salón estaba vacío. Un sofá desvencijado, una mesita de centro llena de arañazos. Carteles desvaídos en las paredes. Grateful Dead en la sala Fillmore East.

Shanklin, Caitlin y Guthrie se quedaron junto a la puerta de entrada. El jefe táctico entró en la cocina.

—Izquierda, despejado.

—Todo despejado.

Volvieron al salón. Estaba oscuro. La puerta del fondo estaba cerrada. Ríos le dijo a uno de sus hombres que volviera a la pasarela, y a otro que se quedara en el salón. Los demás se apelotonaron de nuevo. Ríos señaló hacia el fondo del salón. «Adelante».

Avanzaron deprisa. Ríos y el segundo hombre comprobaron el baño. Luego se acercaron al dormitorio.

Caitlin se centró en la puerta, con la mano izquierda en el hombro de Shanklin y la derecha empuñando su SIG. Notaba la mano izquierda de Guthrie en su hombro, por detrás de ella, sólida. Ríos levantó un puño. Todos se detuvieron.

Ríos examinó la puerta y pasó una mano enguantada por el marco. Acercó la mano al picaporte, para ver si estaba caliente. Miró hacia atrás, todo el mundo asintió, y puso su rifle horizontal junto a la puerta. Empezó una cuenta atrás con los dedos. Cinco. Cuatro.

Durante un segundo, el único ruido fue la lluvia, fuera. Luego, en la cocina, sonó un teléfono.

Se quedaron todos inmóviles. Ríos abandonó la cuenta atrás y levantó un puño cerrado. «Quietos». El teléfono seguía sonando. Era un teléfono fijo negro, con el auricular y la horquilla en la encimera de la cocina.

Ríos señaló de nuevo la puerta del dormitorio, y volvió a iniciar la cuenta atrás. Cinco. Cuatro. Tres.

Se puso en marcha el buzón de voz. Por un altavoz, una voz susurró:

—La puerta está abierta. Dejen caer el ariete y den la vuelta al picaporte.

Era la voz que Caitlin había oído en las llamadas a las familias de las víctimas. La voz ronca del Profeta. No la susurrante de Fletcher en el parque, sino una versión mucho más tenebrosa. Estaba actuando.

El corazón le latía a mil por hora, y le golpeaba el pecho. Él la estaba mirando.

¿Desde dónde?

El oficial táctico del salón miró hacia fuera, a la lluvia. Ríos le indicó que cerrara la puerta principal, astillada. Caitlin examinó el apartamento. No vio cámara alguna, ni dispositivos de ningún tipo; nada. Desde el teléfono llegó una respiración lenta y áspera.

Ríos los miró. Uno por uno, todos negaron con la cabeza. ¿Cómo demonios los estaría viendo?

Ríos tomó una decisión. Dio la señal de avanzar. Caitlin apretó el hombro de Shanklin. Shanklin asintió.

Ríos dio la vuelta al picaporte y entró en la habitación. El segundo hombre iba pegado a él. Desde el vestíbulo, el dormitorio quedaba abierto, a la vista. Estaba oscuro. Un rayo de luz procedente de la calle entraba por la ventana. Había unos estantes con libros. Una cama de matrimonio. En medio de ella, esperándolos, estaba Bart Fletcher.

Muerto.

Yacía de espaldas, con las palmas hacia arriba, en señal de penitencia, con la cara iluminada por las luces chillonas de la calle. Aunque estaba a dos metros de la puerta, Caitlin vio el horrible hematoma que tenía en la garganta. Estrangulado.

—Derecha, despejado —dijo Ríos.

—Izquierda, despejado.

Ríos continuó moviendo el cañón de su rifle por toda la habitación. Shanklin

entró. La habitación estaba tan silenciosa como una tumba. Ríos la registró. Cada centímetro de su postura gritaba: «¡Alerta roja!». Caitlin pensó en avispas, en el teléfono conectado en un coche aparcado, lleno de pájaros muertos. El corazón le latía con fuerza.

Shanklin señaló hacia la cama.

—¿Qué es eso?

Todos se volvieron. Shanklin se dirigió hacia la pared y pulsó el interruptor de la luz. Cuando Ríos se volvía hacia ella, una luz intensa por encima de su cabeza iluminó la habitación.

—Mierda —dijo Shanklin—. Hay alguna cosa pegada con cinta adhesiva al...
«Clic».

—¡Bomba! —gritó Ríos.

Agarró a Shanklin y se abalanzó hacia la puerta. Caitlin solo tuvo tiempo de volverse y levantar los brazos por encima de la cabeza.

El relámpago iluminó de blanco las paredes.

«Muertos, estamos todos muertos».

Pero no hubo explosión, ni onda expansiva, ni metralla, ni luz deslumbrante. Jadeando como si hubiera corrido quince kilómetros, Caitlin bajó los brazos. Ríos se quedó de pie junto a la puerta, con gesto ceñudo, empujando a Shanklin contra la pared.

Desde la cama llegó una especie de siseo. El sonido del clic era un mando que disparaba un interruptor. A Caitlin se le pusieron los pelos de punta.

Sujeto al pecho de Fletcher con una cinta adhesiva se encontraba una especie de paquete pirotécnico. El pitido fue en aumento.

El Profeta le había atado al pecho unos fuegos artificiales.

El papel que envolvía los fuegos artificiales ardió. En el interior se encontraba un polvo de un naranja oxidado, como polvo de hierro, en un lecho de papel de aluminio. Los cohetes sisearon y ardieron como bengalas. Saltaron y ardieron unas chispas de un color rojo anaranjado. Se extendieron como llamas, ardiendo demasiado rápido. Brillantes, como un volcán que emergiera de su pecho. El hollín negro caía por todas partes, encima de sus brazos, cuello y cara. Entonces

se incendió todo. Surgieron unos zarcillos, como serpientes carbonizadas que se agitaran desde un nido. De un rojo intenso, se curvaban y extendían hasta alcanzar medio metro, un metro de largo, y envolvieron el cuerpo por completo.

—¡Mierda! —gritó uno de los chicos del grupo de coordinación—. ¡La madre que lo parió!

Ocho tentáculos. Diez. Se retorcían como cuernos, y luego se fueron enfriando, hasta convertirse en dedos de hueso de más de un metro de largo que se agitaban, se balanceaban y palpaban. Uno se deslizó por la cara del periodista y se metió en su boca abierta. El oficial retrocedió a trompicones, con un ataque de arcadas. Un humo espeso y apestoso llenó la habitación.

—Era un interruptor controlado por radio —dijo Guthrie—. Quienquiera que lo activase, está cerca de aquí.

Tosiendo, Caitlin corrió a la ventana. En la calle, abajo, en medio de la lluvia, un hombre con una chaqueta con capucha se metió un objeto en el bolsillo. Su cara resultaba invisible. Llevaba un móvil pegado al oído.

Desde el teléfono de la cocina, la voz dijo:

—Diez pasos por detrás, Hendrix.

Sin aliento por el mordisco cáustico del humo, ella informó:

—Ahí.

El equipo cargó contra la puerta. El hombre de la capucha miró hacia la ventana un segundo más, y luego empezó a andar hacia atrás, sin rostro, con las luces iluminándolo por detrás entre la lluvia. Se metió el teléfono en el bolsillo, se volvió y se fundió entre el tráfico de la calle. Caitlin siguió mirando hasta que apareció el equipo de Ríos en la acera, corriendo. Luego tosió, se dobló en dos y salió corriendo del dormitorio.

Oyó una transmisión por radio, precipitada y alterada por la estática.

—Se dirigía hacia la estación del BART.

Caitlin salió corriendo por la puerta principal hasta la pasarela y se inclinó por encima de la barandilla, aspirando aire con fuerza. Shanklin salió dando tumbos y se cogió a la barandilla, junto a ella. Entre arcadas, escupió un largo hilo de baba hacia el patio que quedaba debajo.

La lluvia caía en ráfagas frías contra el rostro de Caitlin. Guthrie salió del apartamento y le preguntó si estaban bien. Caitlin asintió. Miró a través de la puerta astillada. Una sensación insidiosa se abrió paso en su interior. Esas serpientes agitadas. Como tentáculos. Como la Cosa. Alien surgiendo del cuerpo de Fletcher.

—Joder... —dijo Guthrie.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo entero. Lanzó una mirada intensa hacia la puerta.

Caitlin sacó un par de guantes de látex y una bandana de su chaqueta. Se ató la bandana encima de la nariz y la boca, al estilo de un atracador de bancos.

Lanzó una mirada a Guthrie. Este sacó un pañuelo de su bolsillo y se tapó la nariz. Cuando ella volvió a entrar en el apartamento, él la siguió.

En el dormitorio, el humo había ido desapareciendo. Fletcher seguía en la cama, con las manos aún en gesto de penitente. Los horribles zarcillos como serpientes se habían enfriado y ya no eran rojos, sino grises, y ahora estaban congelados y quietos, como una corona de verdor que se hubiera marchitado y fosilizado. Habían azotado la cara de Fletcher, atravesado la cama, se habían metido entre sus piernas y habían quedado quietos encima de su bragueta. El hedor a productos químicos y carne quemada era abrumador, aun a través de la bandana.

Durante un segundo, su estómago intentó vaciarse. Ella se contuvo y se esforzó por no respirar.

Entonces vio el mensaje garabateado en la pared.

Anillos de serpientes espantosos lo rodearán Quiera o no quiera, y se retorcerá Aterrorizado En medio de su nido, chillando Pidiendo misericordia después de confesar Todo será inútil, ¡LADRÓN! El infierno os espera a todos.

Después, apoyándose en el coche que había junto al complejo de apartamentos, en la creciente oscuridad, Caitlin se quitó la chaqueta y dejó que la lluvia le picoteara los hombros. Unas luces relampagueantes, como de una feria, giraban a su alrededor: coches de policía, de bomberos y ambulancias. No le importaba que hiciera frío, y que el viento le arrebatara todo su calor. Necesitaba quitarse de encima aquel olor.

El hombre encapuchado se había desvanecido entre el tráfico de la hora punta del viernes, en la estación del BART. Era un intercambiador de cuatro líneas de trenes y, a pesar de la intensa persecución del equipo de Ríos, se había evaporado.

Sacó el móvil, dudó un momento y llamó a Sean.

—Eh —dijo él—, ¿qué es lo que...?

—Estoy en el escenario de un crimen —respondió ella—. Uno ochenta y siete. El artículo del Código Penal de California relativo al asesinato.

—El departamento de Investigación de Incendios de Oakland va de camino. Me sería muy útil contar con algún experto en pirotecnia. ¿Podrías mirar una foto? —le rogó.

—Envíamela.

Ella cortó la llamada y buscó una foto que había tomado de los daños causados al cadáver de Bart Fletcher. Las serpientes carbonizadas estaban centradas. La recortó para que no se le viera la cara a Fletcher.

Guthrie llegó cuando ella estaba trabajando con la foto.

—¿Qué estás haciendo?

—Le envió esto a Sean Rawlins. Es especialista certificado en explosivos de la ATF. Le diré que lo borre en cuanto me dé su opinión.

Guthrie meneó la cabeza y la miró. Tenía el pelo mojado y pegado a la cabeza.

—Es una cuenta atrás, lo sabe perfectamente —le recordó Caitlin—. No será la última víctima este fin de semana. Necesitamos cada minuto, y los de Incendios todavía no están aquí.

Guthrie se levantó el cuello del abrigo.

—De acuerdo.

Ella mandó la foto. Sean la llamó casi de inmediato. Ella puso el altavoz.

—Esos cohetes se llaman «serpientes del faraón» —dijo Sean.

«Anillos de serpientes espantosos lo rodearán». Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—Se prohibieron en Estados Unidos en los años cuarenta. Todavía se encuentran en otros países, sobre todo en el antiguo bloque del Este, en Rusia. Es una combinación de tiocianato de mercurio y dicromato de amonio.

Caitlin miró a Guthrie.

—Mercurio. Es su firma.

Guthrie se inclinó hacia el teléfono.

—Agente Rawlins, ¿está usted seguro?

—Al cien por cien —respondió Sean—. Y aunque yo mismo no lo hubiera reconocido, lo he comprobado con una base de datos de fotografías de ese tipo de productos. Y cuadra a la perfección.

—Y dice usted que están prohibidos en Estados Unidos —dijo Guthrie.

Caitlin asintió. Sería muy difícil importarlo. Quizás eso podría proporcionarles una pista válida.

—Es una combinación venenosa —les advirtió Sean—. Es increíblemente tóxico. Se los vendían a los niños. Una locura.

—Gracias —dijo Guthrie—. Por favor, borre la foto que le ha enviado la detective Hendrix.

—Hecho —confirmó Sean.

—Gracias —dijo Caitlin—. Me tengo que ir. Luego hablamos.

Colgó.

—Esto es una locura... —se quejó Guthrie.

—Ya lo sé. —La lluvia le golpeaba el rostro—. Pero todo esto sigue un método.

—Entonces será mejor que averigüemos cuál es. —Se volvió para irse—. Póngase el maldito abrigo, Hendrix, y vayamos a descubrirlo.

Estaba oscuro cuando Caitlin volvió a la comisaría. En el vestuario se quitó la camiseta húmeda y se volvió a poner la camisa manchada de café que había llevado por la mañana. En la comisaría reinaba el ajetreo, pero la oscuridad exterior, con los fluorescentes reflejados en las ventanas, lo hacían parecer un lugar cerrado, aislado y expuesto.

Guthrie sujetó dos nuevas fotos a la pared. Las serpientes. Y el mensaje.

Todo el mundo se sentía extenuado. Incluso Martínez, que no había ido al piso de Fletcher. Shanklin le rehuía la mirada a todo el mundo. Los ojos de Guthrie parecían más hundidos todavía en su rostro enjuto, si cabe.

En un rincón de la habitación, un televisor emitía las noticias en silencio. el profeta se atribuye nuevos crímenes. terror en la zona de la bahía. servicios religiosos pospuestos. los warriors cancelan el partido de esta noche.

El Profeta los había vuelto a atacar. Ardía. Ardía y apestaba, y a ella le parecía que se la iba a comer entera, corrosivo, con un fuego blanco que entraba en erupción.

Alejada del escenario, lo revivió todo de nuevo. Fletcher, inmóvil en la cama mientras los fuegos artificiales estallaban, más calientes que un horno, más calientes que una forja. Él ya no sentía nada. Sus ojos no se movían ni parpadeaban mientras las partículas de metal fundido le daban en la cara y le abrasaban las córneas.

Muerte. Más allá de la muerte. El Profeta quería que lo inhalasen, que salieran huyendo de allí, que supieran que se lo infligía a todos ellos.

Guthrie se quedó de pie frente a la foto de Fletcher.

—¿Por qué eligió el Profeta a este tío?

Nadie respondió. Guthrie se volvió.

—Escogió a Fletcher por algún motivo. ¿Cuál?

Martínez dijo:

—¿Estamos seguros de que fue Fletcher el que se abrió el perfil de Parejas por Zodíaco?

—Compruébelo.

—La pulsera del tobillo —dijo Caitlin—. ¿Cómo se la quitaron sin que saltara la alerta?

—Pues todavía no lo sabemos.

La miró, pero fue Shanklin quien se movió.

—Ya lo compruebo yo.

Asintió. Caitlin no dijo nada. El pelo de Shanklin se escapaba de su coleta. Parecía un perro apaleado.

La pregunta inicial de Guthrie flotaba en el aire.

—No sé por qué eligió a Fletcher —respondió Caitlin—. Pero creo que eligió a Melody James y Richard Sánchez porque estaban en el Olive Garden de Union City la noche en que Fletcher estuvo allí.

Era una idea terrible, que los hubieran cogido y asesinado porque podían ayudar a arrojar sospechas sobre el periodista. Se frotó los ojos.

El Departamento de Policía de Oakland estaba a cargo del escenario del crimen. Hasta que completaran la investigación y redactaran su informe, y quisieran proporcionarles alguna información, lo único que podían hacer en aquel centro de operaciones era esperar. Y atacar por otros frentes.

—Volvamos al trabajo —sentenció Guthrie.

Martínez y Shanklin fueron hacia sus escritorios. Caitlin se quedó mirando la pared llena de fotos. Tenía el pelo enmarañado. La camisa tiesa por el café. Los vaqueros húmedos y pegados al cuerpo. Y aquel hedor metido en las fosas nasales. Un olor pesado, químico, que apestaba a humo y a carne quemada. Deseaba quitarse la ropa y meterse bajo una ducha caliente de una hora. Quizás incluso un baño de vapor para limpiarse bien. Cualquier cosa que disipara la sensación de que Bart Fletcher se había convertido en el humo que ahora se alojaba en sus pulmones y en su torrente sanguíneo.

Shanklin se dejó caer en la silla que tenía frente al escritorio y se presionó los ojos con los dedos. Durante apenas un instante, Caitlin sintió cierta satisfacción al verle la coronilla. Un vergonzoso instante.

—Mary, ¿quieres un café? —le preguntó.

Shanklin levantó la vista. Caitlin se sacó unas monedas del bolsillo. Shanklin asintió.

Caitlin volvió con una taza para cada una. Shanklin le dio las gracias. Caitlin se acercó a la pared.

Se quedó mirando la foto del mensaje escrito con aerosol en la pared del dormitorio donde Fletcher yacía muerto.

Anillos de serpientes espantosos lo rodearán Quiera o no quiera, y se retorcerá Aterrorizado En medio de su nido, chillando Pidiendo misericordia después de confesar Todo será inútil, ¡LADRÓN! El infierno os espera a todos.

Se estaba burlando de ella.

Había un patrón en todo aquello. En los mensajes. Ella lo sabía.

Pero nada de lo que se le ocurría tenía sentido.

«Pero...».

Volvió a su escritorio y tecleó las frases en un buscador. Nada. No era un poema publicado, como el verso que procedía del *Paraíso perdido*, o el verso de T. S. Eliot escrito en el brazo de Kelly Smolenski. No era la letra de ninguna canción, ni tampoco el lema de una banda, ni siquiera las líneas tomadas cada una por separado. Al menos, no en inglés.

Se apretó los lagrimales con los dedos.

«Ve en otra dirección».

Poesía. Los mensajes que el Profeta había enviado en ese tiempo parecían relacionados con la poesía. Al menos, desde el aspecto formal. Comparó el número de sílabas de cada línea del último, y se preguntó si se traduciría en un patrón numérico.

Nada.

Entonces dejó de mirar las palabras en sí, y se obligó a sí misma a hacer

asociaciones libres. A retroceder unos pasos.

¿Por qué estaban tan separadas las palabras en el mensaje? ¿Porque las escribió con prisas? ¿Porque resultaba difícil pintar con aerosol en una superficie vertical?

No creía que fuera eso. Se incorporó un poco.

El Profeta había escrito docenas de notas y mensajes, a lo largo de los años. En papel, con rotulador, con pintura. Los mensajes escritos eran perfectos, gramaticalmente hablando. Los escritos a mano, limpios y claros. Incluso el mapa que había encontrado su padre demostraba su habilidad y su cultura a la hora de escribir.

Los huecos en las líneas tenían que significar algo.

Al menos, ella quería que significaran algo.

Cogió un bloc de papel y un bolígrafo. Escribió el mensaje. Primero con los espacios, aproximadamente. Luego con un espaciado normal. No creía que los espacios extra, veinticinco centímetros entre «chillando» y «pidiendo» indicasen dónde debía ir la puntuación. Quizá fueran cesuras, para señalar las pausas a la hora de pronunciarlo. Leyó el mensaje en voz alta.

No salía. No salía nada. Dio con el bolígrafo en el bloc, cada vez más y más fuerte.

—Háblame.

Cortes. Eran cortes.

Volvió a escribir el mensaje, esta vez dedicándole una línea a cada uno de los segmentos de texto.

En lo más profundo de su mente se desenrolló un gusanito de reconocimiento. Un atisbo, intangible, fuera de su alcance aún.

Contuvo el aliento, casi tocándolo, temiendo que al moverse o tan solo parpadear la idea saliera volando antes de que pudiera atraparla.

Anillos de serpientes espantosos lo rodearán Quiera o no quiera, y se retorcerá Aterrorizado En medio de su nido, chillando Pidiendo misericordia después de confesar Todo será inútil, ¡LADRÓN! El infierno os espera a todos.

Buscó entre los expedientes que tenía en el escritorio y sacó una carpeta. La abrió. Extrajo una copia del mensaje del Profeta que acompañaba a los lirios negros.

Sacó otro mensaje del ordenador. Del maizal. Todavía no respiraba. Cogió el que se envió a las noticias de la KDPX cuando encontraron a Stuart Ackerman flotando en el abrevadero. Sacó todas y cada una de las comunicaciones que había enviado el Profeta desde que volvió.

Solo una era de dominio público: el mensaje a la KDPX. El resto estaban en manos de la oficina del sheriff de Alameda, y no se habían hecho públicas. Recogió el bloc. Le empezaban a temblar las manos.

La nota del maizal:

Años y años pasaron... Que me había ido... Ángeles caen... Esa insolencia... Por mucho que gimáis... Trae gran dolor... Es como un huracán...

El mensaje de vídeo enviado a la KDPX después del crimen del profesor de matemáticas.

Aunque mucho corrió, las flechas... Que la violencia... Acabó cazado... Ellos, los sheriffs de Alameda... Pero tropiezan... Todos... Es inútil...

La nota que venía con los lirios negros.

Ansiosos por abatirme... Qué desesperación... Al salvajismo... Echasteis a correr... Peor que esas... Tuvieron... Espantoso...

La posdata escrita en la parte posterior de aquella nota:

Ahora dime, CAITLIN: ¿Qué se siente: Al saber...? Es inútil... Perdiéndolo... Tu padre... Electroshocks...

—¡Dios mío! —exclamó.

La primera letra de cada línea era la misma en todos y cada uno de ellos.

Excepto la posdata personal. Y en esa nota, las letras en mayúsculas eran las mismas que en los otros mensajes.

A Q A E P T E.

El bolígrafo de Caitlin estaba suspendido en el aire, encima de la hoja de papel. No quería moverse ni un centímetro, por si las letras que tenía delante desaparecían.

A Q A E P T E.

Comprobó de nuevo todos los mensajes del Profeta. No había duda. Aquellas eran las primeras letras de todas las líneas de todos los mensajes que él había enviado a la policía desde su regreso. El mismo orden, todas las veces. Era un acróstico.

—Mierda. —No lo había visto antes. Demasiadas interferencias. «Vamos, concéntrate».

Apartó los expedientes del teclado de su ordenador y buscó: «AQAEPTE».

La respuesta:

«¿Quiere decir: acepte?».

¿Qué significaban esas letras?

Fue bajando por la página para buscar resultados.

Hashtag de Instagram Métodos de vegetación rápida: Andepta aad Aqaepete. Login. ¿Quién tiene la matrícula aqaepete? acrónimos, definiciones. ¿qué significa aqaepete?

Hizo clic.

—Joder...

Allí estaba, delante de sus narices.

«Aquellos que aquí entráis, perded toda esperanza».

Lo volvió a leer y la boca se le fue secando, y las palmas le empezaron a picar.

Era la frase. Siete palabras muy conocidas, aunque no siempre bien

traducidas. No venían de ningún sermón incendiario, ni de *Piratas del Caribe*. No eran modernas.

La frase procedía del *Infierno* de Dante.

Caitlin siguió leyendo y la habitación pareció centrarse e iluminarse. Encontró una web universitaria que resumía el *Infierno*. Solo sabía lo más elemental de todo aquello. El título, básicamente. Lagunas de la licenciatura en Criminología: no estudias literatura italiana medieval.

Intentó retenerlo todo, corriendo por el texto.

Lasciate ogne speranza, voi ch'intrate. Canto III, verso 9.

En el *Infierno*, esa frase está grabada en piedra encima de la puerta que da al inframundo. Saluda a las almas perdidas que pasan para siempre al mundo de los condenados. «Perded toda esperanza». Porque cualquier alma que lea esas palabras está condenada al tormento eterno. Están entrando en un mundo de gritos y sufrimiento del cual no serán liberados jamás.

Bienvenidos al infierno.

Pensó en el mensaje escrito en el brazo de Lisa Chu. «Ira infinita y desesperación infinita». Aquellas palabras, lo sabía bien, pertenecían al soliloquio de Satanás en el *Paraíso perdido*. Veinte años atrás, los mensajes del Profeta ya apuntaban al infierno.

Cogió el móvil y llamó a una librería online. Le temblaban los dedos por la emoción y la expectación. Aquella era la pista buena. Tenía que serlo. Su búsqueda había dado con una docena de versiones del *Infierno*. La traducción de Longfellow. La traducción de Ciardi, la edición bilingüe de Pinsky, en inglés y en el original italiano. Podía comprarlas o bien por separado, o bien como parte de una trilogía: *Infierno, Purgatorio y Paraíso*. La *Divina Comedia*.

Compró la trilogía, descargó el *Infierno* y fue al Canto III. Sus primeras líneas decían así:

Soy el camino a la ciudad de la congoja. Soy el camino a las personas abandonadas. Soy el camino a la desdicha eterna.

La cabeza le latía con fuerza. «Soy el camino...». Eso era lo que había dicho el Profeta en el programa de radio, justo antes de colgar. «Soy el camino, la prueba y la disputa».

Ella había pensado que el asesino pervertía así las palabras de Jesús: «Soy el camino, la verdad y la vida». Pero no. Camino, prueba, disputa. Congoja. Personas. Desdicha. CPD. Las mismas letras en ambos casos.

—Qué hijo de puta.

Entonces recordó algo más. Apartó los papeles que cubrían su escritorio y encontró el diario de su padre. «21 de marzo, las almas caen de cabeza».

Buscó online.

La *Divina Comedia* de Dante Alighieri, *Infierno*, Canto XXXIII. «Cuando un alma traiciona... el alma cae de cabeza en esta cisterna...».

De inmediato, Caitlin lo entendió todo. Lo vio. Miró a través de los años, y las muertes, y las grotescas escenas de los crímenes, y vio la fantasía secreta del Profeta. Leyó, frenética, en busca de confirmación. Arrancó una página de un cuaderno y con enormes letras escribió: «aquellos que aquí entráis, perded toda esperanza».

—¡Sargento Guthrie! —exclamó.

Se puso en pie y se dirigió a la pared. La gente la miraba. Martínez se giró en su silla y se puso de pie, y la siguió. Guthrie salió de su despacho. Ella clavó la hoja de papel rota en medio del tablero.

Guthrie se acercó, con los brazos en jarras.

—¿Sí, detective?

Ella se volvió. Cuando Guthrie captó la expresión de sus ojos, retrocedió un paso.

—Sé lo que está haciendo —dijo ella—. El Profeta. Está escenificando los asesinatos para retratar los nueve círculos del infierno.

—Dante —dijo Guthrie.

—Está todo aquí. Estoy completamente segura. No tengo ninguna duda —respondió Caitlin.

—A ver, más despacio. Enséñemelo todo.

—Cada movimiento que hace el Profeta viene directamente del *Infierno* de Dante. Aun leyéndolo a toda velocidad, se encuentra. Referencias a avispas, perros salvajes, víboras... Todo está ahí.

Martínez se acercó. Guthrie levantó las manos como si intentara calmar a un caballo encabritado.

—Tranquila...

—El libro. Es un viaje por el infierno. Que Dante se imagina como una cueva por debajo de la tierra. Como un embudo. Con nueve círculos concéntricos que descienden cada vez más y más, castigando distintos niveles de pecados.

Se inclinó por encima de su teléfono, mirando el texto.

—Mire. En el séptimo círculo, la gente violenta se abrasa en un río de sangre hirviendo. Si intentan escapar, les disparan con flechas.

Se le reveló entonces otra conexión. Levantó la cabeza, corrió a su escritorio y cogió los nuevos mensajes del Profeta. Los examinó con una emoción cada vez más intensa.

—¡Está aquí! Nos lo ha estado diciendo. Está aquí. —Leyó parte del mensaje recibido después del asesinato de Stuart Ackerman—. «La violencia siempre trae violencia. Acabó cazado en un río de sangre».

—Madre de Dios... —exclamó Martínez.

Guthrie miraba la foto del escenario del crimen. El cuerpo de Stuart Ackerman en el abrevadero con el agua ensangrentada.

—¿Y el símbolo de Mercurio? ¿Qué papel representa en todo esto?

Ella buscó en el texto.

—Pues es...

Detuvo las páginas que iban pasando y miró una nota al pie. Se le erizó el vello de la nuca.

—Hendrix...

—Espere.

—Vamos...

—Es una de las obras más importantes de la literatura occidental y solo he tenido media hora para hojearla un poco en el móvil. Deme un momento. —Le dirigió una mirada, pero se arrepintió al instante—. Lo siento, sargento.

Él hizo una mueca y asintió, señalando su pantalla.

—Continúe.

Canto IX, 61 y ss. aparece el mensajero.

Ella resumió la nota al pie.

—En el *Infierno*, el mensajero del cielo va y viene a grandes pasos por el infierno, rugiendo a los condenados. Los azota como un huracán y dispersa a los demonios. La nota al pie dice: «A veces se identifica al mensajero con el dios Mercurio».

Se volvió hacia el tablero, a la foto del símbolo del Profeta.

—El asesino no es un discípulo de Satán. Cree que está del lado de los ángeles. Es el mensajero de la muerte y castiga a un mundo que el cielo odia.

El aire parecía estar cargado de electricidad, con un zumbido subliminal.

—¿Y cómo se relaciona esto con el poema de T. S. Eliot? ¿Se relaciona? —preguntó Guthrie—. ¿Y el equinoccio?

—La acción del *Infierno* tiene lugar en el Triduo Pascual. Dante baja al infierno la noche del Jueves Santo. La historia acaba el Domingo de Resurrección.

—¿A qué hora?

—Eso no lo sé.

Ella miró de nuevo el texto denso del libro que había descargado en el móvil.

Él pensó un segundo.

—Coja el coche. Vaya a la librería más cercana y compre todos los ejemplares que tengan. —Miró a su alrededor, al centro de operaciones—. Todo el mundo a leer esta noche. El Profeta nos lleva veinticinco años de ventaja y tenemos que correr a toda pastilla para alcanzarlo.

SÁBADO SANTO

Caitlin entró en el centro de operaciones a las siete y media de la mañana, rendida de sueño y muy nerviosa. Dejó caer su bolso en el escritorio y sacó la guía literaria SparkNotes del *Infierno* que se había agenciado en la librería por la noche. Había doblado las esquinas de las páginas, y multitud de notas multicolores sobresalían del libro como lenguas de papel. Cuando miró a su alrededor vio que todo el mundo tenía un libro de bolsillo. Dante estaba por todas partes.

Shanklin se había recompuesto y llevaba el pelo peinado hacia atrás y recogido en un moño. Levantó su ejemplar.

—Qué intelectuales, ¿no? —Leyó la contraportada del libro—. «Un poema con salvajes e interesantes imágenes». Samuel Taylor Coleridge, nada menos.

—El mejor publicista de la historia.

—Me alegro por Dante. Pero somos nosotros los que tenemos que limpiar, después de su desaguisado.

Dejó caer el libro. Caitlin se sintió extrañamente aliviada al ver que Shanklin volvía a ser la misma víbora de lengua afilada de siempre.

Martínez pasó junto a ellas, con el sombrero echado hacia atrás sobre la brillante calva.

—Este libro está lleno de mierdas muy locas. Literalmente... Gente llena de mierda como castigo. O sumergida en pez hirviendo. O comiéndose vivos los unos a los otros. Vaya imaginación bestia que tenía este tío.

—Y todavía tiene poder.

—Me ha asustado de muerte, tía.

Caitlin notaba que aquel día, además de la camisa hawaiana salpicada de piñas

de un verde chillón, Martínez llevaba un crucifijo.

El hombre tocó la cruz y señaló hacia ella.

—Tampoco te haría ningún daño.

Ella disponía de apenas unos pocos minutos antes de la reunión matinal. Llamó a su padre, con los dedos temblorosos por la emoción. Se merecía saber lo que ella había descubierto. Quizá pudiera añadir algo. Saltó el buzón de voz.

—Papá, llámame. Es importante. Tengo noticias.

Colgó y le mandó un mensaje de texto a Sean.

Noticias superimportantes. Hoy trabajo. Te informo en cuanto te vea.

Sean la llamó al cabo de medio minuto.

—¿Estás bien?

—Sí. Hecha polvo. Pero Sean, he descifrado el código.

—Joder... Cat. ¿Qué es?

Guthrie pasaba a su lado. Le hizo una seña hacia la habitación donde convocaban la reunión.

—Tengo que irme —dijo ella.

—Llámame cuando tengas tiempo. Querría saberlo.

—Sí —colgó. Empezó a seguir a Guthrie, pero regresó a su escritorio a coger su móvil. Le envió un mensaje de texto a Sean: «Deséame suerte». Silenció el teléfono y fue detrás del sargento.

Veinte minutos más tarde, el equipo del Profeta estaba reunido en el centro de operaciones. El teniente Kogara estaba de pie, al fondo. Guthrie señaló a Caitlin.

—Tiene la palabra.

Ella se dirigió hacia el muro. Al ponerse ante el equipo completo, notó cómo los nervios se apoderaban de ella. Luego su convicción volvió con rapidez. Aquel era un auténtico hallazgo. Lo había hecho bien. Su pulso corría a un ritmo frenético.

—Todos los crímenes cometidos por el Profeta, si nos remontamos hasta el

asesinato de Giselle Fraser en la cabaña del parque Peñasquitos, coinciden con alguna escena del *Infierno*.

Levantó el libro.

—Dante lo escribió hace setecientos años. Es un poema épico sobre un viaje al corazón del infierno. Y es el guion que sigue el Profeta.

Todo el mundo estaba callado.

—La historia tiene lugar desde la noche del Jueves Santo hasta el Domingo de Resurrección. Dante desciende al infierno durante el equinoccio de primavera.

Martínez se echó atrás el sombrero. Guthrie se puso tenso. Ella señaló una foto de escenario del crimen.

—El primer crimen, el 23 de septiembre de 1993, se cometió durante el equinoccio de otoño —dijo ella—. El escenario del crimen coincide con una de las primeras escenas del *Infierno*. La entrada al infierno. Las almas condenadas vuelan en torno al círculo, arrastradas por un viento oscuro. Son los indecisos, personas que nunca tomaron partido en la vida, y ángeles que permanecieron neutrales durante la batalla celestial entre el Bien y el Mal, cuando Lucifer cayó. Vuelan por el aire, gimiendo, mientras les pican las avispas.

Martínez silbó. Guthrie avanzó unos pasos.

—Es el único crimen que está fuera de temporada. Creo que se debe a que el sospechoso conocía a la víctima y la escogió cuando su necesidad de matar fue superior a él. Pero en cuanto empezó con este... digamos «proyecto», hizo coincidir las muertes con la cronología del *Infierno*.

Recorrió la pared.

—David Wehner. Profesor de religiones orientales, asesinado durante el equinoccio de primavera de 1994. Lo asfixió con una bolsa de plástico y lo dejó en la noria de una feria.

Clavó una foto: la casa de la risa, un puesto de algodón de azúcar, atracciones como Wild Mouse, Limbo, Skee-Ball.

—El primer círculo alberga a los paganos virtuosos, almas que no conocieron la luz de Cristo. Existen entre un eterno suspirar y una eterna tristeza. —Comprobó que seguían su razonamiento—. Es el limbo.

Shanklin asentía.

Caitlin pasó a la siguiente foto.

—Barbara Gertz, a quien dejaron junto a los chorros de secado de un túnel de lavado de coches. El segundo círculo castiga los pecados de la carne, y Barbara se había casado cinco veces. Esas almas se rinden a la tormenta de sus pasiones. En la muerte, acaban barridas por las tormentas del infierno.

Puso una foto de Helen y Barry Kim tomada en un banquete.

—Tercer círculo. Cerbero, el perro de tres cabezas de la mitología romana, destroza a los glotones en un montón de basura.

Kogara se inclinó contra la pared de atrás, con el traje muy arrugado, los brazos cruzados.

—Los encontraron el 12 de abril. No es el equinoccio. ¿Era Pascua quizá?

—No podemos confirmar la fecha exacta en la que murieron. Sus cuerpos llevaban varios días en el vertedero. Pero aquel año, el 7 de abril fue Pascua... según el calendario del rito oriental.

Kogara asintió, pensativo. Ella siguió hablando.

—Cuarto círculo. Justine y Colin Spencer. Sábado Santo en el calendario ortodoxo. Sus cuerpos cayeron de un volquete.

Sujetó una foto de una revista de estilo de vida de la Zona de la Bahía. Habían retratado a Justine Spencer sonriendo ante un vestidor hecho ex profeso para sus zapatos de firma.

—Los codiciosos acarrean piedras por todo el infierno, y luchan eternamente por su posesión.

Caitlin buscó la foto de Lisa Chu.

—El quinto círculo es la Estigia, una laguna. Castiga la ira. Los iracundos se atacan los unos a los otros, metidos en el barro. Los hurraños se hunden en la laguna, tragando fango.

—«Ira infinita y desesperación infinita» —recitó Guthrie.

Caitlin cogió aliento y siguió.

—Tim y Tammy Moulitsas. —Tocó el retrato de boda de la joven pareja—. Es el sexto círculo. Herejía.

—¿Y el detective Saunders? —la interrumpió Kogara.

—Un asesinato, sin más, cometido por un sospechoso que iba huyendo.

La miró con dureza y mucha sabiduría.

—¿Y los nuevos crímenes?

—Cada uno de ellos. —Caitlin hizo una pausa—. Sus mensajes lo confirman. Dio unos golpecitos a la foto del maizal.

—Otra escena del sexto círculo. Los ángeles caídos impiden la entrada al infierno inferior. Las Furias chillan y se despellejan los pechos con las uñas. Y el mensajero deja caer sus lágrimas sobre todos ellos. La nota dice: «Ángeles caen, el mensajero desciende. Esa insolencia vuestra hace mucho daño, se acaba el desafío. Por mucho que gimáis, trae gran dolor el equinoccio».

—Ángeles caídos... —dijo Guthrie—. ¿Una joven esposa que va mariposeando por ahí?

—Es muy probable. Con un hombre que tenía un tatuaje de un ángel.

El gesto de Kogara se endureció.

—¿Siguió en el sexto círculo?

—Sí. En el libro, la escena da un cambio... Es el viaje a los lugares más profundos del infierno.

El gesto de él seguía siendo impasible.

Ella pasó a Stuart Ackerman.

—El séptimo círculo castiga la violencia. La noche en que murió, Ackerman iba al parque en busca de sexo duro.

—¿Y el coche de Ackerman? —preguntó Guthrie—. Los cuervos muertos con cabeza de muñeca...

—Las arpías —explicó Caitlin—. Monstruos con cuerpo de ave y cara de mujer. Infestan el Bosque de los Suicidas y desgarran las almas a jirones.

—Joder con el puto catolicismo —observó Martínez—. Con esos chantajes emocionales me asustaban de muerte para que fuera a misa todos los días.

Shanklin se cruzó de brazos.

—Las cabezas de muñeca eran sobre todo de bebés. Parece que siente una gran ira hacia todas las mujeres, ya desde la cuna.

Caitlin la miró.

—Exacto.

Se volvió hacia las fotos de escenarios del crimen.

—El octavo círculo castiga el fraude. Hechiceros, astrólogos y falsos profetas tienen las cabezas retorcidas hacia atrás, para no poder ver nunca lo que se avecina. Su nota decía: «Adivinatoras del futuro, pero no pudieron prever esto. Al final pagaron por su fraude».

Hizo una pausa.

—En el *Infierno*, los castigos son irónicos: justicia poética. Eso es lo que el Profeta cree que está administrando.

Kogara se dirigió a la pared.

—¿Y lo de Bart Fletcher? Esos... tentáculos.

—A los ladrones los arrojan a un pozo de víboras. Robaron en vida, así que se les roba la identidad en el infierno. Los ataques de la serpiente los transforman en unos reptiles mutantes horripilantes. —Notaba que la piel todavía le picaba—. Aún no sé qué es lo que cree el Profeta que robó Bart Fletcher.

Kogara ya parecía convencido.

—Lleva mucho tiempo con esto. La cuestión es: ¿cómo usamos esta información para identificar al Profeta?

—Vamos a buscar sospechosos que tengan cualquier tipo de interés por Dante —resolvió Guthrie—. Gente que tenga esos libros en sus estantes.

—Se está envalentonando —dijo Caitlin—. Enviar su mensaje por radio...

Kogara se volvió hacia ella.

—Quiero un informe por escrito en mi despacho al final del día. Detallando todos los crímenes. Explicando cómo coincide cada asesinato con el libro. Analizando dónde ha estado y adónde va a ir a continuación. Qué más podría intentar.

Caitlin tragó saliva.

—Sí, teniente.

—Tenemos que intentar ir un paso por delante de él.

La noche había caído, clara e infinita, cuando Caitlin entró por la puerta del garito de San Francisco. Estaba nerviosa como unas campanitas de viento a merced de un vendaval.

Había pasado primero por la casa de huéspedes. Cuando la propietaria dijo...

—Está calle abajo.

... Caitlin le preguntó:

—¿Cómo se llama el bar?

Pero la propietaria negó con la cabeza.

—Es una cafetería. Strange Brew. Tienen ordenadores.

Strange Brew tenía también un encanto decadente. Aquella noche estaba casi vacío. El camarero la miró con falsa languidez. Llevaba un moño masculino. Ella vio que la escrutaba de arriba abajo y la clasificaba como alguien que no lo obligaría a usar el bate de béisbol que tenía debajo del mostrador.

—Café largo —pidió ella.

Mack estaba sentado en la parte trasera, tras un ordenador que había junto a la pared de ladrillo. Fue hacia él.

Su informe para el teniente Kogara estaba a medio redactar. Esperaba que aquel viaje sobre el terreno le permitiera llenar algunos huecos.

Y tenía que darle las noticias a su padre.

Miró a Mack. Él estaba inclinado hacia la pantalla. Probablemente necesitaba gafas para ver de cerca, pero no las llevaba. Llenaba bien la camisa de trabajo Pendleton, pero parecía algo encorvado. Y tenía el pelo muy blanco. Recordaba a la época en que celebraban barbacoas, y la casa y el patio se llenaban de amigos, risas, música y olor a hamburguesas a la parrilla. Mack era gregario, atraía a la gente hacia él, saludaba a todos los invitados y les daba la bienvenida.

Pero ahora no: ahora estaba solo. Siempre. El trato con la gente le parecía físicamente doloroso.

Cuando ella se sentó a su lado, Mack ni siquiera reaccionó. Ella se inclinó hacia delante, hasta que lo pudo mirar directamente a los ojos. Él se puso en guardia como un resorte. Luego se volvió. Vio que era ella. Seguía en guardia.

En la pantalla aparecía Findthetrophet.com. Estaba navegando por los foros.

—Sal —le dijo ella.

Él pensó un momento y luego tecleó algo. La pantalla volvió a la página de inicio de la cafetería.

Ella se inclinó hacia él, con los codos apoyados en las rodillas.

—Ya sé lo que está haciendo.

Él no se movió ni cambió de expresión. Parecía un perro dispuesto a morder, o salir disparado.

—Lo que te voy a contar tiene que quedar entre nosotros dos. —Miró a propósito hacia el ordenador—. Ni una sola palabra. A nadie.

Él seguía sin moverse.

—Entiendo.

—Está representando los nueve círculos infernales del *Infierno* de Dante.

Ella se lo contó. Él la escuchó, con gesto agraz, casi inmóvil, durante varios minutos. Cuando finalmente ella terminó y se detuvo a coger aire, él empezó a asentir. Despacio. Y a balancearse. Cerró los ojos.

—No es ningún psicótico. Ni por asomo —concluyó.

—No.

—¿Todos los escenarios del crimen? —preguntó entonces.

Ella asintió.

—¿Giselle Fraser?

—Es una de las primeras escenas del *Infierno*. Justo después de entrar por la puerta donde está grabado «Perded toda esperanza».

Ella le explicó el canto con todo detalle. Él dejó escapar un ligero suspiro. Ella no sabía cómo se estaría tomando aquello.

—Dudar. Ser neutrales. ¿Es eso lo que está enviando al infierno a esa gente?

—preguntó.

—Es medieval, papá. Literalmente.

Él asintió.

—Asociados conocidos de la víctima. Hay una lista en los archivos.

—¿Crees que él conocía a Giselle Fraser?

—Si conocía a alguna de las víctimas, o tenía contacto con ella, serían las primeras. Quizás ella no quiso salir con él, o no era capaz de decidirse y quería que él fuera solo un amigo...

Caitlin asintió.

—Los Kim —dijo él.

—Cerberero —explicó ella—. El perro con tres cabezas.

Él se frotó la frente con los dedos.

—Lisa Chu.

—El quinto círculo. Estigia. Es una laguna. Por eso Lisa acabó ahogada en un estanque de tratamiento de aguas.

La miró cuando ella dijo «Lisa». Caitlin sabía muy bien por qué: eso significaba que había empezado a pensar en las víctimas como personas a las que conocía, personas lo bastante íntimas como para llamarlas por el nombre de pila. Eso podía ser una gran ayuda para un investigador. Y también podía ser peligroso, en términos psicológicos.

—He conocido a la chica que escapó de él aquel día —prosiguió ella.

—Kelly Smolenski.

Caitlin asintió.

—Kelly me contó lo que dijo el Profeta cuando la atacó en el garaje de su familia.

—«Zorra huraña».

Se lo explicó. Él se retrepó en su silla.

—Esa pobre niña...

Una enorme sensación de pesar la oprimió entonces y extinguió la energía con que había empezado. Mack escudriñaba ahora en su interior.

El camarero la llamó.

—Allá voy.

Llevó el café consigo.

—¿Estás sorprendido? ¿Te parece que todo encaja, que ayuda a que todas las piezas encajen en su sitio?

Volvió la emoción que había experimentado antes, pero con una sensación de miedo subyacente. Mack estaba muy calmado, pero eso podía ser el preludio de un brote.

Su voz sonaba baja.

—Tim y Tammy Moulitsas.

Caitlin se bebió el café y trató de centrarse. Si él quería hablar de los recién casados, eso los llevaría de nuevo por sendas tenebrosas de las que nunca había hablado con ella. Con nadie, quizá. Ella se preguntaba si no deberían cambiarse a otra mesa, lejos del ordenador, pues él podía romperlo.

—Por favor... —le rogó él.

Ella dejó la taza.

—Sí.

Mack tenía una mirada lúgubre. Sus ojos parecían hundidos, pensó ella, mucho más profundos de lo que ella era consciente. Parecía como si le hubieran extirpado lentamente el alma con un soplete, eliminando todos los excesos y dejando solo un núcleo caliente y dolorido.

—Los dejó inconscientes con una porra en su casa, los ató con cinta adhesiva y luego los llevó al cementerio —explicó él—. Los arrastró hasta el mausoleo y luego... la gasolina. Nunca lo entendí. El horror que les infligió. Quizás estuvieran inconscientes cuando tiró la cerilla. Nunca lo sabremos. Si Tim y Tammy sintieron dolor... —Se pasó una mano por la cara—. Los dos tenían veinticuatro años. Unos críos. Viendo eso...

—El sexto círculo era un enorme cementerio, lleno de tumbas al rojo vivo. Dante pensaba que los herejes negaban la inmortalidad del alma, de modo que su castigo consistía en pasar la eternidad en una tumba, ardiendo por la ira de Dios.

Mack cerró los ojos.

—Tim y Tammy no eran religiosos. Si hubiéramos...

Ella puso una mano encima de la de él.

—¿Qué habrías hecho?, ¿proteger a todos los ateos de California? No podías conocer su metodología por adelantado. Él los eligió porque es un asesino —
Prosiguió—. Al final, lo que lo mueve es la necesidad de matar.

Él la miró.

—Y una fantasía que nunca será lo suficientemente perfecta.

—Así que sigue intentándolo.

Él asintió. Le temblaba la mano debajo de la de ella. Él se inclinó hacia atrás, quizá pensando en ponerse de pie, pero ella lo detuvo.

—Papá...

—No sé lo que me vas a preguntar, pero no me gusta ese tono. Desde luego, no te pienso detener.

—Ese día, en el cementerio, después de que Saunders y tú llegaseis allí...

Él se echó atrás. Ella esperó.

Luego bajó la voz hasta que fue solo un murmullo.

—Por favor. Eres la única persona viva que ha visto al Profeta sin máscara.
Por favor.

Él la miró sin pestañear, durante un tiempo que a ella le pareció inacabable.
Luego prosiguió:

—Fue una cuestión de suerte que Saunders y yo llegásemos al cementerio tan pronto. Estábamos a dos manzanas de distancia cuando entró la llamada.
Paramos y vimos la furgoneta.

—¿Aparcada fuera, ante el mausoleo?

—Autocaravana. Robada. La usó para transportar a Tim y Tammy al cementerio.

Ella asintió, animándolo a continuar.

—Él la había metido marcha atrás en el mausoleo. Desde donde estábamos no podíamos ver más allá de la puerta del mausoleo, y él no actuaba de una manera abiertamente sospechosa. No sabíamos...

Apartó la vista. Intentó hablar, pero no le salió ninguna palabra.

Ella habló con toda la suavidad que pudo.

—¿Y se quedó a mirar?

Mack asintió.

—Quería disfrutar de su trabajo. —Dejó escapar el aire y se rascó los brazos—. Se quedó mirando al menos durante cinco segundos, mientras nos dirigíamos hacia él a toda velocidad. Tan solo se quedó allí quieto, de pie. Todo aquello lo tenía tan absorto que ni siquiera vio llegar nuestro coche. Él... estaba en trance. —Se estremeció—. Entonces salió huyendo. Saltó a la autocaravana. Le había hecho un puente, pero, cuando intentó arrancar de nuevo, no funcionó. No pudo ponerla en marcha una vez más. Así que tuvo que correr. —Hizo una pausa y se rehízo. Pareció apartarse del borde de un precipicio—. Hoy en día es mucho más difícil puentear un vehículo. Con los nuevos dispositivos electrónicos, no se puede sacar un cable simplemente y provocar una chispa para que arranque. Y eso significa que seguramente ahora conduce su propio vehículo.

—Eso es.

—Un cementerio enorme. Subió por una colina entre las tumbas. La única forma de ir tras él era a pie.

—Ya lo sé.

Mack se detuvo. Parecía perdido en sus recuerdos. Caitlin se inclinó hacia él.

—¿Qué aspecto tenía?

—Estábamos a unos doscientos metros cuando lo vimos. Llevaba una sudadera oscura, azul marino o negra. Vaqueros. Zapatillas deportivas. Las suelas de sus zapatillas, al correr, eran blancas. Era larguirucho. Caucásico. Con el pelo castaño, bien cortado. Y corría mucho.

—¿Cómo se movía?

La mirada de Mack se prolongó.

—Como un gato escaldado. Como si tuviera un miedo mortal a enfrentarse a una posible captura. Era joven y se movía con facilidad, pero le daba a los brazos frenéticamente. —Tragó saliva—. Era consciente de que había cometido un error. Y cometió otro. No conocía ninguna salida alternativa al cementerio. Por eso subió por la colina. No sabía que llevaba directamente a la autopista.

—Pero no se detuvo.

—Pues no, mierda. Él... —Mack la miró—. Entonces se volvió para mirar. Cuando vio que la autopista estaba justo por delante, miró hacia atrás. Y nos vio venir.

—¿Y le viste la cara?

—Era delgada, como el resto de su cuerpo. Lo único que vi, desde una distancia de un centenar de metros, fueron unos ojos y una boca muy abiertos. Entonces él se volvió y saltó la verja. Y con eso quiero decir que la saltó limpiamente. Era fuerte.

Ella se acercó más y lo presionó.

—Cuando atravesaste la autopista, después de que te dieran de refilón...

—¿Dijo algo Saunders? Es eso lo que quieres saber, ¿verdad? Porque él vio al Profeta de cerca y vivió lo suficiente como para que yo llegara hasta él.

—¿Lo hizo?

Mack negó con la cabeza.

—Dos tiros le penetraron el pulmón. Tenía una herida en el pecho. No podía hablar. Estaba... —Cerró los ojos—. Estaba a punto de morir. Tan solo le quedaban unos segundos. No dijo nada. Abrió la boca...

Ella se inclinó hacia delante.

—Pronunció sin decirlo el nombre de su mujer. Bella. Con toda claridad. Yo...

Mack se puso de pie y empujó la silla hacia atrás. Se volcó. El ruido sobresaltó al camarero. Mack retrocedió, con las manos levantadas y se dirigió hacia el lavabo.

—Papá...

Él negó con la cabeza y cerró de golpe la puerta del lavabo de caballeros después de entrar.

El camarero dirigió una mirada a Caitlin.

—Todo va bien —le aseguró ella, y recogió la silla.

Se sentó de nuevo a esperar, vuelta de lado para evitar la mirada del hombre.

Siempre esas miradas. Cuanto más crecía, más odiaba aquella compasión, las miradas furtivas, los gestos, esos «sí, es ella, pobre chica», las sonrisas, los rechazos, la negativa de algunas personas a hablar de ello, cortantes como una

guillotina que caía, si ella mencionaba el nombre de su padre. Se sentía como si la hubieran marcado al rojo, como si tuviera un aura a su alrededor que alertase a toda la gente de que era una paria. Odiaba especialmente a aquellos que decían que su padre tenía que arrepentirse, porque de lo contrario iría al infierno. Ahora lo sabía: el suicidio era el sueño de su padre para escapar del infierno.

Se abrió la puerta del lavabo de caballeros. Mack volvió y se dejó caer pesadamente en la silla. Se había refrescado la cara con agua. Tenía aún gotitas en la frente, que relucían con la luz ambarina.

Caitlin abrió la boca, pero él levantó una mano.

—Había sangre en el suelo del almacén. Unas gotas que se alejaban dejando un rastro. Pertenecían a Saunders. El Profeta había empezado a disparar desde al menos tres metros de distancia. Pero los disparos fatales se los hicieron a menos de un metro. —La miró—. ¿Entiendes? El Profeta le tendió una emboscada, lo golpeó con una tabla y cogió el arma de Saunders. Retrocedió hasta quedar fuera de su alcance y entonces le disparó, y después de abatir a Saunders, que agonizaba, se acercó lo bastante como para tocarlo. Había marcas de látigo en la camisa de Saunders. El Profeta se manchó las manos con la sangre de Ellis, y se las limpió mientras él yacía allí, asfixiándose y jadeando. Se manchó hasta el punto de que la sangre goteaba, después de darle el tiro de gracia y salir huyendo. Eso es lo que sé.

Caitlin tenía la garganta seca. Aquello no figuraba en ninguno de los expedientes que había leído.

—Aunque hubiera abatido a Ellis —prosiguió Mack—, se acercó para rematar la faena. Quería darle el toque personal. Lo saboreaba. Se regodeaba.

Sus ojos echaban chispas.

—Y luego huyó. Salió corriendo, papá.

Mack asintió, tenso.

Ella notó un ligero toque de algo que estaba fuera de su alcance.

—¿Por qué salió corriendo? ¿Te acercaste a él? ¿Fue por eso?

—A lo mejor.

—Pero le había tendido una emboscada a un policía. Podía haber...

Su voz se apagó.

—Podría haberme tendido también una emboscada a mí. Tenía un arma, en aquel momento. Pero no lo hizo. Salió huyendo. —El resplandor de los ojos de él parecía alcanzarla—. ¿Crees que no me he preguntado por qué? ¿Crees que no me lo pregunto cada maldita noche?

—¿Y cuál es tu respuesta?

—No la tengo.

—Piénsalo otra vez. Imagínate a ti mismo allí.

—Ya lo hago.

—De verdad, viaja de verdad a ese momento. ¿A qué olía aquel almacén? ¿De dónde venía la luz? ¿Qué sonidos oías?

—Caitlin...

—Papá, tú lo viste. Volvamos otra vez a aquel momento. Por favor. Tiene que estar ahí todo. Piensa.

—Caitlin, para.

Ella se volvió hacia él alzando las manos a modo de súplica, inclinada por encima de la mesa.

—Tal vez no sepas que lo sabes. Pero está ahí.

Él le cogió las manos.

—Caitlin, no lo veo. No lo bastante bien.

Ella se sentía como una rueda dentada que girase a diez mil revoluciones por minuto. Quería presionarlo, pero comprendió algo que la horadó con fuerza. Él no podía ofrecerle nada más. En aquel aspecto, no.

Retrocedió lentamente, luchando contra su frustración. Mack le soltó las manos.

—Me parece que Saunders intentó detenerlo, aunque se estaba muriendo. Aunque acabaran disparándole a bocajarro. Era un auténtico *sparring* —dijo Mack.

Caitlin estuvo a punto de desmoronarse por la mirada que vio en los ojos de su padre y la manera en que este bajó los hombros. Puso su mano encima de la de él; en esta ocasión, con suavidad.

—Me alegro de saberlo —dijo.

Mack apretó los labios con fuerza. Ella se levantó.

—Te llevo a casa en el coche —se ofreció ella.

El camarero limpiaba la barra del local, preparándose para cerrar.

—Podemos esperar y acompañarlo al coche —dijo Caitlin.

Él negó con la cabeza.

—Me quedo esta noche. Tengo un sofá en el piso de arriba. Pero gracias. Cerraré con cerrojo en cuanto salgan.

Salieron. La calle estaba vacía. Una quietud espesa asfixiaba la ciudad. Mack se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta vaquera y caminaron hacia el todoterreno de Caitlin.

—Tu madre me ha mandado un mensaje... —dijo él—. Está preocupada.

—Todo el mundo está preocupado. Estoy trabajando en ello.

—Ella también. Ha organizado un programa de coches compartidos para su barrio, para que las mujeres no tengan que tomar el autobús o ir solas en sus coches, sobre todo si trabajan por la noche.

—Muy inteligente por su parte. —Sonrió—. Dios bendiga al tornado Sandy.

—Sobre todo, está preocupada por ti —dijo él.

Ella miró hacia la noche, más allá de las farolas.

—Estoy bien.

—Le preocupa que estés bien como yo estoy bien.

Las botas de ambos rozaron la acera. Caitlin recordó algo que le había dicho su madre: «La mayoría de los detectives de homicidios no se llevan sus peores casos a casa con ellos cuando regresan de noche, pero Mack sí». Al final, acabó viviendo en el manicomio que él mismo había creado.

Ella pensó en la deprimente casa de huéspedes, en el vestíbulo que crujía, en esos desconocidos que vivían los unos junto a los otros encerrados en sus cascarones de sospecha y dolor. En la soledad.

—Papá, el Profeta se está adentrando cada vez más en el infierno. ¿Cuál será el juego final? ¿Qué ocurrirá cuando alcance el noveno círculo?

—¿Qué es lo que castiga el noveno círculo? —quiso saber Mack.

—La traición.

Sus ojos no se hicieron más lúgubres porque eso habría sido imposible. Pero su voz adquirió una serena profundidad.

—El mundo nos traiciona a todos. Podría hacer cualquier cosa.

Disminuyó el paso en la acera y atrajo a Caitlin para darle un abrazo.

—Está cerca del final. Está llegando al mismo corazón de su fantasía. Y tú eres parte de ella. Caitlin, tienes que salir de esto.

Por un momento ella quiso retirarse. Él la apretó con fuerza. Ella dejó escapar el aliento, envolvió los brazos en torno a él y apoyó la cabeza contra el pecho del hombre.

—Es demasiado tarde —dijo.

A kilómetros de distancia, en una casa en la colina que estaba por encima de la bahía de San Francisco, un hombre leía las últimas noticias. Estaba sentado ante un escritorio, junto a las ventanas. La luz de la pantalla era una puerta azul que reflejaba las paredes oscuras. Fuera, las luces de la ciudad se desparramaban hasta la bahía, y rodeaban el agua.

Él vio el nombre de ella: Caitlin Hendrix. Era muy adecuado. Poético.

«No es poesía —diría su madre—. Es el destino».

Pero el destino era un mito construido por unos idiotas, gente que juega, o que lee el horóscopo, o que cree que las estrellas gobiernan sus vidas. Que piensan que tienes que aceptarlo.

El destino era una tontería. No hay destino, solo pecado y recompensa. Y él la estaba administrando. Él, Mercurio, estaba enviando el mensaje.

Estaba castigando a la humanidad con todo el desprecio y la creatividad que requería la justicia poética. Cada frase adecuada para el crimen, exactamente tal y como prescribía el libro.

El *Infierno*. La primera novela de horror. El relato épico de un viaje a las profundidades del infierno. El libro que había inventado la mismísima idea de las profundidades del infierno, de un pozo donde los niveles descendentes castigaban pecados cada vez más monstruosos.

Ahora había llegado ya al octavo círculo, donde hechiceras y astrólogos, que intentaban ver el futuro mediante la magia, habían visto sus cabezas retorcidas hacia atrás, de modo que no pudieran mirar nunca hacia delante. Donde los ladrones habían visto su verdadera identidad robada por víboras que se retorcían, como el periodista muerto, engullido por las serpientes del faraón.

«No tienen ninguna pista», pensó. Ni los elegidos. Ni la policía, la prensa, el

público... Nadie estaba cerca de comprender a Mercurio, y mucho menos de capturarlo. Pero aquello no le sorprendía en absoluto. En el infierno, los condenados rabian, sumidos en la confusión.

Se puso de pie y se dirigió a la ventana. Extendió los brazos, aspiró aire con fuerza y contempló el panorama.

Titus Rhone tenía cuarenta y siete años, estaba en forma, era atractivo y se expresaba bien; eso se decía a sí mismo. También estaba bien provisto en términos financieros: era un gerente bien valorado en el grupo empresarial para el que trabajaba. Le pagaban por aquella estupidez. La estupidez hacía pagar a los pecadores también.

Las cajas de la mudanza seguían sin desembalar en su mayoría. Había regresado a East Bay, como si no se hubiese ido nunca. Aquel lugar se ajustaba a él como un guante de látex, bien cálido.

Pensó para sí que tenía que reponer el suministro de guantes.

Volvió al ordenador y admiró a Caitlin Hendrix en la pantalla. Su corazón latió más rápido. «Por fin». La propia hija de Mack Hendrix... Justicia poética, realmente.

Le recorrió un escalofrío. Habría que destrozar a Caitlin Hendrix, igual que destrozó a su padre. No podía permitir que ella lo hiciera descarrilar. Se volvió hacia su biblioteca y eligió una de las traducciones, nueva, aunque después de todos aquellos años se sabía cada línea del poema de memoria, en la lengua original.

A través de todas las ciudades él la perseguirá, hasta haber conseguido devolverla al infierno.

Su corazón latió más fuerte. Pronto vendría la siguiente epifanía. La siguiente manifestación de Mercurio y de su justicia poética.

El susurro de su madre llenó su cabeza de nuevo. «Caitlin Hendrix es una loba. Mírala, hay algo de bruja en sus ojos. Te echará una maldición, Titus. Coge un tenedor y un clavo oxidado y crúzalos, y los clavas en el suelo, para romper el hechizo».

No hizo caso de los susurros de su madre. Cuando era pequeño, en Virginia Occidental, su madre decía que era él quien había llevado una maldición a la familia. Tomaba su inestabilidad emocional como una señal de que estaba maldito. Se negaba a creer que la mala suerte de la familia tenía algo que ver con la ignorancia y las malas costumbres. ¿Cuántos días lo arrastraba quieras que no a la biblioteca, para poder sacar prestadas películas y quedarse fuera fumando y cotilleando?

No importaba. En la biblioteca descubrió los libros, los que tenían ilustraciones de torturas y condenados. Encontró belleza y utilidad. Se convirtió en estudiante de literatura, de código fuente y de dolor. De ahí lo sacó todo. Así que «gracias, mamá».

La magia negra era una bobada. Sin embargo, la gente seguía histérica con lo del Profeta pensando que era un astrólogo, o incluso un satanista... Qué ironía.

Miró la noticia. Las manos le hormigueaban por la emoción. Contaba las horas que faltaban hasta el siguiente desahogo de venganza poética.

La ira, el calor y la emoción expectante fueron a más.

Pero su obra maestra seguía oculta para el gran público. Quizá tuviera que ser más atrevido. Aclararles a los torpes agentes de la ley y los medios de comunicación qué suponía su grandioso plan. Qué mostraba. A quién castigaba y por qué.

Veinte años. Después de aquel último día, pensó que estaba acabado. Después de disparar al detective Ellis Saunders. Después de acercarse y arrodillarse junto a él, esperando a que muriera, ese momento de posesión... hasta que Saunders lo agarró por la garganta. La mano de Saunders llevaba la muerte, un escalofrío de una eternidad vacía. Sus ojos se abrieron hacia el vacío sin estrellas. Su voz no era la de Saunders, sino un susurro que procedía de la negrura infinita. «Tú. Serás. Aniquilado».

Disparó de nuevo a Saunders y salió huyendo.

Se limpió con frenesí. Se cambió de casa. Podría haberse quedado lejos para siempre, pero con el viento llegó un nuevo susurro, que aclaró la neblina y el

temor de su mente. «Tu trabajo no está completo. Ni siquiera has igualado la puntuación».

Así que empezó otra vez.

Lo retomó donde lo había dejado, en medio del sexto círculo. Empezó su descenso final con una declaración de principios. Llega el Mensajero. Disperse a los caídos. Nadie puede permanecer ahora de pie junto a él, en las profundidades del infierno.

«Eres imparable —le había dicho el susurro—. No hagas pausas ni para respirar. Acaba con esto».

Ese mismo susurro le decía ahora: Caitlin.

Sí. Ella se había metido por propia voluntad. La hija de uno de los dos hombres que lo perseguían, que ahora también era policía. Intentaba redimir el fracaso de su padre. Codiciaba la gloria. Esa hambre era un pecado. Y pagaría por él.

En su portátil, abrió el RAT. Después de veinticinco años como programador, sabía muchísimos trucos sucios tecnológicos, como el RAT: Remote Administration Tool. Era un software espía que le permitía acceder a los ordenadores de otras personas. Con él podía abrir discos duros. Podía rastrear usuarios sin que se dieran cuenta. Podía poner en marcha silenciosamente cámaras, y observar a la gente.

Como el profesor de matemáticas y las mujeres del Coffee, Tea & Tarot, y el periodista borracho.

El nuevo milenio había ampliado su mundo de infinitas maneras, y la aproximación silenciosa a través de un software espía era una de ellas.

No era como la primera vez. Como la chica que corría en el parque Peñasquitos.

La Primera. La que se convirtió en la indicadora del Vestíbulo del Infierno. Giselle Fraser, la Provocadora. La corredora que lo saludaba, que le decía adiós, que no le prestaba atención. Calor y frío. Lo engatusó y luego se puso a correr con otro hombre y no volvió a dirigirle la palabra. Cuchicheaba con el otro hombre, se reía con el otro...; sin duda, de él.

Por aquel entonces ya estaba dispuesto. Había ido más allá de matar animales. Ahora incluso se reía, pensando en la grapadora y los hámsteres de su compañero de clase. Fue muy divertido. No tan satisfactorio como el martillo y los conejos, pero divertido.

Esas cosas lo habían ayudado a seguir adelante. Por aquel entonces usaba a menudo el verbo «saciar», pero eso era lo que habían hecho aquellos animales. Saciaron su rabia, saciaron su sed. Durante un tiempo.

Y después vio un vídeo sobre un fenómeno de feria con *piercings*, y con clavos que le atravesaban las partes... y el informe sobre atentados con bombas que llevaban clavos en lugar de metralla. Aquello era espeluznante y extraño. Emocionante.

Piezas. Ideas. Al final las reunió todas para su enorme lienzo.

Sin embargo, todavía estaba incompleto. Imperfecto. Cuando empezó, Giselle la Provocadora lo había incitado a actuar fuera de temporada. Pero desde entonces se había ceñido a la cronología interna del *Infierno*. Si la Zorra Huraña no hubiera escapado del depósito de tratamiento de aguas y se hubiera borrado el mensaje del brazo, habría actuado el Viernes Santo de aquel año.

Y si Bart Fletcher no hubiera tenido información relativa a la Zorra Huraña, y no se la hubiera guardado para sí, él habría podido actuar. Fletcher había cogido algo que no era suyo y se lo había guardado. El Ladrón.

Aquel mes había sido espantosamente fácil atraer a Fletcher a su alcance. Se limitó a contactar con el Ladrón de manera anónima, asegurando que era una fuente de la oficina del sheriff de Alameda. Lo alimentó con jugosos chismes sobre la investigación. Sí, todo inventado..., pero el Ladrón se lo tragó todo, y por eso guardó silencio, esperando para hacer su asombrosa revelación. Y cuando él dijo que podía liberar al Ladrón de las constricciones de su pulsera telemática, el hombre ya había picado el anzuelo.

Titus Rhone estaba llevando a cabo su obra maestra. La belleza poética que implicaba mostrar a los condenados con sus pecados expuestos de una forma tan explícita. En parte, quería que Caitlin Hendrix lo descubriese. Que captara su asombroso genio.

Pero su anhelo era su propio pecado. El deseo de dejar que su luz brillase: aquel era su fallo. Su búsqueda era pura, pero él no lo era. Debía limpiarse. Librarse de aquella urgencia competitiva.

Pero todavía no. Destruiría a Caitlin Hendrix antes de que ella lo pudiera detener. Cuando ella cayese y muriera, quería que fuese consciente de la perfección de su plan.

De modo que ya era hora de subir el volumen.

Había introducido un software malicioso en una de las webs a la que sabía que accederían las autoridades durante su investigación, la que le había dado a la KPDX News en su carta a la cadena de televisión. El programa se había descargado en el ordenador y los dispositivos móviles de Caitlin.

Miró la información de sus siguientes objetivos. El octavo círculo. Pronto. Vio la imagen de Caitlin Hendrix. En lo más profundo de la noche, encendió su webcam. «Qué suerte». El portátil de ella estaba abierto encima de la mesa de centro de su salón. El corazón le latía con fuerza.

«Ya es hora de que vengas de una vez, Caitlin».

Cuando Caitlin llegó a casa, el viento se había levantado. La calle estaba silenciosa, y las casas, oscuras. Tuvo la sensación de que todo el mundo se agazapaba tras las puertas cerradas. Las sombras barrían las aceras bajo las farolas de la calle.

Se sentía muy crispada. Le había entregado ya el informe al teniente Kogara. Catorce páginas mecanografiadas que no hacían sino confirmar todos sus temores: el juego del Profeta iba a más. Estaba destinado a aterrorizar... y lo estaba consiguiendo. Porque no importaba lo mucho que escudriñase la poesía del *Infierno*: ella no conseguía ver a qué pozo quería arrastrarlos el Profeta.

Aparcó en la entrada y se agachó para pasar por debajo de la glicinia de color morado, que parecía fantasmal en la oscuridad. Más allá de la cancela, oyó que las chapas de Shadow tintineaban al correr desde su perrera a la puerta, saltando de alegría.

—Hola, chica.

Caitlin abrió la cancela y se arrodilló para saludarla. Shadow ladró feliz, saltó y le puso las patas a Caitlin en los hombros. Desgarró el bolso de Caitlin. Su contenido cayó y se desparramó por la acera. Su teléfono golpeó el cemento. Vibraba en silencio con una llamada entrante.

Lo había silenciado en el trabajo y no había vuelto a conectarlo. Lo cogió. Era Deralynn Hobbs. Respondió.

—¿Deralynn? ¿Pasa algo malo?

—No. ¿Por qué?

—Es medianoche.

—Pero yo sé que eres también un ave nocturna.

Shadow le lamió la cara, con los ojos brillantes y meneando el rabo. Caitlin se

puso de pie y empujó la cancela para abrirla, pero en lugar de entrar cuando Caitlin la llamó, salió corriendo hacia la calle como un torbellino de pelo negro y patas blancas.

—Joder...

—Lo siento —dijo Deralynn.

Caitlin corrió por el camino.

—No, no lo decía por ti. Mi perra, la muy puñetera, que se me ha escapado.

—Corrió por la calle, silbando—. ¿Qué pasa?

—Quería que estuvieras al tanto. Estoy siguiendo una pista. Lo del Zodíaco. Junto con otro miembro del panel de mensajes.

—¿Qué tipo de pista? ¿Puedes darme más detalles?

No veía a Shadow. Volvió a silbar otra vez.

—Tengo libre toda la noche —dijo Deralynn—. Walt se ha llevado a los chicos de acampada al monte Diablo, de modo que hablaré con él.

—¿En persona? ¿Con un tío del panel de mensajes? No es buena idea.

—No, online. Nos conocemos del foro.

—Pero el Profeta lee el foro, ya lo sabes.

—A este tío lo he investigado.

—Aun así, ten cuidado. —Caitlin llegó a la esquina—. Espera. —Bajó el teléfono—. ¡Shadow, ven aquí!

Oyó silbar el viento. Durante un rato no notó más que el estremecimiento de las hojas, y las bellotas que caían al suelo. Luego apareció Shadow entre los arbustos del vecino y trotó hacia ella, alegre y satisfecha.

Caitlin la cogió del collar.

—Vaya escapada que has hecho, perrita.

Llevó a Shadow hacia la casa y volvió a ponerse el teléfono a la oreja.

—¿Y qué es exactamente esa pista que estás siguiendo?

Nada.

—¿Deralynn?

La llamada se había cortado. Caitlin intentó llamar a Deralynn, pero no

consiguió contactar con ella. Lo único que recibió fue un mensaje de «No disponible».

—Mierda.

Se metió el móvil en el bolsillo y llevó a Shadow a casa con torpeza. Cuando consiguió cerrar la cancela tras ella, la perrita subió a saltos los escalones del porche posterior, mientras Caitlin sacaba las llaves. La casa estaba oscura. Abrió la puerta y Shadow entró corriendo en la cocina. Un segundo más tarde, la oyó beber de su cuenco de agua.

Caitlin cerró la puerta y encendió el interruptor de la luz inferior de los armarios de cocina. Dejó su bolso en la encimera. Y se detuvo en seco. En la isla de la cocina había un sobre.

Era de color crema. Papel de buena calidad. Parecía un papel vitela bastante grueso.

Se quedó absolutamente inmóvil, escuchando los sonidos de la casa. Shadow asomó la cabecita, alzó las orejas y corrió desde la cocina a la parte trasera de la casa.

—Sha...

Caitlin se calló de repente. Con el corazón desbocado, rebuscó por debajo de la chaqueta y sacó el arma.

Caminó de lado por la cocina, pegada a la pared, buscó a su alrededor y dio con el interruptor de la luz que estaba en el salón.

El salón, despejado. La puerta delantera, cerrada, con el cerrojo puesto. Abrió el armario ropero. Despejado.

Shadow no había vuelto aún.

Avanzó en silencio por el vestíbulo. Sujetaba el arma con ambas manos, medio vuelta, para presentarle un blanco más pequeño a cualquiera que pudiera salir disparado desde una puerta. Se metió en la habitación de invitados y dio la luz. Nada. La ventana estaba segura. El armario estaba despejado.

Se dio la vuelta y siguió caminando por el vestíbulo hasta la puerta de su dormitorio. Cruzó el umbral y pulsó el interruptor de la luz al entrar. No vio a

nadie. Abrió de par en par el armario y apartó el edredón, y luego se agachó a mirar debajo de la cama.

Un ruido extraño resonó en el cuarto de baño. Se acercó y abrió la puerta, con la SIG levantada.

En la alfombrilla del baño, Shadow estaba echada con las patas en el aire, masticando un juguete.

Caitlin se enfundó el arma y regresó a la cocina. Con el corazón acelerado, se puso unos guantes de látex y recogió el sobre. No estaba sellado. Con mucho cuidado, levantó la solapa.

De él cayó una nota. La desdobló.

Vas a tener que hacerlo. Así podrás olvidarte de todo desde primera fila.

Sean

Junto con la nota había unas entradas para un partido de los Warriors de final de la temporada.

—Dios mío... Mierda.

Comprobó el teléfono. Tenía tres llamadas perdidas de él.

—Mierda.

Dejó caer la nota y se inclinó encima del mostrador. «Sorpréndeme». Se lo había dicho. «No puedo esperar».

Sonó el teléfono. Ella pegó un salto. Sean. Apretó mucho la mandíbula, tratando de calmarse lo suficiente como para responder.

Fuera, la cancela se abrió.

Se dio la vuelta en redondo, sacó la SIG y dio un golpe al interruptor para apagar la luz de la cocina. El teléfono de ella seguía sonando. En la oscuridad exterior, una sombra pasó por debajo de la glicinia.

Ella abrió la puerta y se volvió hacia el porche, apuntando con el arma.

—¡Al suelo! Ahora. Ahora mismo.

Un hombre se tiró al suelo, rodando al aterrizar.

—¡Cat...!

Ella movió el arma. Él se alejó hacia la oscuridad y se puso de pie de un salto de nuevo, con las manos levantadas.

—¡Que soy yo!

El teléfono de ella seguía sonando. Y también el móvil que la sombra sujetaba en la mano derecha. Ella siguió apuntándolo con la SIG, incrédula.

Sean gritó más fuerte:

—¡Caitlin!

Con el pecho agitado, ella bajó el arma. Se lo quedó mirando.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? ¿Por qué me llamas si estás en la puerta? Sonaba...

Él siguió mirando la SIG. Aunque el cañón apuntaba al suelo, ella la sujetaba con las dos manos. Aún con el dedo en el gatillo.

—¿Has venido a mi casa y me has dejado una carta? —le gritó ella—. ¿Como el Profeta? ¿En qué demonios estabas pensando?

Él dio un paso hacia atrás.

A ella le temblaban las manos. Los brazos. Todo el calor de su cuerpo parecía haber pasado a través de sus manos y haberse evaporado.

—¡Me has dado un susto de muerte! —Ella oyó el pánico que corroía su propia voz—. He estado a punto de...

Él cruzó el jardín dando largas zancadas y subió los escalones. Miraba fijamente la SIG, que ella aún sujetaba con fuerza.

—Caitlin, por el amor de Dios...

Ella se enfundó la pistola.

—Me había dejado las llaves de mi casa aquí. —La voz de él había adoptado una calma mortal—. He vuelto a recogerlas. He llamado porque no quería aporrear la puerta y asustarte.

Ella se volvió y entró. Cuando volvió a dar la luz, vio las llaves de él junto a la tostadora.

Ella se apoyó en la encimera de la cocina, cerró la mano que tenía libre y se golpeó la frente una y otra vez. Todas las ventanas daban a la noche, a la oscuridad, a un espacio profundo e inabarcable donde se agazapaban los

monstruos. Desde allí podían verla, dentro, temblorosa y acurrucada bajo sus haces de luz. Ella caminó hasta el salón, donde estaban bajadas las persianas.

—Sean... Lo siento mucho.

Él entró.

—Vale.

Su tono era gélido. Ella intentó tranquilizarse, pero tenía los nervios a flor de piel. Fue hacia él.

—De verdad, lo siento... Pero te has metido en mi jardín en la oscuridad.

—No te culpo por tomar tantas precauciones. Pero estás tan tensa que vas a estallar.

—Crees que debería rebajar un poco la tensión. Vale. Estaré mejor mañana por la mañana.

—¿Y la próxima vez?

—¿Qué quieres decir?

—Que estás dejando que esto te pueda.

—Trabajo todos los días, las veinticuatro horas. Todos en sus puestos.

—Pero estás perdiendo el control. Por delante tienes una curva ciega y has metido la directa.

Ella se detuvo y se tapó los ojos con las manos.

—Ahora mismo no puedo escuchar esto.

—El caso no solo afecta a tu vida cotidiana, es que además te está volviendo loca.

—No, por favor. —Ella levantó las manos. Ya bastaba—. No me eches sermones. Esta noche, no.

Caitlin se dirigió a la cocina, agarró las llaves de él y se las tendió. Después de un frío momento, él las cogió. La puerta resonó con fuerza cuando él la cerró, después de salir.

Se quedó mirando las paredes. Oyó que la furgoneta de él se alejaba, rápida. Fuera, los árboles se inclinaban contra el tejado con el viento.

Estaba desbordada. No podía mentirse a sí misma al respecto. La brújula giraba como loca, del norte al oeste, sin rumbo.

Abrió el armario y sacó la botella de tequila. Se sirvió un dedo en un vasito, tintineando. Lo miró al trasluz, brillante. A la mierda. Se sirvió otro poco más. Se lo bebió de un trago, tosió y se puso de pie llevándose el dorso de la mano a los labios.

Intentó llamar a Deralynn, pero una vez más saltó el «No disponible». Shadow apareció con el juguete que masticaba en la boca. Lo dejó caer a los pies de Caitlin y levantó la vista con su mirada cándida.

Caitlin fue hasta el salón y se dejó caer en el sofá. ¿Qué había hecho?

No sabría decir qué la había despertado. Caitlin se removió en el sofá del salón. Se había dormido en algún momento después de la una de la madrugada.

Oyó de nuevo el mismo sonido. Bajo y gutural. Un gruñido.

Era Shadow, que estaba erguida junto al sofá. Caitlin se acabó de despertar de golpe.

En la mesita de centro, su teléfono temblaba, dibujando lentamente un círculo. Había apagado el timbre de nuevo, pero vibraba como un ratón en una trampa. Se incorporó y lo cogió. «Número oculto».

El corazón le latía con fuerza. El teléfono seguía vibrando.

Lo conectó y oyó un áspero susurro.

—¿Cómo puedes dormir? Después de tantos fracasos. Después de todos esos cadáveres, Caitlin. Que se van amontonando.

Veía chispas por el rabillo del ojo.

Demonios. Era él.

Cuidado...

—No me puedes echar la culpa a mí.

—No lo he hecho. Lo hizo tu padre. Lo llevas en la sangre. Catástrofe. Locura.

Por debajo de su burla subyacía un fondo de rabia. Su aliento se aceleraba. «No lo estropees. Que siga en línea». Puso el altavoz, corrió a buscar su iPad y le dio a «grabar» en la opción de mensajes de voz.

—No soy yo. Eres tú —dijo.

—No puedes salvarlos. —Su calma resultaba inquietante—. Crees que puedes, porque salvaste a la niña. Vi las noticias, la sacabas de la casa abrazándola con fuerza contra tu pecho, para protegerla del caos.

Se le quedó la boca seca.

—Parecía muy heroico todo —prosiguió él—. Pero el caos siempre gana.

Su ordenador se puso en marcha. En pantalla, se veía un vídeo grabado con una cámara montada en el salpicadero. Una calle de algún barrio residencial. Una casa con una rampa para monopatines, y soldaditos de juguete en la acera.

Era la casa de Deralynn.

—¿Qué se siente al querer algo que nunca podrás tener? —preguntó la voz.

«¡Dios mío!». Caitlin corrió a la cocina y cogió el teléfono inalámbrico del mostrador. ¿Cuál era el número de Deralynn? Mierda. Solo lo tenía en el móvil. Marcó el 911 en el inalámbrico.

—Soy la detective Caitlin Hendrix, de la oficina del sheriff de Alameda. —Dio su número de placa y la calle de Deralynn. No recordaba el número, pero describió la casa—. Se trata de una tentativa de asesinato. El sospechoso va armado y es extremadamente peligroso. Es el Profeta. Manden unidades al lugar de los hechos. Ahora mismo.

Desde el móvil, la voz hablaba:

—El plazo de respuesta de los agentes de la ley en el barrio es de doce minutos, Caitlin.

Ella corrió al salón. «Joder». Cogió el móvil, puso la voz en espera y buscó entre las llamadas recientes el número de Deralynn.

En su ordenador, la luz de la cámara se encendió. La voz resonaba a través de los altavoces del portátil.

—No puedes escapar. No importa hacia dónde vayas: te espera la muerte.

El vídeo pasó a un nuevo escenario. Una calle de la ciudad, cuatro carriles. Los faros captaban un Camry rojo que iba por delante.

Caitlin se quedó helada.

—¡Dios mío!

Era su madre.

En la calle, Sandy Hendrix aminoró la velocidad y se detuvo ante un semáforo

en rojo. Diez minutos antes había dejado a una vecina en su complejo de apartamentos. Vivía sola y trabajaba haciendo turnos distintos en el Radisson, en Concord. Sandy esperó en la calle a que ella entrase en el vestíbulo. La vio abrir la puerta de cristal y entrar y cerrarla de nuevo bien, y le hizo una seña con el pulgar hacia arriba.

Sandy se hallaba a casi un kilómetro de casa. Estaba cansada, pero valía la pena.

Su teléfono parpadeó en el soporte para vasos. Antes de que pudiera comprobarlo, una furgoneta negra avanzó a su izquierda y se detuvo junto a ella en el semáforo en rojo. El conductor tocó la bocina.

El vidrio de la ventanilla del pasajero bajó.

El conductor le gritó algo. Sandy bajó la radio y se puso una mano en torno al oído, como queriendo decir: «Repítalo».

Un hombre gritó:

—¡Decía que tiene pinchado el neumático trasero derecho!

Ella no le veía la cara. La furgoneta tenía la suspensión levantada y la cabina del conductor estaba casi un metro más alta que el asiento del conductor de su Camry. De noche, solo con la débil iluminación rojiza del semáforo, lo único que podía ver era la mano del conductor, que hacía gestos hacia su coche.

Señalaba hacia una bocacalle.

—Si aparca ahí, le echaré un vistazo.

En su salón, Caitlin agarraba el teléfono. Su dedo estaba a punto de marcar el número de Deralynn.

Shadow estaba junto al ordenador, gruñendo a la pantalla. La cámara del salpicadero mostraba el coche de Sandy parado en un semáforo en rojo, junto al vehículo con la cámara.

¿Eran en directo ambos vídeos? ¿Uno de ellos era grabado? ¿Cuál?

¿Qué buscaba él?

Sin respirar apenas, pulsó el botón de llamada.

Sonó. Una vez, dos veces. Caitlin se arrodilló ante su ordenador. En la cámara, los vehículos seguían parados ante el semáforo. El teléfono seguía sonando.

Alguien respondió.

—¿Caitlin? ¿Cariño?

—¡Sal de ahí, corre! —chilló Caitlin—. ¡Vete! Ve a la comisaría de policía más cercana y...

—Ah, mierda.

Caitlin oyó que el teléfono de su madre golpeaba la consola central, porque a Sandy se le había caído. En la cámara del salpicadero, el Camry aceleró a fondo y pasó el semáforo en rojo, y se alejó con las ruedas chirriando.

—¡Vete, mamá, vete, por favor, sal corriendo! —chillaba Caitlin.

Por el teléfono oyó que el motor aceleraba. En pantalla, vio que el Camry se alejaba de la vista. Respiró con fuerza.

Con las manos temblorosas, colgó a su madre y marcó el número de Deralynn. Sonó el teléfono.

En la pantalla, la cámara del salpicadero seguía inmóvil. El vehículo no se había saltado el semáforo para perseguir a su madre. Se puso en verde.

El teléfono de Deralynn seguía sonando. No contestó nadie.

Desde el altavoz del ordenador, la voz dijo:

—¿Ves? Das vueltas y vueltas hasta que, de manera inexorable, te revuelves contra alguien. Es inevitable.

El vehículo con la cámara en el salpicadero se alejó del semáforo poco a poco y giró con suavidad hacia una bocacalle. No se veía nada. La pantalla del ordenador quedó a oscuras.

La voz regresó:

—Cuando tus demonios te despiertan por la noche, ¿oyes chillar a los muertos? Porque nunca harás las cosas bien. No lo entiendes, pero ellos sí.

Se oyó una voz de mujer.

—No te acerques... No...

Su voz temblaba, atragantada y ronca. Shadow saltó desde la mesa, ladrando, con el pelo del lomo erizado.

—¿Qué estás haciendo? —lo increpó Caitlin—. ¡Hijo de puta, para...!

—No me hagas daño. Te puedo resultar muy útil. Tú... ¡Oh, Dios mío! —La

mujer se puso a sollozar—. ¡No, Dios mío, no, por favor, no, no...!

La mujer empezó a chillar. Siguió chillando.

El susurro volvió.

—Cada paso que das no hace sino empeorarlo. Estás traicionando a todos aquellos a quienes tocas.

A Caitlin se le aflojaron las piernas. Los gritos le llenaron los oídos. La llamada se cortó.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

La encontraron al amanecer. En el congelador exterior de una gasolinera de la I-580, a mitad de camino de Altamont Pass, el cuerpo de Deralynn apareció enterrado en hielo.

Las luces rojas y azules convertían las colinas desoladas en una barraca de feria. El aliento de Caitlin escarchaba el aire. El lucero del alba apareció en el horizonte oriental, por encima de una veta de cielo rojizo. Su luz ya se había desvanecido cuando Caitlin se acercó a la cinta que rodeaba el escenario del crimen.

Hizo una seña y se acercó a Guthrie. No podía hablar. El empleado de la gasolinera se hallaba en el asiento de un coche patrulla con la portezuela abierta. Tenía un aire ausente. El equipo del laboratorio criminal y el forense ya se encontraban allí.

La fotógrafa se inclinaba hacia un objeto ensangrentado tirado en el asfalto, frente al congelador. Cuando tomó la foto, el flash se reflejó en una hoja de acero inoxidable.

Era una cuchilla de carnicero, muy pesada.

Caitlin se detuvo al lado de Guthrie.

—¿El arma del crimen? ¿La ha dejado aquí?

—Presuntamente.

Tenía que ser deliberado. Era un mensaje.

El forense que había acudido era Zachary Azir. Se inclinó hacia el congelador e hizo una pausa, mirando hacia abajo. A Caitlin se le hizo un nudo en el estómago. Cerró los ojos.

Guthrie caminó hacia Azir. Ella oyó que sus pisadas se desvanecían. Los pies

de ella parecían atornillados al suelo. Le costaba horrores moverlos, primero uno y luego el otro, y acercarse al congelador. Pero tenía que hacerlo. No podía apartar la vista.

Deralynn se merecía que ella lo atestiguase.

La luz del amanecer irrumpió sobre las colinas, cuando ella llegó al congelador, cristal y marco de acero rojo. El hielo se amontonaba encima de Deralynn, y las bolsas rajadas y abiertas la enterraban como si hubiese caído bajo una avalancha. Solo sobresalían la cara y las puntas de los dedos. Tenía la piel de un gris uniforme, y los labios azules, un poco separados. La habían desangrado casi por completo en algún otro sitio. Tenía los ojos cerrados.

Caitlin veía con una claridad absoluta, vibrante. Un zumbido se apoderaba de sus oídos. A su alrededor sonaban voces, la gente se movía con un objetivo. Al principio ella ni siquiera los entendía.

El doctor Azir se inclinó sobre Deralynn.

—Algo en el rabillo del ojo.

El forense le abrió el párpado. De él salió mercurio. La lágrima de azogue captó los rayos del sol, y lo inundó todo de oro y naranja.

—Joder. Dadme algo para guardar esto, o de lo contrario lo contaminará todo —los urgió Azir.

—La cuchilla... —dijo Caitlin.

El flash de la fotografía hizo palidecer la cara de Deralynn. Caitlin se atragantó y tuvo que detenerse.

Guthrie, ceniciento, le dio un ligero codazo:

—¿Qué escena del infierno?

—Más de una. La cuchilla... —Se aclaró la garganta—. En el octavo círculo, los demonios cortan a trozos a los Sembradores de Discordia. El hielo es del noveno círculo. Traición.

Vieron trabajar al forense.

—Me prometió que no se reuniría con nadie —se lamentó Caitlin.

—La puerta trasera de su casa estaba abierta de par en par y había una bolsa

de basura desperdigada por el suelo, junto a los cubos. Parece que sacó la basura y la secuestraron. Alguien, quizá del panel de mensajes, obtuvo su dirección.

Y fue Caitlin quien instó a Deralynn para que investigarse el caso a través del panel de mensajes... Ella fue quien retrasó una llamada que quizá la habría podido advertir.

«Traicionas a todos los que tocas».

—Ya le he tomado declaración al empleado de la gasolinera —informó Guthrie—. Usted registre el escenario.

Ella no podía apartar la vista del congelador.

—Sargento, él se metió en mi ordenador con un programa malicioso. Y puede que yo haya infectado a todo el mundo: a Shanklin, a Martínez y a usted. Quizás ahora mismo sepa ya dónde vivimos todos. Tiene mis contactos. Si el malware se extiende con rapidez, podría estar también en los dispositivos de nuestros contactos. Como mi madre, por ejemplo. Y su familia también.

Guthrie le lanzó una mirada torva.

—Haremos que el equipo de Informática Forense se encargue de todo. Cómprase un teléfono nuevo. Pero...

—Pero tengo que mantener activo mi número actual. Para que me siga llamando.

—Sí. Pondremos una escucha esta misma mañana.

Ella asintió.

—¿Su madre está bien? —preguntó.

—Perfectamente. Es la mujer de un policía... Ni se le habría ocurrido aparcar en una calle oscura con un desconocido. Cuando la llamé, no lo dudó ni un momento: salió corriendo. Llegó a la comisaría de policía de Walnut Creek tocando la bocina. Creo que entró a toda velocidad y se detuvo tirando del freno de mano. Pero está muy asustada, claro. No cogió el número de matrícula del vehículo, pero vio un logo de una marca en el chasis. Dodge.

—Bien.

—Va a pasar unos días con mi tío, en Chicago.

Sandy le había rogado a Caitlin que se fuera con ella.

Guthrie volvió al congelador. Caitlin se dirigió al aparcamiento.

El áspero viento de marzo le aguzó los sentidos.

«Trabaja el escenario».

La gasolinera estaba en el cruce entre una carretera rural y la interestatal. Enfrente había un restaurante, y más allá una tienda de neumáticos y recambios. A continuación, kilómetros de colinas, barrancos, árboles y de vez en cuando alguna carretera que serpenteaba hacia alguna granja. En la 580, los tráileres subían refunfuñando la cuesta empinada que llevaba a Altamont Pass. El sol naciente volvía de un verde esmeralda las colinas regadas por la lluvia.

¿De dónde había venido aquel hombre? ¿Adónde había ido?

Caitlin tenía una cámara Canon en su coche. Desde luego, en ese momento no podía usar su teléfono. Cogió la cámara, sacó fotos y dibujó un mapa aproximado del escenario en su cuaderno.

El restaurante estaba abriendo. Fuera, los primeros clientes y una camarera hablaban y señalaban hacia allí. Unos cuantos se acercaron a la cinta del escenario del crimen, donde un policía les detuvo. Todos intentaban ver más allá de las luces relampagueantes, los coches patrulla y la ambulancia, hasta llegar al congelador. Los medios no tardarían en aparecer con sus camionetas. El helicóptero de las noticias también empezaría a acecharlos.

Ella no podía soportar la idea de que una cámara de televisión captara a Deralynn. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, así como un abrumador instinto protector. Quiso correr y sacar a Deralynn de aquel hielo y envolverla en su propio abrigo, abrazarla y estrecharla contra su cuerpo, y tenerla a resguardo de los insultos. Tranquilizarla y decirle que todo iba bien, todo bien, todo...

Junto a la gasolinera, Guthrie la miraba.

Ella se enjugó las lágrimas y se volvió hacia el viento. Recorrió el aparcamiento buscando pruebas. En la autopista, el tráfico pasaba lento para echar un vistazo a la escena. «¡Largaos!», quiso gritarles.

«Tranquilízate. Estás desbarrando».

Recorrió el escenario en forma de cuadrícula. Se tomó su tiempo. Miró con

detenimiento el suelo, y luego el paisaje, cambiando el punto de vista, buscando los puntos de acceso y salida.

La autopista proporcionaba un acceso fácil. Y la gasolinera tenía una cámara de seguridad enfocada a la puerta principal. No oyó a nadie gritar que habían encontrado algo.

Caminó por el patio delantero de la gasolinera. No encontró nada. Siguió la búsqueda por un lateral del edificio, y luego por la parte de atrás. Detrás del edificio había un campo, que lindaba con un arroyo con robles en sus orillas. Encontró las huellas al borde del césped.

Eran unas huellas enfangadas de ruedas, que conducían desde la hierba hasta el asfalto. De unos siete centímetros de anchura. Junto a ellas, en el rocío se habían impreso también unas huellas de pisadas.

Una carretilla.

El hombre no había aparcado en la gasolinera. Había transportado a Deralynn al congelador con una carretilla, desde más allá de los árboles y el arroyo, en el extremo más alejado del campo.

Llamó con un grito al equipo forense y la fotógrafa.

Atravesó el campo. El arroyo serpenteaba entre pesados robles y sauces que arrastraban las ramas por el agua. Chapoteó para meterse entre los árboles y salir a una carretera de dos carriles.

No había tráfico, pero junto a una curva, los empleados de una compañía telefónica trabajaban en una antena de telefonía móvil. Se acercó a la carrera.

—Llevamos una hora aquí —le explicó el capataz—. No ha habido demasiado tráfico. El repartidor de los periódicos, justo después de que llegásemos.

—¿Alguien a pie?

Negaron con la cabeza.

Otro miembro del equipo bajó de la antena.

—Bueno, había una furgoneta...

—¿Qué furgoneta? —preguntó Caitlin.

—La vi desde arriba. Estaba aparcada por ahí.

Señaló al otro lado del recodo.

—¿Estaba allí cuando llegaron ustedes? —preguntó.

—Sí. Ahí estaba, muy oscura. Pensé que era un sitio un poco extraño para aparcar.

Abrió la libreta.

—Descríbala.

—Negra. Nueva. Una furgoneta grande, Dodge Ram o Chevy Silverado. Lo que más me llamó la atención fueron las ruedas. Esas llantas *warrior* cromadas para ir a todo gas... Me gustaría ponerle unas a mi furgoneta.

Dodge. Como la furgoneta que se detuvo junto al coche de su madre.

—¿Han visto al conductor?

El otro meneó la cabeza.

—Yo estaba dentro de las tripas de la antena.

Ninguno de ellos había visto arrancar la furgoneta.

Siguiendo la curva, encontró huellas de neumático en la tierra húmeda a lo largo del arcén. Sacó unas cuantas fotos y midió la anchura de la huella con una regla. Tomó también la distancia entre los puntos de apoyo delanteros y traseros de los neumáticos. Comunicó por radio las medidas a Guthrie y a la gente del equipo técnico.

Dio una vuelta completa. Por el asfalto, la curva se hacía más pronunciada y la carretera cruzaba el arroyo. El sol de la mañana iluminó la barandilla de cemento del lado del puente.

Estaba justo allí. Garabateado con tiza.

CUANDO UN ALMA TRACIONA / DE LA CARNE SE SEPARA /
Y UN DEMONIO OCUPA SU LUGAR.



Llamó por radio a Guthrie.

—Ha dejado un mensaje. Es del *Infierno*.

—¿Cita literal?

—Sí.

—No lo había hecho nunca.

—Ya sabe que lo sabemos. O quiere que lo sepamos. Es como una bofetada.

El sol se volvió más intenso. La tiza brillaba con un blanco radiante. En el otro extremo del puente había más cosas escritas. Más pequeñas. Ella corrió hacia la orilla para poder leerlo.

—Hay más. —Era una frase diminuta, recortada, garabateada de lado en la barandilla—. «Carne de mi carne, sangre de mi sangre».

—Es de la Biblia —dijo Guthrie.

Caitlin puso la frase en «búsqueda».

—Génesis. La historia de la costilla de Adán.

Leyó el siguiente fragmento: «Por tanto, el hombre dejará a su padre y a su madre, y será fiel a su esposa, y ambos serán una sola carne».

—¿Qué le parece? —preguntó el otro.

Una sola carne. Pecados de la carne. La cuchilla de carnicero...

—Creo que significa que Deralynn es solo el primer acto. Su marido podría ser el segundo. —Ella echó a correr—. ¡Guthrie, es posible que tengamos una emergencia!

En el centro de operaciones, Caitlin intentó de nuevo localizar a Walt Hobbs. No cogía el teléfono fijo. La compañía telefónica les facilitó su móvil, pero tampoco contestaba ni llamadas de voz ni mensajes de texto. En su escritorio, Guthrie dejó caer con fuerza su teléfono.

—Hendrix, ¿está segura de que Hobbs se llevó a los niños de acampada al monte Diablo? Los rangers no los localizan.

—Sí. Tendrían que estar allí.

Cuando ella habló con Deralynn por la noche, Deralynn le dijo que Walt y los chicos ya habían salido. Pero había algo que no cuadraba.

No cuadraba nada.

—Si los rangers no los localizan... —Guthrie dejó la frase en el aire. Cogió de nuevo su teléfono—. Enviaremos una unidad.

Hizo la llamada y luego pasó junto al escritorio de ella, a toda velocidad.

—Tendrán que notificarle la muerte —dijo Caitlin—. Walt Hobbs no sabe nada de Deralynn.

—Entonces eso es lo que harán.

A ella se le encogió el estómago. Lo siguió hasta la parte delantera de la comisaría.

—Yo...

Él se dio la vuelta.

—¿Qué?

Los demás se volvían a mirarlos o fingían que no los miraban.

—¿Quiere pasarse toda la mañana recorriendo un parque estatal en coche, en busca de unos niños y su padre, que andan de excursión por los bosques? —le preguntó Guthrie.

—Debería hacerlo. —La idea la asaltó de pronto, y la dejó aterrorizada—. Iré.

—No, no irá —dijo Guthrie.

—Pero yo soy la...

—No, no lo es. El Profeta mató a Deralynn Hobbs porque es un psicópata. No por usted. No se haga la mártir.

Ella se calló.

—La casa de los Hobbs es el escenario de un crimen. Los policías están registrándola de arriba abajo. Si Walt Hobbs vuelve a casa, se le notificará. —Guthrie tenía el rostro lívido—. Céntrese en las pruebas. Es probable que el Profeta tenga otra víctima en perspectiva.

—¿Y si la próxima víctima es Walt Hobbs?

—Por eso envío una unidad al monte Diablo.

Y se fue sin decir palabra. Caitlin se quedó de pie un momento, oyendo parlotear los teléfonos y sintiendo el calor de la mirada de toda la comisaría.

En la otra parte del edificio, en el mostrador delantero, una voz dijo:

—¿Detective?

Paige le lanzó una mirada tímida. Al otro lado del cristal, en el vestíbulo, estaba Sean.

Caitlin respiró hondo para intentar calmarse, pasó junto a miradas furtivas y franqueó la puerta. Sean llevaba la mochila rosa de Sadie colgada del hombro. Llevaba a la niña de la mano, y a Shadow con una correa. Se había creado una barrera casi física entre Caitlin y él. Paige lo contemplaba todo como si fuera una telenovela.

Sadie saltó y abrió los brazos.

—¡Bu!

—¡Hola, tú! —Caitlin saludó con voz casi inaudible y le dijo a Sean—: Vamos afuera.

Salieron. La mañana era ventosa. Las nubes corrían veloces por el cielo.

Sean señaló el edificio.

—¿Qué era todo eso?

Miró a Sadie, puso la correa de Shadow en la mano de su hija, señaló hacia el

césped y dijo:

—Llévala hasta ese árbol y luego vuelve. Anda, ve.

Sadie se fue andando torpemente. Shadow trotaba a su lado.

—Su último asesinato —dijo Caitlin. Apretó la mandíbula, intentando esforzarse en mantener la voz firme—. Deralynn Hobbs.

Sean abrió la boca.

—¡Dios mío!

—Su nombre no ha trascendido porque aún no hemos logrado contactar con su marido.

Él se llevó una mano a la frente.

—Deralynn. Mierda, es...

—Tendría que estar de acampada con los niños en el monte Diablo, pero los rangers no consiguen localizarlos. —Respira, no llores, joder—. Guthrie va a mandar a unos agentes. Pero... —Se llevó una mano como una garra al corazón—. Me ha dicho que me quede aquí y que trabaje en las pruebas. Pero yo...

—Caitlin, lo siento mucho.

—Era Deralynn. ¡Deralynn! ¿Cómo voy a poder quedarme aquí, sin más?

—Porque lo que importa es detener al Profeta.

—Lo que cuenta es «encontrar» al Profeta. Y estoy muy cerca... —Oyó cómo elevaba el tono de voz—. Si encuentro a Walt Hobbs, estaré más cerca todavía. Y no debería ser un asunto de elección. —«No chilles». Levantó las manos—. Sé que todo esto suena fatal. Es que me está sacando de quicio.

—Más incluso.

La cara de él tenía ese aspecto típico del guerrero apache.

—Anoche fastidié las cosas.

Le tocó el brazo. Él no reaccionó.

«Ay, mierda».

—Sé que me lo monté fatal. Muy mal. Por favor. Lo siento.

Ella esperó.

Él miró hacia la calle.

—Lo entiendo. Yo le decía lo mismo a Michele.

La mano de ella le soltó el brazo.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—No, es la verdad. Lo acepto y comprendo cómo te sientes ahora. —Le lanzó una mirada fugaz a Sadie y luego miró a Caitlin—. Crees que te limitas a hacer tu trabajo. Pero este caso te está consumiendo.

—No, ahora lo controlo.

—No, no lo controlas. Lo de Deralynn es horrible. Pero no puedes entregarle toda tu vida al Profeta como respuesta.

Ella trató de serenarse, pero no lo consiguió.

—Estás de broma, ¿no? Deralynn ha muerto... y él me estaba vigilando. En mi propia casa.

—Estás siguiendo el guion que él te marca. El otro día dijiste que te hacía juegucitos psicológicos. Y es verdad. Está jugando contigo. Y tú se lo permites. Tienes que parar esto.

—Tengo que pararlo a él. Como pueda.

—Escúchate. Guthrie te ha pedido que trabajes con las pruebas, pero tú lo has mandado a la mierda, ¿verdad? La rabia te sale por los poros. Ni siquiera ves por dónde vas.

—De verdad que siento muchísimo lo de anoche.

—Olvídate de lo de anoche. No importa. Lo que importa es que estás convencida de que tienes que detener un tsunami tú solita.

—No sé de qué otra manera hacerlo —respondió ella.

—Pues tendrás que buscar una.

Ella estaba con los nervios a flor de piel. No quería oír aquello, y ciertamente, no de él.

—No necesito que me des sermones hoy. Necesito ADN, huellas dactilares, números de matrícula de la furgoneta del Profeta... Testigos. Un vecino que lo viera llevarse a Deralynn. Alguien. ¿Es que no lo vio nadie? Es un barrio muy tranquilo, y nadie evitó el secuestro.

Se llevó el puño a los labios.

Los ojos de Sean relampagueaban. Parecía muy enfadado. Parecía exasperado

y preocupado. Ella respiró hondo, un suspiro tembloroso, y tendió la mano hacia él de nuevo. Él retrocedió un paso.

Mierda. Mierda. Pero ¿qué narices estaba haciendo?

Se llevó los dedos a los lagrimales, luchando por contener las lágrimas, la necesidad urgente de darle un puñetazo a una pared y el temblor que se apoderaba de sus labios.

—Tienes razón —concedió al final—. Se me ha metido en la cabeza y tengo que sacarlo de ahí. —Echó la cabeza hacia atrás—. Tienes toda la razón. ¿Sabes lo mucho que odio que me recuerden mis defectos?

Sean adoptó una expresión relajada.

—Todo eso te pasa por pensar que el mundo no puede girar si tú no estás.

El viento le alborotó el pelo a Caitlin. Miró al suelo, y luego levantó la vista hacia él. Le devolvió una mirada conciliadora.

—Y lo único que podemos hacer, en realidad, es evitar que vuele en pedazos, un día más.

—Hablas como experto en explosivos.

Ella le buscó la mano. Al cabo de un momento, él la buscó también. Se tocaron, con gesto vacilante. Sadie y Shadow llegaron al árbol y emprendieron el camino de vuelta.

Caitlin le apretó la mano.

—Odio tener que decirte esto, pero... si el Profeta tuvo acceso a todo lo que tenía en mi ordenador y mi móvil, también tendrá tu número. Y si lo tiene...

—¿Crees que su malware RAT podría haber infectado mi móvil?

—Espero que no, pero... —El viento arreció. Un escalofrío la invadió—. Estabas en las escenas que se grabaron en Berkeley. Quizás intente ponerle nombre a tu cara.

—Tendré mucho cuidado. —Frunció el ceño—. ¿Qué pretendes decirme?

Caitlin miró a Sadie, que venía saltando, con las mejillas rosadas por la brisa. Llevaba un diente de león en la mano. Lo levantó para que lo viera Caitlin.

Caitlin se agachó.

—Sopla.

Sadie se acercó el diente de león a los labios y sopló. Cuando las semillas revolotearon por el aire, se echó a reír, encantada. Caitlin se incorporó y se volvió a Sean. La mirada de él era ahora dura como la roca.

—Dejaré a Sadie con Michele —dijo—. Y le diré a Michele que se vaya a Eureka, a casa de sus padres.

Sintió un alivio indescriptible.

—Bien. Odio todo esto, pero me parece muy bien.

—De todos modos, esta tarde tengo que trabajar.

—Vaya mierda de fin de semana de Pascua.

—Los confidentes no respetan el calendario laboral. Forma parte de su encanto. —Estrechó a Sadie entre sus brazos—. Vale, pequeñaja. Vamos con mamá.

Ella palmoteó.

—¡Bieeeeeen!

Él cogió la correa de Shadow.

—Puede quedarse en mi casa, hasta que tú respires un poco.

Se inclinó y apoyó la frente contra la de Caitlin.

—Recuerda que debes respirar, porque de lo contrario te ahogará.

Ella cerró los ojos. Sean la cogió por la nuca, la besó con fuerza y se dio la vuelta. Al irse, señaló con la cabeza hacia la comisaría.

—Y no salgas de aquí sin seguridad. No es obsesión: es necesidad.

Se dirigió a su furgoneta. Sadie miró de soslayo con los ojos brillantes a Caitlin y le dirigió un pequeño saludo.

Caitlin agitó la mano como respuesta.

Martínez se asomó a la puerta del edificio.

—Hendrix. Tendrías que ver algo.

Un estado de ánimo ominoso dominaba el centro de operaciones, cuando Caitlin se acercó a su escritorio. Guthrie, Shanklin y Martínez rondaban alrededor.

En la pantalla de su ordenador se había abierto una ventana de un rojo chillón.

Relampagueaba como una sirena.

—¡Madre mía! —Se sentó, pero sin tocar el teclado—. ¿Y lo llamas «algo»? Si él está en nuestro sistema y ha traspasado el cortafuegos, entonces...

—No podemos desinfectarlo.

Guthrie cogió el teléfono y solicitó que algún experto en informática acudiera al centro de operaciones.

—Está alardeando —dijo ella—. Ya no se esconde.

—Ábralo —ordenó Guthrie.

Caitlin hizo clic. La imagen estalló en estrellitas chispeantes y llamas, y un sonido como un trueno.

La pantalla pasó de las estrellas a una habitación oscura, con una sábana blanca colgada en la pared. Caitlin notó como si le clavaran un puñal entre los ojos.

La cámara apuntaba a Deralynn. Ella estaba sentada, amordazada con cinta adhesiva, y atada a una silla de cocina.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Que Dios nos ampare... —murmuró Martínez.

Caitlin apretó mucho los puños.

Deralynn tenía el pelo enmarañado y ensangrentado. El rímel corrido. Aquellos ojos, enormes y siempre llenos de esperanza, se fijaban en la figura que se hallaba detrás de la cámara. Estaba aterrorizada.

Pero no la había consumido el pánico.

Eso fue lo que vio Caitlin. Deralynn estaba en las fauces del monstruo, enfrentándose a sus dientes, pero no sentía pánico. No podía moverse. Estaba a su merced y sabía que él no le mostraría compasión alguna. Pero no chillaba bajo la cinta adhesiva que le tapaba la boca. No daba patadas, ni trataba de apartarse del asesino que tenía delante.

Estaba centrada. La luz caía sobre ella a plomo, como si le hicieran un tercer grado. Ella miraba directamente a la cámara. Con las lágrimas acumuladas en los ojos. Parpadeó para quitárselas y siguió mirando a la cámara. Parpadeaba sin parar y no se encogía.

Fuera de la vista de la cámara, el asesino hablaba con un susurro áspero.

—Puedes caer muy lejos, ¿verdad?

Deralynn cogió aire y se quedó muy quieta, mirando todavía con mayor intensidad a la cámara.

—El noveno círculo tiene sitio suficiente para todos —prosiguió la voz—. Vendrán más.

La secuencia se interrumpió entonces, y se vio una filmación de gente que caminaba por el embarcadero, junto al edificio del ferri de la bahía de San Francisco.

«Vuelve, Deralynn», pensó Caitlin. Un dolor le martilleaba el pecho.

La filmación de los turistas continuaba. Luego, de manera abrupta, pasaba del edificio del ferri a fotos de una carrera campo a través, por la ladera de una montaña, con los Rockridge Ragers. Se veía la cara de Michele con claridad. Luego saltaba a unas imágenes filmadas por el helicóptero de las noticias por encima del estadio del campus de Berkeley, mirando hacia abajo mientras Caitlin se apartaba de Sean y se dirigía al marcador. Luego se veía un vídeo de una cámara montada en un salpicadero. Un paseo lento junto a la comisaría de Briarwood.

Caitlin notó que se le encogía el corazón. El vídeo se interrumpía otra vez y después mostraba un abarrotado tren BART. Luego quedaba en negro.

Congregados en torno al escritorio, todos guardaban un silencio sepulcral. A Caitlin le temblaba la barbilla. «Céntrate», se decía.

—Póngalo de nuevo —le ordenó Guthrie.

Ella se dispuso a hacerlo. Pero justo antes de que hiciera clic, sonó su móvil. Dio un salto.

«Número oculto».

Miró a Guthrie. Su mano se movió hacia el teléfono que vibraba. Puso el altavoz.

—Tu arrogancia te ha arrastrado a este abismo —dijo la voz—. Tu orgullo, al atreverte a desafiarme.

—No eres ningún mensajero del cielo. Eres un pecador, como todos. Tendrías

que estar en una zanja en el octavo círculo, con todos los demás hipócritas — replicó ella—. La red se está cerrando.

Él colgó.

Caitlin dejó el teléfono. No quería ni tocarlo. Quería saltar, atravesar el techo y salir volando de allí, chillando.

—Está nervioso —observó Martínez—. El hijo de puta está nervioso...

Le dio una palmada a ella en el hombro. Ella temblaba.

—Lo has puesto nervioso, Hendrix. De puta madre.

Pero ella era consciente de que él ya había seleccionado a sus siguientes víctimas. Un peso aplastante la asfixió. Aquel era el mensaje del vídeo de la bahía, las escenas del BART. Con escenas de su vida metidas entre medio. El caso no estaba cerrado. Sus siguientes víctimas ya estaban sometidas a vigilancia; las investigaba. Ya había marcado a alguien para la muerte.

En medio del guirigay de voces y teléfonos que sonaban en el centro de operaciones, Caitlin estaba sentada ante su pantalla, mirando la imagen congelada de Deralynn. Golpeada, aterrorizada, consciente de que se enfrentaba al horror y la muerte, consciente de que no volvería a ver a sus hijos.

Y, sin embargo, se negaba a claudicar. Parecía estirarse hacia delante, para intentar deshacerse de la cinta adhesiva que la ligaba a la silla. Parecía orgullosa y decidida.

Solo una aficionada. La típica mamá. Caitlin nunca había visto un valor semejante. La dejaba hecha polvo.

Puso el vídeo otra vez. El sonido de la respiración del Profeta le provocó un escalofrío que le recorrió el espinazo. Se esforzó por dejar ese sonido en el fondo de su mente y se dedicó a contemplar a Deralynn.

El parpadeo. Hacía que cayeran las lágrimas, pero no se detenía cuando las lágrimas corrían ya por las mejillas de Deralynn. Tenía un sentido, aparte de ser una reacción física. Tenía un patrón.

—Es un código. Tiene que serlo —dijo sin aliento.

Sonó su teléfono. Papá. No contestó la llamada, y envió un mensaje de texto. «Llama a la comisaría». Al cabo de un instante sonó su teléfono del escritorio. Lo cogió.

—Mi móvil está intervenido —dijo.

Mack hizo una pausa de un segundo, como si aquella noticia apenas le sorprendiera.

—Entendido. Ahora... Dos cosas. Y te dejo en paz. La primera: puedes hacer esto. Lo sé. —Ella cerró los ojos y frunció los labios—. Y la segunda: deja que

te ayude. —Le temblaba la voz, llena de furia y decisión—. Atraerlo a una trampa. Úsame como cebo.

—Papá...

—Te creerás que he dejado de tomarme la medicación. Y no es verdad. Pero dejaré de tomármela, si eso ayuda. Si un poli conflictivo como yo deja los sedantes, la puede liar parda en tu nombre. Dame solo unas pocas horas.

Caitlin estuvo a punto de echarse a reír, pero se puso seria.

—Gracias, papá. No pienso hacerte caso; pero, de todos modos, gracias.

De fondo se oían sisear los frenos de un autobús. Unas monedas cayeron en una ranura. Era el ruido de un motor diésel que se alejaba de una parada de autobús.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—Con tu madre. Voy a quedarme con ella hasta que llegue el momento de irse al aeropuerto.

—Gracias.

—Caitlin, lo que he dicho... No estaba bromeando. —Hablaba con calma. La indecisión había desaparecido de su voz, después de mucho tiempo—. Cueste lo que cueste. Llámame.

Ella colgó. Volvió a ver el vídeo a trozos. Deralynn trataba de decirle algo desesperadamente. El intenso parpadeo tenía que ser un código; morse, casi con total seguridad.

Rebobinó el vídeo hasta el principio. Deralynn miraba fijamente. Una mirada larga, intensa. Luego empezó a parpadear. Caitlin contó. Cuarenta veces. Deralynn cerraba los ojos e inclinaba la cabeza. Cuando la levantaba, volvía a empezar. Parpadeó veintidós veces entonces. Y una vez más, veintidós.

El mismo patrón. Puntos y rayas. «Te estoy oyendo», pensó Caitlin después de encontrar una tabla de código morse. Transcribió el mensaje de Deralynn y lo tradujo.

P-L-U-S-J-T-P-V-M-G-B-M-M

No tenía sentido.

—¿Qué? —se preguntó—. Dios mío, Deralynn, ¿qué me estás diciendo?

Caitlin no era ninguna autoridad en criptografía. Sí, había comprendido la metáfora en el mensaje del Profeta en el maizal, y había captado el acróstico en sus notas. Su padre había intuido el ciclo del asesino por su mensaje sobre el cielo. Pero no estaban entrenados para descifrar códigos.

¿Podía solicitar ayuda de algún experto en criptografía? Habían recurrido a la CIA y a Seguridad Nacional para que analizaran los criptogramas en el caso del Zodíaco.

Y no habían conseguido nada. El que resolvió uno de los enigmas del asesino del Zodíaco fue un matrimonio que vio uno en el periódico e intentó descifrarlo por juego. Y aunque la oficina del sheriff consiguiera localizar a los agentes especiales, los papeleos les llevarían siglos. Durante unas vacaciones, ni soñarlo.

Pero Deralynn quería que alguien la viera y la comprendiera. Caitlin se quedó paralizada un segundo.

Se puso de pie y fue al baño de señoras. Se salpicó la cara con agua. Su reflejo era pálido, la mirada asustada bajo el pelo sucio. La esquina del espejo estaba rota.

Un borde agudo del cristal brillaba, de color verde. Por un instante, un antiguo anhelo se removió y desnudó sus dientes.

«Cortar».

Provocar el dolor. Tomar el control.

Exhaló el aire con fuerza. Aquel anhelo era una gran mentira. Siempre. Volvió la mano con la palma hacia arriba. El tatuaje estaba ahí.

«Todo el cielo».

Cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, regresó a su escritorio.

«Deja a un lado tus sentimientos y céntrate en el trabajo —se dijo a sí misma—. Trabaja con las pruebas».

Se calmó, hizo un esfuerzo para concentrarse y empezó de nuevo con el vídeo.

Volvió a pasarlo. Cuarenta parpadeos. Luego veintidós. Veintidós. Veintidós. Veintidós. Un patrón que se repetía.

La primera repetición, los cuarenta parpadeos, seguramente incluían una

clave.

Volvió a pasar el vídeo, esta vez a cámara lenta. Copió de nuevo la secuencia inicial. Al principio la había transcrito como P-L-U-S-J. Pero con las lágrimas de Deralynn, esa última letra en realidad era ambigua. Comprobó la tabla del código morse en busca de otras posibilidades. Al final dio con P-L-U-S-1.

¿Le estaba diciendo Deralynn que tomase las letras que estaba parpadeando y que fuese una letra más allá en el alfabeto?

Lo intentó. U-Q-W-N-H-C-N-N. Nada.

«Vamos», pensó Caitlin. Estaba ahí. Deralynn no se lo habría perdido. Cayó sobre sus hombros, como la lluvia: «Una letra hacia atrás».

Deralynn había pensado en la palabra que quería transmitir, luego la había parpadeado... Un paso más en el alfabeto para cada letra de la palabra. Para descifrar el código, Caitlin necesitaba coger las letras que había parpadeado Deralynn y moverse un paso en la otra dirección, hacia el principio del alfabeto.

S-O-U-L-F-A-L-L. El alma que cae.

Buscó la bolsa de deporte que estaba debajo de su escritorio y cogió el diario de su padre.

En el escenario, unas palabras rascadas en la valla con un clavo: «El alma cae de cabeza».

Esa frase del *Infierno* se hacía eco del mensaje garabateado con tiza en el puente aquella mañana.

Cuando un alma traiciona / de la carne se separa / y un demonio ocupa su lugar.

Conteniendo el aliento, buscó en FindtheProphet.com. Sí. Allí, en el tablero de mensajes, lo encontró. Un miembro registrado. Nombre de usuario: Soulfall.

El Profeta.

Caitlin levantó los puños. Tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Deralynn, lo conseguiste. Lo conseguiste, chica.

Al otro lado de la sala, Shanklin le frunció el ceño a Caitlin. Luego su

expresión se ablandó. Se levantó al mismo tiempo que Caitlin.

—Necesitamos a Informática Forense —dijo Caitlin—. Lo tenemos. Tenemos una pista.

Costó una hora, pero Caitlin consiguió que uno de los administradores de la web de FindtheProphet.com contestara a su llamada.

—No podemos violar nuestra política de privacidad —dijo el hombre.

Parecía joven y estresado. Pero el objetivo de sus obsesiones irrumpió en la pantalla del ordenador e interrumpió el entusiasmo de la web de aficionados con una cuchilla de carnicero.

—Podemos conseguir una orden —dijo Caitlin—, pero puede ayudarnos a conseguir la información que necesitamos con más rapidez.

—Pues consiga la orden.

Parecía muy chulito. Le temblaba la voz.

—Deralynn era amiga mía —dijo Caitlin—. He estado en el escenario del crimen esta mañana.

—No trate de asustarme para que haga su trabajo.

Ella notó la emoción que se escondía bajo sus palabras y se echó atrás.

—No lo hago. Antes de morir, Deralynn dejó una información que podría ayudar a que todo esto se terminase. Nos ha conducido hasta el tablero de mensajes. John..., ¿puedo llamarlo John?

Una pausa.

—Claro.

—Tiene usted un topo.

Una pausa más larga.

—Mierda.

—Un topo peligroso. Que podría estar ya marcando como objetivo a la gente. Piénselo. Deralynn tenía privilegios de administradora, y ella me dio esa información. Quería que la usáramos.

Sobrevino una pausa más larga aún.

—Bien. De acuerdo.

—Gracias. —Caitlin levantó el pulgar hacia Guthrie, que estaba en su despacho—. Lo más fácil es que me dé una contraseña y acceso al sistema de su web.

Él le dio una contraseña y un nombre de usuario temporales. Ella volvió a darle las gracias.

—No le diga una palabra a nadie, John. No mande mensajes a Soulfall. Ni tampoco suspenda sus privilegios de acceso. Estamos al corriente de todo.

Caitlin entró en la web. En silencio, siguió la actividad de Soulfall. Era escasa. Llevaba cinco años como miembro, pero solo había mandado mensajes unas pocas veces.

Se dedicaba a acechar.

Sonó el teléfono fijo. Informática Forense la llamaba por el rastreo de la huella digital de Soulfall. Era Eugene Chao, que había analizado también las primeras cintas de audio del Profeta.

—Lo tenemos. La dirección IP más reciente que ha usado para entrar.

—¿Ubicación? —preguntó ella—. ¿Puedes conseguirla?

—Sí. Es una IP de empresa. Daedalus. La central está aquí, en San Francisco. Dame un minuto, déjame ver si puedo ser un poco más preciso.

Ella se quedó a la escucha.

Chao volvió a hablar.

—Es una división de Daedalus, que se aloja en su oficina de Mission District. Esa dirección IP pertenece a una empresa llamada Parejas por Zodíaco.

Caitlin se incorporó junto a su escritorio.

—Guthrie. —Puso el altavoz—. Dilo otra vez.

—El acceso viene de las oficinas de una empresa llamada Parejas por Zodíaco —dijo Chao—. Es una división de Daedalus Inc., que a su vez es una rama de Aquarius Capital Systems. Es una multinacional.

Guthrie se acercó. Caitlin dijo:

—Venía físicamente de esa dirección. No pudo ser desviada, ni oculta, ni...

—Soulfall envió su comentario al tablero de mensajes desde un dispositivo registrado en una red en el edificio que alberga Parejas por Zodíaco.

Guthrie y ella intercambiaron una mirada. Guthrie sentenció:

—Parece o bien descuidado o bien increíblemente adecuado, si tenemos en cuenta de quién estamos hablando.

—Déjame ver qué más puedo averiguar. Te volveré a llamar.

—Adelante —dijo Caitlin, y colgó.

Guthrie se quedó de pie, encorvado y pensativo.

—¿Sigues jugando con nosotros? —preguntó Caitlin.

Chao volvió a llamar una hora más tarde.

—Tengo un contacto que trabaja para Aquarius. Ese acceso en Parejas por Zodíaco se hizo desde un móvil que se conectó a la red para invitados de la empresa.

—Dime que no era un móvil desechable —le rogó Caitlin.

—Sí que lo era. No hubo llamadas ni antes ni después.

—¡Joder!

—Pero espera un momento. Parejas por Zodíaco tiene dos redes. Una para empleados y otra, como sugiere su nombre, para invitados. Esa oficina en

Mission District es su centro de programación, y son muy paranoicos con la seguridad de sus redes.

—De modo que el invitado podía ser cualquiera. Alguien de la calle.

—No. Todos los invitados se registran para acceder. Están alojados en el sistema. Y la mañana en que se envió el comentario, ningún invitado se dio de alta. Soulfall no era un invitado. Intentó ser hábil, pero lo cierto es que se pasó de listo. Es un empleado.

Ella apretó el puño.

—¿Nombres?

—Tengo todo el directorio de la empresa. Te lo estoy enviando. He señalado a una docena de personas que considero prometedoras. Gente que tiene conocimientos técnicos y reside en la Zona de la Bahía.

—Fantástico.

Le envió el directorio, aún al teléfono. Cinco de las personas que había marcado eran mujeres. Caitlin las descartó. Siete hombres.

—¿Me puedes proporcionar más información sobre los hombres? —le pidió.

Chao les dio su edad, nacionalidad y el tiempo que llevaban en la empresa. Tres tenían veintitantos años. Otros tres, treinta y tantos. Dos de estos últimos, Minsoo Kim y Wei Jian, habían llegado a Estados Unidos el último año con visados de trabajo H-1B para empleados profesionales.

—¿Y el último? —preguntó Caitlin.

—Se llama Titus. Por la fecha de nacimiento, tiene cuarenta y siete años. Es programador. Su número de empleado indica que lleva tiempo en la empresa. Mucho mucho tiempo.

A Caitlin le hormigueaban las manos. Lo veía claramente: un programador de software de la vieja escuela, de cuarenta y siete años, que tenía acceso a todos los perfiles de citas de los clientes. A sus números de teléfono. Sus direcciones. Sus contraseñas. Mierda, incluso a los deseos de esas personas. Podía elegir objetivos, instalar un software RAT en sus ordenadores y teléfonos, y vigilar remotamente sus casas y sus negocios antes de atacar.

—¿Me puedes conseguir su expediente laboral? —le solicitó—. Dirección,

teléfono...

—Ya los tenemos.

—Eres una máquina.

—Es ingeniería social... —respondió sin dar más explicaciones—. Este tipo acaba de volver a la Zona de la Bahía después de trabajar en el extranjero. Estuvo doce años fuera. En Bruselas, Hong Kong y Londres. Te lo mandaré todo.

Llegó casi de inmediato. Caitlin se inclinó hacia delante ansiosa, leyendo, y se detuvo.

—¿Es este su apellido? —preguntó ella—. Pensaba que habías dicho «Rome».

—No, es Rhone, R-H-O-N-E.

Notó unos pinchazos desagradables por todo el cuerpo.

—Espera.

Buscó el directorio de personal de la oficina del sheriff. Lo examinó y clavó la mirada en un nombre. Una dirección.

Dios bendito.

—Ya te llamaré yo.

Miró hacia el centro de operaciones. Shanklin vio que miraba. Le frunció el ceño a Caitlin un momento. Caitlin se encaminó a la parte delantera de la comisaría, donde Guthrie discutía intensamente con el teniente Kogara. Caitlin oyó que Shanklin la seguía.

Aceleró. Al acercarse a Guthrie, él le dirigió una mirada que decía: «Ahora no».

Ella pasó a su lado. Mirando hacia atrás, le dijo a Shanklin que se apresurase.

Se acercó al mostrador delantero. La recepcionista estaba inclinada encima de un donut y su teléfono.

—Paige. ¿Podemos hablar un momento contigo?

La chica levantó los ojos, ansiosa.

—Vives en las colinas de Berkeley, ¿verdad? —dijo Caitlin.

—Sí, en una casa que heredé de mi madre.

—¿Sola?

—No, con mi... ¿Por qué?

—¿Tu qué?

El entusiasmo feliz se convirtió en precaución.

—¿Para qué queréis saberlo?

—¿Quién es Titus Rhone? —preguntó Caitlin.

—No lo entiendo. Solo está allí temporalmente, hasta que encuentre una casa.

Shanklin se acercó más aún.

—Pero ¿de qué va esto?

Caitlin señaló el nombre de la chica.

—¿Paige?

La recepcionista tocó la placa. M. P. Rhone.

—Es mi padre.

—Es solamente por un tiempo, ya os lo he dicho —se defendió Paige—. ¿Cuál es el problema?

En la sala de interrogatorios, Paige estaba inclinada sobre una mesa de formica, tocándose las uñas. Caitlin estaba sentada frente a ella. Shanklin se apoyaba en la pared. Mamá Osa, dispuesta a atacar.

—¿Qué tipo de vehículo tiene tu padre? —preguntó Caitlin.

—No sé por qué me hacéis todas estas preguntas, pero me siento un poco intimidada. Es como... una microagresión.

—Lo que tú digas. ¿Qué tipo de vehículo?

—Un híbrido. Un Chevy Volt.

—¿Suele llevar una furgoneta? —preguntó Shanklin.

Paige negó con la cabeza, pero se detuvo de repente, y abrió los labios. Shanklin se puso tensa.

—¿Dodge Ram? —preguntó Caitlin.

Paige pareció quitarse un peso de encima.

—Era de Tanner.

—¿Quién es Tanner?

—¿Es por lo de la furgoneta? ¿Por qué no me lo habíais dicho?

Se le iluminó la cara.

—Paige...

—Mi exnovio. Le robaron la Ram el mes pasado. ¿La habéis encontrado?

—¿Cuál es el apellido de Tanner? —preguntó Shanklin.

—DeVries. Es una Ram blanca, de segunda mano, pero como nueva.

—¿Blanca? —preguntó Caitlin—. ¿Con llantas?

—Sí, Dios mío, ya lo creo. Esas llantas *warrior* especiales. Le encantan esas cosas.

Caitlin asintió. Guthrie estaba contemplando el vídeo y en ese mismo momento estaría buscando una Dodge Ram robada a nombre de Tanner DeVries.

—¿Y dónde se la robaron? —inquirió.

—En mi calle. Tanner se puso como una moto. Se suponía que era un barrio seguro. Y dijo que la furgoneta no se podía puentear. Hace falta el llavero para poner en marcha el motor. ¿Es verdad eso? Es una de las cosas que debería saber, si quiero presentarme para que me admitan en la academia. —Sonrió—. Por eso estoy trabajando aquí. Para enterarme de ese tipo de cosas.

Caitlin asintió.

—Bien pensado. ¿Tanner se enfadó contigo? —le preguntó con gesto comprensivo.

—Fue uno de los motivos por los que lo dejé. Como si yo hubiera sido la culpable de que le hubieran quitado su preciosa furgoneta... —Paige se revolvió el pelo—. Vaya pérdida.

Shanklin, a quien Caitlin miraba de reojo, parecía estar haciendo lo posible y lo imposible para no darle una sacudida a la chica. Caitlin lo dedujo todo por los resquicios que abrían las divagaciones de Paige. Si su padre vivía con ella, ¿acaso no le habría resultado muy fácil robar las llaves de la furgoneta mientras el novio de Paige estaba en su casa?

No mucho más difícil que hacer pintar la furgoneta de negro.

—¿Acusó Tanner a tu padre de haber perdido el llavero? —preguntó.

—Pues sí. Se quejaba mucho, protestaba y lo acusaba. Papá se limitó a salir de

la habitación. Y Tanner se enfadó más aún. —Bufó—. Que le aproveche.

Caitlin juntó las manos.

—¿Estás muy unida a tu padre?

—Claro. Lo estamos trabajando. No lo veía desde..., desde que era pequeña. Pero me pidió alojamiento y es de mi familia, así que dejé que se quedara conmigo. Por ahora. Pero estamos conectando bien. Él me comprende. Fue él quien me dijo que debía presentarme para este trabajo. «Serías una policía extraordinaria». Además, fue él quien me puso el nombre de pila, el auténtico. —Se tocó la placa con el nombre, m. p. rhone—. Mirra. Mirra Paige. Único. Porque yo soy única. Es demasiado raro como para usarlo, pero... —Miró a Caitlin y a Shanklin, por turno—. Es chulo, ¿verdad?

—Claro que sí. —Caitlin se puso de pie—. Espera aquí un momentito. Vuelvo enseguida. ¿Quieres una Coca-Cola?

—Si fueras tan amable...

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Recuerdas un collar con un colgante de colibrí? Vendiste uno así en eBay, ¿verdad?

—Eso fue hace años. —Paige frunció el ceño—. ¿Qué ha dicho Tanner? Tenía permiso. Quiero decir que papá lo olvidó. Nunca me preguntó por él.

—Claro. ¿Light?

Shanklin la miró con picardía. Caitlin salió con toda la calma del mundo. Cuando hubo cerrado la puerta, sacó el teléfono e investigó. «Mirra».

En la mitología griega, Mirra era la madre de Adonis. Se convirtió en el árbol de la mirra al sentir lujuria por su propio padre, el rey, y tener relaciones sexuales con él.

—¡Joder! —Nueva búsqueda: «Mirra + Infierno».

Canto XXX, versos 25-27

Vi dos sombras desnudas y pálidas que corrían mordiéndose, como el cerdo cuando se escapa de su pocilga.

Adelantó un poco más en el texto. Las sombras clavaban los colmillos en el cuello de otras sombras, y los desgarraban salvajemente.

Es el alma antigua de la perversa Mirra, que fue amante de su padre contra las leyes del amor honesto; para cometer tal pecado se disfrazó bajo la forma de otra.

Caitlin se quedó helada en el vestíbulo.

—Es única. Ya lo creo que sí.

Hija de un sujeto desconocido y también asesino legendario y malvado. Vaya legado.

Guthrie salió de la sala de monitorización.

—El colgante.

—Ha sido un disparo al azar. Y, por suerte, he acertado. —Se encogió de hombros avergonzada, pero emocionada—. Y Mirra es un personaje del *Infierno*. Es él.

Guthrie le tendió una foto de veinte por veinticinco, una ampliación de una foto del carné de conducir.

En la foto se veía a un hombre de cuarenta y tantos años. Delgado, caucásico y normal... en apariencia. Pero el aire del vestíbulo pareció enfriarse de repente. Eran sus ojos. Ardientes al darles la luz, de un castaño oscuro, que no dejaba traslucir nada. Los labios estaban entreabiertos, como si fuera a decir algo sugerente al trabajador de Tráfico. Conspirativo. La media sonrisa mostraba una boca con los dientes torcidos y apiñados. El pelo clareaba un poco, con unos mechones largos peinados hacia atrás. Parecía un Matthew McConaughey desgastado por la vida. Mirada cómplice. Una seguridad absoluta y un vacío total tras él.

Titus Rhone.

Miró a Guthrie.

—Es él.

A las dos de la tarde se reunieron en el centro de operaciones. El equipo de asalto estaba dispuesto para detener a Titus Rhone. La atmósfera era tensa. Guthrie informó sobre Rhone al equipo. El jefe de la Unidad de Respuesta Especial diseñó la táctica.

—La residencia del objetivo es una casa unifamiliar situada en las colinas de Berkeley. —El jefe usó un puntero láser para indicar la ubicación del hogar de Paige Rhone, en un mapa por satélite proyectado en una pantalla blanca—. Nos acercaremos por la carretera de Winderaker.

Caitlin estaba de pie, haciendo crujir los nudillos. En su interior una turbina parecía girar velozmente, dispuesta a descargar energía como un relámpago. Llevaba la SIG en la pistolera. Tenía dos cargadores adicionales de munición en el bolsillo izquierdo de los vaqueros. Una navaja plegable, con la hoja curvada, en el derecho. Se alisó el chaleco antibalas.

Cerca, Shanklin estaba muy concentrada. Martínez se encontraba de pie, con las manos en los costados. Ya no quedaba ni rastro de su aspecto de camarero de chiringuito playero. Ahora era un combatiente puro y duro. Guthrie parecía haber asimilado todos los detalles de la operación en su mismísima estructura celular. El equipo de asalto estaba en modo descanso, con los uniformes monolíticos e intimidatorios.

El jefe de la Unidad de Respuesta Especial acabó la sesión informativa y le cedió la palabra a Guthrie.

—Es un barrio residencial, con viviendas familiares rodeando tres de los lados del objetivo. Hace una tarde soleada. Debe de haber niños jugando fuera.

Aumentó el tamaño de las fotos de la casa. Las habían sacado del teléfono de Paige, que ella misma había entregado de buen grado.

Paige seguía en la sala de interrogatorios, reacia a hablar, ahora que se había percatado de que pasaba algo malo y ella estaba en medio. A Caitlin le resultaba inconcebible que Paige fuera tan inocente como quería hacer creer. No, si Titus Rhone la había empujado a pedir trabajo en la oficina del sheriff. No, si la había animado a mantener los ojos y los oídos abiertos, y a pasarle a él información. Detallada. Como si furea un gatito amistoso, dado por instinto a despedazar animales sin remordimiento alguno.

Guthrie fue pasando las fotos de la casa.

—Dispusimos que un oficial de paisano pasase por delante de la residencia con un coche sin marcas, hace quince minutos. —Alzó una mano—. En el vehículo particular del oficial; nada que pudiera despertar sospechas. Ha informado de que el Chevy Volt del sospechoso está aparcado en la entrada de la casa.

—Tenemos los ojos puestos en la vivienda —dijo el jefe del grupo de asalto—. Delante y detrás. El vehículo sigue en la entrada y nadie ha abandonado la casa.

Guthrie se enfrentó a los que estaban en la habitación.

—Ese hombre va presuntamente armado. Es excepcionalmente peligroso. —Miró a todos los miembros del equipo, uno por uno—. Vamos.

Se empezaron a desplazar entrechocando el equipamiento. La adrenalina impregnaba el aire. Cuando Caitlin se dio la vuelta para salir, Guthrie la detuvo.

—Walt Hobbs ha vuelto a casa. Los niños y él están a salvo.

—Gracias a Dios.

El alivio la invadió, pero al mismo tiempo la pena la desbordaba al pensar en Deralynn, en cómo estaría sufriendo su familia en ese instante. Guthrie pareció exhausto por un momento. Ella estaba al corriente de que le había notificado a Walt Hobbs que habían asesinado a su esposa. Asintió con un gesto casi imperceptible.

Al dirigirse hacia la puerta, el forense se acercó por el vestíbulo. Azir parecía preocupado.

—¿Noticias? —le preguntó a Guthrie.

—Sí. —El interpelado señaló el sobre color manila que el forense llevaba en la mano—. ¿Son los resultados de la autopsia de Gaia Hill y J. T. Wilcox?

Azir asintió.

—Quería que los tuviera lo antes posible.

Vio pasar al equipo táctico y a Martínez con el chaleco antibalas puesto y la placa colgando de una cinta en torno al cuello.

—No necesito detalles de la operación —dijo el forense—, pero... si van a otro escenario del crimen...

Guthrie lo miró.

—Sí, eso es. Y nos vamos ya.

—No quiero entretenerlos. Pero debo advertirles de algo. Cuando entren adondequiera que vayan, tengan un cuidado excepcional con la exposición a materiales peligrosos.

—Entendido, doctor.

Guthrie hizo ademán de marcharse, pero el forense señaló el sobre de color manila.

—La contaminación por mercurio en el último escenario del crimen era extraordinaria. Son los vapores. Se desprenden por el aire y uno no sabe que los está inhalando.

Caitlin miró el sobre.

El forense frunció el ceño al mirarla.

—¿En cuántos escenarios del crimen ha estado?

—En tres. Cuatro, si contamos el coche ardiendo.

—Entornos cerrados, dispositivos incendiarios... Esos fuegos artificiales eran venenosos.

Guthrie quiso continuar. También Caitlin, pero un gusano negro se abrió camino bajo su piel.

—Voy a emitir una alerta sobre los peligros de los vapores de mercurio —anunció Azir—. Tendrán que extremar precauciones para evitar todo tipo de exposición. —Señaló a Caitlin y Guthrie con dedo acusador—. Esto puede acarrear consecuencias permanentes y catastróficas en su salud.

Guthrie estaba ansioso por moverse.

Azir agitó la mano.

—Vayan. Y tengan cuidado. Pero asegúrese de que su gente está también a salvo del mercurio. No todas las armas mortales disparan balas.

—Ya lo he entendido.

Guthrie se encaminó al aparcamiento sin decir palabra. Caitlin fue tras él, pero se volvió hacia Azir.

—¿Cuáles son las consecuencias? —le preguntó caminando de espaldas.

—Temblores. Amnesia. La sensación de tener insectos bajo la piel. Insomnio. Inestabilidad emocional. Jaquecas. Pérdida de visión periférica —enumeró—. No es ninguna broma.

—De acuerdo.

Caitlin siguió a Guthrie al exterior, bajo el sol. Pero una lucecita se había encendido en su interior. Su padre...

Los síntomas de Mack. Los temblores. Los bichos que corrían bajo la piel. El insomnio, la rabia, los dolores de cabeza, los fallos de la memoria. Que solo viera lo que tenía justo delante de los ojos.

No es que fuera brusco, ni tozudo: es que había perdido la visión periférica.

Se subió al coche. Comprobó la escopeta que estaba en el maletero: la abrió, miró en el cañón, la cerró de nuevo y se aseguró de que la caja de munición estuviera asegurada y preparada. La guardó de nuevo, se subió tras el volante y puso en marcha el motor. Estaba conmocionada y temerosa, y al mismo tiempo era consciente de lo que sucedía.

Su padre había sido envenenado con mercurio.

Fueron a casa de Paige Rhone bajo un cielo de un azul cegador. Pasaron junto a pequeñas casitas alargadas y fatigados edificios de apartamentos en la superpoblada colina de Oakland. El vehículo negro del comando de asalto encabezaba el convoy. Caitlin iba detrás, al volante de un coche sin distintivos; pisaba el acelerador con fuerza. Una frase resonaba en su cabeza: «Vamos, adelante. Vamos a cogerlo». Nunca los prolegómenos de una acción le habían parecido tan prolongados ni tan peligrosos.

El vehículo frenó a cincuenta metros de la entrada a la casa y se detuvo, en ángulo a través de la calle. Dos Chargers de la oficina del sheriff pasaron por delante, con las luces encendidas. Caitlin detuvo su coche detrás del vehículo del comando, en ángulo opuesto hacia el asfalto, bloqueando la calle.

Los Chargers cortaron el otro extremo de la calle. El equipo de asalto salió del vehículo. En la entrada se encontraba el Chevy Volt dorado de Titus Rhone.

Las cortinas de la casa estaban echadas. La puerta principal quedaba sumida en las tinieblas. La casa parecía corriente, poco amenazadora. Quieta, agazapada, como si gruñese con una frecuencia demasiado alta como para oírla.

Por la radio, Caitlin oyó al jefe del equipo de asalto. Lo estaba organizando todo desde la parte de atrás.

—En posición.

Caitlin sacó la SIG. El corazón le latía con fuerza contra el chaleco antibalas. Junto a ella, Guthrie miró la casa como si la pudiera oír respirar. La mandíbula de Shanklin estaba más tensa que un tambor. Cerca, Martínez se tocaba el crucifijo. Captó la mirada de Caitlin y asintió.

El jefe del equipo de asalto los condujo hasta la puerta, en fila india. Se amontonaron. Los segundos se les hicieron eternos. El jefe indicó por señas:

«Adelante». Caitlin puso la mano sobre el hombro de Shanklin y avanzó detrás del ariete, detrás de los gritos de los miembros del equipo de asalto y la fuerza animal de Guthrie.

La luz era escasa; las habitaciones, un laberinto. La casa olía a cigarrillos, lejía y libros viejos. Con las armas empuñadas, examinaron la cocina, el salón, el baño, el dormitorio, el otro dormitorio y el garaje. Registraron armarios, alacenas, cómodas y hasta el desván.

La casa estaba vacía. Rhone se había ido.

Caitlin salió de la casa de Rhone y se dirigió a la furgoneta del laboratorio de Criminalística. Se apartó un mechón de pelo de la cara con el antebrazo. Llevaba unos guantes de látex y unos cubrezapatos encima de las botas. Hizo caso omiso de la multitud que se estaba congregando al final de la calle, ante la barricada que había montado el sheriff.

Hasta que vio a su padre de pie entre ellos. Inmóvil, silencioso, observando.

Ella pasó por debajo de la cinta amarilla de la policía y caminó por la calle hasta la barricada. El agente uniformado que controlaba a la gente era Lyle, que había estado en el parque Silver Creek la noche en que encontraron el coche ardiendo lleno de cuervos.

Caitlin señaló a Mack.

—Viene conmigo.

Lyle dejó pasar a Mack por la barrera. Ella puso a su padre fuera del alcance de la multitud.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

Él llevaba una gruesa camisa de trabajo con el cuello deshilachado, unos vaqueros y unas botas cubiertas de barro. Iba sin afeitarse. Le tendió su teléfono.

—Una app de la radio de la policía. Escuché el código que corresponde a una operación táctica cuando volvía a San Francisco. Nadie ha mencionado al Profeta, pero he leído entre líneas. —Miró hacia la casa—. ¿Qué pasa?

Ella sabía lo que pasaba cuando alguien le daba noticias importantes a Mack.

Se le cruzaban los cables. Podía explotar, o desaparecer, o encerrarse como una tortuga. Pero el teniente Kogara había programado una rueda de prensa inminente. En apenas unos minutos aparecería en público. Él se merecía oírsele a ella. Cogió aire.

—Sabemos quién es —comenzó.

Mack se quedó inmóvil como una estaca clavada en la tierra.

—Se llama Titus Rhone. Estamos completamente seguros. Es él.

Esperó a ver cómo reaccionaba su padre. La mirada se le perdía más allá del horizonte. Luego se le arrugó el rostro. Y se le doblaron las rodillas.

—Papá... —Ella le puso una mano en el hombro.

Él se rehízo, se enderezó y levantó una mano.

—Titus Rhone. —Lo pronunció lentamente, sílaba por sílaba—. Dios mío... ¿Y cómo...?

Ella le explicó cómo lo habían localizado. Entonces cogió el teléfono y sacó la foto del carné de conducir de Rhone.

—Es este; la foto es actual.

Mack lo miró. Durante unos segundos largos y dolorosos.

—Hay algo malo en él. Salta a la vista —dijo.

Ella asintió. Él siguió mirando la foto. Luego levantó la vista hacia ella.

—Tú...

Apretó los labios con fuerza. Conteniendo la emoción.

—Caitlin... —Levantó una mano temblorosa y pareció que le iba a apretar un brazo—. Es increíble —susurró—. Lo has encontrado.

—Todavía tenemos que cogerlo. Se ha dado a la fuga. No puede volver aquí. Hay alerta, está toda la prensa, cobertura total. Ya no podrá esconderse más. Lo cogeremos.

—Pero su casa...

—Ha perdido su centro de operaciones.

Él susurró algo que ella no pudo oír. Una oración, quizá. Una maldición. Le lanzó una mirada lúgubre y asintió. No necesitó decir nada más. Ella le cogió la mano y la apretó. Él miró hacia la casa, con un gesto indefinible.

—Hay algo más que tienes que saber. Y no puede esperar —dijo Caitlin.

Él siguió mirando la casa. Ella hizo una pausa. Pero no podía parar, tenía que seguir.

—Papá. Todo el mundo que ha estado trabajando en los escenarios de los crímenes del Profeta ha quedado expuesto a vapores de mercurio. —Le apretó la mano tratando de captar su atención—. Tú más que nadie.

Él volvió la cabeza despacio, como si fuera un mecanismo de relojería.

—Te has envenenado —añadió.

Hizo ademán de abrir la boca, pero no dijo nada.

—El forense me ha descrito los síntomas. Temblores. Bichos debajo de la piel. Alucinaciones...

—... auditivas y visuales. —Su voz era distante, como si viniera de debajo del agua—. Colores y luces. Serpientes por el rabillo del ojo, que se retuercen cada vez que miro.

»La visión periférica reducida. —Su voz estaba a punto de romperse—. Depresión. Retraimiento. Ira.

Parecía catatónico. Caitlin pensó que había cometido un grave error. Se quedó en silencio durante un minuto largo. Ella esperaba una explosión; pero, cuando él habló, su tono era tranquilo.

—¿Quieres decir que esto me afecta desde hace veinte años? —preguntó él.

—Envenenamiento por metales pesados, sí.

Él cerró los ojos y meneó la cabeza, como si lo juzgara imposible.

—Mañana iremos al médico. Una revisión completa —prometió ella.

Él frunció el ceño.

—¿Crees que pueden hacer algo?

—Claro, tiene que haber algo.

Para aliviar su atormentada existencia. Para compensarlo.

—El envenenamiento por metales pesados es permanente, en gran parte. —La mirada lúgubre volvió a aflorar—. El forense estaba preocupado por ti.

El miedo se agitó en su interior.

—Ahora sabemos que hay que tomar precauciones.

Lo dijo de corrido. No podía dejar que el miedo la distrajera.

Mack se quedó mirando la nada, o eso parecía.

—Saunders y yo fuimos los primeros en entrar en un escenario en casa de la víctima. Allí ardía un cubo de basura de la cocina. Estaba lleno de unas barras fluorescentes rotas. Lo apagamos y abrimos las ventanas... Aireamos la casa, antes de que llegara el equipo del escenario del crimen...

—¿Y no se lo habías contado a nadie? —preguntó Caitlin.

—En aquel momento, ¿qué importancia tenía?

Ella se sintió consternada.

—Quizá toda. Esto lo cambia...

—¿Todo? —preguntó él.

Ella notó un pinchazo.

—Pues sí. No.

Se dijo a sí misma que debía mantener la calma.

—Te echaba la culpa —le dijo a Mack—. Por cosas de las que no tenías culpa alguna.

Él se quedó callado un momento.

—Sí, sí que la tenía.

Ella lo miró agobiada.

—Aun así, yo estaba equivocada.

—¿Por lo del mercurio?

—Sí. Bueno, no.

Estuvo a punto de echarse a reír. Durante un instante, ese humor negro típico de los policías iluminó su rostro. Ella le había echado siempre la culpa de todo. Ahora veía una sucesión de causas y efectos: el trabajo en Homicidios, su dedicación más allá del cumplimiento del deber, el crimen de los recién casados, la muerte de Saunders, el mercurio que corría por sus venas...

—No fuiste tú quien saltó al abismo. Fue el abismo quien te atrapó y te arrastró. —Ella le cogió la mano—. Has soportado mucho más de lo que podría soportar cualquier persona. Solo te culpo por haber querido soportarlo tú solo.

Él se quedó quieto durante un momento. Como una piedra. Luego señaló

hacia la casa.

—Anda, vuelve al trabajo.

Ella le apretó la mano.

—No quiero que te quedes solo.

—Tengo que estar solo. Ya hablaremos cuando todo esto haya terminado. —

Hizo una seña, al parecer para sí mismo. Luego le dirigió a ella una mirada ardiente—. Encuentra a ese hijo de puta y hazle morder el polvo.

El viento corría por encima del asfalto de la carretera, haciendo volar por los aires envoltorios vacíos de comida para llevar. Las malas hierbas y los cardos crecían entre la verja de tela metálica. Sean Rawlins hizo avanzar su furgoneta por el callejón, evitando las botellas de cerveza rotas que se habían hecho añicos contra el costado de un contenedor.

Vaya sitio para buscar huevos de Pascua...

Pero los confidentes por lo general no se citaban con él en el bar del Fairmont. Y en realidad no le importaba. De hecho, le encantaba.

Trabajar con explosivos era muy divertido. Su trabajo consistía en intentar mantener los materiales explosivos fuera del alcance de idiotas y maníacos. No era de Desactivación de Explosivos. Esos tíos sí que estaban locos. «Corta el cable azul». Desactivación de Explosivos estaba lleno de majaras.

Él perseguía a idiotas que querían volar por los aires una fábrica, o gente con deficiencias morales que quería que los aviones de pasajeros explotaran a gran altura. Él se dedicaba a evitar las explosiones antes incluso de que llegaran al punto en que se les pudiera añadir un detonador.

El público no tenía ni idea de la cantidad de explosivos que llenaban el mundo que los rodeaba. Con arreglo a su experiencia, no apreciaba en realidad lo útiles que eran los explosivos. En minería, en demolición, en control de avalanchas, en extinción de incendios, en infladores de airbags. En fuegos artificiales, en efectos especiales...

Con la química se vive mejor. Siempre y cuando los explosivos se detonen solo en el momento adecuado.

Los especialistas en explosivos solían llegar a aquel trabajo gracias a una especialización en química o en electrónica. Sean se había licenciado en

Química. Podía analizar materiales explosivos que iban desde la dinamita y otros explosivos fuertes a la pólvora negra, la pólvora en grano, explosivos de iniciación, detonadores, mechas de seguridad, petardos, cable detonador, cordón de ignición y encendedores. Materiales que, a pesar de lo que pudieran pensar algunos ciudadanos, era ilegal enviar, transportar o recibir sin una licencia o permiso especial.

Por supuesto, el crimen organizado, los yihadistas, los supremacistas blancos y chiflados de todo pelaje hacían caso omiso de esa prohibición. Por eso lo enviaban un Domingo de Resurrección a investigar y a inhabilitar.

El soplo había llegado a la división de campo de la ATF de San Francisco. El soplón aseguraba que se habían desviado materiales detonadores de una empresa dedicada a construir carreteras en las sierras. Un par de tíos estaban vendiendo una mezcla de ANFO y emulsión a un club de moteros delincuentes. Los moteros trataban sobre todo con armas (la ATF siempre los estaba persiguiendo por eso) y, si había indicios de explosiones grandes, mal asunto.

Uno de los colegas de Sean se había trabajado al confidente durante un mes, antes de meterlo a él. El tipo quería reunirse con él. Aquel mismo día. Aquella tarde. Quería negociar un pago y un acuerdo de inmunidad.

Sean pasó junto a diversos talleres y almacenes que estaban cerrados porque era fin de semana. A lo lejos, las grúas de carga del puerto de Oakland se alzaban por encima de los muelles, como los acorazados todoterreno AT-AT de *El Imperio contraataca*. Siguió la verja de tela metálica que se adentraba más y más en el complejo. Vio a un hombre junto a un edificio al otro lado de la verja. El tipo estaba inclinado contra la pared, fumando. Cuando Sean aflojó el paso, el tipo arrojó la colilla y corrió hacia él, mirando a su alrededor.

Sean aparcó junto a la verja. Le mandó un texto al agente supervisor especial a cargo; su jefe. «En la reunión». Luego bajó la ventanilla del copiloto.

El tipo se encorvó y miró a Sean de soslayo a través de la verja. El pelo se le metía en los ojos por culpa del viento. Parecía que estaba vigilando a los de *The Walking Dead*.

—Tú no eres Peretta —dijo.

—Peretta no ha podido venir. Ella ya te dijo que vendría yo.

El tipo inclinó la cabeza, pensativo.

—¿Qué pasa, que tuvo al niño anoche?

Sean le dirigió una mirada indiferente.

El tipo sonrió.

—Ja.

—Rawlins —dijo Sean.

—Dix.

Era su hombre. Miró a su alrededor como una ardilla.

Había una puerta un poco más allá, pero Dix dijo:

—No pases a este lado. Las cámaras de seguridad todavía funcionan aquí.

Baja hasta la esquina del edificio y da la vuelta.

Señaló hacia la larga carretera que discurría entre almacenes. Más allá, y brillando a la luz del sol, un barco lleno de contenedores avanzaba por la bahía.

—Me reuniré contigo allí —dijo el hombre.

Sean hizo avanzar el coche hasta la esquina. Se aseguró de que no lo siguieran ni lo vigilaran, de que no había actividades sospechosas. Era una zona industrial muy amplia, sucia y destartalada, y vacía durante las vacaciones. Algo normal. No vio nada sospechoso.

Al doblar la esquina, a un par de cientos de metros carretera arriba, Dix abrió una puerta plegable. Los carteles en la verja indicaban que la propiedad era una chatarrería. Un sitio ideal para esconder objetos robados, pero no demasiado bueno para guardar explosivos con todas las garantías. Sean aparcó fuera y entró por la puerta.

El edificio era del tamaño de un hangar de avionetas, cuadrado, anónimo y, al parecer, abandonado. Las gaviotas daban vueltas por encima, chillando. Pasó junto a bidones de doscientos litros oxidados que no parecían cumplir ninguno de los requisitos de seguridad laboral fijados por el gobierno. El confidente abrió la puerta y miró a su alrededor como un perro de las praderas. Sean se quitó las gafas de sol y lo acompañó al interior.

El espacio estaba vacío y resonaba como un gimnasio de instituto. El suelo de

la fábrica estaba desnudo, pero aún se veían los pernos y los puntos de anclaje donde antes había maquinaria y herramientas.

—¿Es aquí donde van a hacer la entrega? —preguntó Sean.

—Hablemos de mi inmunidad.

—Primero dame fechas de entrega y las descripciones de los vehículos que están usando. Nombres. Números de móvil. Luego podemos hablar de inmunidad.

Dix se pasó las manos por el estómago, como si la mera idea le provocara una indigestión.

—Vale... Pero una cosa cada vez. La próxima entrega será aquí, en el muelle de carga.

—Enséñamelo.

—En el otro extremo del edificio. —Condujo a Sean hacia la puerta y al extremo más alejado de la fábrica—. Rápido. No quiero quedarme aquí ni un segundo más de lo necesario.

Nadie dijo que seguir un soplo sobre contrabando de material para fabricar bombas fuera fácil. Sobre todo, porque hay que tratar con gente muy escurridiza. Pero aquello era muy grave. Nitrato de amonio y fuel cebado con dinamita de nitroglicerina, supuestamente. Un pedazo de coche bomba.

El chillido de las gaviotas quedaba ahogado por las paredes. Fuera de las ventanas altas y mugrientas, las nubes pasaban rápidas por el cielo azul intenso. En la habitación contigua, Sean veía palés cubiertos con lonas azules, y más bidones de doscientos litros almacenados a lo largo de las paredes. Tuberías y carretes de alambre de cobre, posiblemente robados de una obra. Cuando llegaron al fondo de la sala, Dix sacó las llaves para abrir la puerta que daba a una sala posterior.

—Espera —dijo Sean. Miraba los bidones.

—Olvídate de esa mierda. Sigamos. Ya sé que es Domingo de Resurrección, pero los tipos que hacen esto no son cristianos piadosos que digamos, ¿sabes? Pueden aparecer en cualquier momento.

El confidente abrió la puerta. El vestíbulo estaba oscuro. Tocó un interruptor

grande, pero no pasó nada.

—Espera.

Dix se fue por el pasillo.

Sean abrió la puerta de par en par y lo siguió. Dix probó un interruptor que había más adentro. Nada, tampoco. Dio la vuelta a la esquina y se metió en uno de los huecos oscuros del edificio.

—¿Qué cojones...? —profirió.

Sean se echó atrás la chaqueta y llevó la mano a la culata de la pistola. Del otro lado de la esquina llegó un ruido de roce y un grito ahogado. Unos barriles vacíos resonaron al caer en el cemento.

Sean sacó el arma. Se movió rápidamente por el vestíbulo y se detuvo antes de llegar a la esquina. No oyó nada.

Aquello pintaba muy mal. «MAL» con mayúsculas. Estaba oscuro. Él estaba solo. Se acercó a la esquina en ángulo. Levantó el arma y comprobó el pasillo transversal poco a poco, un fragmento cada vez, acercándose a la esquina de manera gradual. Nada.

«Vamos».

Dobló la esquina. Hacia la mitad del nuevo pasillo había una puerta doble. Avanzó con un nudo en las tripas, abrió la puerta de par en par, lo comprobó todo verticalmente de nuevo, y entró. Encontró unos barriles volcados, como si los hubiesen golpeado con una bola de bolera. Sangre en uno de ellos. Un teléfono rajado y abandonado en el cemento. Ni rastro de Dix.

Examinó toda la habitación y se paró en seco. Todas las paredes estaban cubiertas con dibujos muy extraños. Desde el nivel del suelo hasta dos metros y medio de altura, estaban pintadas con aerosol y llenas de dibujos a tiza con imágenes psicodélicas. Demonios torturando a personas en pozos. Cerdos hundiendo los dientes en hombres que chillaban. Buitres con cara de mujer, que desgarraban la carne de unos árboles que lloraban.

Un rastro de clavos incrustados en las paredes. Parecía fuego de ametralladora.

Era una trampa, y él se había metido directamente en la boca del lobo.

Comprobando toda la habitación con el arma empuñada, dejó la pared a su espalda y cogió el teléfono para llamar pidiendo ayuda. No había señal. Vio que el mensaje de texto destinado a su jefe no se había enviado siquiera.

«Retrocede. Sal de ahí, busca cobertura».

Desde lo más profundo del edificio, Dix gritó:

—¡Para, para, joder, Dios mío, no...!

Ni hablar de retroceder.

Sean cruzó la habitación siguiendo el rastro de clavos hasta la puerta que estaba en el otro extremo. Volvió a comprobarlo todo poco a poco, y siguió. Avanzó rápidamente hacia la habitación y la registró. No vio a nadie. Se habían llevado al confidente a rastras. El viento soplaba entre las ventanas vacías y las láminas de plástico azotaban las paredes. Al fondo de la habitación, unas sombras parpadeaban.

«El Profeta».

El hijo de puta que lo había enviado a correr hacia un campo vacío, mientras torturaba y asesinaba a dos mujeres. El asesino que quería destruir a Caitlin.

Sean cruzó la habitación, levantó el arma y apartó el plástico. En el suelo de cemento había un agujero. Pintadas con aerosol delante de él se encontraban las palabras «Aquellos que aquí entráis, perded toda esperanza».

El agujero en el cemento caía hasta un túnel que había mucho más abajo. El viento silbaba al pasar por él.

El disparo llegó del rincón más oscuro de la habitación y le dio en la espalda.

En el exterior de la casa de Rhone, Caitlin le tendió una bolsa de pruebas a un técnico forense y firmó la cadena de custodia. Más allá de las barreras, la multitud se agolpaba, cada vez en mayor número. Los periodistas de la televisión daban empujones buscando un sitio. Un helicóptero de las noticias pasaba por encima de ellos. Un segundo venía ya hacia allí.

El teniente Kogara había hecho el anuncio oficial de que la oficina del sheriff buscaba a un sospechoso por el caso de los asesinatos del Profeta. La foto de Titus Rhone estaba por todas partes, junto con la advertencia: «Tengan mucho cuidado. No se acerquen. Rhone va armado y es extremadamente peligroso».

El teléfono de Caitlin zumbó con un mensaje entrante. Lo sacó de su bolsillo. Vio un número que no reconoció. Prefijo 925. Era el de Pleasanton. El prefijo de la oficina del sheriff. Dudó.

ASUNTO: RE: Mercurio.

Lo abrió. Se puso en marcha un vídeo.

Las piernas le flaquearon.

—Ay, Dios mío...

La luz del sol parecía que le chillaba. En la pantalla se veía a Sean. Con el arma empuñada.

Una figura apareció entre las sombras, levantó una pistola de clavos neumática y le disparó en la espalda. Dos veces.

Sean se dio la vuelta. Retorciéndose, con el pánico reflejándose en su mirada. Apuntó hacia la figura. Al cuerpo. Disparó.

La silueta siguió acercándose a él. Levantó la pistola de clavos. Disparó de nuevo a Sean, esta vez en el pecho. Una y otra vez.

Sean cayó.

La figura fue hacia él atravesando la pantalla. Le dio una patada a Sean en la mano para apartar el arma. Le dio una patada en la cabeza. Sean no se movía. La figura lo cogió del brazo y lo arrastró por el suelo hasta un agujero que había en el cemento. Con el tacón de una bota de trabajo, lanzó a Sean por encima del borde.

La voz del Profeta llegó desde el teléfono.

—He oído decir que Rawlins te abandonó cuando más lo necesitabas. La traición condena a los pecadores a la profunda oscuridad del pozo.

La pantalla se fundió a negro.

En el centro de operaciones, Caitlin miraba una y otra vez una imagen congelada. Mostraba la luz procedente de unas ventanas altas en la habitación donde estaba Sean. Un suelo de cemento. Paredes de chapa ondulada. Un almacén, hangar o fábrica abandonada. Cuando la reprodujo otra vez y la miró de nuevo, unas sombras pasaron ante las ventanas y oyó gritos de gaviotas. Estaba en algún lugar cerca del mar.

Toda la Zona de la Bahía estaba cerca del mar. La costa tenía cientos de kilómetros de extensión. Sean podía estar en San José, Vallejo o la bahía de Suisun.

En la esquina, la pantalla grande de televisión mostraba las noticias nacionales, sin sonido. búsqueda de un sospechoso que podría ser el profeta. agente federal desaparecido.

Shanklin y Martínez iban y venían a toda velocidad, hablando por teléfono, escribiendo notas y pegando post-its a las paredes. Guthrie pasó junto a ella, con el móvil pegado a la oreja.

«Sean, vamos a encontrarte».

Pero necesitaban un vídeo de mejor calidad. Tenían que encontrar la furgoneta Dodge Ram robada que conducía Rhone. Y localizar cualquier posible almacén, conseguir su teléfono, su historial de la tarjeta de crédito. Aún no tenían nada.

Las patrullas peinaban las calles. Pero apenas tenían nada con lo que trabajar.

—Que me vayan informando —dijo Guthrie, y colgó—. La agente especial de la ATF al mando no llegó a recibir la confirmación de Rawlins de que había llegado a la reunión con su confidente.

—¿Dónde se suponía que era la reunión? —preguntó Caitlin.

—Al este de la bahía. Es todo lo que sabe.

—¿Y el GPS de su teléfono, o de su furgoneta?

—Han caído esta mañana. Mucho antes de la reunión.

—El Profeta le ha estropeado el móvil y desactivado el GPS —dijo ella—. Mierda...

—La patrulla de la autopista ha cerrado los puentes. Están estableciendo controles. Registrando todos los vehículos —dijo Guthrie—. Ya antes las calles estaban desiertas, pero ahora toda la zona está completamente aislada.

—¿Y quién era ese confidente? —preguntó Shanklin—. ¿Era una reunión auténtica o solo una trampa?

—La ATF se está ocupando de eso —respondió Guthrie.

Caitlin notó un nudo en el estómago. Una imagen la obsesionaba. Sean alejándose de la comisaría con Sadie en brazos. Con la cara vuelta hacia su hija, con gesto cariñoso y protector.

Clavó la mirada en el reloj de la pared. Las siete menos cuarto de la tarde.

Volvió a los artículos que estaban extendidos encima de la mesa de conferencias: las escasas pruebas encontradas en el registro. Siete ediciones de la *Divina Comedia*. Una caja de sesenta y cuatro lápices de colores para artistas. Y una pila de mapas dibujados a mano.

También habían cogido la ropa de Rhone y un par de botas de montaña, que estaban examinando en el laboratorio de Criminalística. No había ni rastro de ningún portátil, ni de ordenador alguno, ni tampoco de la furgoneta negra con las llantas cromadas. Al parecer, Rhone había vivido como quien acampa por unos días en la habitación de invitados de su hija: equipaje imprescindible, entrar, salir, sin dejar rastro.

Pero habían encontrado un espacio hueco bajo el suelo del dormitorio. El escondite de los mapas.

Estos estaban enrollados y metidos en un tubo para carteles de cartón. Tenían un significado especial para Rhone. Los empolvieron y buscaron huellas, y los examinaron también con luz ultravioleta, buscando escritos ocultos. No los había.

Eran como enigmas que nadie sabía resolver.

Sonó el teléfono de Caitlin. Michele Ferreira. Se le aceleró el pulso de repente.

Respondió aterrorizada.

—Michele. ¿Dónde estás?

Silencio. Caitlin oyó ruido de tráfico. Y una vocecilla muy fina de fondo.

—Mami...

Cuando Michele habló, su voz sonaba muy tensa.

—He salido un momento de la autopista del área de servicio al sur de Eureka. ¿Qué ha pasado?

Caitlin sintió ganas de llorar. Michele no se había enterado de nada. Probablemente iba en el coche con un disco infantil puesto en el reproductor.

—Quédate ahí. Mando un coche patrulla a tu ubicación.

—Caitlin...

La habitación se había quedado sin aire.

—Se trata de Sean.

Se lo contó a Michele sin tapujos.

—Todo el mundo está pendiente. Alameda, la ATF, la policía de San Francisco, alerta estatal. Vamos a encontrarlo aunque tengamos que peinar toda la Zona de la Bahía.

Michele dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Espera al coche patrulla —le ordenó Caitlin—. Y luego vete a un motel. Ellos te acompañarán. Llama a tus padres y reúnete allí con ellos. Que cojan también una habitación. Regístrate y no le abras la puerta a nadie.

—Vale.

Michele se quedó callada. Durante esa pausa, Caitlin oyó temores y acusaciones. Si Caitlin no hubiera metido a Sean en sus chifladuras, nada de aquello habría pasado.

—¿Estás rezando? —preguntó Michele.

—Lo haré.

—Déjame a mí. Encuentra a ese cabrón y tráete a casa a Sean.

De fondo se oyó un respingo de Sadie.

—¡Mami, has dicho una palabrota!

Caitlin bajó la voz.

—Joder, te juro que lo haré.

Colgó, sintiéndose más sola que nunca en toda su vida, y de nuevo miró el reloj, desesperada.

—El Profeta nunca deja vivas a sus víctimas mucho tiempo. Sean se fue a las doce y media. El vídeo lo enviaron a las cuatro treinta y siete de la tarde.

El sonido de la pistola de clavos le perforaba el oído. El tiempo iba pasando. Sentía como si la hubieran empujado desde la azotea de un rascacielos.

—Ha planeado un numerito. Y no tenemos ni una sola pista.

Se volvió y le dio una patada a una papelera, enviándola al otro lado de la habitación. Rebotó en la pared y cayó al suelo. Todo el mundo se la quedó mirando.

—Un desahogo. Me ayuda —explicó. Se apartó el pelo de la cara y regresó a la mesa de conferencias—. Estos mapas cuentan una historia. Tenemos que averiguar cuál es.

Guthrie se acercó.

—Como acabas de decir, todos estamos en esto.

—No podemos añadir más tiempo. Pero sí podemos añadir más ojos.

—Es todo lo que tenemos...

Ella se volvió.

—No, no lo es.

Caitlin lo vio a través del cristal: su padre, de pie ante el mostrador de la entrada, rebotante de energía. Se puso la pinza con la tarjeta de visitante. Lo hicieron pasar. Apretó bien los puños, pero ella vio el temblor de sus manos.

Era su último recurso.

Quiso rodearlo con los brazos. La mirada de él, el brillo de sus ojos, todo ello le dijo que él sabía que nunca lo haría; al menos, no allí. No en ese momento. La

inquietud que se reflejaba en sus ojos le hizo intuir el aspecto que presentaba ella: medio deshecha por el miedo y la rabia.

Él le pasó un brazo por los hombros mientras recorrían la comisaría.

—Céntrate. Tienes que centrarte.

Ella asintió.

—Vamos a dejar completamente en pelotas el cerebro de ese hijo de puta.

Entraron en el centro de operaciones y todas las conversaciones se detuvieron. Shanklin y Martínez miraron a Mack con suma precaución. Guthrie se acercó y le tendió la mano.

—Detective Hendrix. Gracias por venir.

Mack le estrechó la mano.

—Enséñeme lo que tengan.

Guthrie lo llevó hasta los mapas de Rhone. Mack se inclinó sobre la mesa.

—La mayoría son antiguos —dijo—. Ha intentado protegerlos, pero el papel ha amarilleado los bordes, y los dibujos a lápiz se han difuminado.

Caitlin le tendió unos guantes de látex.

—Significan algo. Vamos a averiguar el qué.

Él se puso los guantes mientras rodeaba la mesa. Durante un par de minutos, lo absorbió todo. Luego dijo:

—Algunos de esos son mapas operativos. Otros son fantasías. —Indicó un dibujo en blanco y negro—. Esto parece el pozo de una mina. Las colinas, las carreteras serpenteantes, las figuritas con picos. Y esa máquina con los dientes que dan vueltas, delante.

—Parece una trilladora —dijo Shanklin.

—Es un minador continuo. Para extraer el carbón.

—Tenemos una imagen del pasaporte de Rhone. Nos la ha pasado su jefe —dijo Guthrie—. Nació en Virginia Occidental.

—La máquina persigue a los mineros —explicó Mack—. Está a punto de arrojarlos a un pozo y masticarlos, haciéndolos pedazos.

—El infierno —concluyó Caitlin.

Mack cogió el siguiente mapa.

—Esta es la Zona de la Bahía. La península, San Francisco y los puentes. Pero es muy...

—¿Extraña? —aventuró Martínez.

—Alegórica.

Caitlin lo comprendió.

—Es otra representación del infierno.

—Ve la tierra como un enorme abismo. Todos estos mapas muestran el mundo como una superficie que está hueca. Que está sucia y socavada por la maldad. Y envía a la gente a las profundidades como castigo.

Rodeó la mesa hasta dar con un mapa que consistía en líneas, círculos y texto. Las dos líneas de texto formaban una X.

El fondo de todo el universo. En la profunda oscuridad del pozo.

La primera línea empezaba en la esquina superior izquierda y corría en diagonal hasta la esquina inferior derecha. La segunda empezaba en la parte inferior izquierda, e iba hasta la superior derecha. Las líneas del texto se cruzaban en una de las oes.

—¿De Dante?

—Canto trigésimo segundo. El noveno círculo —aclaró Caitlin—. El Profeta usó parte de la segunda línea en su mensaje de vídeo. «La traición condena a los pecadores a la profunda oscuridad del pozo».

Mack vibraba, lleno de energía. Rodeó lentamente la mesa, sumido en sus pensamientos. Luego retrocedió. Empujó a un lado los mapas y agarró uno que había estado medio cubierto por los demás. También llevaba una X. Los dos brazos de la X eran muy delgados y torcidos, y estaban pintados con colores vivos: rojo, naranja, amarillo, verde y azul. Recordaba vagamente un cromosoma. Mack lo señaló con el dedo.

—Este es el plano del BART.

Caitlin y Guthrie rodearon la mesa.

Mack lo levantó.

—No es una X normal. Hay múltiples hilos dentro de cada rama. Son líneas de ferrocarril.

Le hizo una seña a Shanklin.

—Ponga un mapa del BART en el proyector.

Shanklin encontró uno. Lo puso.

—Tiene razón.

—¿Y eso significa algo? —preguntó Martínez.

Caitlin notó un pinchazo en lo más profundo de su cerebro, algo que cosquilleaba su mente consciente. Intentó concretarlo en una imagen, pero no acababa de materializarse.

«Vamos, vamos...».

Mack chasqueaba los dedos, mirando los mapas, como si tuviera la misma sensación.

—¿Por qué dibujar el sistema del BART? ¿Qué significa para él? —preguntó.

—Lo usó para escapar después del asalto al apartamento de Bart Fletcher —respondió Guthrie.

—Salida, entrada... —dijo Shanklin—. No tiene rostro, puede ir por todas partes...

—Pero ¿por qué dibujar un mapa propio del sistema de ferrocarriles? —quiso saber Caitlin.

—No lo habría llevado consigo por medio mundo si careciera de significado —respondió Mack—. No lo habría escondido.

Ella retrocedió y se pasó los dedos por el pelo. X. La X marca el lugar. Pon la X.

«Vamos, vamos...».

Ella cogió el mapa pequeño y abstracto con el dibujo de la X. ¿Existiría alguna relación?

Siempre. Era el Profeta. Su fantasía era un dibujo grandioso.

Caitlin se apartó de la mesa, cerró los ojos e intentó aclarar la mente. Se quedó muy quieta hasta que pudo oír su propia respiración, y lo único que sintió fue el latido de su propio corazón en la garganta. Abrió los ojos y miró los mapas.

La X que cruzaba el texto que describía el noveno círculo, el centro del infierno. La X de las líneas de tren. Para él significaban lo mismo.

Caitlin pensó en el vídeo que el Profeta había enviado del ataque a Sean.

—En el vídeo, la frase «Aquellos que aquí entráis, perded toda esperanza» está pintada con aerosol delante de un agujero en el suelo. Es la señal de que ese es el portal. Es la puerta al averno. Y por lo que vemos del vídeo, el agujero da a un túnel abandonado. ¿Un túnel del metro?

Caitlin se quedó mirando el mapa del BART. Mack se acercó a ella y asintió.

—La mayoría de las líneas de BART van por la superficie —dijo Guthrie—. Los túneles están sobre todo en el centro de San Francisco y Oakland.

—¿Y dónde se cruza la X? —Caitlin fue hacia el mapa del BART que salía del proyector—. En el extremo oriental de la bahía. —Se volvió a Guthrie—. Necesitamos un plano esquemático.

Shanklin hizo unas llamadas y consiguió unos planos del BART. El reloj marcaba las 19:17.

El borroso vídeo de Sean sugería que lo habían atacado en un entorno industrial. Había pocas claves, aparte de la construcción del edificio, que parecía abandonado, y alguna sugerencia de palés y barriles, en una esquina del encuadre. No era gran cosa. Pero cuando identificaron los pasillos industriales del este de la bahía que cubrían las líneas de BART subterráneas, consiguieron acotar la zona de búsqueda a un trecho que discurría desde el puerto de Oakland hasta las refinerías de petróleo de Richmond, una franja de tierra de unos treinta kilómetros de largo.

Identificaron veinte lugares específicos, para empezar. El teniente Kogara llegó entonces y se coordinó con la ATF y los agentes de la ley de Oakland, Richmond y el condado de Contra Costa.

Guthrie alertó a la Unidad de Respuesta Especial de Alameda. Seis de los lugares probables se encontraban en la jurisdicción del sheriff. Caitlin miró el reloj.

Guthrie reunió a su gente.

—Tres equipos. Detectives acompañados por policías de uniforme.

—¿Táctica? —dijo Shanklin.

—Estén alerta, dispuestos a ponerse en marcha si uno de nosotros recibe un aviso sobre Rawlins. No se desplegarán a menos que exista confirmación de que lo hemos encontrado. No pueden arriesgarse a que los cojan demasiado lejos si se los necesita.

Señaló al otro lado de la habitación.

—Martínez, usted dirigirá el equipo del lago Merritt. Yo me iré a la calle Doce.

Se volvió a Caitlin, receloso a más no poder.

Ella dio un paso hacia él.

—Yo voy. No me saque del campo.

—Hendrix, es Sean...

—Por eso me necesita. Yo puedo sacar conclusiones. Conozco este caso mejor que nadie. Y conozco a Sean. Puedo reconocer su voz, puedo...

Guthrie levantó una mano.

—Vale. Usted va a la costa.

Caitlin asintió. La adrenalina le recorría todo el cuerpo.

—¿Y yo? —preguntó Shanklin.

—Usted, con Hendrix —respondió Guthrie—. El Profeta le ha puesto una diana en la espalda. Usted será...

—¿Su guardaespaldas? —aventuró Shanklin.

—Refuerzo. Nadie tiene ojos en la nuca.

Mack estaba agachado, pegado a la pared, con las manos colgando por delante de las rodillas. Se puso de pie.

—Yo también voy.

—No.

—Necesitará más ojos y más manos, alguien que sepa dónde hay que mirar. Y ese soy yo.

Guthrie hizo una pausa. Su expresión decía: «Tendría que habérmelo imaginado».

—Muy bien. —Echó un vistazo a las manos temblorosas de Mack—. Pero iré

desarmado.

—De acuerdo.

Guthrie miró a todos los demás, uno por uno.

—En marcha.

El corazón de Caitlin latía con fuerza. Se encaminó a la puerta. Su padre iba a su lado. Al pasar junto a las ventanas, aminoró el paso. El sol estaba bajo en el horizonte occidental, hundiéndose en un atardecer dorado.

Mack lo miró.

—¿Será visible Mercurio en el cielo esta noche?

—Ni idea.

Martínez y Guthrie pasaron junto a ellos.

—Mack, póngase un chaleco antibalas —le ordenó Guthrie—. Vaya a los vestuarios. Martínez, Hendrix... Unas unidades de patrulla los acompañarán.

Caitlin le hizo un gesto a Mack para que fuera a los vestuarios. Mack seguía mirando el cielo de poniente.

—¿Es visible?

Se volvió hacia Caitlin, en cuyos ojos se leía una expresión de alarma. Guthrie y Martínez, ya en la puerta, se volvieron.

—Esperen —dijo ella.

Cogió un portátil y se inclinó sobre el teclado. Un minuto más tarde, encontró la información. Le parecía como si acabase de perder toda la sangre de los miembros.

—Mercurio será visible esta noche al ponerse el sol. Tendremos que hacerlo antes de que se ponga —dijo.

—¿Y cuánto nos queda?

—Se pone a las 20:34 —respondió.

Ella y Mack se miraron, y luego miraron por la ventana.

—Madre de Dios —dijo ella y corrió hacia la puerta—. ¡Vamos contrarreloj!

Salieron de la autovía que pasaba junto al puerto de Oakland y corrieron por una calle hacia un parque industrial construido por encima de las líneas del BART. Caitlin conducía el primer coche. Mack se sentaba en el asiento del copiloto. Tras ellos se encontraban los faros de un Charger conducido por un policía de uniforme, con Shanklin a su lado.

El reloj de Caitlin dio una señal. Las 20:04.

Media hora y seguía la cuenta atrás.

Ella pisó a fondo el acelerador. Las luces de las calles pasaban a toda velocidad. La radio parloteaba. Mack miraba hacia fuera por el parabrisas, como un resorte lleno de energía. Se ajustó otra vez el chaleco antibalas del departamento.

—Nunca he ido a un posible tiroteo desarmado.

Apretó los puños para detener el temblor, que era visible.

Caitlin le lanzó una mirada.

—Tú serás mis ojos y mis oídos, no mi arma.

—Así que ¿no me vas a dejar que te cubra con esa Remington que está en el maletero?

—Yo te cubriré a ti. Y ellos también. —Señaló hacia el coche que iba detrás de ellos—. ¿Entendido?

—Tú conduce —dijo él.

Doblaron una esquina hacia un callejón, un erial lúgubre y polvoriento donde el cristal roto crujía bajo sus neumáticos. Pasaron junto a almacenes y fábricas a oscuras: dos coches con las luces encendidas, con unos faros laterales que barrían la calle y los edificios. La noche caía ya, el atardecer era como una mancha de luz de color escarlata que se evaporaba por el horizonte occidental.

Caitlin vio cómo, entre los edificios, se distinguía la imagen de las estrellas en el cielo. Bajo, y hundiéndose en el océano, había un puntito blanco solitario. Mercurio.

Mack tenía una copia del mapa del BART y los planos de los túneles subterráneos.

—La línea del ferrocarril corre en ángulo por debajo de nosotros... Otros cien metros, aproximadamente.

—¿Aproximadamente? —repitió ella.

—No puedo hacer más.

Caitlin condujo esos cien metros hasta un almacén totalmente oscuro.

—Ventanas altas. Vamos.

Se detuvieron y salieron del coche. El coche patrulla paró junto a ellos. Shanklin y el agente Lyle se bajaron también. Aquel mismo día, en la barricada situada junto a la casa de Rhone, Lyle había estado tranquilo, discreto. Aquella noche se movía como un cohete a punto de explotar.

—Yo dirijo —indicó Caitlin—. En fila india. Primero yo, luego Lyle, mi padre, y la última, Shanklin. Observen la disciplina de ruido.

Ella y los dos oficiales comprobaron sus radios, que llevaban montadas en el hombro. Ella introdujo una carga en su pistola SIG-Sauer, se la volvió a enfundar, abrió el maletero del coche y sacó la escopeta.

Montó la linterna encima de la Remington 870. Los miró a todos y ellos asintieron, por turno. Hizo la seña de «adelante».

Encontraron la puerta del almacén abierta y rota, y parcialmente descolgada de sus bisagras. Caitlin se metió en el interior. La linterna barrió el espacio.

—Derecha, despejado.

—Izquierda, despejado —dijo Lyle.

El corazón de Caitlin latía con fuerza. El almacén estaba vacío.

No había ningún agujero en el cemento, ningún mensaje del Profeta.

—Todo despejado. —Se le secó la boca—. No es aquí.

Su reloj lanzó otro aviso. Veinticinco minutos.

La rabia y la desesperación le astillaban el pecho. Habló con Guthrie por

radio.

—Nada. Qué fallo.

—Diríjense al siguiente lugar —ordenó.

Eso significaba que todavía nadie había encontrado ni rastro de Sean.

—¿Dónde está el apoyo aéreo? —preguntó ella.

—Va con retraso.

Rechinó los dientes y señaló el equipo que estaba fuera, ante la puerta.

—Vamos a seguir.

El siguiente lugar de su lista estaba a cinco kilómetros de distancia, junto al Coliseum de Oakland. De vuelta en sus coches, corrieron hacia allí a toda velocidad. Caitlin tenía un nudo en el estómago. La expresión de Mack era de acero. Su reloj volvió a sonar. Veinte minutos.

El callejón era estrecho, con una carretera de asfalto agrietada y cortada en dos por callejones, caminos, incluso senderos que conducían hacia la bahía. Los postes telefónicos sobresalían como árboles secos.

—«Me encontré en un bosque oscuro, habiendo perdido el camino recto».

—¿Cómo? —preguntó Mack.

—Nada. Esto es un laberinto.

—Precisamente...

Pasaron junto a una verja de tela metálica, en el exterior de una fábrica abandonada. Caitlin apretaba tanto el volante que tenía los nudillos blancos.

Pisó el freno.

—¿Caitlin? —dijo Mack.

Se detuvieron en seco con un chirrido, el Charger de Lyle apenas a escasos centímetros detrás de ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Mack.

Ella miró la verja de tela metálica, en el exterior de aquella fábrica abandonada. Un letrero colgaba de ella.

condenados.

condenados.

El letrero colgaba, torcido, en los rombos de la tela metálica.

—Es aquí —dijo Caitlin.

—¿Estás...?

—Vamos.

Salió de un salto y corrió hacia la verja.

Las puertas del Charger se cerraron de golpe. Shanklin echó a correr para alcanzarla.

—El mensaje del vídeo decía: «la traición condena a los pecadores a la profunda oscuridad del pozo».

La puerta corredera de la propiedad estaba abierta.

—Y eso —dijo Caitlin— es una invitación.

Hizo un zum por satélite del callejón y de toda la propiedad.

—Es una fábrica abandonada de maquinaria industrial. Hay una verja de tela metálica que rodea por completo la propiedad. Unas vías de ferrocarril corren a lo largo del costado occidental. Hay dos edificios, cada uno de unos doscientos metros de largo, y unas oficinas en medio que forman una H. —Miró a través de la puerta corredera—. La puerta está justo delante. Hay muelles de carga en el extremo más alejado de ambos edificios, de modo que ahí también hay salidas. —Las miró—. No sabemos cómo está distribuido el interior, así que iremos todos con los ojos muy abiertos.

Lyle estaba muy tenso.

—Sí, señora.

—La radio.

Asintió y corrió al coche.

Se pusieron en fila y cruzaron un solar asfaltado y vacío. La luna estaba saliendo ya, y una luz fría escarchaba los bordes del edificio. Caitlin examinó todo el perímetro y el tejado, y no vio formas ni movimientos. No había luces parpadeantes, ni cámaras; al menos, visibles. Pero el Profeta podía acechar entre las sombras, agazapado como un vampiro, esperando. Llegaron al edificio y se apelotonaron ante la puerta. Caitlin apuntó la linterna que llevaba montada sobre el arma al hueco entre la puerta y la jamba. No vio ni cables trampa ni señal alguna de explosivos.

Aun así, no quiso correr riesgos. Sacó su porra extensible. Envolvió el extremo con un guante de látex para tener más agarre. Hizo señas a los demás: «Vamos». Todos asintieron.

Usó la porra para empujar el picaporte y abrir del todo la puerta. Esperó a comprobar si sonaba un clic, una explosión, una metralleta... Nada.

La mano de Lyle le apretó el hombro. Ella entró, barriendo con la linterna el interior, con el arma sujeta debajo.

Era una enorme nave industrial. El edificio estaba oscuro, la luz de la luna no conseguía atravesar las altas y sucias ventanas. Atravesaron la nave, viendo si estaba despejado al avanzar, y apuntando sus linternas hacia los palés y los bidones de doscientos litros.

—Todo despejado —dijo Caitlin. Tras ella oía la respiración de Mack.

Su reloj emitió una señal. Quince minutos.

En el extremo más alejado de aquel recinto llegaron a una puerta. Pasaron por ella y examinaron la siguiente habitación. Y entonces se encontraron en un pasillo oscuro.

Mala cosa. No había forma de rodearlo. Se apelotonaron de nuevo. «Contrólate», se dijo a sí misma. Atravesó la puerta y entró en el pasillo. Los demás la seguían muy de cerca.

En un cruce, Caitlin levantó el puño. «Alto». Hizo señas a Shanklin para que pasase delante de ella y comprobara el final del pasillo.

Shanklin pasó, con la pistola cogida con ambas manos. Unos segundos más tarde dijo: «Despejado».

Caitlin miró hacia atrás, a las habitaciones por las que acababan de pasar. Las habían comprobado, pero notaba la espalda completamente expuesta. Señaló a Lyle.

—Cobertura y vigilancia. Quédese en esa esquina.

Él asintió. También llevaba una escopeta Remington en las manos.

Caitlin señaló hacia el pasillo que cruzaba. Encabezó a Shanklin y Mack y se internaron más en el edificio.

«Sean está aquí. Tiene que estar aquí».

A mitad de pasillo había una puerta. Se juntaron, Caitlin la abrió y pasaron.

Su aliento se hizo más ácido. Dentro había un enorme espacio industrial. Ventanas altas. Escasa luz de luna.

Mack pasó la linterna por las paredes. Shanklin cogió aire.

Las paredes parecieron saltar hacia ellos y agarrarlos, chillando. Una pesadilla psicodélica: bocas que gritaban, garras, cabezas abiertas, pintura roja como la sangre salpicada en un pozo oscuro. Caitlin avanzó.

—Derecha, despejado.

—Izquierda, despejado. —La voz de Shanklin sonaba muy seca.

—Todo despejado.

Mack paseó la linterna a su alrededor. El rayo captó un rastro sinuoso de clavos de acero inoxidable, clavados con una pistola neumática en la pared. Conducía hasta la puerta situada en el extremo más alejado de la sala.

Allí, una puerta abierta dejaba entrar la luz de la luna. Un sonido pesado y aleteante la atravesaba. Caitlin levantó la luz de su arma hacia el techo. No vio ni cámaras, ni micrófonos. Pero los dispositivos electrónicos podían hallarse ocultos en una cabeza de alfiler al final de una pieza de fibra de vidrio. Sujetando la Remington con fuerza, precedió a Mack y Shanklin hasta la puerta.

Solo oyó el sonido del viento que agitaba las láminas de plástico. Atravesó la puerta, con la escopeta levantada. El plástico desgarrado se agitaba en la noche como unas alas fantasmales. La sala era larga, con el suelo de cemento.

Comprobó su sector. Shanklin hizo lo propio. Luego dejó de respirar.

Justo en el centro del suelo había unas marcas ensangrentadas de arrastre.

Conducían hasta un agujero en el cemento.

Las palabras estaban escritas delante.

Aquellos que aquí entráis, perded toda esperanza.

Avanzó hacia el agujero, poco a poco. Una sensación de espacio se abrió ante ella. De profundidad infinita. Una brisa extraña surgía arremolinada desde allí. Humedad, un olor agrio y denso de productos químicos y agua estancada. Miró hacia abajo.

Más allá del cemento roto, un túnel vertical caía unos seis metros. Había una escala apoyada en su sucia pared. En el fondo, unas vigas y puntales metálicos daban a otro agujero, cortado con soplete en el techo de otro espacio: un túnel subterráneo.

Caitlin se inclinó hacia la radio que llevaba en el hombro.

—Guthrie, soy Hendrix. Lo hemos encontrado.

Soltó el botón de transmisión, pero solo oyó electricidad estática.

—Guthrie...

Más estática. Miró a su alrededor. Las paredes eran de cartón yeso y metal corrugado, y no parecían capaces de bloquear las transmisiones de radio.

Sacó el móvil. Con los dedos temblorosos, marcó el número de Guthrie.

Número no disponible.

Se quitó la radio del hombro y fue cambiando de frecuencia. Estática.

El miedo la asaltó.

—Shanklin, llame desde el Charger para que manden refuerzos. Traiga a la Unidad de Respuesta Especial aquí mismo de inmediato.

Shanklin dudó.

—No quiero que nos separemos...

—Ni yo tampoco. Pero tenemos que mantener vigilada esta sala, y ese agujero, hasta que lleguen los refuerzos.

—Vale.

Shanklin salió.

Caitlin se inclinó hacia el agujero. El viento soplaba a su través. Probó de nuevo el móvil, llamando a la centralita de la comisaría. No consiguió línea.

—Mierda.

Intentó calmarse. Marcó el 911.

Número no disponible.

Eso era imposible. Encendió el amplificador de potencia de su radio. Seguía sin tener cobertura. Mack comprobó también su móvil. Meneó la cabeza.

—No hay señal.

Una cosa era la señal del móvil, y otra, la radio de la policía.

De inmediato recordó que a menudo las llamadas se cortaban.

Recordó a la gente de la compañía telefónica que trabajaba en la antena de telefonía móvil donde encontraron el cuerpo de Deralynn... y donde el Profeta había aparcado el todoterreno negro.

—Tiene un inhibidor de radiofrecuencia.

Mack y ella se miraron.

—Está aquí —dijo ella.

Se volvieron, espalda con espalda, y examinaron la habitación. Estaba oscura, mucho más que oscura, ya que la polvorienta luz blanca que se filtraba por las ventanas se detenía a mitad de altura en las paredes. El suelo estaba sumido en las sombras.

Mack habló en voz baja, en un murmullo:

—Retírate y espera a los refuerzos. Aunque tuviéramos a Lyle y Shanklin, no disponemos de personal suficiente.

«Ping». Diez minutos.

—No podemos. —Ella se volvió hacia el agujero en el cemento—. Sean está ahí abajo.

—¿Quieres que sea tus ojos? También soy tu segunda opinión. No piensas en

términos tácticos. Necesitamos más capacidad para efectuar disparos.

Ella se agachó y apuntó de nuevo la linterna hacia el agujero. Empezó a darse la vuelta para bajar por la escala.

—No.

Mack la cogió del brazo y la obligó a subir de nuevo. Le sorprendieron la fuerza y la rapidez con que se movió.

—Lo encontraremos. Pero vendremos con toda la potencia de fuego que podamos conseguir. No hagas que te mate, Caitlin. Escúchame.

Tuvo que arrastrarla con él mientras retrocedían por la habitación. Ella luchaba, mirando hacia el agujero, notando que toda su vida parecía desvanecerse a cada paso que daban para retirarse de allí.

—¡Caitlin! —La voz de Mack era autoritaria.

Él la hizo retroceder a través de la catedral de pinturas y clavos. Echando chispas, ella se soltó de su presa y corrió hacia la puerta más alejada. Cuando entraron en el pasillo, ella buscó a Lyle en la esquina donde le había ordenado que se quedara. No estaba allí.

Se detuvo en seco.

—Detrás de mí —le dijo a Mack.

Avanzaron hacia el cruce. Se detuvieron y escucharon. No se oía nada. Ni electricidad estática de la radio, ni roces de pies, ni respiración. Helada, con el corazón latiendo desbocado, Caitlin dobló la esquina.

La luz de la luna entraba en el pasillo. Iluminó dos siluetas echadas en el suelo. Una de ellas, apoyada en la pared, con las piernas separadas. La segunda estaba extendida encima de la primera, con los brazos por encima de la cabeza. La luz titilante recubría aquella escena como si fuera nieve.

Caitlin avanzó hacia ellos. Apuntaba con la escopeta hacia la puerta más alejada. No pasó nadie por ella. En el edificio reinaba el silencio más absoluto.

Se agachó. Notaba cómo la adrenalina corría por su cuerpo. Lyle estaba sentado y apoyado contra la pared, flácido, con las manos en los costados, vueltas hacia arriba, como si pidiera limosna. Le habían cortado el cuello. Los

ojos miraban al vacío, sin ver. Ella le puso dos dedos en el cuello, tratando de encontrarle el pulso. Estaba muerto.

—No, Dios mío...

Pasó a su alrededor y se arrodilló al lado de Shanklin. La habían apuñalado en el cuello, por encima del chaleco antibalas. Muchas veces.

Caitlin ahogó un grito. Agarró el chaleco de Shanklin para incorporarla, para tirar de ella, darle bofetadas, gritarle que se despertara. Para revivirla. La violenta realidad parecía teñir el pasillo vacío de un blanco chillón.

«Levántate».

Estaba en su cabeza, distante al principio. Luego lo notó y lo oyó en la voz de su padre.

—¡Levántate! —le decía Mack.

Ella se puso de pie, mirando a un lado y otro del pasillo, con la escopeta apuntada hacia la salida.

«Ping». Nueve minutos.

—Vamos —dijo él—. Necesitamos refuerzos. Ahora mismo. Pero antes, tenemos que salir. Venga. Rápido.

Ella sabía que tenía razón. Sabía que quedarse allí era un suicidio. Un dolor, un horror, le recorrió la sangre.

«Sean».

Mack le puso una mano en la espalda y la empujó hacia la salida.

Entonces se oyó un sonido en el pasillo. Llegaba desde más allá de las paredes, más allá de las pinturas y los clavos. Hacía eco desde el túnel.

Era inequívoco. Un grito de dolor.

Intercambiaron una mirada. Ella desenfundó su SIG y se la tendió a su padre.

Corrieron hacia el agujero en el cemento. Y bajaron hacia el infierno.

Caitlin se colgó la Remington a la espalda con la correa, pasó las piernas por encima del borde del pozo y fue bajando por la precaria escala apoyada en un lado del pozo. Por encima de ella, Mack apuntaba su linterna por el agujero, mientras ella iba bajando los débiles escalones. El aire bochornoso se iba volviendo más pesado a medida que ella bajaba.

El sonido llegó de nuevo: un lamento, un quejido de tono alto, deformado por las paredes y los ecos. Caitlin notaba la garganta tan seca como el papel.

Mack la siguió, bajando con ella, y procurando colocar los pies cuidadosamente y agarrarse bien a la escala con ambas manos. Caitlin necesitaba que se diera prisa, pero vio que él tenía que concentrarse en cada paso. El corazón se le encogió más aún.

Él bajó por fin de la escala. Caitlin se agachó, miró hacia abajo, al agujero creado por el soplete en el techo del túnel subterráneo, hacia una oscuridad que hacía imposible ver nada. Escuchó.

Los quejidos habían cesado.

Mack paseó el haz de la linterna por el agujero. En los puntales y vigas que les rodeaban había sangre seca. El corazón de ella latía apresurado. Cogió un trozo de cemento roto del tamaño de una pelota de béisbol y lo dejó caer a través del agujero. Golpeó el fondo con un ruido sordo. No estaba lejos, y el fondo era de madera y piedra.

Su reloj volvió a sonar.

«Ping». Ocho minutos.

—Yo bajo —dijo.

Se introdujo por el agujero, quedó colgando y expuesta, y luego se dejó caer.

Dio en el lecho de unas vías de tren. Traviesas, grava amontonada a lo largo

del fondo. Se puso de pie y levantó la escopeta. La luz de la linterna se reflejaba oscura en las vías.

—Vamos —se animó.

Mack se metió a través del agujero y se dejó caer con torpeza. Aterrizó en una de las vías y fue dando tumbos. Se levantó, con los pantalones vaqueros rotos y la rodilla ensangrentada. Respirando con fuerza, comprobó la SIG y asintió.

—Estoy bien. Mira hacia el túnel —le indicó.

Caitlin apuntó la escopeta a ambos lados, siguiendo las vías.

A su derecha, el túnel acababa a unos cincuenta metros de allí, en una pared de cemento.

—Es un ramal —dijo ella.

Dirigieron las luces en la dirección opuesta, hacia las vías. Las paredes estaban cerca, cubiertas de musgo y chorreando agua. El túnel se perdía en la oscuridad.

—Y está abandonado. Parece que lleva así desde que lo construyeron.

Corrieron vía adelante. El techo parecía aplastarlos con todo el peso de la tierra que tenía encima. Caitlin vio el cemento por encima de sus cabezas, las manchas marrones que se abrían paso en las grietas. Aquel era un lugar muy dado a los terremotos, y lo más seguro era que aquel ramal llevara décadas sin recibir ninguna inspección. El aire sin luz, húmedo y bochornoso, tenía un olor levemente fétido.

El túnel se curvó casi de inmediato y se unió a otra vía. Se detuvieron en el cruce.

—Mierda —dijo Caitlin.

El cruce se extendía hasta un vasto mundo subterráneo, kilómetros y kilómetros de túneles subterráneos que se entrecruzaban, y pasillos de acceso. Debió de ser un nudo de comunicaciones. El viento silbaba y gemía.

—¿Hacia dónde? —preguntó Mack.

«Ping». Siete minutos.

Caitlin notó un nudo en el estómago. Los túneles se desviaban y extendían más allá del alcance de la linterna.

—Tiene que ser cerca. Hemos oído la voz desde la superficie.

El viento gimió de nuevo.

—¿Tú crees? —preguntó Mack.

No podía ser el viento. Ella no podía permitirse creer eso. Corrió a lo largo de la vía principal. Su linterna dio con una pintura de un rojo vivo en la pared del túnel.

—Papá...

Pintada en la pared había una cara color escarlata. Sus ojos eran del tamaño de la cabeza de Caitlin, con las pupilas verticales y estrechas, como las serpientes. Los cuernos surgían, negros y afilados, desde la frente de la criatura.

Estaba pintada alrededor de una puerta oxidada en la pared.

Mack se acercó.

—El demonio.

—No. Uno de los gigantes que custodian el círculo más profundo del infierno. Este es el camino para entrar.

Mack se dispuso a abrir la puerta.

—Espera.

Ella cogió una de las piedras que forraban el lecho de las vías y marcó una flecha rascando la pared, para indicar el camino.

Entraron por la puerta, accedieron a un pasillo y salieron a otro túnel abandonado. Ella levantó el cañón de la escopeta y lo apuntó a un lado y a otro de las vías. Nada. Marcó la pared con otra flecha.

Recorrieron unas vías oxidadas en la oscuridad resonante. A pesar de la escopeta, Caitlin se sentía vulnerable. Había unos cables muy gruesos atornillados a la pared. Ella le echó un vistazo a la catenaria.

—¿Seguro que no hay corriente eléctrica? —preguntó.

—No la toques, por si acaso —respondió Mack.

Dieron la vuelta a un recodo. Tuvieron la sensación de que el espacio se abría. «Ping». Seis minutos.

Mack paseó la linterna a su alrededor. Captó un andén abandonado. Aspiró aire con fuerza. En la pared estaba escrito el nombre de la estación: mercurio.

Era la guarida del asesino.

Sus linternas iluminaban una oscuridad fría y húmeda. Caos y deterioro. Subieron al largo andén del tren. Caitlin pasó la linterna que tenía montada en su arma por delante de ella, centímetro a centímetro, iluminando unos óvalos de luz polvorienta, un palmo cada vez. Cualquiera que la viese tendría un blanco perfecto, pero no quería ir tropezando por el andén retumbante, en la oscuridad total.

Mack se quedó de pie, en el flanco derecho de ella, un paso por detrás, con la SIG cogida con las dos manos, cubriendo las vías.

Su linterna examinó el andén. Los muros estaban llenos de pintadas. Una distopía propia del Bosco, hecha de colores fluorescentes y pintura en aerosol, torpe y violenta. Las imágenes parecían retorcerse y luchar unas con otras.

¿Dónde estaba Sean?

La linterna iluminó una silla de plástico. Un armario pequeño de madera. Y unos estantes hechos con bloques de hormigón. Estaban repletos de libros y herramientas, rollos de alambre de cobre y frascos llenos de un líquido plateado y brillante. Caitlin notó una corriente de aire. A su izquierda, una salida desde el andén se alzaba en la oscuridad, con las escaleras visibles hasta un vestíbulo con unas taquillas que nunca habían funcionado.

Alzó la linterna por encima de la cabeza. Una grieta muy inquietante corría como un relámpago por el techo.

Por delante, aparcada de manera descuidada junto a la pared, había una carretilla. Más allá vio lonas impermeables, amontonadas y arrugadas. Un radiocasete, sucísimo por el polvo. Avanzó. Notaba que Mack la seguía justo detrás, paso a paso.

Unos diez metros después, la luz de la linterna captó el extremo más alejado

del andén. Otra silueta tirada de manera negligente yacía en el cemento. Retorcida, como un trapo, inmóvil.

Era Sean.

La adrenalina corrió por su cuerpo, una sensación punzante que abría sus poros y su visión, y que la dispuso a lanzarse de inmediato, chillando. Pero evitó salir disparada hacia él.

Estaba muy quieto. Tenía la camisa de cuadros de franela medio caída del hombro. La camiseta blanca que llevaba debajo estaba tiesa de sangre. De un rojo oscuro que tiraba al negro. No llevaba chaleco antibalas.

La sangre salía de su cuerpo y se derramaba por el cemento, pero no brillaba, bajo el haz de luz de la linterna. Había dejado de fluir. Ella estaba demasiado lejos y su corazón latía demasiado fuerte como para saber si el pecho de él se movía, subía y bajaba. Pero él estaba muy quieto. Tenía la cara vuelta hacia un lado, en parte, pero la luz se reflejaba en sus ojos. Dejó escapar un gemido como si le hubiesen golpeado con un ariete.

«No. No, no, Sean no, ahora no, así no, Dios mío, por favor, no...».

Mack avanzó un paso hacia él.

Caitlin cogió del brazo a su padre.

—No te muevas.

Siempre había una segunda fase. Un ingenio incendiario, una trampa, un señuelo.

Echó hacia atrás a Mack, casi ahogándose por la urgencia de gritar el nombre de Sean. Intentó discernir dónde podía estar la trampa, dónde estaba cargada, cómo podían pisarla, si atravesaban el andén.

Apagó la linterna. Mack la secundó. La oscuridad no los envolvió; tan solo estaba ahí. Ausencia total, y ni una sola sombra destacando de ella, aunque sus ojos se hubieran acostumbrado. Oyó la pesada respiración de su padre a su lado.

«Ping». Cinco minutos.

—Espera —susurró.

Desde lo más profundo de la oscuridad llegó un susurro áspero, que los ecos amplificaron.

—Al descender Mercurio, aquí estáis. Los Hendrix. En estéreo.

Caitlin agarró aún con más fuerza la Remington. Poco a poco, apuntó el cañón hacia el sonido de la voz. Unos centímetros hacia la derecha. Fuera del andén. Mucho más allá en el túnel, en la dirección hacia la que se habían encaminado.

El Profeta. Vivo. Allí. Fuera de la vista, invisible, un espectro, ni siquiera un suspiro. Pero cerca, vigilándolos, hambriento. Mack respiraba como si acabara de subir una montaña.

La voz se elevó:

—Al final venís al noveno círculo.

Un pesado interruptor se puso en marcha, un zumbido eléctrico llenó el aire y una luz helada brilló sobre ellos desde el final del túnel. A Caitlin se le pusieron todos los pelos de punta.

—Papá. La catenaria está viva.

Guiñando los ojos y apartando la cara ladeada de la luz, ella apoyó la escopeta contra su hombro. Mack levantó la SIG.

La voz llegó de nuevo, distante, incorpórea.

—«Habría querido ir por otro camino, pero él nos condujo suavemente al fondo del abismo que devora a Judas y a Lucifer, y allí nos dejó».

Caitlin se quedó quieta, con la escopeta levantada, los ojos acostumbrándose a la luz, viendo las sombras de las propias vías. Nada más. Ningún movimiento, ninguna sombra moviéndose en el túnel. Se puso más tensa. Cambió de postura y se dispuso a escuchar. Mack se movió junto a ella.

—«Por vuestros propios actos habéis venido aquí» —dijo la voz.

Ella notaba una sensación de dislocación. La voz era áspera, era de él. Los ecos no podían disfrazarla, no podían evitar que se infiltrase el aire desde el túnel, detrás de la luz.

A Mack le temblaban las manos, la SIG pesaba y sus sentidos parecían desbordados. Se concentró en la fuente de la luz y el sonido. Caitlin pensó que se estaba concentrando demasiado en aquello. Porque era lo único que veía. Su visión periférica era defectuosa.

Entonces ella vio, más allá de Sean, una luz roja que relampagueaba. Oyó un

nuevo tono, un pitido.

Dejó de respirar. Era un temporizador.

Avanzaba muy despacio, con las imágenes vibrando ante sus ojos. Los números que parpadeaban coincidían con los de su reloj.

—«No es empresa que pueda tomarse a juego, describir el fondo del universo» —dijo la voz.

Algo no cuadraba. El timbre de la voz del Profeta. Era muy plano, grueso, con electricidad estática de radio. La voz que les llegaba desde la distancia más lejana del túnel no era... correcta. No era...

«No está aquí».

Lo que estaban oyendo, la voz del Profeta, los gemidos y los gritos, todo aquello, no estaba pasando allí. Era una grabación.

Apenas tuvo tiempo de volver la cabeza antes de que el zumbido neumático de un disparo llegara por el aire.

Mack se agachó.

Caitlin se dio la vuelta para disparar, con la Remington levantada, la mirada trasladándose desde la luz del foco a los rincones y la negrura, donde no podía ver nada.

Llegó otro disparo, y luego otro. Ambos acertaron en las piernas a Mack, que se dobló en dos.

El asesino estaba detrás de ellos, con la pistola de clavos en la mano, disparando. Titus Rhone, el Profeta, disparaba desde la oscuridad como una furia.

Mack cayó con un fuerte golpe, retorció la mano hacia la espalda arqueada e intentó alcanzar los clavos de diez centímetros que le habían clavado. Caitlin siguió dándose la vuelta y encendió de nuevo la linterna, mientras hacía girar el cañón.

—¡Cat, él...! —le gritó Mack.

El golpe le llegó desde las sombras.

Duro, pesado y rápido. O bien un bate de béisbol o bien una tabla de madera.

Plana, en un lado de la cabeza. Vio las estrellas revolotear ante sus ojos. Notó que el aire se inclinaba, un empujón y un placaje.

El olor a jabón desinfectante.

Cayó de golpe en el andén. Con un dolor lacerante en la cabeza, la luz y la oscuridad convertidas en fractales que daban vueltas, la lengua espesa, un sabor metálico a sangre en la boca. Un reguero caliente que corría desde un lado de su cabeza y se le metía en el oído. Un olor polvoriento, la cara golpeando el cemento, tierra en los labios.

Cerca estaba su padre. La pistola de clavos escupió de nuevo. Dos, tres veces. Mack rugió, lleno de dolor.

Una silueta oscura pasó por encima de ella, sombra o silueta, desplegándose. Una mano le cogió la muñeca, carne caliente, encallecida. Tiró de su brazo derecho y la arrastró por el andén.

Brazo derecho, brazo derecho... Algo iba mal.

Mano vacía.

«Mierda».

La escopeta.

Agitó la mano izquierda, encontró la funda de la Remington e intentó agarrarla. Un pie le dio una patada al arma y la puso fuera de su alcance. Ella intentó rodar, cogerse de la pierna a aquella sombra. Su visión quedó rota, en un chillón blanco y negro, latiendo con sombras y luces como estroboscópicas. Su cara cayó de nuevo al cemento y fue arrastrada. Un ruido en los oídos, un timbre, como una alarma de incendios, en la cabeza, muy hondo. Al parecer, no podía levantar el brazo que tenía libre. Demasiado pesado y entumecido, los dedos no se le cerraban. Estaba sumida en un sueño, incapaz de correr, y su cabeza había estallado en una bola de dolor.

Tiraban con fuerza de su brazo derecho, casi sacándolo de la articulación. Notó que las estrellas se alejaban y que el zumbido desaparecía. Pero luego volvía, y se alejaba de nuevo. Veía doble, pero la silueta que estaba sobre ella respiraba, era humana. Trató de hacerse un ovillo para resistirse a la fuerza con que la arrastraba.

Él la empujó contra la pared. Un rincón, cemento, olor a madera. El armario pesado. La mano agarrada con firmeza, levantada por encima de la cabeza.

El estallido neumático de la pistola de clavos. Le disparó a la mano y la atravesó. Una, dos, tres veces, la clavó allí.

Chilló; trató de soltarse. Durante un milisegundo, las señales nerviosas de su mano todavía no habían alcanzado su cerebro. Sabía que los clavos se habían introducido bien hondo, le habían atravesado toda la mano, y que las cabezas de los clavos se habían hundido en su carne.

Luego llegaron las señales de golpe. El dolor la asaltó, aguzado, profundo y roto. Eso la despertó. Estaba chillando y sabía que aquella era su mano. No podía moverla. Se tocó el brazo, levantó la cabeza y notó que tenía las piernas abiertas por delante.

«Como Shanklin en el vestíbulo».

Abrió los ojos y vio una luz blanca, unas paredes negras, sombras. Las estrellas intentaban vencerla, pero sacudió la cabeza. Levantó la mano izquierda. Estaba entumecida y pesada, pero la movió. Dobló las piernas. Trató de ponerlas debajo de su cuerpo, recuperar el equilibrio. La sombra negra voló hasta la periferia de su campo visual. De nuevo jabón desinfectante, áspero, demasiado presente, un olor a restregado, a intentar borrar la piel, la suciedad y la existencia por debajo.

Levantó la cabeza contra el dolor lacerante y la luz. Un hombre pasó ante ella. Alto, nervudo, recortado por la luz.

«Profeta. Mensajero. Mercurio».

No. Llámalo por su nombre.

«Titus Rhone».

Un arma larga en el cemento. A sus pies. Cañón negro, culata de nogal. Rhone le propinó una patada al arma y la alejó de ella. Fue dando vueltas, raspando el suelo. Solo a medio metro de distancia, pero fuera de su alcance.

Junto al borde del andén, boca abajo, reptando, estaba su padre. Rhone se volvió hacia él. Esbelto, de brazos largos, con una sonrisa como de

espantapájaros, los ojos como agujeros negros, unos mechones de pelo que le caían por delante de la cara. Levantó de nuevo la pistola de clavos.

«Papá, mira hacia arriba».

En voz alta, dilo en voz alta.

—Papá...

No supo si él la había oído. No sabía si sus palabras se transmitían; ni siquiera sabía si eran palabras en realidad. Pero Mack se apoyó en una rodilla. Con aquella luz blanca y negra, despojada de color, pudo distinguir que sangraba profusamente. Rhone era una foto en negativo, delgado y fuerte, que la acechaba en el andén, con la pistola de clavos brillando en la mano.

Mack se recompuso. Como un corredor que está apoyado en los tacos de salida, aulló y se lanzó hacia Rhone.

La pistola de clavos escupió. Unas ráfagas brillantes. Pero Mack estaba ya en el aire. El impulso y veinticinco años de rabia lo empujaban. Golpeó a Rhone con el hombro, con dureza, en la boca del estómago. La colisión sonó a hueso y carne.

Cogido por encima de su centro de gravedad, Rhone cayó hacia atrás. Mack lo placó. Ambos golpearon el andén, y la cabeza de Rhone dio en el cemento. La pistola de clavos cayó en el andén, rebotó y luego fue a parar a las vías.

Ambos rodaron hacia el borde del andén, luchando con fiereza. Puñetazos, agarrones, codazos, los dedos buscando cada uno los ojos del otro. Rodillazos en el estómago. Rhone estaba de espaldas, pataleando, buscando un punto de apoyo. Mack encima de él, intentando rodear la garganta de Rhone con sus manos. Los ojos en blanco. Brutal. Al borde de la muerte.

Caitlin notó que el zumbido de su cabeza cedía. Las estrellas fueron desvaneciéndose. Durante un momento, sintió que estaba allí.

La Remington.

La escopeta se había apartado de sus pies, girando. Hacia su izquierda. Hacia su mano libre.

Obligó a sus músculos a trabajar. El esfuerzo de enviar sus pensamientos al

brazo y a la mano parecía sobrehumano, como abrirse camino a través de la arcilla.

La escopeta estaba a un metro de distancia. Con la mano libre, Caitlin la empezó a buscar.

No podía alcanzarla.

Más allá de la escopeta, la luz roja iba relampagueando. El temporizador pitaba. 4:19, 4:18, 4:17...

Ella cerró un ojo, guiñó con fuerza y vio el mecanismo: temporizador, pilas, alambres unidos a un cable rojo y amarillo que corría por el borde del andén y subía hacia las vías. Era un circuito explosivo.

Cogió aire, respiró hondo, una y otra vez, resoplando. Se deslizó por el cemento, arañándose el culo, agarrándose con los pies, intentando acercarse a la Remington. Lo intentó otra vez. No llegaba por quince centímetros. Se estiró. Lo mismo. No podía coger la escopeta, era imposible.

«No».

Y entonces se dio cuenta. El Profeta había matado a Sean, iba a matar a Mack y luego la mataría a ella. Y cuando ella hubiese desaparecido, completaría su plan maestro.

Lo supo. Él se lo había dicho: le había enviado una película de vídeo de un tren atestado del BART y había dicho: «El noveno círculo tiene sitio para todos». Pensaba que el mundo entero lo había traicionado. Quería enviar al mundo a lo más profundo, para castigarlo.

3:44, 3:43... El Profeta planeaba detonar los explosivos robados en un túnel abandonado del BART. Iba a abrir un pozo tan grande que se tragaría a toda la gente de la ciudad que vivía encima.

Tenía que coger la escopeta.

Volvió la cabeza para mirar el desastre que estaba clavado al armario. Ante su vista giró una constelación nueva de estrellas. Al otro lado de la plataforma se oían gruñidos, puñetazos y gritos. Mack no podría aguantar mucho. Tenía los clavos enterrados muy adentro.

«Concéntrate».

Intentó aquietar la mente, hacer que se uniera la visión y no ver doble. No podía. Se miró la mano derecha. Latiendo, dolorida, con la sangre brotando en torno a las cabezas de los clavos, ya grotescamente hinchada, con los dedos blancos, como garras. Tenía que soltarse.

Hizo rechinar los dientes, apretó los bíceps y tiró, tratando de soltarse la mano de los clavos. El dolor se hizo más agudo y saltó, todo dientes y garras, y le subió por el brazo, y se le clavó en el cerebro. Las estrellas ocupaban todo su campo visual y se volvieron amarillas, y luego de un rojo polvoriento, y echó la cabeza atrás, golpeando la pared.

Luego volvió el zumbido latente y el sonido de los gritos de su padre.

No podía desmayarse del dolor. Tenía que soportarlo. Aunque se desgarrara la mano en dos para soltarla. Chilló para aclarar la cabeza. Agachada, intentando coger el máximo de impulso posible. Contó en su cabeza. Uno, dos...

Y oyó un susurro, apenas inteligible.

El miedo la atenazó por completo. La silueta negra regresaba. ¿Una sombra que podía escindirse del Profeta y asfixiarla? Se volvió hacia el origen del sonido.

Acero rascando contra el cemento. Dio un respingo.

Sean la miraba.

Estaba echado de espaldas, con el brazo extendido hacia ella. Intentó levantar la mano y frunció los labios. Su mano cayó. Ella sabía lo que intentaba decirle.

«Sssh».

Con un esfuerzo angustioso, Sean rodó sobre sí mismo. Intentó reptar, pero no podía. Estaba envuelto... no, atado con cable. Su mano libre se encontraba junto a la culata de la Remington. 3:12, 3:11...

Al otro lado de la plataforma, Rhone le dio un puñetazo a Mack en la cara, se soltó y se alejó agazapado entre las sombras.

«Mack puede coger la escopeta. Mack puede coger la escopeta».

Todavía intentando cogerla, Caitlin gritó:

—¡Papá!

Mack gruñó, se puso de pie y se tambaleó en el andén en su dirección. Detrás

de él, expuesto a la luz torturada, reapareció Rhone. Tenía la SIG en la mano.

—¡Basta! —ladró Rhone—. ¡No te muevas!

Accionó la corredera de la pistola. Salió un cartucho y el sonido lo confirmó. El cargador estaba lleno. Mack se quedó congelado.

Rhone dio un paso y se acercó, cojeando. Sujetaba la SIG justo por encima del hombro, apuntando a la espalda de Mack.

—Vuélvete.

Caitlin se quedó muy quieta, con la cabeza palpitando, la visión doble iba y venía. Oyó un sonido de roce a su izquierda. Sean se había acercado un poco más a la Remington. Ella intentó verlo sin volver la cabeza. Él no se movía. Sus ojos eran como de azogue, en la sombra. No creía que Rhone pudiera verlo.

2:50, 2:49... Caitlin tocó con las yemas de los dedos el extremo del cañón.

Mack estaba a cinco metros de ella. Era una silueta. Y el Profeta, a otros cinco metros más tras él, junto al borde del andén.

«Todos están alineados», pensó ella.

Trató de agarrar el cañón de la Remington. Los dedos de Sean estaban al lado de la luz... Si se movía más, el Profeta lo vería. Pero ya no se movía. Su mano parecía sin vida.

El corazón de ella pareció salirse de la caja torácica. El dolor y el miedo parecían fuerzas eléctricas cada vez más intensas que actuaban sin descanso. La Remington tenía un cañón de cincuenta centímetros, de acero azul, con una mira en la punta. Pero pesaba... Se le iba la cabeza. Más de tres kilos. No podía coger aquello con las puntas de los dedos, no en aquel ángulo. Intentó estirarse, trató de dislocarse el hombro para alcanzarlo. Cogió aire. Se dijo a sí misma: «No grites», y se inclinó hacia allí, colgando de la mano crucificada. El mundo se volvió de un amarillo chillón.

La voz del Profeta le llegaba entre el dolor. Hablando con su padre. Parecía que tenía prisa. No era la voz calmada de sus mensajes telefónicos, ni el sonido chirriante y provocador de la radio. Era violencia pura y dura.

—Te crees que te vas a librar —dijo—. Pero no puedes. Aunque corras hacia la salida, yo te dispararé. Y un segundo después mataré a tu hija.

Mack se esforzaba por mantenerse entero. Caitlin lo veía. Estaba vibrando. Intentó hacerle señas.

Vocalizó: «No te muevas» en silencio.

—Bang, bang. Justo en la frente. —La voz de Rhone demostraba satisfacción—. Qué fracaso más grande ha sido tu vida. Y ahora has destruido la única cosa que podría haber sobrevivido a la catástrofe en la que te has convertido. ¡Bum! Se apaga la luz.

Mack cerró los ojos.

—Y todo el mundo lo sabrá —dijo Rhone—. Yo controlo la radio, internet, los periódicos, cómo se mea encima la gente y me ven en sueños. Yo transmito el mensaje. Yo soy Mercurio.

Cambió el peso hacia delante.

—El público sabrá que Mack y Caitlin Hendrix llevaron la muerte a la comisaría, a sus camaradas, a la ciudad, y finalmente a sí mismos. Seréis los detritus del caso. Perdedores eternos.

Caitlin luchó por coger el cañón del arma. No lo tenía aún.

—O si no... —continuó el Profeta.

Caitlin alzó la vista. Solo veía una sombra detrás de su padre, una voz que salía del blanco agujero de luz. Y por el rabillo del ojo, el temporizador relampagueante en rojo: 1:55, 1:54...

—¿O si no qué? —preguntó Mack.

Se puso de frente a ella, luchando para permanecer absolutamente quieto. Pero se balanceaba. La sangre le chorreaba con profusión desde los vaqueros, y salpicaba el cemento. Peor aún: corría desde debajo de su chaleco antibalas. Rhone había conseguido dispararle con la pistola en el lugar donde el chaleco dejaba un hueco, en el costado. Luchaba por respirar. Los clavos se le habrían clavado seguramente en los pulmones.

Su sombra cayó sobre la mano izquierda de ella y sobre la Remington. Ella buscó en su interior la forma de estirarse un poco más y agarrar un extremo del cañón de la forma más segura posible. Pero no funcionó.

—Si... —dijo el Profeta, arrastrando la sílaba.

Madre de Dios, a aquel desgraciado le encantaba hablar. Hablaba con sus víctimas. Hablaba con su familia. Usaba las palabras como un cúter. Cada sílaba que salía de sus labios era terrorífica y repulsiva.

«Sigue hablando, gilipollas.

»1:32, 1:31... Coge la Remington. Neutraliza a Rhone. Arranca el alambre del circuito. Sean...».

Ella quería gritarle, pero también quería coger el arma.

—Escúpelo —dijo Mack.

—Caitlin.

La palabra silbó por encima de ella. La voz era aterciopelada, ronca, perspicaz.

Caitlin intentó coger la escopeta. Se le resbalaron los dedos. La expresión de Mack pasó de intensa a confusa y desesperada.

«Papá...», murmuró ella.

—Yo administro justicia. Pero comprendo también la piedad —dijo Rhone—. Así que dime, Caitlin. ¿Quién merece clemencia? ¿Tus seres amados o la ciudad que está encima?

Ella no le veía el rostro, pero distinguía la feroz alegría de su voz. Mack estaba rígido, intentando no balancearse. Seguía con la mirada clavada en ella. 1:17, 1:16...

—La última vez elegiste a tu familia por encima de tu amiga —dijo Rhone—. ¿Quién te importa más ahora? ¿Los hombres que te han traído a estas profundidades o la comunidad que juraste proteger? —Hizo una pausa—. Dime la verdad y podrás salir de aquí viva.

Mack estaba quieto.

Caitlin meneó la cabeza con fuerza.

—No.

La voz de Rhone se elevó.

—Dime, Caitlin, ¿quién? ¿Crees que salir del noveno círculo es fácil? ¿Que es indoloro? Vamos. Dímelo.

Ella se estiró. Era pura agonía.

—No.

—Cobarde.

Él dio un paso y cogió algo del andén. Era un rollo de alambre de cobre, como aquellos que estaban en la estantería de bloques de cemento. El alambre corría desde el carrito a las sombras donde se encontraba Sean. Con eso estaba atado.

Rhone lo levantó.

—Deja de vacilar y dímelo. O en cuanto dispare a Mack, tiro esto a la catenaria.

El corazón de Caitlin golpeaba en su pecho: 58, 57...

Mack la miró.

—Es un idiota si piensa que es una elección difícil. No dudes.

Caitlin pasó dos dedos en torno a la mira del cañón, en la Remington. Mack vio que luchaba.

«No tengo tiempo suficiente», pensó ella.

—Papá, lo siento —se disculpó.

—Sí —convino Rhone—. Sí, Mack, vuélvete.

—No.

Mack miró a los ojos a Caitlin. Se tambaleaba, inestable, pero conservaba el equilibrio, de pie entre ella y Rhone. Su mirada era penetrante. Parecía sujetarlo todo. Su vida, la de ella, la de Deralynn, las de todos los muertos y los señalados para la muerte.

—Macklin Hendrix, he dicho que te vuelvas.

La SIG tembló en manos de Rhone. Se sujetó el codo y apuntó.

Un susurro llegó desde la izquierda de Caitlin.

—Estás acabado. Muerto.

Rhone se volvió hacia Sean. Mack le sostuvo la mirada a Caitlin durante un momento más. Estaba llena de decisión.

Dio la vuelta y cargó contra Rhone. Rugiendo, dio un salto.

Los ojos de Rhone se abrieron mucho y giró el brazo. El disparo sonó ensordecedor. Mack se dobló en dos. Corrió agachado. Rhone disparó una vez más, y otra. Mack cayó a sus pies.

En el andén ante Caitlin, Rhone se inclinó hacia su padre, silueteado por la luz blanca. Ella chilló. Levantó la escopeta con la mano izquierda y disparó.

El disparo le dio a Rhone en el hombro derecho. Él se retorció, chillando como un poseso, y agitando el brazo derecho. Luego se rehízo.

Se enderezó, con los ojos llenos de furia. El brazo derecho le colgaba ensangrentado e inútil. La SIG había desaparecido, pero podía correr directamente hacia ella. Dejó caer el carrete de hilo de cobre y se tambaleó hacia delante, con la mano izquierda como una garra, para coger la escopeta. Ella luchó de manera frenética por apoyar la culata de la Remington contra su pierna para poder accionar el mecanismo y cargar un nuevo proyectil en la recámara. Se le resbaló la escopeta. La volvió a coger. La apoyó contra el cemento.

07, 06...

Un disparo, eso era lo único que necesitaba.

Volvió la escopeta hacia el temporizador y disparó. El arma rugió. Fragmentos de cemento salieron disparados de la pared.

Rhone gritó:

—¡Hija de puta!

El temporizador siguió marcando 04, 03...

Había fallado. 02, 01. Dejó escapar un grito.

00.

Caitlin se preparó para la explosión, para la onda expansiva, para las llamas y la metralla.

Pero no ocurrió nada.

Rhone se quedó mirando el temporizador, incrédulo. 00.

—¡No! —chilló.

Dio un paso al frente, con la cara sumida en la confusión. Luego se detuvo y se volvió hacia ella. Buscó la escopeta con la mirada y se arrojó sobre ella, tanteando con la mano.

Pero se detuvo, como si se hubiera golpeado con una pared. Su mirada se adentró en la oscuridad que había detrás de ella, y una revelación pareció

invadirlo. Una verdad espantosa e inevitable. Su expresión variaba entre la rabia y la satisfacción perversa. Su voz se volvió áspera.

—Así avanzan los estandartes del rey del infierno.

La miró, retrocedió por el andén y cogió el rollo de alambre de cobre.

—¡No!

Caitlin golpeó la culata de la escopeta contra el cemento, con la mano en el mecanismo. Metió el proyectil en la recámara. Rhone balanceó el brazo, cogiendo impulso para arrojar el carrito hacia la catenaria.

Caitlin levantó la escopeta, con todo su campo visual lleno de estrellitas, y apretó el gatillo.

El disparo arrancó a Rhone del andén. Cayó en las vías. Saltaron las chispas. Sonaron un chasquido y un zumbido.

Y luego, la oscuridad.

El eco del disparo de escopeta retumbó por todo el túnel. La oscuridad lo engulló todo. Caitlin intentó sujetar la Remington, apuntar al sitio donde había visto a Rhone por última vez. El brazo le temblaba con espasmos brutales. Esperó a que apareciera de nuevo, a que subiera trepando por el borde del andén, gateando, voraz, regresando a por ella. Un olor extraño se le metió en la nariz, como de tela quemada bajo la plancha. Y se fue haciendo cada vez más intenso. Carne quemada. Su brazo se agitó.

—¡Papá! —gritó. No obtuvo respuesta—. ¡Sean!

En algún lugar en la oscuridad, más allá de su campo visual, por debajo del violento zumbido de su cabeza, llegaron unos sonidos de roce, de deslizamiento. Ratas que corrían. Murciélagos que desplegaban las alas. Algo traicionero que se escabullía y se alejaba del alcance del cañón de su arma hacia la más profunda oscuridad. Algo que en realidad no estaba allí, ya no.

—¡Papá!

Se volvió hacia Sean.

Ambos estaban fuera de su alcance. Dejó la escopeta en su regazo y puso de nuevo el dedo en el gatillo. La linterna iluminaba sombras y rincones.

Mack estaba echado de lado junto al borde del andén. Tenía la mano estirada en su dirección. Movía los dedos.

—¡Papá, aguanta!

Él resollaba. Tenía la camisa empapada de sangre, oscura, abajo, en el costado derecho. Hemorragia interna masiva.

Solo podía pensar en esas palabras.

Él no podía alcanzarla. Era ella quien tenía que alcanzarlo.

—Aguanta, que ya voy.

Sacó el móvil, que llevaba en el bolsillo izquierdo. Seguían sin cobertura. Rhone quizás habría muerto, pero su inhibidor de frecuencias seguía vivo y activo. O bien estaban a demasiada profundidad como para tener señal. Ella dudó antes de probar la radio de la policía, pero luego pensó que, si una subida de tensión eléctrica masiva no había hecho detonar los explosivos, nada lo haría. Apretó el botón de transmitir.

Muerto.

—¡Sean! —llamó.

No obtuvo respuesta.

La única forma de conseguir ayuda era soltarse. Intentó coger la navaja que llevaba en el bolsillo trasero derecho, pero como estaba clavada no podía hacer palanca con el brazo izquierdo lo suficiente como para alcanzarla. Paseó la luz de la linterna en un tembloroso arco a su alrededor, buscando cualquier cosa que pudiera utilizar como herramienta. Junto a las lonas que había en un rincón, al lado de la estantería del Profeta, se encontraba una barra de hierro. Demasiado lejos.

Miró el cañón de la escopeta. Parecía largo y duro. Probó de nuevo a sacar el cuchillo. No había manera. Apoyó la cabeza atrás, contra la pared. Dio la vuelta al cañón para examinarlo.

Levantó la escopeta e intentó ver cómo colocarla.

—No.

Sean se arrastró de lado. Estaba tan blanco como la nieve. Con los labios casi azules, los ojos demasiado grandes, incluso en la oscuridad. Le puso una mano en la pierna.

—Dame —dijo.

—¿El arma?

Él asintió.

—¿Te dio Rhone con la SIG? —preguntó ella.

—No importa.

Tenía la mano helada. Ella pensó que no le quedaba mucho tiempo. Trató de incorporarse un poco y logró arrodillarse junto al armario. No podía alejarse por

el andén para ayudar a Mack, ni mucho menos salir del túnel a buscar ayuda. Miró el cañón del arma, como había hecho Caitlin.

—¿En qué consistía tu plan? —preguntó él—. ¿En volarte la mano?

Ella tragó saliva.

Él se dispuso a actuar.

—Chilla todo lo que quieras. Esto te va a doler a lo bestia.

Sacó un destornillador de su bolsillo.

Metió el destornillador como pudo debajo de la mano de ella, contra la madera, donde estaban hundidos los clavos. Hizo palanca, apretando con el hombro, y ella chilló y siguió chillando. Todo era dolor, de un rojo vivo, calor, miedo, Dios mío, que pare ya...

Con una arremetida final en el mango del destornillador, él la soltó. La mano de ella cayó al cemento. Los clavos sobresalían.

—Gracias a Dios...

Ella lo miró. Temblaba y sangraba. La mano le latía. Tres clavos sobresalían de ella, largos y afilados, como garras absurdas. Los tocó, pensando que podría sacárselos, pero le resultó imposible. Sean le puso una mano en la muñeca y negó con la cabeza.

—Sangrarán mucho.

Ella asintió e intentó ponerse de pie. Imposible. Se puso de rodillas y se equilibró con la mano izquierda. Intentó darle la Remington a Sean. Este asintió y se echó hacia atrás, apoyado en la pared.

Ella se arrastró por el andén, sujetándose la mano derecha contra el pecho. Oyó que Sean se caía y el arma chocaba contra el suelo. Siguió avanzando. La luz de la linterna iluminaba el andén, arrojando su propia sombra por delante de ella. Llegó hasta Mack. Bajo la linterna, vio que sus heridas eran gravísimas.

Cayó desmadejada a su lado.

—Papá...

Lo tocó, tímidamente, la mano izquierda temblando como loca. Le tocó el hombro. La cabeza de él yacía ladeada contra el cemento. Mack resollaba. Se lo oía sibilar cuando respiraba.

Le quitó el chaleco antibalas con mucho esfuerzo. Luego le abrió la camisa y le arrancó los botones. Tenía una herida en la cintura. Le habían disparado clavos tanto en la cintura como en el costado, más arriba, y, obviamente, tenía las costillas rotas. Con cada latido de su corazón, la sangre salía profusamente de sus heridas.

Ella le puso la mano en el costado. Intentó presionar la herida de arma de fuego. Él se quejó.

—Vamos a conseguir ayuda. Aguanta.

Ella volvió la cabeza hacia Sean. Estaba desmayado, con la escopeta caída entre sus manos.

No estaba segura de nada. No sabía si Rhone estaba muerto o no. Examinó el andén. No había ni rastro de la SIG. Reptó como pudo con una sola mano al lado de Sean, cogió la Remington y se puso de pie, tambaleante. Accionó el mecanismo con una sola mano, se agachó por encima del borde del andén y apuntó hacia las vías con el brazo tembloroso.

Rhone yacía tendido en las vías, con los brazos extendidos, los dedos convertidos en garras, la cabeza echada hacia atrás como si estuviera aullando. Tenía la piel de un color rojo intenso.

Parecía muerto. Sin el menor asomo de dudas. Desaparecido. No volvería. Tenía que ser así. Y, sin embargo, ella no se lo acababa de creer. Bajó a las vías. Aunque la electricidad había saltado, encontró una barra de hierro y la dejó caer de modo que tocara simultáneamente la vía principal y la catenaria. No pasó nada.

Se acercó a Rhone con precaución. El hedor era espantoso. Notó arcadas. «He aquí su verdad —pensó—. Un hedor y un calor que han acabado por matarlo». Dirigió la luz hacia su cara. Tenía los labios agrietados. Las pupilas estaban vacías y, cuando les dio la luz, siguieron mirando al frente, sin reacción alguna.

La electricidad había pasado a través de su cuerpo y creado cataratas que habían estallado en sus ojos.

Sujetó el cañón de la Remington encima de su pecho. La SIG yacía en las vías, a su lado. Le dio una patada hacia atrás. El rollo de alambre de cobre había

rodado hasta la base del andén. Lo recogió. Luego se arrodilló al lado de Rhone y buscó en sus bolsillos, y encontró el dispositivo, del tamaño de una pastilla de jabón, que llevaba metido en el bolsillo de la camisa. El inhibidor de radiofrecuencia.

Apretó un interruptor para apagarlo. Se apartó a trompicones del cadáver de Rhone; una cáscara vacía. Quizá lo que quedaba de él hubiese ido ya a algún otro sitio. A un sitio del que no podía volver.

Cogió la SIG, se la enfundó con torpeza y trepó al andén sin dejar de apuntar la escopeta hacia Rhone.

La radio que llevaba en el hombro volvió a la vida, con electricidad estática y conversaciones. Apretó el botón de transmitir.

—Agentes heridos. Repito, agentes heridos.

Dio la situación y oyó la confirmación.

—He rascado unas flechas en la pared con una piedra —explicó—. Síganlas y nos encontrarán.

—Estamos en camino —dijo el oficial de la central—. Aguante, detective.

Ella volvió a agacharse junto a su padre. Necesitaba aplicar presión en sus heridas, hasta que llegasen los paramédicos.

Mack alzó la vista y le cogió la camisa. Abrió la boca, pero no salió palabra alguna de ella.

Caitlin apretó una mano contra la herida que sangraba, en el abdomen.

—Estoy aquí.

«Te quiero», vocalizó él, sin voz.

—Yo también te quiero —respondió ella con voz estrangulada—. Aguanta.

El silbido cesó. La mano de él cayó al andén.

Ella dejó caer la escopeta y lo hizo rodar de espaldas.

—¡Papá!

Escuchó en busca de su aliento. Buscó los latidos de su corazón.

—¡Papá!

Se arrodilló ante él y le despejó las vías aéreas y empezó las compresiones en el pecho, con una sola mano. Pronunciaba su nombre una y otra vez.

—Papá. Mack. Espera. Mírame...

Ella escuchó, miró y supo, y aun así siguió, y su propia voz la empujaba, se metía en su interior, persiguiendo algo que ya había volado a otro lugar adonde ella no podía seguirlo. Mientras lo llamaba, su voz se fue haciendo más y más dulce, primero un tono apremiante, después un deseo y luego una oración entrecortada, un adiós. Pero él ya se había ido y no podía oírla.

Su radio susurraba.

—Siga con nosotros, detective Hendrix. La ayuda ya va de camino.

Caitlin salió del pozo a una noche resplandeciente tachonada de estrellas y luces que titilaban. El detective Martínez y dos oficiales de la Unidad de Respuesta Especial la condujeron desde la fábrica abandonada a un aire frío, luminoso y oscuro al mismo tiempo; chispeante. Ella se sujetaba la mano derecha herida contra el pecho. Martínez eliminaba las interferencias, le despejaba el camino y la sujetaba por el codo, por si se desmayaba. «Conmoción cerebral», le había oído decir por radio.

Los de emergencias se ocuparían de ella. Primero tenían que sacar a Sean. Mientras estaban en el andén subterráneo, ella se había inclinado sobre él y le había hablado, aunque sabía que su presencia allí era muy tenue, que flotaba de un lado a otro, recuperando y perdiendo la conciencia.

—No —le había dicho sin miramientos—. Tú no te vas a ninguna parte, Rawlins.

Había mirado a la oscuridad, donde la negrura lo devoraba todo, consciente de que la oscuridad no significaba solo ausencia de luz, de que significaba muerte. Quería que Sean le apretase la mano y la mirase, al mismo tiempo que, de una manera irracional, quería poner los labios en su oído y susurrar: «Ve a buscar a mi padre y tráelo de vuelta».

Todo el mundo estaba allí: la ATF, los sheriffs y los de emergencias médicas. Los artificieros estaban abajo. Al parecer, el circuito explosivo había fallado, pero no querían dejar nada al azar a la hora de neutralizar los explosivos. A veces veía bien, pero luego volvía a ver doble. Vio que el teniente Kogara miraba a través de la amplia puerta corredera, con la corbata y la chaqueta aleteando, serio y preocupado.

Al acercarse, Martínez levantó una mano, como un *halfback* que se protegiera

de un placaje inminente.

—Me llevo a la detective Hendrix a la ambulancia, señor. Está muy malherida.

Kogara le echó un vistazo. Su rostro parecía blanquecino por los reflectores. Ella hizo una mueca e intentó concentrarse. Él pareció darse cuenta entonces del estado de su mano.

—¿Rhone? —preguntó.

—Muerto.

El zumbido creció de nuevo en sus oídos y durante un momento ella se sintió muy lejos, ingrávida, mirando hacia abajo, hacia aquel lugar, desde una altura inconcebible. Luego una mano la cogió por el codo y recuperó el equilibrio.

La voz de Kogara le llegó como si atravesara un muro de hojalata.

—Ya hablaremos después de que la curen. Vaya.

Caitlin tal vez le diera las gracias. Martínez se la llevó.

—Todo el mundo te mira —le dijo—. Llevas unos clavos como garras. Como si fueras Lobezna.

Trataba de levantarle el ánimo. O de mantenerla consciente. Caminó por su propio pie hacia la puerta, hacia la salida del infierno, a través del túnel de luces caleidoscópicas. Un grito quería salir de su interior. Intentó mirar hacia atrás y se tambaleó.

Martínez la estabilizó.

—Los de emergencias se llevan a Sean, y van rápido. Eso es buena señal.

—Espera... —dijo ella.

Los equipos médicos de urgencias salían a toda prisa del edificio y se llevaban a Sean atado a una camilla, ya envuelto en monitores y aparatos. Una intravenosa portátil. Un collarín cervical. Un monitor de electroencefalograma. Una paramédica corría a su lado, manteniendo la presión en una de las heridas de su pecho.

Caitlin los alcanzó e intentó correr con ellos.

—Sean, ya estás fuera. Estás a salvo. Te pondrás bien...

La sanitaria la miró como si estuviera loca. Caitlin esperaba que fuera por el

aspecto que tenía, no por el estado de Sean.

—¿Me oyes, Sean? ¡Te vas a poner bien!

Él abrió los ojos y la miró. Parpadeó, quizá por el mero hecho de oírla, quizá para asentir.

—Vas a luchar —le ordenó ella—, como un hijo de puta. Por todos nosotros. Por ti. Y por mí. —Se le rompió la voz—. Por Sadie y por Michele. ¿Me oyes?

Él volvió a parpadear. Ella le cogió la mano. Le pareció notar que él se la apretaba.

Por encima se oía el rugido de un helicóptero. Un helicóptero de evacuación médica había llegado desde la bahía y hacía destellar sus luces de navegación. Al otro lado de la calle, en un solar vacío, unos oficiales de policía habían marcado una zona de aterrizaje improvisada. El helicóptero bajó entonces, con un ruido que hacía eco entre los edificios, levantando con sus palas una lluvia de polvo. Los de urgencias se inclinaron por encima de la camilla, protegiendo a Sean. El helicóptero se posó en sus patines y el motor bajó sus revoluciones.

Caitlin se inclinó y besó a Sean, y los sanitarios se lo llevaron, corriendo hacia el helicóptero.

—Está en buenas manos —le aseguró Martínez, y la condujo hacia la ambulancia—. Vamos.

Ella estaba ya a mitad de camino cuando llegó un coche de la oficina del sheriff a toda velocidad, las luces aullando desde el interior del parabrisas. Se detuvo en seco junto a la ambulancia. Guthrie salió de un salto.

Tras ellos, la puerta del helicóptero se cerró y sus motores se pusieron en marcha otra vez. Caitlin se volvió y lo vio alejarse, con la cara del piloto iluminada en la cabina, hablando por su micrófono. Lo vio suspendido en el aire, con la mano izquierda ante la cara para evitar que le cayera tierra. Las palas ronronearon ante los reflectores y luego el helicóptero se inclinó de morro y bajó en picado, dando un amplio giro, y se dirigió hacia fuera de la bahía. Se fue derecho hacia las luminarias de la ciudad, al otro lado del agua. Ella sabía lo que eso significaba.

—Hospital General de San Francisco —dijo.

—Muy bien —respondió Martínez.

Ella no asintió. El Hospital General de San Francisco era un centro de traumatología de nivel 1. Si llevaban allí a Sean, eso significaba que necesitaba la ayuda de esa gente que te trae de vuelta desde los lugares más alejados.

Perdió de vista el helicóptero entre las luces del puente de la Bahía. Siguió mirando de todos modos, hasta que el ruido de motor desapareció, cubierto por el zumbido de sus oídos. Notó que no estaba bien estabilizada en el suelo, que el velo entre este mundo y el otro era poroso, y ella estaba justo en el borde. Sintió que necesitaba mantener la espalda contra el agujero de cemento del interior de la fábrica, para evitar que nadie más lo encontrara. E impedir que lo que hubiera en el pozo saliera de allí y persiguiera a Sean. Evitar que alcanzara a los abrasados por el contacto del Profeta.

—Detective. —Guthrie se acercó a ella, con tono precavido—. Caitlin. ¿Seguimos hasta allí?

—Sí.

Martínez y él la acompañaron hasta la ambulancia que esperaba. Aparecieron más coches. Los jefes de Sean, de la ATF. Un segundo vehículo federal, un todoterreno negro con antena. El conductor se bajó entonces, un hombre lúgubre, con ojos de lince y traje oscuro, que se quedó a distancia mirándola. El FBI.

Un sanitario de urgencias saltó desde las puertas abiertas de la ambulancia. Le pidió que subiera al interior. Ella llegó hasta el parachoques trasero y se sentó.

—Dentro de un momento... —dijo.

El sanitario le paseó una linterna por delante de los ojos, le pidió que siguiera su dedo, le examinó la cabeza, palpó el hematoma enorme y palpitante que tenía a un lado.

—¿Ha perdido la conciencia? —preguntó.

—Quizá.

—¿Dolor de cabeza?

—Tamaño Godzilla.

—¿Náuseas? ¿Vómitos?

—Todavía no. Pero sí estrellas y un zumbido y... mareo.

Al cabo de unos segundos todo fue pasando. El sanitario le había puesto una mano en el hombro.

—Tenemos que llevarla a Urgencias.

—Dentro de un rato. Primero, al General de San Francisco. Mi novio...

—Ahora. —Le volvió la mano con suavidad. Trató de conservar la profesionalidad, pero profirió—: ¡Joder, chica!

La ayudó a ponerse de pie. Ella miró a Guthrie y a Martínez, y una bola de lágrimas le empañó los ojos. Parpadeó para eliminarla.

—Shanklin, Lyle...

Guthrie asintió. Martínez miró al suelo.

—Estaban... Intentaron...

—Lo hicieron —dijo Guthrie.

El frío pareció penetrar por fin en todo su cuerpo.

Junto al edificio de la fábrica, alguien silbó y llamó a Martínez. Este se inclinó y le habló bajito a Caitlin.

—Lo has hecho muy bien. Ánimos, muchacha.

Y se alejó.

—Le voy a dejar los clavos —dijo el médico—. Necesitará un cirujano de la mano para que la examine. Venga.

Ella miró atrás, a la fábrica.

—Mi padre sigue ahí. No quiero dejarlo solo.

Los hombros de Guthrie se encorvaron.

—Detective... El equipo del escenario del crimen pasará horas ahí. —Su voz se suavizó—. Tiene que hacerse cargo el forense. El doctor Azir se ocupará de su padre.

A ella se le formó un nudo en la garganta. Asintió.

—Entonces, llévenme al General de San Francisco.

Pero el sanitario intervino.

—Lago Merritt —dijo—. Ya saben que va para allá. Y, en este estado, no puede ayudar en nada a su novio.

La ayudó a subir a la ambulancia. Las puertas se cerraron. Se alejaron del

escenario y las luces relampagueantes se desvanecieron hasta quedar en nada.

JUEVES

En el cementerio de Calvary, Caitlin se alejó caminando con su madre, después del oficio religioso junto a la tumba. Los árboles estaban rebosantes de capullos rosas, bajo un cielo azul cobalto. Tras ellos, unas flores blancas cubrían el ataúd.

Los asistentes, con trajes oscuros, se dirigían despacio a sus coches. Sandy le pasó a Caitlin un brazo por la cintura. Esta se sentía más fuerte, pero el brazo derecho aún colgaba de un cabestrillo y estaba envuelto en un yeso azul, con los huesos de la mano reconstruidos y los dedos bien conectados. Su rostro era como una tormenta de hematomas.

El grupo era pequeño. Solo estaban los amigos más leales, los colegas de Sandy y unas cuantas personas de la oficina del sheriff. Martínez llevaba corbata, algo que Caitlin encontró extrañamente conmovedor. El policía de paisano viejo, con las mejillas colgantes y la espalda encorvada, que había llamado a su puerta la noche en que todo empezó, le ofreció amablemente sus condolencias. Caitlin y Sandy le dieron las gracias.

El último en alcanzarlas, ya cuando estaban cerca del coche de Sandy, fue el sargento Guthrie.

Llevaba un traje con una camisa blanca muy bien planchada, pero parecía tan demacrado y cansado como siempre.

—Señora Hendrix... Caitlin... Las acompaño en el sentimiento.

—Gracias —dijo Caitlin.

—Mack habría agradecido mucho que viniera hoy —dijo Sandy.

Dirigió una última y prolongada mirada hacia la tumba de su exmarido. Luego besó a Caitlin en la mejilla.

—Te espero en el coche. —Miró a Guthrie por encima de sus gafas de sol—.

Cinco minutos, sargento. Le dieron el alta del hospital ayer.

—Sí, señora.

Se quedaron un momento de pie bajo los árboles.

—Vamos a caminar un poco —dijo Caitlin.

—¿Le va bien?

—No me puedo quedar quieta.

Caminaron lentamente por el césped. Guthrie la miraba con gesto preocupado.

—¿Qué tal está Sean?

—Pendiente de un hilo.

No podía decir nada más. Necesitaba guardar todos sus pensamientos en su interior, para reponer fuerzas y convocar a todos los poderes de la tierra y del cielo y regresar con Sean, cogerlo de la mano y hablar, aunque él solo estuviera medio consciente. Enviarle todos sus deseos.

«Sigue vivo».

Guthrie se adaptó al paso lento de ella.

—La patrulla de la autopista encontró la furgoneta Dodge Ram abandonada en un barranco de San Francisco. Totalmente limpia. No hemos encontrado al confidente con el que fue a reunirse Sean. Pero no toda la sangre que había en el suelo de la fábrica pertenecía a Sean. Podría ser del confidente.

—Y todavía no saben si era un confidente de verdad o alguien a quien Rhone pagó para que engañara a Sean.

—Estamos trabajando en ello —respondió Guthrie—. Paige ha contratado a un abogado, por cierto.

—Qué lista es... Es una superviviente.

Ambos aflojaron el paso bajo las ramas bajas de un roble.

—La fábrica abandonada —dijo ella.

—Fue su número final, ¿no? —preguntó Guthrie.

—Sí... Pero no tal y como él lo había planeado.

Aunque todavía luchaba contra la conmoción y el dolor, Caitlin trataba reconstruir las piezas. Le pareció oír la voz de Mack.

—«Los asesinos en serie no lo dejan nunca». Mi padre tenía razón. Lo único

que los detiene es la muerte o la captura. Y Rhone no planeaba ninguna de las dos cosas.

Como había hecho en incontables ocasiones desde el domingo por la noche, intentó recrear el descenso por el túnel, ver a cámara lenta los momentos previos al ataque del Profeta, y hacerlo con claridad y precisión. Sus recuerdos eran confusos e impresionistas. Pero mientras caminaba con Guthrie, intentó ponerlos de nuevo en orden.

—«Al menos has venido al noveno círculo», dijo Rhone. Como si aquello formara parte de su plan —dijo ella—. Pero cuando apuntaba a mi padre con el arma... —El recuerdo volvió a ella, vívido y espantoso—. En ese momento, Rhone empezó a improvisar.

—Quizá tenía trabajado su guion, pero en el calor del momento, con la lucha, lo abandonó.

—Es probable. —Ella meneó la cabeza—. Pero hay algo que no cuadra.

—¿El qué? —preguntó Guthrie.

—En el *Infierno*, el noveno círculo del infierno lo que castiga es la traición.

—Para Rhone, el hecho de que usted fuera una policía ya era una traición. Para su mente, todos los movimientos que hacía buscaban traicionarlo —aventuró él—. Era un psicópata. Tranquila.

Era como decirle a un trineo cohete que pisara el freno, después de lanzarlo por el aire a través del Gran Cañón.

—No es eso. Rhone intentó obligarme a que traicionara a mi padre o a Sean, o a la gente que estaba al alcance de los explosivos. Me dijo que me dejaría vivir si elegía cuál de ellos moría.

—Pero no tiene por qué haber un motivo, Caitlin.

Ella se volvió hacia él.

—Se trata del Profeta. Por supuesto que lo hay.

El corazón le empezó a latir con fuerza.

—En el *Infierno*, el pozo más profundo del infierno no es un lago de fuego. Es de hielo sólido. Los traidores están incrustados en él. —Intentó recordar cómo los clasificaba Dante—. Están aquellos que matan a sus propios parientes, como

Caín o Mordred. Luego, los traidores y chaqueteros, que traicionan a su gente o a su país. Luego, aquellos que traicionan a sus huéspedes. Y, por último, en el centro del infierno... —Se llevó una mano a la frente—. Estoy desvariando.

—Siga hablando —la animó Guthrie—. Está llegando a alguna parte.

La brisa soplaba entre los árboles. Los capullos se soltaron, como si fueran confeti.

Caitlin dejó que su mirada fuera a la deriva con ellos.

—El pozo más profundo del infierno aloja a aquellos que han traicionado a sus señores. Bruto, Casio, Judas... Y en el mismísimo fondo se encuentra el traidor más grande de todos: Satán. Lucifer, que cometió una traición personal contra el mismísimo Dios. Es un gigante con tres caras, congelado y metido hasta la cintura en el hielo, batiendo sus alas en vano. Atrapado.

—Quizá Rhone se viese como Satán, arruinado por traicionar al Señor de la Luz.

—No. Él se veía a sí mismo como el Señor. Pensaba que él era la luz. —Suspiró—. El caso es que... Me resisto a creer que realmente quisiera que encontrásemos su guarida. Nunca nos habría atraído hacia ella, ni habría jugado con nosotros una vez dentro de ella.

Pero eso era lo que había hecho. Y había tenido éxito. No importaba si había muerto bajo el fuego de una escopeta o el calor de los mil voltios. Había matado a Lyle y a Shanklin. Y se había llevado a su padre.

La marea de dolor se alzó y rompió sobre ella. Notaba como si las cicatrices de sus brazos se hubieran abierto de nuevo y empezaran a sangrar. Las lágrimas le cayeron por las mejillas. Cogió aire y dejó escapar un sollozo ahogado.

Guthrie le puso una mano en el hombro.

—Lo siento. —Ella se secó los ojos—. No debería...

—Calle, chiquilla. —Le apretó el hombro—. Esto le está pasando factura. No querrá que la haga internar en un psiquiátrico...

La acompañó al otro lado del prado hasta el coche de su madre.

—Tómese el tiempo que necesite. Piense bien las cosas y, cuando esté preparada, habrá personas que quieran escucharla.

—¿Perdón?

—No soy el único que quiere recibir información suya.

Le tendió una tarjeta de visita. Ella la leyó.

—¿Tiene esto algo que ver con el todoterreno negro aparcado ahí? —Señaló hacia la carretera—. El que tiene una antena y unos chicos con Ray-Ban. El mismo vehículo que estaba aparcado en la fábrica abandonada la otra noche, justo antes de que me metieran en la ambulancia.

En la tarjeta ponía: c. j. emmerich, agente especial al mando. unidad de análisis de conducta del fbi.

—Antes —dijo Guthrie—, usted preguntó si los federales reevaluarían el perfil del Profeta. Pues ahora quieren hablar con usted. —Levantó una mano—. Cuando esté lista para reincorporarse al trabajo. Sin prisas.

La inquietud la abrumaba. Fatiga, dolor. Y una certeza lacerante de que estaba pasando por alto alguna conexión vital.

—No, ahora. Quizá puedan ayudarme a descifrar por qué esta ecuación parece irresoluble.

El agente que salió del monovolumen negro era el hombre lúgubre y con mirada de halcón que la había mirado la otra noche. Cerró la pesada puerta del coche con un impulso. Su impermeable negro se hinchó con el aire, como un ala.

—Detective Hendrix. Encantado de conocerla. Ojalá fuera en circunstancias más favorables.

—Agente especial Emmerich —dijo Caitlin—. Estoy intentando recomponer un retrato muy complejo del último acto de Titus Rhone. Espero que usted sea capaz de ver lo que yo no veo.

—Dígame.

Ella rememoró los últimos minutos en el túnel subterráneo. Emmerich la escuchaba con tranquilidad, pero con interés.

—Después de que usted disparase al temporizador, ¿qué hizo él? Momento a momento —dijo.

—Chilló: «Hija de puta». Vio que el temporizador iba a llegar al cero. Cuando resultó que no pasaba nada, se quedó asombrado. Hizo un movimiento hacia allí,

pero se detuvo y se volvió para atacarme primero. Entonces... puso cara de sorpresa y se quedó quieto. Dijo: «Así avanzan los estandartes del rey del infierno». Cogió el rollo de alambre de cobre. Y entonces le disparé el tiro final.

Una vez más, se vio a sí misma en el abandonado andén subterráneo. Un brote de emoción la invadió de nuevo.

—¿Detective? —dijo Emmerich.

—Sean... el agente especial Rawlins... Si él no hubiese empujado la Remington para dejarla a mi alcance...

La expresión de Guthrie se convirtió en una máscara pétrea.

—¿Sean?

—Nunca habría podido conseguirlo sola.

—El agente Rawlins dice exactamente lo contrario.

Ella frunció el ceño.

—No.

—Sí. —Miró a Emmerich—. Hemos mantenido una breve conversación con él. No recuerda gran cosa, pero sí se acuerda de eso. Dice que la escopeta estaba fuera de su alcance, «pero no del de Caitlin». —La miró de nuevo y su voz se suavizó—. Después de una herida en la cabeza, no puede recordarlo todo con absoluta perfección...

—No. No es eso...

Cerró los ojos. Estaba de nuevo en el túnel subterráneo, clavada, viendo a su padre pelearse con Rhone. Notó que descendía sobre ella una sombra negra que al parecer se separó del Profeta para acabar con ella. Oyó rozar el acero contra el andén y vio el cañón de la escopeta que brillaba, a su alcance.

Entonces abrió los ojos.

Vio una vez más el nauseabundo chasquido en blanco y negro de la electricidad al fundirse en el túnel, oyó respirar a Sean, los ruidos de las ratas, los aleteos de los murciélagos, la silueta negra que los segaba con su guadaña y se los llevaba a todos.

Las sombras se alejaron.

—Hay un segundo asesino —dijo.

Las cabezas de Emmerich y Guthrie se volvieron al unísono.

—¿Cómo? —preguntó Guthrie.

La emboscada en el túnel. Una luz helada, la voz grabada del Profeta, Rhone atacando a su padre desde atrás y luego...

Ella no había visto a Rhone disparar a su padre. Oyó la pistola de clavos, vio a Mack agacharse y luego... luego... la tabla le dio en la cabeza. La sombra negra cayó sobre ella.

Ahora se estaba despertando.

Un golpe fuerte en la cabeza, estrellas, dolor, caída. Una mano caliente y encallecida que la arrastraba hacia el armario, y luego le perforaba la mano con los clavos. Mientras, al otro lado del andén, su padre empezaba a luchar con toda su alma con Titus Rhone.

—Dos hombres. Nos atacaron dos hombres. —Dejó escapar un jadeo—. El confidente con el que se tenía que reunir Sean, supuestamente... ¿Y si...? —Se palmeó la frente—. Eran dos.

—Un segundo asesino. ¿Trabajando con Rhone? —preguntó Emmerich.

—No un imitador, sino un socio.

La cabeza le latía, pero consiguió olvidarse.

—Por eso las cosas no cuadraban. Las huellas de pisadas. La modulación de la voz. Las veces que parecía estar en dos sitios a la vez.

—¿Porque realmente lo estaba?

—Hendrix, estaba conmocionada... —dijo Guthrie.

—Sí. Pero sargento... eso lo explica todo. El segundo asesino fue el que nos atrajo hacia la fábrica y el túnel abandonado.

—Un segundo asesino.

—Un hombre joven. Obsesionado con el Profeta. Yo me di cuenta, pero no investigué lo suficiente...

—Si eso es cierto —dijo Emmerich—, también estaba obsesionado con usted.

—Alguien que consiguió conectar con Titus Rhone. Que usó a Rhone para conseguirme a mí. —Lo miró—. Alguien que atrajo a Rhone a su muerte.

—¿Por qué?

—Porque quería ocupar el lugar del asesino y superar sus éxitos.

La mirada aguda de Emmerich se volvió más aguda aún.

—Un nuevo sospechoso...

—Fue él quien me clavó la mano al armario en la oscuridad.

—Y si es así..., ¿dónde está ahora?

—Supongo que escapó en el tiroteo.

Lo volvió a oír: roces, sonidos que iban disminuyendo.

—Creo que se retiró y estaba observando. Más allá del túnel, en las escaleras que iban hasta el vestíbulo y las taquillas, bajo las lonas quizás, en alguna parte.

—Quería mirar —adivinó Emmerich.

—Cuando vio que Rhone caía, cuando me vio con la escopeta del calibre doce y se fue la luz, huyó.

—¿Pensaba que guardaba cartuchos en la recámara? —pregunto Guthrie.

La fría brisa no podía competir con la frialdad de la comprensión que estaba arraigando en su interior.

—Porque ya había obtenido lo que quería: la derrota de Rhone.

«Bum».

Aquello la golpeó de pleno.

—El circuito de explosivos no era defectuoso. Los explosivos no estallaron porque el otro sospechoso los sabotó —dijo.

Y entonces comprendió el gesto de revelación y la satisfacción enfermiza que cruzaron la cara de Rhone justo antes del disparo final.

—Rhone sabía la verdad. Vio al segundo asesino y supo que le habían tendido una trampa. Supo que su socio había saboteado la bomba. Supo que estaba condenado. —Se llevó los dedos a las sienes—. Dios mío... Rhone estaba orgulloso de que su alumno estuviera venciendo al propio rey del infierno.

—¿Porque el sospechoso estaba completando la fantasía del Profeta? —aventuró Emmerich.

—Porque el sospechoso subvirtió el plan y lo llevó a extremos con los que el Profeta ni siquiera había soñado. Rhone apreció la ironía, el toque de justicia poética.

Ella los miró e hizo un gesto con la cabeza.

—Por eso era el noveno círculo del infierno. El discípulo traicionaba al maestro.

El gesto de Guthrie se ensombreció. Su cabeza era un torbellino de ideas.

—Si eso es cierto, la quiere viva. ¿Por qué? ¿Para que pueda contar su historia? No me parece suficiente...

El viento arreció. Un clavo torcido parecía rascarle la columna vertebral.

—Porque tiene planeado algo más —dijo ella.

Emmerich dejó caer las manos a los costados. Parecía un pistolero preparándose para desenfundar.

—Tenemos que encontrarlo. Queremos que trabaje con nosotros.

Ella alzó una ceja mientras miraba a Guthrie.

—Hemos estado hablando —explicó él—. Pero quien decide es usted.

Una ráfaga de viento hizo temblar las hojas. Caitlin sintió que los pies no la sostenían con firmeza, que estaba muy afectada, exhausta... y, sin embargo, la energía vibraba a través de su cuerpo.

—Sí. Quiero atrapar a ese tío. Pero no solo a él. —Se volvió hacia Emmerich—. Dígame por dónde empezar.

La vista desde la habitación del hospital era dolorosamente brillante. El sol matinal resplandecía a través de la ventana, las luces por encima, el monitor del corazón pitando con las ondulaciones del electrocardiograma. Caitlin estaba sentada junto a la cama.

Con la melena pelirroja suelta, suave, secándose después de la ducha. La piel demasiado pálida, pensó Sean, los ojos demasiado oscuros, el lado izquierdo de su rostro convertido en un mapa de hematomas que estaban pasando del morado al verde. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo y la mano, reparada gracias a la cirugía, estaba inmovilizada con alambres y yeso. Era una verdadera hazaña de ingeniería y habilidad, que le permitiría agarrar de nuevo su SIG y darle un buen puñetazo a un saco de boxeo y quizá, o al menos eso esperaba, hacerle un gesto burlón con el dedo, cuando se lo mereciera.

—Eh... —dijo él.

Ella sonrió.

—Eh.

Ella se levantó, moviéndose como si le doliera cada centímetro de su cuerpo, y se acercó a la cama. Le acarició el pelo con la mano izquierda y se lo apartó de la frente con las yemas de los dedos.

—Pensaba que todavía no te habían dado el alta en el hospital.

—No se puede tener siempre encerrada a Lobezna.

Él sabía que era a finales de la semana. No estaba seguro de cuántos días habían pasado desde que Caitlin y Mack lo encontraron. Solo se aferraba a la luz del día. Levantó la mano.

Ella la cogió.

—Michele está aquí. Ha estado aquí casi todo el tiempo.

Él asintió. Por un momento, la idea de que su ex estuviera haciendo guardia para él (y para Caitlin) le resultó excesiva.

—Sadie está con los padres de Michele. Cuando estés mejor, podemos llamar y hablar con ella.

—Estupendo —dijo él.

Le salió un poco estrangulado. Sabía que iba a ponerse bien. Sabía que Caitlin lo había rescatado. Sabía que no todo el mundo había tenido las mismas oportunidades.

—Tu padre... —dijo él—. Hizo mucho más de lo que le correspondía...

Ella apretó los labios y parpadeó para evitar las lágrimas.

—Sí. Así era él.

Él dejó escapar el aire con fuerza.

—Y tus oficiales...

—Ya lo sé.

El silencio era lo máximo que podían aceptar en aquel momento. Caitlin se quedó de pie un buen rato, agarrándole la mano. Guardándose algo.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Rhone tenía un socio.

—Dios...

Ella se lo explicó a grandes rasgos. Él meneó la cabeza.

—Un nuevo Profeta —dijo.

—No. Creo que ese tío es algo completamente distinto.

Ella lo miró con una sinceridad que él raramente veía en su rostro. Tiempo tendría de levantar nuevas barreras, se imaginó, pero de momento había dejado a un lado su kevlar emocional.

Él le apretó la mano.

—Hay algo más, seguro. ¿Qué es?

—El FBI me ha ofrecido un trabajo en la Unidad de Análisis de Conducta. Y he dicho que sí.

—Joder... ¿Vas a unirte a los federales? ¿A los G-men?

Ella lo puso al corriente.

—Eso significa la Academia en Quantico...

—Lo sé perfectamente.

—... y trabajar allí, al menos al principio. Pero nada de eso será posible si los médicos no me dan permiso.

Se miró la mano derecha con cierta preocupación.

—Hasta que te den el permiso médico. Porque te lo darán.

Ella se inclinó hacia él y apoyó el brazo izquierdo en su pecho. Su voz adquirió un tono más íntimo.

—Pero no voy a irme a ningún sitio hasta que vuelvas a estar de pie.

—Mañana. El fin de semana, a más tardar.

—Sean. No te voy a dejar.

—Ya sé que no. —Aspiró aire despacio—. ¿Dos federales? Ya nos arreglaremos...

Ella lo miró. Tenía sus dudas.

—Sí, estoy drogado hasta las cejas —aclaró él—. Pero es el trabajo de tu vida, y es importante. Y no se te volverá a presentar una oportunidad como esta. Si no aceptas, no te lo perdonarás nunca.

Ella le puso la mano en la cara y lo besó despacio.

—Te quiero.

—Sabes que soy Sean, ¿no? No Shadow.

La expresión de ella se volvió burlona.

—Gilipollas.

—Solo para asegurarme... Como tienes una conmoción...

—Ladra y verás lo que te hago.

—Yo también te quiero, Lobezna.

El móvil de Caitlin le sonó en el bolsillo de los pantalones. Ella hizo una mueca. Se había convertido en una costumbre hacer una mueca cuando la llamaban por el móvil, observó Sean, aunque ella no se daba cuenta. Fue hacia la ventana, habló, escuchó y colgó.

—¿Ellos? —preguntó él.

La luz del sol pareció rodearla e infundirle energía. Su piel pálida adquirió

cierto brillo y sus ojos, una concentración oscura. Asintió.

—Vete —dijo él.

—Volveré.

—Bien. O si no, iré a buscarte.

Ella salió y solo dejó el aire vacío a su espalda.

EPÍLOGO

Las hojas del final del verano brillaban muy verdes al calor del sol. Las cigarras cantaban en los árboles. Aunque solamente eran las ocho de la mañana, ya se veía que Virginia era un mundo muy distinto de California. Caitlin aparcó en el estacionamiento de Quantico, se arregló la chaqueta de su nuevo traje negro y entró en el vestíbulo.

El escudo del FBI dominaba la pared. Aquel día, al verlo se irguió más aún y su corazón latió con más fuerza. La mujer que estaba en el mostrador de recepción le sonrió, con gesto cómplice. Creía que se harían los duros con ella...

—Buenos días —dijo Caitlin.

—Bienvenida al FBI, agente especial Hendrix.

Caitlin intentó contener su sonrisa, mientras pasaba por la puerta con su correspondiente zumbido.

La ayudante del agente Emmerich se reunió con ella en el otro lado. La joven le tendió la mano, dispuesta a darle un fuerte apretón, pero la estrechó blanda al ver el aparato ortopédico que llevaba Caitlin.

—¿Qué tal la rehabilitación? —preguntó.

—Tremenda, pero ya está hecha. Esto lo llevo solo como precaución.

—Me alegro de saberlo. Y también me alegro de que esté con nosotros.

Condujo a Caitlin hacia el interior del laberinto de cubículos, hasta un escritorio donde estaban apilados expedientes, suministros de oficina y una caja llena de libros. La joven dio unas palmaditas en los archivos.

—Estos son para que los revise. La reunión de grupo es a las nueve. —Asintió, con un diminuto gesto eficiente y pulcro—. Instálese. La veo luego.

Caitlin se quedó allí de pie, saboreando aquel momento. Le envió un mensaje de texto a Sean:

Eh, G-man, ya estoy aquí, en la Central, cariño. Con amor, tu Gwoman.

Sonrió y se sentó. Atrajo la pila de expedientes hacia ella. Sonó el teléfono del escritorio.

Lo descolgó, disfrutando de la primera oportunidad que tenía de decir:

—Análisis de Conducta, Hendrix.

Una voz áspera dijo:

—Así que es verdad. Caitlin resurge de sus cenizas.

La voz decía «Caitlin» como si aquella palabra fuera una serpiente, una cosa resbalosa que hubiese dejado a un lado su piel y continuase con un nuevo disfraz. La mirada de ella se hizo más lenta, posándose en el suelo, en las ventanas, en las colinas de Virginia, en el cielo brillante.

—Asombroso de verdad —dijo la voz—. Eres dura de pelar.

Ella puso una mano sobre el escritorio para no perder el equilibrio.

—Soy una maldita pesadilla.

Esa voz... Era joven, áspera, con un deje ronco, como si hubiese recibido un puñetazo o un corte en la garganta. Vio pasar a un hombre a saltitos junto a ella, en un bar de moteros, diciendo: «Señoras... ¿O debería decir señora y estupa?».

Así de cerca había estado de ella.

—Pero que seas dura de pelar no significa que sea imposible —prosiguió él—. Disfruta de tu tiempo. Y de tu regalo.

La llamada se cortó. Ella miró las cosas que había encima del escritorio. Cogió un par de tijeras y abrió la caja de lo que pensó que serían libros.

En el interior, envuelto en un transparente sudario de celofán, había un ramillete de lirios negros.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no se habría podido escribir sin la habilidad, el apoyo y el esfuerzo de muchas personas. Como siempre, les estoy muy agradecida a Jessica Renheim y a Ben Sevier, a Ivan Held y a toda la gente de Dutton. También debo darles las gracias a Don Winslow y Edward Tsai, David Koll y todo el equipo de la Story Factory. Por su comprensión y dedicación y por creer en el proyecto, mi agradecimiento más sincero a Shane Salerno.

Por su apoyo constante, gracias a Nancy Freund Fraser y a Ann Aubrey Hanson. Le agradezco a Leslie Gardiner que me informase sobre los caballos árabes, y a David Lazo sus conocimientos de todas las cosas de la Zona de la Bahía. Y por todo, ahora y siempre, mi amor y mi agradecimiento a Paul Shreve.

PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:

www.serienegra.es